



ERES
la
ÚNICA
que
IMPORTA

BELLA ANDRE

NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

Eres la única que importa

~ Los Sullivan de San Francisco ~

Sophie y Jake

Bella Andre

Eres la única que importa

~ Los Sullivan de San Francisco ~

Sophie y Jake

Bella Andre

Índice

Titulo de la Página

Derechos de Autor

Sobre el libro

Un mensaje de Bella

Prólogo

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

Capítulo Quince

Capítulo Dieciséis

Capítulo Diecisiete

Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve

Capítulo Veinte

Capítulo Veintiuno

Capítulo Veintidós

Capítulo Veintitrés

Capítulo Veinticuatro

Epílogo

[Extracto de Si fueras mía](#)
[Más libros de Bella Andre](#)
[Sobre la autora](#)

[Extracto de Si fueras mía](#)
[Más libros de Bella Andre](#)
[Sobre la autora](#)

Eres la única que importa

© 2023 Bella Andre

Traducido por Diego Escoriza Lérda y Well Read Translations

[Suscríbete al Boletín Informativo](#)

www.BellaAndre.com

[Facebook](#) ~ [Instagram](#) ~ [Twitter](#)

Eres la única que importa

© 2023 Bella Andre

Traducido por Diego Escoriza Lérda y Well Read Translations

[Suscríbete al Boletín Informativo](#)

www.BellaAndre.com

[Facebook](#) ~ [Instagram](#) ~ [Twitter](#)

Sophie Sullivan, bibliotecaria de San Francisco, tenía solo cinco años cuando se enamoró perdidamente de Jake McCann. Veinte años después, está convencida de que el famoso chico malo sigue considerándola solo la hermana gemela “buena” de los Sullivan... Si es que se toma la molestia de mirarla. Pero cuando ambos se ven envueltos en la magia de la primera boda Sullivan, ella siente que es hora de hacer lo que sea necesario para que él empiece a verla como lo que es en realidad... la mujer que lo amará para toda la eternidad.

Jake siempre ha sido un imán para las mujeres, sobre todo desde que su cadena de pubs irlandeses le hiciera ganar una gran fortuna. Pero la única mujer a la que en realidad quiere es aquella que nunca podrá tener. Sophie es la hermana menor de su mejor amigo, y no puede correr el riesgo de que se acerque demasiado y descubra su secreto mejor guardado.

Pero cuando Sophie aparece en la puerta de su casa, es como si todas las fantasías de Jake cobraran vida —inteligente, preciosa y tremendamente sexy— y no pudiera apartar los ojos, ni las manos, de ella. Y mucho menos dejar de desear su dulce sonrisa y sus ardientes besos. Jake sabe que amar a Sophie no es lo correcto... pero, ¿cómo resistirse?

Sophie Sullivan, bibliotecaria de San Francisco, tenía solo cinco años cuando se enamoró perdidamente de Jake McCann. Veinte años después, está convencida de que el famoso chico malo sigue considerándola solo la hermana gemela “buena” de los Sullivan... Si es que se toma la molestia de mirarla. Pero cuando ambos se ven envueltos en la magia de la primera boda Sullivan, ella siente que es hora de hacer lo que sea necesario para que él empiece a verla como lo que es en realidad... la mujer que lo amará para toda la eternidad.

Jake siempre ha sido un imán para las mujeres, sobre todo desde que su cadena de pubs irlandeses le hiciera ganar una gran fortuna. Pero la única mujer a la que en realidad quiere es aquella que nunca podrá tener. Sophie es la hermana menor de su mejor amigo, y no puede correr el riesgo de que se acerque demasiado y descubra su secreto mejor guardado.

Pero cuando Sophie aparece en la puerta de su casa, es como si todas las fantasías de Jake cobraran vida —inteligente, preciosa y tremendamente sexy— y no pudiera apartar los ojos, ni las manos, de ella. Y mucho menos dejar de desear su dulce sonrisa y sus ardientes besos. Jake sabe que amar a Sophie no es lo correcto... pero, ¿cómo resistirse?

Un mensaje de Bella

Algunos de los libros que escribo se quedan conmigo hasta mucho después de haber tecleado “Fin”. *ERES LA ÚNICA QUE IMPORTA* es una de esas historias que sigue haciéndome sonreír cada vez que la recuerdo.

El último hombre del que cualquiera esperaría que Sophie Sullivan, una bibliotecaria “buena”, se enamorase es de Jake McCann: lleno de tatuajes, propietario de varios pubs y con un pasado oscuro. Y aún así, la historia de amor que comenzó cuando ella tenía cinco años y él once en ningún momento ha dado señales de apagarse...

La única mujer que Jake desea es la que nunca podrá tener. Pero aunque sepa que esta enamorado de Sophie no es lo correcto... ¿cómo resistirse a ella? Sobre todo cuando ella está convencida y resuelta a demostrarle que lo bueno y lo pijo a veces pueden coincidir del modo más maravilloso.

También quería dedicar un momento a agradecer los maravillosos correos, tuits y publicaciones en Facebook y Goodread para decirme cuánto habéis disfrutado de mis Sullivan ¡Me hacéis la escritora más feliz del mundo!

Feliz lectura,

Bella Andre

Un mensaje de Bella

Algunos de los libros que escribo se quedan conmigo hasta mucho después de haber tecleado “Fin”. *ERES LA ÚNICA QUE IMPORTA* es una de esas historias que sigue haciéndome sonreír cada vez que la recuerdo.

El último hombre del que cualquiera esperaría que Sophie Sullivan, una bibliotecaria “buena”, se enamorase es de Jake McCann: lleno de tatuajes, propietario de varios pubs y con un pasado oscuro. Y aún así, la historia de amor que comenzó cuando ella tenía cinco años y él once en ningún momento ha dado señales de apagarse...

La única mujer que Jake desea es la que nunca podrá tener. Pero aunque sepa que estar enamorado de Sophie no es lo correcto... ¿cómo resistirse a ella? Sobre todo cuando ella está convencida y resuelta a demostrarle que lo bueno y lo pillo a veces pueden coincidir del modo más maravilloso.

También quería dedicar un momento a agradecer los maravillosos correos, tuits y publicaciones en Facebook y Goodread para decirme cuánto habéis disfrutado de mis Sullivan. ¡Me hacéis la escritora más feliz del mundo!

Feliz lectura,

Bella Andre

PRÓLOGO

Hace casi veinte años...

Sophie Sullivan estaba sentada en una suave manta con las piernas cruzadas en una esquina de jardín trasero, bajo la sombra de uno de los robles pequeños. Ahora que la lluvia había cesado en el norte de California y hacía calor fuera, su madre le había preparado ese lugar especial para que fuese con sus libros a leer.

El año anterior, con cuatro años, Sophie aprendió a leer. Y los libros le cambiaron la vida.

Mientras leía ya no era la gemela Sullivan callada, no era a la que nadie prestaba atención. Se convertía en la princesa de un castillo. O en un payaso que hacía malabares bajo una gran carpeta de circo. Exploraba junglas a lomos de elefantes y viajaba a Marte en naves espaciales.

Leer la llevaba a donde ella quisiera ir. Y Sophie descubrió que quería ir absolutamente a *todas partes*.

Ahora mismo estaba leyendo una historia alucinante sobre una chica llamada Pipp Calzaslargas, que vivía con un mono y un caballo, y que tenía una maleta llena de oro. Sophie estaba tan abstraída en su nuevo libro que su madre pidió a su hermana gemela, Lori, que le llevase un sándwich de mermelada y mantequilla de cacahuete porque se había perdido el almuerzo familiar. Por supuesto, Lori le había dado un bocado al sándwich antes de dárselo, por lo que Sophie tuvo que quitar con cuidado las marcas de dientes antes de comerse el resto.

Quería a su hermana, pero a veces Lori la enfadaba muchísimo. Todos decían que tenían suerte de ser gemelas, y Sophie sabía que tenían razón, que si le hubiese tocado ser la única chica Sullivan no habría sido nada divertido. Aún así, a veces deseaba que Lori no tuviese tantos arrebatos de mal humor.

Por suerte, de momento estaba sola en el patio, y con un pequeño suspiro de alegría volvió a reclinar contra el tronco del árbol y pasó la página para seguir con la aventura de Pippi. Pero claro, en la familia de Sophie la soledad nunca duraba mucho, y cuando escuchó voces y gritos de alegría en otra parte del patio ya no pudo volver a concentrarse en el libro.

Podía ignorar a sus seis hermanos y a su hermana sin mayor problema.

Era Jake McCann el que en realidad la distraía.

Tenía la misma edad que su hermano Zach, y por lo general no le interesaban los chicos de once años. Pero desde el primer día en que lo vio entrar por la puerta con su hermano, Jake lo había cautivado.

Era más grande que Zach, y tenía un aspecto más duro. La ventaja de que nadie reparara en ella era que le resultaba fácil pegar la oreja cuando sus hermanos decían en susurros que el padre de Jake daba un poco de miedo y olía raro, como esa vez que a alguien se le cayó una copa en la fiesta de navidad de su madre.

Se le hacía un nudo en la barriga al pensar en que alguien pudiera ser malo con Jake, y estaba encantada de que pudiese venir tanto a casa, donde todos eran casi siempre amables con lo demás. En realidad Jake nunca le hablaba —de hecho, no le prestaba ningún tipo de atención— pero el simple hecho de saber que estaba cerca le hacía sentir calidez, seguridad y alegría.

Sus hermanos llevaban un tiempo construyendo un fuerte en las ramas del roble más grande

del patio. El fuerte era grande y seguía creciendo, y desde el suelo Sophie pensó que parecía bastante peligroso... pero emocionante a la vez. Nunca había estado tan alto, sin contar los edificios de verdad, y la caída al suelo le parecía muy, muy larga. Y por eso nunca había logrado reunir la valentía necesaria para trepar por las cuerdas que habían atado a unas ramas para formar una escalera.

Jake tenía el pelo oscuro y un poco largo, pero al reírse se le apartó el pelo de los ojos y pudo ver su rostro completo.

¹ Oh, Dios. Qué guapo era, y qué inteligente. Simple y llanamente maravilloso. Podría quedarse mirándolo para siempre, y es probable que lo hubiese hecho si él no la hubiera pillado mirándolo justo en ese momento.

En ese instante en que sus miradas se conectaron, el corazón de cinco años de Sophie le dijo con absoluta certidumbre que él sentía lo mismo por ella... que él también la amaba. Pero entonces, tan rápido que pensó que lo habría imaginado, puso cara de malo y gritó a sus hermanos:

—¡El último en llegar al fuerte es un gallina!

¹ Sus hermanos treparon los unos sobre los otros para subir a la plataforma de madera, pero su hermana Lori era más pequeña y ágil que todos los demás, por lo que estuvo arriba antes que el resto. Jake llegó justo después, y más tarde les siguieron sus hermanos Gabe, Ryan y Zach. Los hermanos mayores —Chase, Smith y Marcus— estaban en un entrenamiento de béisbol. Menos mal, porque si no el fuerte habría cedido por el peso.

¹ De pie allí arriba, sus hermanos y su hermana fingían otear el ancho mar a través de un par de viejos catalejos que habían encontrado en un mercadillo el mes anterior. Solo Jake miraba abajo a Sophie. No le dijo una sola palabra, pero pudo leer el desafío en su mirada... y la silenciosa pregunta:

¹ «No estás asustada, ¿verdad?».

⁵ El corazón se le aceleró al pensar en trepar al árbol y estar tan alto. Aunque agarró el libro con más fuerza, la portada y las páginas resbalaban de sus sudorosas manos.

¹ Cuando el libro se deslizó hasta su regazo, Sophie miró a la chica de la portada, cuyas locas trenzas apuntaban hacia arriba.

⁵ A Pippi no le daría miedo trepar al árbol.

Pippi incluso habría llegado antes que Lori.

Sophie se puso de pie despacio, y las migajas del sándwich cayeron de su camiseta y sus pantalones cortos a la manta, donde serían devoradas por las hormigas. Le temblaban las piernas al caminar por la hierba hacia el gran roble. Sus hermanos estaban demasiado ocupados jugando a los piratas como para darse cuenta de que se acercaba, pero Jake la siguió todo el tiempo con la mirada.

¹ «No voy a echarme atrás. No voy a echarme atrás. No voy a echarme atrás».

² Pero cuanto más se acercaba, más alto parecía estar el fuerte. Nunca antes había trepado por una escalera de cuerda, y las manos le sudaban tanto que sabía que resbalarían en cuanto estuviese a una altura suficiente como para que tras caer su cerebro quedase desparramado por el suelo.

⁵ Estaba a punto de echarse atrás cuando escuchó su nombre, pronunciado en una voz tan baja que apenas lo oyó. Miró arriba, a Jake, y supo que jamás se perdonaría si se diera la vuelta y volviese corriendo a la manta y el libro.

² Él parecía pensar que podía hacerlo. Y no soportaría decepcionarlo.

a Antes de tener aún más miedo del que ya tenía, cogió carrerilla y casi saltó sobre la escalera desde cuerda. Se sintió como si se hubiese transformado en el mono de Pippi Calzaslargas mientras trepaba por la cuerda y las ramas para entrar en el fuerte, moviéndose muy rápido para que el miedo no pudiese dominarla y tirarla al suelo.

Sus hermanos y hermana pusieron cara de asombro al verle asomar la cabeza, y Ryan agarró sus brazos de inmediato para terminar de subirla.

—Deberías habernos dicho que estabas intentando subir —le dijo, totalmente metido en su papel de hermano protector ya que era el mayor de los que estaban en el patio.

o Lori señaló la pierna de Sophie con el dedo:

—Oh, oh.

o Sophie miró abajo y vio un largo arañazo en su espinilla derecha. No tenía ni idea de cómo solo había hecho, e incluso entonces estaba tan henchida por su éxito al subir al árbol que no sintió dolor.

Jake no la felicitó por alcanzar el fuerte —incluso bromeó con sus hermanos sobre no permitir la entrada a niñas menores de seis años en el futuro—, pero Sophie sabía que estaba orgulloso de ella.

l Y, mientras miraba a su alrededor sonriendo, concluyó que ella también lo estaba.

s Porque el mundo efectivamente parecía diferente desde allí arriba... y sobre todo porque le encantaba poder vivir esa aventura con el chico al que siempre amaría.

e

,

a

o

s

s

s

o

a

r

o

l

a

y

Antes de tener aún más miedo del que ya tenía, cogió carrerilla y casi saltó sobre la escalera de cuerda. Se sintió como si se hubiese transformado en el mono de Pippi Calzaslargas mientras trepaba por la cuerda y las ramas para entrar en el fuerte, moviéndose muy rápido para que el miedo no pudiese dominarla y tirarla al suelo.

Sus hermanos y hermana pusieron cara de asombro al verle asomar la cabeza, y Ryan agarró sus brazos de inmediato para terminar de subirla.

—Deberías habernos dicho que estabas intentando subir —le dijo, totalmente metido en su papel de hermano protector ya que era el mayor de los que estaban en el patio.

Lori señaló la pierna de Sophie con el dedo:

—Oh, oh.

Sophie miró abajo y vio un largo araño en su espinilla derecha. No tenía ni idea de cómo se lo había hecho, e incluso entonces estaba tan henchida por su éxito al subir al árbol que no sentía dolor.

Jake no la felicitó por alcanzar el fuerte —incluso bromeó con sus hermanos sobre no permitir la entrada a niñas menores de seis años en el futuro—, pero Sophie sabía que estaba orgulloso de ella.

Y, mientras miraba a su alrededor sonriendo, concluyó que ella también lo estaba.

Porque el mundo efectivamente parecía diferente desde allí arriba... y sobre todo porque le encantaba poder vivir esa aventura con el chico al que siempre amaría.

CAPÍTULO UNO

En la actualidad...

Sophie Sullivan había dedicado los últimos meses a planear los detalles de la boda de su hermano, y en ese momento supervisaba satisfecha los preparativos finales. Era maravilloso ver cómo todo cobraba forma con tanta perfección.

En menos de dos horas Chase y su prometida Chloe se darían el “Sí, quiero” bajo unos arcos cubiertos de rosas, y trescientos invitados los contemplarían. La bodega que poseía su hermano Marcus en el valle de Napa no era solo el escenario perfecto para la boda, también era donde Chase y Chloe se habían conocido y enamorado.

El personal del *catering* que Sophie había contratado se mostraba ocupado en la improvisada cocina. La florista daba los últimos retoques a las flores que flanqueaban ambos lados del pasillo nupcial y los hermosos centros de mesa del convite. Hacía un tiempo perfecto, con algunas esponjosas nubes blancas flotando indolentes en el cielo azul. Los viñedos estaban repletos de hojas verdes y pámpanos, y las flores de mostaza entre las hileras eran una explosión de color dorado en las aparentemente interminables colinas llenas de vides.

La novia y las otras damas de honor ya estaban en la casa de invitados arreglándose el pelo y maquillándose. Hacía media hora que Sophie debería estar con ellas preparándose, pero quería asegurarse primero de que ahí fuera todo estaba perfecto. Y por eso destacaba en la bodega con sus vaqueros metidos por dentro de las botas, un ancho jersey azul y una gorra para cubrir el pelo que no se había peinado esa mañana, pues sabía que la peluquera se encargaría de todo.

Sophie era bibliotecaria, no organizadora de bodas, pero cuando tuvo la oportunidad de ayudar a planificar la boda de Chase se lanzó de cabeza, y había sido muy divertido. Bueno excepto todas esas reuniones con...

—Hey, Buena, tienes buen aspecto.

Todos los músculos de su cuerpo se tensaron al escuchar la lenta cadencia de esas palabras en su espalda.

Jake McCann.

El mejor amigo de su hermano Zach... y el recipiente de veinte años de amor no correspondido.

Por supuesto, en esos veinte años no había dejado de ser ni una sola vez nada más que la hermana pequeña de Zach. Es más, tenía la total certeza de que en ese momento no “tenía buen aspecto” con la ropa que se había puesto para estar toda la mañana moviendo muebles y pesadas cajas de flores.

Con un suspiro de frustración apenas reprimido le contestó sin darse la vuelta:

—Me llamo Sophie, no Buena. —Se lo habría recordado más de mil veces a lo largo de los años, pero aún así insistía en llamarla por su apodo.

Una cosa era que sus hermanos la llamaran Buena... y otra totalmente distinta que lo hiciera Jake. Sobre todo porque en sus sueños secretos ella era pilla y salvaje, y esa mujer que le hacía preguntarse cómo había podido vivir tanto tiempo sin ella.

Sintió que se le acercaba, y su calor innato la abrasó desde más de un metro de distancia

Siempre se había sentido especialmente conectada a él, podía percibir de inmediato su presencia en una habitación. Cuando era pequeña buscaba pretextos para pasar el rato con sus hermanos mayores solo para estar cerca de Jake, quedándose más callada que de costumbre para que nadie recordara su presencia mientras ellos jugaban en el fuerte del árbol o al billar en el sótano, o contaban chistes verdes que ella no comprendió hasta que fue mucho mayor.

El ansia por darse la vuelta, comérselo con la mirada y perderse en la pícaro chispa de sus ojos marrón chocolate fue tan intensa que casi cedió. Por supuesto, conocía de memoria cada centímetro del rostro de Jake, pues había pasado casi toda su infancia mirándolo cada vez que él parecía no darse cuenta. Su mandíbula era recta y marcada, y su nariz tenía un par de bultos que sabía que procedían de peleas en las que se había metido.

Así que en lugar de mirarlo se obligó a mantener su mirada fija en la zona del convite al aire libre, observando cómo los floristas daban los últimos retoques a los centros de mesa y los de *catering* transportaban a toda prisa bandejas de comida de sus furgonetas a la cocina de tamaño industrial de Marcus. Independientemente de sus sentimientos por Jake, su orgullo le insistía en que se esforzase por actuar como si no le importara en absoluto que él estuviese allí o no.

—Me parece increíble que por fin haya llegado el día. —Jake hizo una pausa, y Sophie pudo escuchar cómo el humor se mezclaba con un leve desdén en su voz al concluir—: No me puedo creer que uno de los Sullivan esté de verdad lanzándose a la hoguera del matrimonio.

Destacaba por ser la más serena de la familia, la que siempre pensaba las cosas antes de actuar y la que siempre se expresaba con tranquilidad. Nunca había sido propensa a tener arrebatos, o a ceder ante locos anhelos. Esa era la especialidad de su gemela Lori y por eso tenía el apodo de Pilla, mientras que ella era Buena. Pero no podía sentirse serena cuando Jake estaba cerca.

¿Cómo hacerlo cuando su corazón latía con fuerza al pensar en cómo sería estar entre sus brazos... o cuando él la hacía enfadar con algún comentario de machito? Ambas cosas solían ocurrir al mismo tiempo. De hecho estaba sucediendo en ese preciso momento. Era tan exasperante, pero tan atractivo, que aunque sabía que era una locura desearlo con esa intensidad nunca había podido dejar de sentirse así.

No soportaba cómo le hacía perder el control, y sus dedos se cerraron en un puño al perder la batalla de hacerse la distante y girarse para verlo.

Por desgracia para sus traicioneras hormonas, Jake estaba más guapo que nunca con su esmoquin. La camisa de un blanco impoluto se abría lo justo en el cuello para mostrar el oscuro y rizado vello de su pecho. Sus tatuajes estaban cubiertos, pero el saber que solo una fina tela lo ocultaba hizo que una oleada de deseo prohibido la recorriese. Dios, lo que daría por ver sus tatuajes de cerca y pasar horas explorando con los dedos su piel desnuda, estudiando la tinta engastada en su piel.

—Chase y Chloe están enamorados —contestó con tono de enfado, acentuado por la decepción que sentía consigo misma por cómo le estaba afectando el buen aspecto de Jake—. Si la boda va a ser hermosa, y perfecta, e increíblemente romántica.

Y era aún más hermoso, perfecto y romántico que Chloe estuviera embarazada, y que brillase con una luz tan intensa. Sophie estaba deseando cuidar de su sobrino o sobrina y darle todos los caprichos. La boca de Jake formó una media sonrisa ante su enfática afirmación.

—Al menos será un pedazo de fiesta.

«¿Qué le pasa a este tío?», se preguntó Sophie por milésima vez en veinte años. ¿Cómo podía tener enfrente una vida entera de amor y no ver más que una fiesta?

a Pero bueno, teniendo en cuenta el ritmo alarmantemente rápido con el que las mujeres pasaban por su vida, era fácil llegar a la conclusión de que era uno de esos necios que no creían en el amor. A un tío guapo y rico como Jake McCann solo le importaba el sexo. Ya debería saber que no merecía ni cinco minutos de su tiempo. Y aún así... si fuese tan fácil, si el amor fuera tan racional, entonces probablemente habría encontrado hace años otro hombre del que enamorarse.

s Pero por desgracia en sus sentimientos por Jake no había ni pizca de racionalidad, y nunca lo había habido.

l Aún peor, pensar en sexo y en Jake al mismo tiempo siempre la hacía encenderse, y esa vez no fue una excepción. Sophie no era ni virgen ni mojigata, a pesar de los estereotipos que la gente tenía sobre las bibliotecarias. Al contrario, si supiesen cuántos libros había leído sobre sexo, ese alarmarían. Sobre todo Jake.

l Estaba claro que Jake pensaba que él mismo había escrito el libro de la seducción, ¿no sería genial dejarlo pasmado?

l Diablos, a esas alturas debería haber aprendido a no dejar que sus fantasías la dominaran cuando las protagonizaba Jake, aunque sintiera esa estúpida lujuria por él desde el primer brote de hormonas adolescentes. Y aún así no podía evitar embriagarse con su aroma, que tenía un leve toque de lúpulo y algo para lo que jamás había encontrado descripción más allá de *noche y oscuridad*.

e Se movió para enderezar una silla que ya estaba perfectamente recta.

r —Hace un momento comprobé el montaje de la barra y parece que todo está en su sitio.

a Tenía pensado contratar un servicio profesional de bar para la boda, pero Jake insistió en encargarse personalmente de ello. Era el dueño de una cadena de pubs irlandeses pero, a pesar de que tenía muchísimo éxito en los negocios, Sophie no estaba convencida de que pudiese organizar el servicio de barra para una boda formal.

l Pero ahora que veía el resultado, tuvo que admitir a regañadientes:

l —Has hecho un buen trabajo organizando la barra. Un muy buen trabajo.

, Pudo sentir sus oscuros ojos posados en ella cuando le contestó:

—Tú también has hecho un trabajo magnífico organizando el resto de la boda. —Y otra vez volvió a poner esa media sonrisa que hacía dar volteretas a su estómago—. ¿Estás segura de que no quieres que te contrate para gestionar mis pubs? Alguien como tú ayudaría a que el negocio funcionase aún mejor.

o Sus cumplidos le provocaron una ola de placer que le recorrió y le calentó el cuerpo. Ese era el problema con Jake. A pesar de que sus sentimientos no serían correspondidos ni en un millón de años ni en un billón, ni estando molesta con él podía evitar que la cautivara. Aunque a menudo le parecía que era una sensación que compartía con la mitad de las mujeres del planeta.

Aún así, pues sabía que jamás se perdonaría el convertirse en un charco gelatinoso derretido por la lujuria en mitad de la bodega de Marcus, simplemente contestó:

l —Gracias, pero echaría mucho de menos a mis libros.

Durante toda su vida había tenido libros apilados en cada habitación, y hacía poco que se había incorporado a la era digital y comprado un libro electrónico que le cabía en el bolso. Había sido a la Universidad de Stanford, una de las mejores del país, para sacarse un doble grado en Literatura Inglesa y Bibliotecología, que había conseguido adaptar ella misma con la ayuda de un orientador que amaba los libros tanto como ella. En cuanto se graduó, solicitó un trabajo en la Biblioteca Pública de San Francisco. Era consciente de que podría ganar mucho más dinero si trabajase en la biblioteca de alguna universidad, o si aplicara sus habilidades investigadoras y de

scatalogación en una de las empresas emergentes de tecnología que abundaban en la bahía de San Francisco, pero siempre había querido ser bibliotecaria. Aunque su apartamento fuese más bien pequeño y nunca fuera a ser rica, jamás se había arrepentido ni por un segundo de su decisión.

Consciente de que prolongar esa cercanía física con Jake en ese contexto ultrarromántico le afectaría a la cabeza, dijo:

—Mejor me voy a la casa de invitados.

Pero cuando ya se daba la vuelta para marcharse, una súbita racha de viento hizo volar la gorra de su cabeza.

Jack dio un paso adelante y la cogió por la visera antes de que ella tuviese tiempo de reaccionar.

—La tengo.

Se puso frente a ella, y al ponérsela de nuevo deslizó dentro un mechón de pelo oscuro que había quedado atrapado en su boca. El delicado roce de pieles le hizo cosquillas en la mejilla, y se lamió los labios con nerviosismo. No se acordaba de la última vez que la había tocado. No es que no fuese un hombre afectuoso, era solo que siempre parecía evitar tocarla *a ella*.

Las manos de Jack se detuvieron en la visera de la gorra, y sus ojos oscuros casi se volvieron de negro azabache cuando detuvo la mirada en su boca. Durante unos largos segundos los dos permanecieron inmóviles, pero entonces él dio un súbito paso atrás y el aire levemente fresco de valle usurpó el lugar que segundos antes ocupaba su calor.

—A lo mejor deberías apretarla un poco para que no vuelva a volarse —le dijo antes de observar su ropa con gesto preocupado—. ¿No eres una de las damas de honor de Chloe? ¿Qué haces aún con esa ropa?

Todavía estaba esforzándose por recuperar el aliento tras la conmoción de su roce, por lo que tardó más de lo que debería en procesar la pregunta. Aunque no se le escapó el tono de burla.

Meses atrás, cuando Jake se ofreció a llevar el bar en la boda de Chase y Chloe, Sophie decidió en un arrebato darle una lección por arrogante, y por su insistencia en considerarla poco más que una niña, y no como la mujer plenamente adulta que era. Había planeado hacer que le deseara, buscar algún modo de volverlo loco de anhelo... para luego desdeñarlo, dejándolo con las ganas por primera vez en su vida.

Pero, ¿había acaso mantenido su compromiso de atraer a Jake para luego rechazarlo esos últimos cuatro meses?

¡Ja!

—Sí, soy una de las damas de honor —respondió al fin, y sus palabras fueron un duro achasquido de aire y dientes—. Todas las demás están vistiéndose, pero yo tenía que hacer unas comprobaciones de última hora.

Sus perfectas facciones mutaron de nuevo, de la preocupación al enojo, antes de volver a la indiferencia inicial.

—Bueno, pues ahora que ya has visto que todo está perfecto más te vale ir a que te pongas guapa, ¿no, princesa?

Las duras palabras de Jake cayeron entre ellos con un golpe duro y seco. Sophie no supo si pretendía hierirla dando a entender que necesitaría bastante tiempo y esfuerzo para ponerse guapa... pero fuese esa su intención o no, era exactamente lo que acababa de hacer.

Unos minutos antes estaba orgullosa de todo lo que había organizado para la boda de Chase y Chloe. Pero cuando leyó en su mirada que la veía claramente desesperada y del todo carente de encanto femenino, ese orgullo se volatilizó. Porque aun sabiendo que no debería importarle

aunque no debería concederle el poder de hacerle daño, un puñado de palabras mal escogidas le había hecho más daño que nada en su vida.

¿Acaso había imaginado el hambre, el ansia en sus ojos hacía solo unos momentos, cuando él acarició su mejilla y ella habría jurado que pensaba en besarla?

¿O simplemente había deseado tanto sentir esa chispa que se había inventado por una décima de segundo una conexión que en realidad nunca existiría entre ellos?

a Cómo odiaba la forma en que le había hablado, como si fuese aún una niña pequeña en lugar de una mujer triunfadora y totalmente adulta. *Princesa*. La había llamado *princesa*.

e Era incluso peor que Buena. Por lo menos su apodo familiar había nacido del amor.

De un plumazo, toda esa resolución a la que tanto le había costado aferrarse respecto a Jake se arremolinó dentro de ella, alojándose justo sobre su esternón. Qué no daría por dejarlo embobado, por mostrarle que no tenía ni idea de quién era ella en realidad, de que la chica y “buena” a la que había visto crecer, la “princesa” a la que veía cuando la miraba, era más que suficiente mujer como para darle mil vueltas.

Había crecido en una familia de hermanos extraordinarios, así que sabía que no debía competir con ellos. Nunca se deslizaría por una pista de baile como su gemela Lori, que era coreógrafa. Jamás lideraría un equipo que ganara un campeonato nacional como su hermano Ryan, jugador profesional de béisbol. No salvaba vidas a diario como su hermano Gabe, bombero. Y nunca le apasionarían tanto la fotografía, los coches o los viñedos como para convertirlos en fructíferos negocios, como sus hermanos Chase, Zach y Marcus habían hecho.

é Pero allí frente a Jake, en medio del viñedo de Marcus y apenas una hora antes de la boda de Chase y Chloe, Sophie no pudo estar más contenta porque su pasión por los libros le hubiese hecho leer miles de novelas. Las suficientes, esperaba, como para montar una pequeña intriga que le diese a Jake un trago de su propia medicina... y, como mínimo, ponerlo en un aprieto.

e —Tienes razón —dijo con suavidad—, debería irme ya para que me pongan *guapa*. —Sus palabras sonaron determinadas, y habría jurado poder ver un gesto de vergüenza en el rostro de Jake cuando le repitió sus palabras—. Pero hay algo que quisiera pedirte antes.

1 —¿Qué es? —preguntó él con voz suave. «Demasiado suave», pensó Sophie, como si estuviera obligándose a parecer tranquilo y despreocupado ante ella.

s —Bueno —le dijo despacio—, acabo de descubrir que un exnovio mío es uno de los invitados de última hora de Chloe.

Y era verdad, estuvo quedando con el chico, Alex, durante unos meses el año anterior. Era guapo y simpático pero, cuando ella fue incapaz de irse a la cama con él, empezó a buscar con la mirada a otras chicas guapas cada vez que salían. Si él le hubiese importado, se habría enfadado.

Como no era el caso, le fue fácil dejarlo libre para que pudiera ir tras una de esas otras chicas. Pero aunque él seguro que sabía que lo suyo no iba a ninguna parte, y a pesar de que intentó ser lo más delicada posible, no le sentó bien que lo dejara. Sus labios jamás pronunciaron la palabra *calientabraguetas*, pero sabía que era lo que pensaba de ella.

Eso le hizo más fácil retorcer un poco la verdad para que Jake la aceptara mejor.

i —Acabó siendo un poco capullo, y me encantaría ponerlo celoso —dijo entornando los ojos despacio, como si aún no hubiese superado el dolor de que la dejaran tan insensiblemente.

Aunque solo había actuado como extra en algunas obras de teatro en primaria, trató de canalizar cómo imaginaba que su hermano Smith interpretaría esa escena en la pantalla. Con apatetismo. Y una leve pincelada de vergüenza ante cómo, por más que lo intentase, no conseguía ser lo suficientemente buena para su ex.

e Esperó un segundo antes de volver a subir su mirada hacia la de Jake:

—¿Me ayudarás?

l Él se la quedó mirando, claramente incapaz de creerse lo que le proponía.

—Espera un segundo, Buena. ¿Quieres que *yo* te ayude *a ti* a poner celoso al fracasado de tu Alex?

Le hizo apretar los dientes el modo en que usó su apodo, así como el hecho de que de inmediato diera por hecho que si era su novio debía ser un fracasado, pero se obligó a hacer como si nada. Por ahora.

—No has venido con nadie a la boda, ¿verdad?

e Unas semanas atrás él le había dicho que no llevaría compañía a la boda para poder vigilar mejor a su personal en la barra. Sophie dedujo que también sería una manera excelente de poder escoger de entre todas las invitadas atractivas y solteras con cuál seguir la fiesta en su cama. Si se esforzó a aplacar el brote de celos que esa visión le produjo y dijo:

—Por favor, Jake, ¿me ayudarás?

a Pero él ya negaba con la cabeza.

a —Nadie se lo creerá. Y tus hermanos me matarían si pensaran que estoy mirándote de ese modo.

, Malditas sean su mala reputación y la suya propia, casi inmaculada. Y malditos sean sus hermanos por ser tan protectores.

Jake tenía razón. Lo despellejarían si llegaran a pensar que había tenido siquiera un pensamiento impuro acerca de ella o de Lori. Pero se negó a rendirse, no con su desdenoso comentario de “más te vale ir a que te pongan guapa, ¿no, princesa?” rondándole aún por la cabeza.

—¿Estás de broma? —contestó con una risa—. Claro que ninguno de ellos se lo creería ¿Tú? —rió aún más alto—. ¿Y yo? —Negó con la cabeza como si la idea fuese absolutamente descabellada... aunque en sueños había escrito un millar de veces su historia de amor—. Todo sabemos el tipo de chica que te va. Me sorprendería que la mitad de ellas supiesen deletrear sus nombres.

Cuando él hizo un gesto de enfado, se dio cuenta de que quizás había ido demasiado lejos.

s Vaya.

—No te preocupes —le tranquilizó—, me aseguraré de que ni mi familia ni mis amigos no se avergüencen. Solo mi ex.

a —¿Y tiene nombre ese tío?

. Intuyó por la mirada de Jake en ese momento, que le decía que iba a partir en dos a su ex usando solo sus manos, que no sería justo darle el nombre de Alex.

r Pensó rápido y contestó:

a —Aún me duele decir su nombre en voz alta.

Su respuesta no pareció agradaarle, ya que gruñó:

—¿Te hizo daño?

s Menos mal que no había desayunado demasiado. Porque si no, es posible que hubiese vomitado al poner la mano sobre el corazón y decir “solo aquí” con afectación teatral.

e Sophie estaba segura de que cualquier otra persona se habría dado cuenta de que estaba haciendo una actuación terrible, pero Jake estaba tan dispuesto y acostumbrado a no prestar atención a nada de ella que parecía que al final se saldría con la suya.

Jugó su última carta, consciente de que era la hora del todo o nada.

—Por favor, Jake. Eres el único a quien puedo pedir que me ayude a darle una pequeña venganza a un gran capullo. —Se acercó a su oído y le dijo en un susurro—: Será nuestro secreto.

1 Dios, qué bien olía, tan bien que le dieron ganas de frotar sus labios contra la incipiente barba de su mejilla. Pero en lugar de eso se obligó a apartarse.

e Él se llevó una mano al pelo y negó con la cabeza, como si ya supiese que se arrepentiría de ayudarla, para finalmente decir:

—Vale. Ya que estás tan desesperada, lo haré. Aunque sigo pensando que este plan tuyo no tiene muchas opciones de salir bien.

r La palabra *desesperada* le rechinó en la cabeza junto a *princesa* y *Buena* al decirle:

r —Oh, saldrá todo bien. Yo me aseguraré de que así sea.

e

* * *

¿Qué demonios acababa de ocurrir?

e Jake McCann sabía los sentimientos que debía albergar por Sophie Sullivan. Se supone que debía quererla como un chico quiere a su hermana pequeña, cuidándola y asegurándose de que estaba feliz y a salvo. Se supone que debía ser ciego a cómo el cuerpo de Sophie había cambiado con los años. Y se supone que debía desear que encontrara a un chico bueno y tranquilo que cuidase siempre de ella.

1 No debería quedarse mirando sus curvas bajo los vaqueros y el jersey mientras ella recorría la bodega supervisando los preparativos de la boda. Y cuando sin querer la tocó mientras le ponía la gorra, y sus ojos parecieron perderse en ensoñaciones, estaba más que claro que no debería haber sentido el loco impulso de atraerla hacia él, besar su dulce boca y descubrir cómo sería el roce de sus curvas presionando sus firmes músculos.

s Pero aunque sabía todo eso, no consiguió apartar la mirada de ella mientras se marchaba, no pudo dejar de pensar en lo suave que había sido el roce de su mejilla contra la yema de su dedo pulgar, y cómo su pelo se había deslizado como la seda entre sus dedos.

Maldita sea.

¿Cuánto tiempo llevaba esforzándose por negar lo que sentía por Sophie?

s ¿Cuántos años llevaba diciéndose que la necesidad que tenía de ella no era nada que no pudiera expulsar de su organismo ayudándose de otras mujeres? Mujeres que estaban muy bien para pasar unas cuantas horas en la cama, pero que no tenían ni una pizca de la elegancia natural de Sophie. De su inteligencia. De su delicadeza.

x ¿Y cómo demonios soportaría pasar todo ese tiempo con Sophie cuando cada vez que la había visto esos últimos meses, para ayudarla a organizar la boda, su autocontrol menguaba un poco más? Sentarse a su lado mientras repasaban juntos los planes para el evento, respirando su dulce aroma y preguntándose si sabría igual de dulce en su lengua, le había estado volviendo loco. Día tras día ella se colaba en sus pensamientos, en sus sueños, y cada vez se quedaba más tiempo.

e Sophie siempre había sido especial, incluso de pequeña. No era solo la cosa más bonita que hubiese visto en su vida, sino también tan inteligente que ya le impresionaba con cinco años. Y también era valiente. Mucho más valiente de lo que ella misma pensaba. Siendo la más joven y callada de una familia con ocho hermanos, ni se inmutaba cuando cruzaba marañas de codos y rodillas voladoras. Y sin saberse por qué, como por magia, el mar de extremidades se abría para

dejarla pasar, como si su silencioso poder fuera mucho mayor que el de los músculos de sus hermanos o del constante bullicio de su hermana gemela.

Solo unos minutos antes, cuando en medio de la bodega había tenido a Sophie tan cerca como para atraerla a sus brazos, Jake estuvo atrapado entre dos opciones imposibles. Extender el brazo y al fin reclamarla, como llevaba demasiado tiempo fantaseando hacer... o, por su propio bien, alejarla. Porque una cosa era que un McCann fuese amigo de una chica Sullivan, pero otra muy diferente era pensar que podía tratar de hacerla suya y quedarse con ella para siempre.

Siempre había sabido que eso no era posible, que Sophie merecía algo mejor que el hijo de un borracho maltratador que se dedicaba a servir cerveza. Pero por desgracia, saber todo eso no alejaba el deseo.

Se le encogió el pecho de arrepentimiento al recordar la expresión herida de Sophie cuando le hizo ese comentario jocoso sobre la ropa y sobre necesitar que la pusieran guapa para la boda. Era la última persona en el mundo a la que quería herir, y justo por esa razón se había asegurado todos esos años de mantener toda la distancia de que era capaz.

No soportaba pensar en que un tío con el que había estado saliendo había sido mezquino con ella, y que además tuviese el atrevimiento de aparecer en la boda de su hermano. Sophie merecía estar con alguien que se lo diese todo. Una casa en una urbanización con una valla blanca de madera. Un puñado de lindos críos con un gran cerebro, como el de su madre.

Se presionó el esternón con los puños, intentando sofocar físicamente el nudo que le producían en el pecho esas imágenes como de revista de Sophie feliz con otro tío. No le convencía mucho el plan de poner celoso a su ex, pero había pensado quedarse a solas con él para enseñarle lo que pasaba cuando alguien hacía daño a un Sullivan.

En ese mismo momento Chase salió a la terraza de Marcus y llamó a Jake, sacándolo de un sobresalto de sus pensamientos.

Los hermanos de Chase tenían todos un papel especial en la boda acompañando al novio, y Marcus había conseguido una licencia especial para poder officiar la ceremonia. Jake era el único Sullivan con el privilegio de acompañar al novio en el altar, a pesar de que Chase podría haber elegido a uno de sus muchos primos.

El noveno Sullivan. Es como siempre le habían hecho sentir, como si fuese uno de ellos. Cuando era niño y pasaba el rato con ellos, Jake fingía que era su casa. Y la verdad es que la casa de Mary Sullivan fue el único hogar de verdad que conoció hasta unos años más tarde, cuando compró su propia casa. A esas alturas sus pubs irlandeses estaban subiendo como la espuma, y pudo permitirse sin mucho esfuerzo el tipo de casa con el que antes solo podía soñar.

Jake se alegraba por Chase en el día de su boda. El día que conoció a Chloe le sorprendió la buena pareja que hacían. Por supuesto que le había extrañado lo rápido que su amigo se había enamorado, y la felicidad con la que se enfrentaba a todo ese lío de ser esposo y padre que le había caído encima. Porque aunque Jake nunca se dejaría echar el lazo así, siempre apoyaría a los Sullivan.

Acompañar a Chase en el altar y organizar la barra era una forma de devolver algo a la familia que le había ayudado a crecer cuando a su propia familia le importaba un comino.

Los dos hombres estrecharon sus manos y se abrazaron.

—¿Cómo te sientes en tu gran día? —preguntó Jake.

Chase sonrió:

—Bien. —Su sonrisa se agrandó—. Muy bien.

Jake había visto juntos a Chase y Chloe lo suficiente como para saber que se hallaba ante un

stío extremadamente feliz. Chase no parecía arrepentirse en absoluto de renunciar a un catálogo de atractivos modelos para al fin sentar la cabeza.

a —¿Has visto a Chloe? —preguntó Chase—. ¿Sabes si necesita algo?

l En cuanto Chloe anunció su embarazo, Chase se había convertido en el arquetipo del futuro padre sobreprotector. Era justo el tipo de comportamiento chiflado que Jake nunca comprendería. Y por eso tomaba absolutamente todas las precauciones para que sus compañeras sexuales no pudieran quedar embarazadas.

e —Acabo de hablar con Sophie —le respondió—. Parece que las chicas lo tienen todo bajo control.

—Bien. —Chase asintió satisfecho, y luego le sonrió—: Ven dentro. Smith nos está contando que hace unas semanas, en la fiesta tras una entrega de premios, se topó con una orgía. Imagina. .que es solo el calentamiento para el discurso que dará en el convite.

o Jake le contestó sonriente:

—Entonces es verdad que no vas a echar todo eso de menos, ¿eh?

l Chase no dudó antes de negar con la cabeza:

a —Por Chloe vale la pena eso y mucho más.

e Acompañándose amistosamente en silencio, los dos hombres se dirigieron a la casa, y Jake pudo escuchar la risa de los Sullivan en cuanto entró. Amaba a esa familia como si fuese la suya. eArriesgaría su vida por cualquiera de ellos.

e Sobre todo por la belleza de pelo oscuro a la que no lograba sacarse de su cabeza.

l O de su corazón.

l

y

o

a

.

a

o

y

o

a

e

a

a

l

tío extremadamente feliz. Chase no parecía arrepentirse en absoluto de renunciar a un catálogo de atractivos modelos para al fin sentar la cabeza.

—¿Has visto a Chloe? —preguntó Chase—. ¿Sabes si necesita algo?

En cuanto Chloe anunció su embarazo, Chase se había convertido en el arquetipo del futuro padre sobreprotector. Era justo el tipo de comportamiento chiflado que Jake nunca comprendería. Y por eso tomaba absolutamente todas las precauciones para que sus compañeras sexuales no pudieran quedar embarazadas.

—Acabo de hablar con Sophie —le respondió—. Parece que las chicas lo tienen todo bajo control.

—Bien. —Chase asintió satisfecho, y luego le sonrió—: Ven dentro. Smith nos está contando que hace unas semanas, en la fiesta tras una entrega de premios, se topó con una orgía. Imagino que es solo el calentamiento para el discurso que dará en el convite.

Jake le contestó sonriente:

—Entonces es verdad que no vas a echar todo eso de menos, ¿eh?

Chase no dudó antes de negar con la cabeza:

—Por Chloe vale la pena eso y mucho más.

Acompañándose amistosamente en silencio, los dos hombres se dirigieron a la casa, y Jake pudo escuchar la risa de los Sullivan en cuanto entró. Amaba a esa familia como si fuese la suya. Arriesgaría su vida por cualquiera de ellos.

Sobre todo por la belleza de pelo oscuro a la que no lograba sacarse de su cabeza.

O de su corazón.

CAPÍTULO DOS

—¡Aquí estás! Estábamos a punto de organizar una batida para buscarte. —Kalen, la maquilladora con la que Chase solía trabajar en sus sesiones, agarró a Sophie en cuanto puso un pie en la casa de invitados—. Todas las demás ya se están vistiendo. —Miró atentamente el rostro sin maquillar de Sophie—. Por suerte solo necesitas un toquecito de rímel y de pintalabios —Y mientras disponía los productos que planeaba usar con Sophie, añadió—: Te lo juro, qué maravilla de genes tenéis en vuestra familia. Ojalá hubiese podido trabajar con vuestra madre cuando era modelo. Si ahora es tan hermosa, de joven debió haber sido absolutamente extraordinaria.

—La próxima vez que vayas a su casa deberías pedirle que te enseñe sus álbumes de recortes —sugirió Sophie—. De pequeña me pasaba horas mirándolos. Apenas podía creerme que esa mujer de las fotos fuese mi madre. —Y mientras Sophie hojeaba los álbumes de recortes, su hermana Lori jugaba frente al espejo con las sombras de ojos, los polvos y las barras de labios de su madre.

Cualquier otro día Sophie habría estado de acuerdo con Kalen en lo de llevar la cara prácticamente lavada. Nunca se había sentido cómoda del todo con maquillaje. Siempre había mostrado más interés en leerle a Lori en voz alta los libros que encontraba sobre el tema que en ponérselo.

—En realidad —dijo, con el corazón desbocado por lo que estaba a punto de hacer— estaba pensando en si podrías hacer conmigo un poco de tu magia.

Kalen arqueó una ceja.

—¿Magia?

Sophie asintió, obligándose a admitir:

—Hay un chico...

—Con que un chico, ¿eh? —Kalen esbozó una lenta sonrisa—. Bueno, en ese caso estaré encantada de hacer contigo un poco de mi magia. No sabrá por dónde le vienen los golpes. —Llamó a la amiga peluquera que había traído consigo—. Jackie, ¿puedes venir aquí un segundo?

Tras unos minutos de deliberación entre susurros —en los cuales Sophie dejó claro que no quería parecer demasiado maquillada o vulgar, solo mucho más sexy de lo normal— las tres mujeres habían formulado un plan.

Sophie se sentó frente al espejo y trató de ignorar a su acelerado corazón mientras que transformaban a Buena en otra cosa totalmente distinta.

* * *

Kalen y Jackie acababan de terminar con el peinado y el maquillaje de Sophie, y la estaban ayudando a ponerse el vestido de dama de honor sin estropear su magnífico trabajo cuando Lori entró en la habitación.

Aunque siempre se movía rápido, una simple mirada a Sophie bastó para que se quedara más quieta de lo que jamás hubiese visto a su gemela.

Lori se la quedó mirando, conmocionada.

—¿Qué demonios le habéis hecho a mi hermana?

Durante ese último año su relación había sido un poco tensa. Sophie no soportaba ver cómo Lori permitía que el capullo con el que salía en secreto se aprovechara de ella. Todos veían a su gemela muy fiera y valiente pero Sophie sabía que, simplemente, a Lori se le daba mejor que a los demás ocultar sus emociones.

Cada vez que intentaba sacarle el tema, en lugar de confiar en ella Lori la apartaba más y más de su vida. Era una maestra de las pullas afiladas y sarcásticas, como bien sabía Sophie, y en los últimos meses había recibido bastantes. Pero con independencia de todo lo que hubiese ocurrido entre ellas el último año, amaba a su hermana.

¿Cómo podría no hacerlo, si siempre habían sido dos mitades de un todo?

Y ese era uno de esos días en los que Sophie necesitaba que su gemela la reconfortara. Lori era la única que podía comprenderlo todo sobre ella automáticamente, cosas del ADN.

Aún estaban calientes la forma en que Jake la había tratado y la decisión de tomar por fin cartas en el asunto, por lo que le había parecido que se estaba empoderando al permitir que Kalei y Jackie se pusieran creativas con su aspecto. Pero para alguien como Sophie, cuya tendencia natural era a camuflarse con el paisaje, ese peinado, ese maquillaje, esa actitud, eran un paso muy grande.

¿Y si se reían de ella?

¿Y si Jake se reía?

Se moriría. Sí, en ese mismo momento y lugar, en medio del día especial de Chase y Chloe enfrente de trescientas personas, se marchitaría y caería muerta.

Lori se acercó e hizo un giro completo alrededor de Sophie, que estaba de pie e inmóvil con su vestido palabra de honor de raso fucsia. Había sido la última en quedar con Chloe en la tienda de trajes de novia para escoger su vestido de dama de honor. Aunque era sin duda menos atrevido que el de Lori, a Sophie ya se le había olvidado lo bien que el raso abrazaba sus curvas. Mucho mejor que cualquiera de sus prendas, eso estaba claro. Era un vestido como de estrella de cine clásico, como el icónico vestido de Marilyn Monroe cantando “*Happy Birthday, Mr President*”, con una larga raja en una pierna. Le habían moldeado el pelo, que le caía por los hombros hasta el nacimiento de los pechos, hasta que tuvo un brillo y una suavidad casi inverosímiles.

Por fin, Lori dijo:

—Estás preciosa, Soph.

Sophie soltó un gran suspiro de alivio:

—Gracias a Dios.

—Pero —añadió Lori con expresión ligeramente contrariada—, no pareces exactamente tú —Su expresión se acentuó—. ¿Te ha convencido Kalen para que te hagas esto?

Sophie negó con la cabeza, consciente de que si todo resultaba en desastre no podría culpar a nadie excepto a sí misma.

—Lo del maquillaje fue idea mía. Y lo del pelo también.

Se notaba en los gestos de Lori que se esforzaba por comprender.

—No lo pillas. A ver, estás preciosísima, pero nunca antes habías querido probar nada nuevo ¿Por qué ahora?

Sophie se encogió de hombros de un modo exagerado, como si no le importara en absoluto si su hermana lo entendía o no. Aunque le importaba. Y mucho.

—Solo quería probar cómo sería tener un aspecto diferente por un día.

Lori la examinó de nuevo, de la cabeza a los pies, y Sophie supo el momento exacto en el que descubrió la verdad, porque sus ojos se agrandaron y empezó a negar con la cabeza.

1 —Oh, no. Dime por favor que no has hecho esto para intentar que J...

a Sophie se abalanzó sobre su hermana para taparle la boca antes de que dijese el nombre de Jake, no fuera a ser que alguno de sus hermanos estuviese escuchando su conversación, o dedujera lo que estaba tramando. Ojalá pudiera decirle a Lori que su transformación no tenía nada que ver con Jake, pero no podía mentirle a su gemela aunque estuvieran pasando una mala tracha por culpa del capullo de su novio.

—Yo sé lo que me hago.

Lori apartó la mano de Sophie de su boca con un movimiento brusco.

i —No, Soph, no tienes ni la más remota idea de lo que estás haciendo. Nunca antes has jugado a este tipo de juegos con un hombre, y está clarísimo que él no es alguien con quien deberías jugar. Yo quiero mucho a J...

1 —¡Lori!

a —...lo quiero mucho, como a un hermano, pero eso no quiere decir que no vea sus fallos. Sobre todo en lo que a las mujeres se refiere. —Lori la dejó clavada con una mirada punzante— Por favor, no hagas esto. Hoy no. Con él no.

Aunque Sophie jamás pensó que se lo confesaría a nadie, ni siquiera a su hermana, se encontró diciendo:

, —Tú no sabes lo que es ser invisible. —Por instinto levantó la barbilla y echó los hombros hacia atrás—. Y ya estoy harta.

1 Esperaba comprensión por parte de su gemela, pero en lugar de alentarla, le contestó:

a —A ti te encanta decirme cuándo y dónde estoy metiendo la pata. —Sophie trató de interrumpirla, pero su hermana le puso las manos en los hombros y le dio la vuelta para que se enfrentase al espejo de cuerpo entero—. Esta vez eres tú la que tiene que escuchar. No haga esto, Soph. —Lori le apretó los hombros con firmeza—. No. Hagas. Esto.

: Sophie contempló a la mujer increíblemente sexy que le devolvía la mirada en el espejo. Nunca habría conseguido un resultado así sin ayuda profesional.

i Era ahora o nunca.

Y estaba más que harta del *nunca* en el que llevaba viviendo toda su vida.

—Tengo que hacerlo.

Lori parecía más seria —y preocupada— de lo que jamás recordase haberla visto.

—Los chicos van a perder la cabeza cuando te vean así. A ver, están acostumbrados a que yo ponga en juego mis encantos, pero tú... No. No les va a gustar. Ni una pizca.

. Sophie decidió que sería un buen ensayo reunir la valentía para decir “Vaya, pues que pena”. Lori al fin casi sonrió, pero entonces preguntó:

a —¿Y si te sale el tiro por la culata?

El corazón se le paró por un segundo al pensar en cuántas cosas podrían salir mal en su brillante plan de darle una lección a Jake por ignorarla todos esos años. Aún así, pensó que sonaba segura y confiada al tranquilizar a su hermana:

. —Todo saldrá bien.

Y aunque aún podía sentir el calor donde los dedos de Jake habían tocado su mejilla, se dijo que esa era la verdad. Porque si hay algo que todos saben sobre Sophie Sullivan es que nunca jamás miente. A nadie.

Y por supuesto tampoco a ella misma.

l Ellen, la jefa de la bodega de Marcus, que había ayudado con muchos de los detalles de la boda, asomó la cabeza por la puerta:

—Vaya, estáis preciosas las dos. —Se detuvo unos segundos más para observar a Sophie con un leve toque de sorpresa en la mirada antes de decir—: En realidad preciosa se queda corto.

o Sophie se olvidó por un momento de su transformación y preguntó a Ellen:

a —¿Va todo bien ahí fuera?

a Ellen sonrió:

—A las mil maravillas. Los invitados están llegando, el cuarteto de cuerda suena genial, hace un tiempo perfecto y la novia está radiante.

Sophie exhaló un suspiro de alivio.

s —Bien. Quiero que el día de Chase y Chloe sea perfecto.

o —Y lo será —prometió Ellen—. He ayudado a organizar docenas de bodas aquí en la bodega y, en mi opinión, esta va a ser la mejor de todas. —Echó una mirada al iPad que siempre llevaba consigo—. Es casi la hora de darle a la novia el visto bueno para que salga. ¿Estáis listas las dos?

o El corazón de Sophie dio un salto ante el pensamiento de hacer su gran aparición. Estaba más lista de lo que jamás había estado.

Se unió a las otras mujeres —Lori; Nicola, la estrella del pop y novia de Marcus; Megan, la novia de Gabe; y las otras dos damas de honor, viejas amigas de Chloe— en el porche. Sophie y Lori compartían el puesto de madrina, y habían disputado un encarnizado duelo de piedra, papel o tijera para dirimir cuál sería la primera en salir acompañando a Marcus, el mayor de los Sullivan.

Sophie estaba segura de que Lori había hecho trampas. Siempre lo hacía. Pero ahora estaba encantada de no tener que ser la primera en cruzar el pasillo nupcial. Era aún mejor que fuera su hermano Smith quien la acompañase al hacer su entrada. Todos dirían “Ohhhh” y “Ahhhh” por la impresión de tener a una estrella del cine entre ellos. Al menos el tiempo suficiente, esperaba para poder aclimatarse un poco mejor a su flamante personaje de diosa del sexo.

o.

* * *

En cuanto llegaron al porche sus hermanos se le quedaron mirando pasmados, justo como Lori predijo. Pero por desgracia el pasmo se transformó rápidamente en miradas de enfado.

—¿Sophie? —Los ojos del mayor de sus hermanos echaban chispas, y tuvo que obligarse a mantenerse firme frente a Marcus y no batirse en retirada para lavarse la cara, cepillarse el pelo moldeado y volver a ese estilo informal al que todos estaban acostumbrados—. Pero qué co...

Su novia Nicola, una estrella del pop de la que se había enamorado seis meses antes, sujetó del brazo a Marcus justo a tiempo.

—Oye, guapetón —le dijo en tono jocoso—, ¿tú no conocerás al dueño de todo esto?

o Gracias a Dios Marcus no podía resistirse a su imponente novia, sobre todo si se ponía de puntillas para susurrarle algo al oído que le hizo arrastrarla a un rincón discreto del porche para besarla.

Sophie tomó una nota mental: tenía que hacer algo por Nicola para agradecerle sus rápidos reflejos. ¿Quizás un libro electrónico con cien libros fantásticos para los interminables trayectos entre una ciudad y otra cuando estaba de gira?

a Por desgracia su hermano Gabe le tomó el relevo un segundo después:

—¿Por qué llevas todo ese maquillaje, Soph?

a Megan, que se había convertido en una de sus mejores amigas tras reencontrarse unos meses antes, le lanzó una mirada de comprensión antes de interponerse entre ella y Gabe.

1 —Summer necesita ayuda con la canasta de pétalos. Está preguntando por ti, Gabe.

El hermano bombero de Sophie se había enamorado hasta el tuétano de su amiga y su hija tras salvarlas unos meses antes de un incendio mortal en su apartamento. Era incapaz de seguir pensando en lo que fuera que planeaba Sophie si la hija de siete años de Megan lo necesitaba.

Era una pena que Ryan, Zach y Smith no tuvieran novias en el porche que los distrajeran.

e Ryan no dejaba de mirar alternamente a Lori y Sophie, con ese esmoquin que le sentaba igual de bien que el uniforme de béisbol.

—¿No iréis a hacer otra vez eso de haceros pasar la una por la otra, no?

Su hermano Zach era la confusión hecha persona.

a —Sea lo que sea, no quiero saber qué está pasando aquí. —Pero entonces añadió con voz afuera y enfadada—: Lo juro por Dios, Buena, si pillo a alguien mirándote más de lo normal lo voy a golpear la cabeza contra el suelo hasta convertirlo en fertilizante para el vino de Marcus.

s —¿Y si alguien me mira a mí? —preguntó Lori, en un obvio intento de desviar la atención de sus hermanos haciéndose la ofendida.

a —Tú sabes cuidarte solita —respondió Zach con gesto exasperado.

y —Y yo también —replicó Sophie. La reacción de sus hermanos no dejaba de fastidiarla aunque no fuese precisamente inesperada.

s —Tú qué vas a saber cuidarte —dijo Smith.

Smith, que era el segundo en edad y tenía millones de fans por todo el mundo, había estado hasta entonces contemplándola en silencio. Aunque eran todo lo diferentes que dos Sullivan podían ser —él se movía como pez en el agua bajo esos focos de los que ella se mantenía lo más alejada posible— siempre habían estado especialmente unidos. Desde que tenía uso de razón él se aseguraba de que su voz fuera escuchada cuando todos estaban alrededor de la mesa, y de que los mayores la incluyeran en sus juegos.

Le tomó la mano y le dijo:

—Soph, vamos a ensayar nuestra entrada a la ceremonia.

Había estado tan aturdida por sus hermanos que no se había dado cuenta de una ausencia.

i —¿Dónde está Jake?

—Solucionando una emergencia de última hora con las bebidas —contestó Smith, y cuando estuvieron en el otro extremo del porche añadió—: Estás muy guapa.

o Sophie le dio las gracias, aunque sabía que no la había apartado del resto de sus hermanos solo para hacerle un cumplido.

o —Pero estoy desconcertado por ese nuevo peinado y el maquillaje. —Si alguien sabía acerca de transformarse en un personaje nuevo, ese era Smith. Y por eso estaba aún más escamado que el resto de sus hermanos—. ¿Qué está pasando aquí?

e Sophie tragó saliva.

a —Quiero estar guapa para la boda.

—Ya estabas guapa antes de... —la interrumpió, señalando con un gesto a su pelo, e

s maquillaje y el vestido.

s Se le encogió el corazón al ver cómo su hermano la miraba, como si fuese una niña pequeña que necesitaba protección. ¿Es que no se daba cuenta? Ese era justo el motivo por el que tenía que hacer todo eso. Para que todos dejaran de pensar en ella como la pequeña y dulce Buena.

Pero no se daba cuenta —ni él ni ninguno de sus hermanos— de que con su sobreprotección

sno hacían más que alimentar su determinación.

Una parte de ella deseó desesperadamente contarle la verdad a Smith, tratar de encontrarlo en los grandes y fuertes brazos de su hermano. Pero sabía que no debía. Si le contase lo que estaba haciendo, era probable que la encerrara en la casa de invitados hasta que terminase la boda. Y entonces le arrancaría a Jake los brazos y las piernas uno a uno.

Muchas gracias, pero quería tener el placer de hacer eso ella misma.

—Voy a recorrer el pasillo del brazo de una estrella de cine —se obligó a decir—. ¿Quién sabe dónde puede aparecer mi foto?

Por desgracia, Smith no creyó ni una palabra.

—¿Desde cuándo te preocupan esas cosas?

«Desde nunca», pensó, pero ese no era el tema. Se inclinó hacia él y lo envolvió con sus brazos.

—Me alegro tanto de que estés aquí. Te he echado de menos cuando estabas lejos.

Sintió un beso en la frente. A los dos años perdió a su padre, pero nunca había sentido esa evasión en su vida gracias al abundante amor que la rodeaba: gracias a los abrazos de Smith, Marcus y Chase, a las bromas de Zach y Ryan, a las discusiones y los juegos con Gabe y Lori.

—Yo también te he echado de menos, Buena. —Smith se alejó un poco para mirarla, y Sophie se preguntó por qué no le chirriaba su apodo cuando lo usaba Smith pero cuando lo hacía Jake le entraban ganas de pegarle—. Es solo que no esperaba volver de Australia y encontrarte cambiada.

—Sigo siendo yo —respondió con voz suave.

Pero a decir verdad, apenas había pasado una hora desde su “transformación” y ya algunas cosas eran diferentes. Para empezar, nunca había tenido conversaciones así con sus hermanos. Y a pesar de no estar segura de si volvería a probar en el futuro ese estilo en concreto, y aunque le preocupaba hacer el ridículo con ese vestido ceñido y esos tacones altos como torres, a una parte de ella le estaba gustando el cambio. ¡Si incluso la camarera de su tailandés favorito le preguntó la última vez si iba a pedir lo mismo de siempre!

Le vino la súbita revelación de que estaba atascada en la rutina. En una rutina *buena* y cómoda.

Un ruido de pisadas acercándose hizo que Smith volviera a colocarle con cuidado el pelo en su sitio.

—Estás realmente guapa, Soph. Diferente, pero impresionante. —Esa vez sus palabras vinieron acompañadas de un orgullo de hermano que le brillaba en los ojos. Aunque claro, la preocupación seguía estando allí—. Y si necesitas hablar de lo que sea, cuando sea, aquí me tienes. —Le levantó la barbilla con un dedo para mirarla a los ojos—. Eso lo sabes, ¿verdad? Que si me necesitas vendré a casa, aunque esté en un rodaje en la otra parte del mundo.

Ella le apretó las manos con fuerza, y solo la llegada de Ellen la salvó de romper a llorar desconsoladamente en los brazos de su hermano.

—Smith y Sophie, necesitamos que os unáis al resto del grupo. —Por suerte Ellen iba tan acelerada que no se dio cuenta de que Sophie se esforzaba por recuperar la compostura—. Marcus y Lori abrirán la comitiva desde el porche hasta el pasillo nupcial, y os haré una señal cuando sea vuestro turno para seguirles. —Notó los tacones de Sophie, por lo que añadió— Cuidado con las escaleras. Me temo que no serías la primera dama de honor en tropezar y caer rodando.

Unos segundos más tarde, cuando Ellen les dio la señal y Smith le lanzó una enorme sonrisa

Sophie no pudo evitar devolvérsela con más fuerza. Le parecía que llevaba toda la vida deseando que llegase la boda de Chase y, aunque su familia hubiese perdido un poco los papeles, ella sabía que estaba más hermosa que nunca.

a Durante todo el recorrido por los viñedos hasta el pasillo nupcial cubierto de rosas —y con Smith sujetándola con fuerza del brazo por la escalera para asegurarse de que no caía de bruces contra un arbusto— lució una sonrisa radiante, que en ningún momento fue fingida.

1 «Cuidado, mundo, Sophie Sullivan está a punto de desmelenarse», pensó.
Y si todo iba bien, Jake McCann no sabría por dónde le venían los golpes.

s

e

,

y

a

e

s

[

e

e

ó

y

1

s

a

e

?

r

1

.

l

:

r

,

Sophie no pudo evitar devolvérsela con más fuerza. Le parecía que llevaba toda la vida deseando que llegase la boda de Chase y, aunque su familia hubiese perdido un poco los papeles, ella sabía que estaba más hermosa que nunca.

Durante todo el recorrido por los viñedos hasta el pasillo nupcial cubierto de rosas —y con Smith sujetándola con fuerza del brazo por la escalera para asegurarse de que no caía de bruces a un arbusto— lució una sonrisa radiante, que en ningún momento fue fingida.

«Cuidado, mundo, Sophie Sullivan está a punto de desmelenarse», pensó.

Y si todo iba bien, Jake McCann no sabría por dónde le venían los golpes.

CAPÍTULO TRES

Tras dar unas instrucciones de última hora al personal que había llevado para trabajar en la boda Jake salió de la barra en el mismo instante en que el cuarteto de cuerda entonaba las notas de la marcha nupcial. Una linda niña rubia avanzaba a saltitos por el pasillo, lanzando pétalos al aire. La multitud reía, admirada por el encanto de Summer, la hija de la novia de Gabe. Los siguientes fueron Marcus y Lori, el mayor de los Sullivan con una de las más jóvenes. Lori ocupó su lugar como una de las madrinas y Marcus se colocó en el centro, preparado para officiar la ceremonia.

Jake todavía no podía creer que hubiese llegado el día. Había algunas cosas en la vida de la que siempre había estado seguro.

La cerveza siempre sabía mejor si era de barril.

Las bolas rápidas de Ryan Sullivan, cuando estaba en el montículo de lanzamiento, podían hacer que los Hawks ganaran otra Serie Mundial de béisbol.

Y ninguno de los chicos Sullivan se acercaría a un altar en mucho tiempo.

Ellen lo buscó con la mirada y le hizo movimientos agitados para que ocupara su lugar junto a Brenda, la dama de honor a la que acompañaría. Una emergencia con los trabajadores de uno de sus pubs le había impedido asistir al ensayo, así que aún no la conocía, pero esperaba que Chloe tuviera buen gusto para hacer amigas. Llegados a ese punto, si quería tener una mínima posibilidad de sacarse a Sophie de la cabeza tras un largo día juntos en la boda, pasaba por asegurarse de terminar en la cama con una chica que fuera todo lo contrario a ella.

Casi le había dado el encuentro a su dama de honor cuando el corazón —y los pies— se le pararon en seco.

«¿Pero qué demonios se ha hecho Sophie?».

Jake parpadeó, incrédulo ante lo que veía, mientras Sophie y Smith giraban en una hilera de vides y comenzaban a recorrer el pasillo nupcial. Cuando unos segundos más tarde aún veía la misma locura sin sentido, se frotó los ojos con la mano.

Pero nada logró alterar el hecho de que Sophie parecía el sexo hecho persona con ese vestido rosa como de seda y esos tacones altos. Estaba claro que ya no llevaba los vaqueros y la gorra de béisbol. Pero el vestido no era lo único que había cambiado en ella. ¿Qué se había hecho en el pelo? ¿Y por qué sus ojos parecían tan grandes y su boca tan roja?

Su cuerpo reaccionó antes de que pudiera impedirlo, impactado por la sensual imagen ante sus ojos, y toda la sangre que debía alimentar a su cerebro, ese que sabía que *jamás* debía mirar a Sophie Sullivan de esa manera —sobre todo delante de sus seis hermanos—, salió disparada a otra parte de su cuerpo.

Se sobresaltó cuando Ellen le puso una mano en el codo.

—Es casi tu turno para recorrer el pasillo.

Escuchó lo que le decía, sabía que tenía que unirse al resto del grupo, pero ni cuando alargó el brazo para encontrarse con la amiga de Chloe pudo apartar su mirada de Sophie.

Maldita sea, verla desde atrás no es que ayudara con su problema. Sophie Sullivan tenía un culo perfecto, y en ese mismo momento estaba exhibiéndolo ante trescientas personas en un vestido que se deslizaba y resbalaba por sus curvas, tan ceñido que pensó que era imposible que

llevara nada debajo.

Sintió el impulso de agarrarla y sacarla de la boda, apartarla de todos esos hambrientos ojos masculinos que se la comían con los ojos, hacer que se pusiera una ropa normal —¡que la cubriese como era debido!—, y fue tan repentino ese impulso que necesitó de todas sus fuerzas para ignorarlo. No soportaba saber que habría docenas de tíos babeando por ella en ese mismo instante, incluyendo algunos casados que no tendrían por qué tener ese tipo de pensamiento acerca de la pequeña Sophie Sullivan.

Aunque... ahora no es que pareciese tan joven ni inocente, ni tan inaccesible, ¿verdad?

Ellen repitió su nombre —un poco más alto esa vez— y por fin se dio por aludido y empezó a desfilar por el pasillo nupcial. Gabe y Megan, que estaban delante, se interpusieron durante unos segundos entre Sophie y él, y tuvo que elevar el cuello para seguir mirándola mientras ella ocupaba su lugar junto a Lori bajo el arco engalanado de rosas.

Un instante más tarde, Sophie alzó la vista y lo pilló mirándola. Jake trató de apartar la mirada.

Y no lo consiguió.

La mujer que llevaba agarrada del brazo tuvo que tirar de él para que fuese en la dirección correcta. Lo último que vio Jake antes de ocupar su lugar junto a Gabe fue la suave boca de Sophie convertida en una sensual y sumamente femenina sonrisa.

* * *

Siempre le habían encantado las bodas y, a pesar de sus nervios, Sophie no pudo evitar contagiarse de la atmósfera romántica que la rodeaba. Por supuesto, ayudaba que la bodega Sullivan fuera posiblemente el lugar más idílico para celebrar una boda que hubiese visto en su vida. Los pámpanos que brotaban en las vides, las flores de mostaza que alfombraban cada palmo de tierra, el claro cielo azul, los grandes maceteros y jarrones de flores que jalonaban cada fila de asientos... eran todos añadidos impresionantes a la celebración del amor entre Chase y Chloe.

Marcus estaba oficiando una ceremonia preciosa. Estaba encantada de que hubiese aceptado y esperaba que algún día, cuando ella se casara, fuese también él quien estuviera frente a ellos en el altar.

Sophie notaba que el mayor de sus hermanos estaba tan emocionado como todos ellos aunque su voz sonó firme y serena al preguntar a Chase y Chloe si prometían amarse y respetarse todos los días de su vida.

Agarró la mano de Lori con fuerza mientras esperaba ese momento perfecto en que su hermano declarara su amor a la novia. Cuando Chase se giró hacia Chloe sonriendo, pareció que el mundo se había detenido. El inmarcesible amor que irradiaba de su hermano hacia su futura esposa hizo que a Sophie se le encogiera el pecho.

«¿Cómo sería —se preguntó— que un hombre me mirase así, como si lo fuera todo por él?».

Cuando Chase dijo “Siempre te amaré, Chloe” un leve suspiro escapó de los labios de Sophie mientras una lágrima le resbalaba por la mejilla. Y más lágrimas recorrieron una tras otra su cara cuando un momento más tarde Chloe hizo la misma promesa a Chase. Y cuando Marcus lo declaró marido y mujer todos animaron, pero nadie con más ímpetu que la callada Sophie Sullivan.

* * *

S
a A Jake nunca le habían importado mucho las bodas. Su opinión era que ocupaban la mayor parte
s de lo que podría haber sido un buen fin de semana, y un despilfarro de ese dinero que tanto
o esfuerzo costaba ganar. Sobre todo teniendo en cuenta que la mitad de los matrimonios acababan
s en divorcio.

Pero por algún motivo esa boda era diferente. En el tiempo que había pasado con Chase y
Chloe había llegado a la conclusión de que era posible que lo suyo funcionara. Y esperaba que
así fuese, por el bien del bebé que Chloe llevaba en su vientre.

e Pero claro, tampoco es que estuviese prestando mucha atención a la ceremonia en sí..
a porque no podía apartar la vista de la hermana del novio.

Cuando Sophie desfiló por el pasillo nupcial le había dejado atontado ver lo sexy que ese
a vestido le hacía. Apenas podía reconocer a la dulce Sullivan que siempre orbitaba a su alrededor
cuando eran niños. Pero con el transcurso de la ceremonia volvió a transformarse.

Seguía siendo absurdamente atractiva pero, mientras escuchaba los votos con los ojos bien
a abiertos y se inclinaba hacia los novios como si quisiera impregnarse de su alegría, su dulzura
e estaba de vuelta. Y en el momento en que se acercó a Lori para agarrarle la mano, por una
fracción de segundo deseó que fuese a él a quien se acercaba.

Y que fuese su mano la que aferraba.

Jake se sintió como si le hubiesen metido un puño en el pecho y le hubieran agarrado y
estrujado el corazón hasta convertirlo en una masa informe de sangre y venas. Jamás podría
olvidar el recuerdo de la esperanza, el anhelo y el amor en los ojos de Sophie al ver a Chase y
a Chloe jurarse mutuamente su amor.

1 Antes de que se diera cuenta la ceremonia había finalizado, los invitados aplaudían y la feliz
a pareja volvía a recorrer el pasillo nupcial, juntos esta vez, mientras el cuarteto de cuerda
a interpretaba una canción de amor italiana, evocando las raíces de la madre de Chase. Sophie
y tomó el brazo de Smith y recorrió el pasillo con su pequeño y perfecto trasero oscilando al
compás de la música.

o Jake salió bruscamente de su ensimismamiento al escuchar su nombre.

1 —Tierra llamando a Jake —dijo Gabe, dándole un codazo en las costillas—. La boda ha
terminado. Hora de comer tarta.

b,
e

l
e
a

a

e
a
s
e

* * *

A Jake nunca le habían importado mucho las bodas. Su opinión era que ocupaban la mayor parte de lo que podría haber sido un buen fin de semana, y un despilfarro de ese dinero que tanto esfuerzo costaba ganar. Sobre todo teniendo en cuenta que la mitad de los matrimonios acaban en divorcio.

Pero por algún motivo esa boda era diferente. En el tiempo que había pasado con Chase y Chloe había llegado a la conclusión de que era posible que lo suyo funcionara. Y esperaba que así fuese, por el bien del bebé que Chloe llevaba en su vientre.

Pero claro, tampoco es que estuviese prestando mucha atención a la ceremonia en sí... porque no podía apartar la vista de la hermana del novio.

Cuando Sophie desfiló por el pasillo nupcial le había dejado atontado ver lo sexy que ese vestido le hacía. Apenas podía reconocer a la dulce Sullivan que siempre orbitaba a su alrededor cuando eran niños. Pero con el transcurso de la ceremonia volvió a transformarse.

Seguía siendo absurdamente atractiva pero, mientras escuchaba los votos con los ojos bien abiertos y se inclinaba hacia los novios como si quisiera impregnarse de su alegría, su dulzura estaba de vuelta. Y en el momento en que se acercó a Lori para agarrarle la mano, por una fracción de segundo deseó que fuese a él a quien se acercaba.

Y que fuese su mano la que aferraba.

Jake se sintió como si le hubiesen metido un puño en el pecho y le hubieran agarrado y estrujado el corazón hasta convertirlo en una masa informe de sangre y venas. Jamás podría olvidar el recuerdo de la esperanza, el anhelo y el amor en los ojos de Sophie al ver a Chase y Chloe jurarse mutuamente su amor.

Antes de que se diera cuenta la ceremonia había finalizado, los invitados aplaudían y la feliz pareja volvía a recorrer el pasillo nupcial, juntos esta vez, mientras el cuarteto de cuerda interpretaba una canción de amor italiana, evocando las raíces de la madre de Chase. Sophie tomó el brazo de Smith y recorrió el pasillo con su pequeño y perfecto trasero oscilando al compás de la música.

Jake salió bruscamente de su ensimismamiento al escuchar su nombre.

—Tierra llamando a Jake —dijo Gabe, dándole un codazo en las costillas—. La boda ha terminado. Hora de comer tarta.

CAPÍTULO CUATRO

Solo había un remedio seguro para el repentino brote de locura de Jake. Trabajaría en la barra... y luego buscaría una mujer soltera que tuviese ganas y que no tuviera ninguna relación con la familia Sullivan. Y dejaría atrás esos pensamientos sobre Sophie durante el resto de la boda. Tomar algo de distancia de esas suaves curvas y de esos labios rojos y henchidos ayudarían a su cabeza a recuperar el equilibrio.

—Yo me encargo de esto —le dijo a Sammy, uno de los camareros que trabajaba en el primer McCann de la ciudad—. Ve tú con las bandejas.

Por suerte los invitados estaban sedientos, y era evidente que necesitaban unos vinitos o algo de cebada para empezar la celebración. Servir bebidas a desconocidos era para Jake tan natural como respirar, y enseguida estuvo trabajando a buen ritmo rodeado de viñedos mientras se servía la comida y los invitados formaban colas detrás de la barra entre plato y plato. No hubo ni un solo instante en que no estuviera secando vasos o reorganizando botellas. Cuando era un niño, y su padre el encargado de servir las bebidas, se ganaba algunos dólares extra llenando y vaciando el lavavajillas en la parte de atrás, mientras los cocineros del pub en el que estuviesen sacaban un plato tras otro de *fish and chips* y de *colcannon*, un puré de patatas con col típico de Irlanda.

Cuando alguna invitada trataba de ligar con él, entraba al trapo. ¿Y qué más le daba que ninguna de ellas fuese ni la mitad de hermosa que Sophie? Puede que los Sullivan estuviesen emparejándose uno tras otro como si hubiesen sido infectados por un virus, pero Jake estaba vacunado.

El amor no podría con él.

Era lo bastante listo como para saber que, cuando las cosas se torcían, el amor no importaba nada y lo más fácil era cortar. Jake se auguraba un futuro sin esposa ni hijos, con montones de mujeres hermosas pero sin anillos. Jugaría con todos los niños que los Sullivan estaban destinados a traer al mundo y disfrutaría siendo el tío Jake, pero nunca cometería el error de pensar que sería un buen marido o buen padre.

Eso no iba en los genes de los McCann. Lo había vivido en sus carnes, ya que su padre no había sido más que un borracho inútil que provenía de una larga estirpe de borrachos inútiles allí en Irlanda.

—Aún no has comido nada.

La voz ligeramente provocativa de mujer captó toda su atención, un segundo antes de encontrarse mirando fijamente a los ojos de Sophie. La delicada sensualidad de su vestido rosa y el dulce aroma de su perfume fueron como un uno-dos de boxeo directos a su estómago, que aún no se había recuperado de ver las lágrimas rodar por sus mejillas ni de la radiante sonrisa que le había seguido.

Sin esperar su aprobación le puso delante un plato lleno y se metió en la barra junto a él.

—Échate a un lado. Te ayudaré mientras comes.

Lo apartó con un golpe de cadera, lo que le provocó una erección instantánea que mostraba lo poco que a su cuerpo le importaba que ella estuviese prohibida.

¿Cómo podían sus hermanos haberla dejado salir con esas pintas? ¿En qué estaban

pensando? ¿No se preocupaban ni un poquito por el bienestar de su hermana?

Con voz áspera le dio las gracias por la comida y, mientras él seguía inmóvil perdiendo la cabeza por ella, Sophie empezó a atender a los invitados y a servirles copas de vino y combinados. Era bibliotecaria, no camarera. No debería dársele tan bien poner copas.

«Y ninguna bibliotecaria debería estar tan buena», pensó Jake mientras apretaba tanto la mandíbula que le empezaron a palpar las sienes. Dejaría que lo ayudara cinco minutos, y entonces la enviaría de vuelta a su mesa para que siguiera la celebración con el resto de su familia y se aseguraría de que se quedaba allí el resto del convite.

Aunque tuviera que amarrarla a la silla.

La botella de cerveza que tenía en la mano casi se le cayó al ser golpeado por una diáfana visión de Sophie atada a su cama, desnuda y rogándole que la tocara, que la lamiera, que...

—Me han dicho que eres bibliotecaria —escuchó que una voz masculina decía a Sophie— ¿Has leído algo bueno últimamente?

Jake emergió de su ensoñación no apta para menores justo a tiempo de ver a uno de los invitados apoyado en la barra y observando con descaro el escote de Sophie.

Ella no parecía darse cuenta mientras le devolvía la sonrisa. Era demasiado inocente para percibir que un tío como ese quería una cosa, y solo una, de ella: meterse en sus bragas.

Bragas que Jake estaba casi seguro que no llevaba.

—Hum... —comenzó a responder con voz seductora, aún un poco quebrada por las lágrimas que había derramado en la ceremonia. Y por supuesto, apenas Jake empezó a recordar los votos de Chase y Chloe fue golpeado por otra loca visión de Sophie desnuda debajo de él gritando su nombre una y otra vez hasta quedarse sin voz.

Completamente ajena a lo que Jake le estaba haciendo en sus pensamientos, Sophie terminó de contestar al invitado:

—Los libros que leo son siempre fantásticos.

Su sonrisa era absolutamente preciosa. Demasiado para que Jake siguiera tratando de ignorar la conversación, que ella prosiguió preguntando:

—¿Qué te gusta leer?

El tío se encogió de hombros, sin que pareciese importarle que hubiera una enorme fila de gente sedienta detrás de él.

—Yo soy méd...

—¿Qué vas a beber? —interrumpió Jake.

El tío le lanzó una mirada que decía “¿No ves que estoy a punto de ligar?”.

—Coronita —le contestó, antes de volver a centrar la vista en los fenomenales pechos de Sophie y, tras unos segundos, otra vez en su cara—. Como te decía, soy médico, así que no tengo mucho tiempo para leer. Pero cuando lo encuentro, normalmente leo novelas de intriga. Novela de intriga sobre medicina, para ser exactos.

Jake no se lo podía creer cuando Sophie se apoyó en la barra y le contestó:

—Oh, qué emocionante. Las novelas de intriga sobre medicina siempre me dejan sin aliento.

¿Es que no veía que ese fracasado no estaba a su altura? ¿Y que en menos de treinta segundos ya había encontrado la forma de presumir de que era médico? Sophie debería estar tirándole la bebida a la cara, no proporcionándole una visión mejor de su cuerpo perfecto a inclinarse para coger una botella de cerveza. Al Doctor Capullo se le veía en la cara que pensaba que había triunfado y que estaba contando los minutos para deslizar ese vestido por su cuerpo bronceado y descubrir si su sabor era tan agradable como su olor.

“Por encima de mi cadáver”, pensó Jake. Lo mataría antes de que eso pasara.

a Jake le arrebató bruscamente la botella de la mano a Sophie, y con la misma brusquedad la puso delante del tío.

—Aquí tienes tu cerveza. Ahora deja que los demás pidan sus bebidas.

a Pudo sentir el enfado de Sophie mientras trataba de intimidar al tío con su mirada más dura. Si ella no sabía distinguir entre lo bueno y lo malo, tendría que ser él quien la salvara. Y que ella quisiera o no era irrelevante.

Aunque el tío dio un paso atrás ante la silenciosa promesa de violencia de Jake, antes de irse dijo:

a —Recuerda concederme un baile luego, guapetona.

A Jake solo le quedaba una pizca minúscula de autocontrol. Nada le sentaría mejor en ese momento que saltar al otro lado de la barra y derribar al tío para enseñarle lo que pasa cuando ligas con la chica equivocada. Con una chica demasiado dulce, demasiado hermosa, demasiado perfecta como para que pensase siquiera en tocarle un solo pelo.

—No vas a bailar con él —gruñó—. Ni esta noche ni nunca.

a Los ojos de Sophie se abrieron un poco, asombrada por esa orden, antes de que alzara la barbilla y le contestara:

—Ya soy mayorcita, Jake. Bailaré con quien yo quiera.

s Servir a los clientes siempre era la máxima prioridad. Pero esa vez no. Le dio la espalda a la multitud que seguía haciendo cola y se interpuso entre Sophie y la barra, olvidando su propia norma de no tocarla al ponerle las manos sobre los hombros y agarrarla con fuerza.

—No, no lo harás. Él no está a tu altura.

ó Los ojos de Sophie llameaban, pero su voz sonó tranquila al responder:

—Me parece muy dulce que te preocupes por mí, Jake. Pero sé cuidarme solita.

Y Jake sabía que, si lo pensaba racionalmente, ella tenía razón. Llevaba veinticinco años cuidando de sí misma mejor que bien. Pero no podía quitarse de la cabeza la imagen del Doctor Capullo poniendo las manos sobre sus curvas y esa boca de donjuán de pacotilla sobre sus labios. Pero aún seguía habiendo una verdad irrevocable:

e —Tus hermanos me matarían si te pasara algo.

Y también lo matarían a él si supiesen el tipo de pensamientos que estaba teniendo.

—En realidad —contestó ella mirando a la barra— creo que son los invitados de mi hermano los que nos van a matar a los dos si no les damos de beber.

Quiso apretarla con más fuerza, atraerla hacia él y descubrir si el resto de su piel tenía un tacto tan delicado, tan perfecto, como sus hombros. Sin embargo, apartó a regañadientes las manos de su piel desnuda y volvió a su lugar en la barra. Y aunque no derramó una sola gota y ninguna botella volvió a resbalar de sus manos, su atención estaba centrada por completo en Sophie. Y por eso vio cómo echaba un último vistazo al capullo que había intentado ligar con ella antes de decir:

—Pues a mí me parece totalmente inofensivo. De hecho...

a La botella vacía que Jake tiró al cubo tras la barra se rompió con un estruendo.

r —¿De hecho qué?

l —Pues que ya que tú no me quieres ayudar con mi plan para poner celoso a mi ex, quizá podría usar a ese tío.

o —¡Sammy! —llamó Jake a su empleado, acompañando el grito de aspavientos para que volviera de la zona del convite y le sustituyera. No esperó a que Sam llegase para agarrar a

Sophie por la muñeca y sacarla de detrás de la barra. Siguió caminando hasta que estuvieron ocultos detrás de un cobertizo, justo al final de la zona del convite.

Cuando se giró para verla estaba ruborizada, y pensó que jamás la había visto tan hermosa como en ese momento. La impresión por estar tan cerca de toda esa belleza, y de esas elegantes y delicadas curvas que el vestido rosa acentuaba, hizo que solo pudiese ladrarle una palabra:

a —No.

Ella se colocó el pelo detrás de los hombros y le informó con tono impertinente:

e —Hay miles de palabras en nuestro idioma además de *no*, ¿sabes?

Ignorando su sarcasmo, le espetó:

—No te vas a volver a acercar a menos de treinta metros de ese tío.

e Ella miró a su muñeca, aún inmovilizada, e intentó liberarse de un tirón, pero él la aferró aún con más fuerza. Sus ojos se encendieron de rabia. Esos ojos que hace solo un momento habían estado llenos de lágrimas de felicidad, de pura alegría.

—Tú no puedes decirme lo que hacer.

—Por supuesto que puedo.

a Esa vez consiguió liberar su brazo, pero cuando iba a marcharse él no la dejó irse. No le permitiría hacer una estupidez como besar a un doctor aprendiz de don Juan. Y quizás incluso ofrecerle su cuerpo, esas dulces curvas que se agitarían y se contonearían bajo él al entregársele.

a Esa imagen de otra persona tocando a Sophie lo enfureció y esta vez, en lugar de agarrarle la muñecas o los hombros, Jake envolvió los brazos por su cuerpo, la atrajo hacia él de un tirón y la sujetó fuerte desde atrás. Eran de la misma altura, así que notó sus pechos apretándole los antebrazos y cómo las caderas de Sophie encajaban a la perfección entre sus piernas abiertas y la presionaban la entrepierna.

«Dios, qué maravillosa sensación. Qué perfecta. Como si hubiese nacido para ser mía».

s —Suéltame —masculó ella entre dientes.

r —No.

. Su nueva palabra favorita sonó amortiguada por ese pelo tan suave, tan sedoso, contra su barbilla y sus labios. Y la verdad es que no la habría soltado por nada del mundo. No solo porque no quería que ese otro tío la tocara... también porque nunca había ansiado tanto sujetar a alguien como en ese momento a Sophie.

o ¿Cuánto tiempo llevaba soñando con agarrarla así? Tantos años que había perdido la cuenta. Y aún así no tenía la menor idea de lo increíble que sería la sensación de tenerla en sus brazos con esas curvas peligrosas presionadas contra él y su pecho oscilando contra sus brazos cuando respiraba.

y —No te dejaré ir hasta que me prometas que no volverás a acercarte a él.

1 Entonces fue el turno de Sophie de decir “No”.

1 Jake movió su mano lo justo para colocarle un dedo bajo la barbilla y girar su cara para poder mirarla a los ojos.

—Prométemelo, Sophie. No te conviene.

Sophie apartó con brusquedad la mano, y luego el resto del cuerpo, y cuando se giró para enfrentarse a él sus ojos estaban encendidos de rabia.

s —¡No me puedo creer que seas *tú* quien me diga eso! Porque tú eres de todos *el que menos idea* tiene de lo que me conviene.

e —¿Quieres apostar?

a En un instante había vuelto a atraerla a sus brazos para que sus senos le presionaran el pecho

y antes de que pudiera ponerle freno a su deseo ya su boca se había unido a la de ella. Estaba demasiado furioso, demasiado frustrado consigo mismo por desearla tanto —y por su exasperante obstinación— como para ser delicado.

Y No le bastaba con los labios. Necesitaba sentir su escurridiza lengua contra la de él. Necesitaba pasar una mano por su pelo para inclinarle la cabeza en el ángulo justo para poder tomar lo que ella estaba a punto de ofrecerle a un capullo inepto. Necesitaba agarrar la voluptuosa curva de su cadera con la otra mano para acercarla aún más.

En algún lugar del fondo de su cerebro sabía que iba demasiado rápido y que no era posible que ella estuviese no ya disfrutando del beso, sino siguiéndole el ritmo. Pero aunque ella debería estar resistiéndose, en su lugar había enredado los brazos en su cuello y gemía suavemente contra su boca mientras su lengua buscaba la de él para entrelazarse.

¡ Santo Dios, Sophie era todo lo que siempre había deseado en una mujer. Su aroma, su sabor, el tacto de su piel. Llevaba tanto tiempo queriendo tocarla que ahora que lo imposible estaba sucediendo no pudo evitar que su mano ascendiera lentamente de su cadera a su cintura, luego a la parte baja de las costillas y de ahí —*santo cielo, qué sensación*— pasó a tener la curvatura de un pecho en su palma.

¡ Ella jadeó en su boca, estremeciéndose de placer cuando el pulgar alcanzó la cumbre de su excitado pecho, y Jake supo que estaba a un suspiro de tirarla sobre el césped y subirle el vestido por sus largas piernas para poder tocar y lamer y...

a ¿Qué demonios estaba haciendo?

s Sabía que Sophie no tenía la menor oportunidad de defenderse si a un hombre como él se le metía entre ceja y ceja, y sintió un odio tan intenso por sí mismo que se le revolvió el estómago y de inmediato la soltó, tan rápido que se tambaleó hacia atrás sobre sus tacones.

Aunque sabía que no debía volver a tocarla, no podía dejarla caer. Pero en cuanto comprobó que recuperaba la estabilidad se obligó a soltarla, a pesar de que la necesidad de atraerla de vuelta hacia sus brazos fue tan intensa que sintió que le arañaba las tripas.

¡ La boca de Sophie estaba hinchada por el violento beso, sus mejillas estaban al rojo vivo y los ojos le brillaban por lo que dio por hecho que serían incipientes lágrimas. Esperó a que le abofeteara, o que cuando menos se diera la vuelta y corriese a contarle a sus hermanos lo que acababa de pasar.

.. Para que vinieran a matarlo.

, Que era exactamente el castigo que merecía por atreverse a besar esos labios demasiado dulces.

Pero no salió corriendo. Y no estaba llorando. En su lugar estaba inmóvil frente a él, más hermosa de lo que nunca la había visto. Mitad vulnerable, mitad aturdida.

—Nadie me ha besado nunca así —le dijo casi sin respiración—, como si nunca tuviese suficiente, como si no pudiese controlarse y yo lo estuviese volviendo loco. —Se le quedó mirando, con esos ojos azules llenos de asombro. Y deseo—. Después de tantos años, y no sabía que podía ser así.

a Dios, qué excitante era escucharla recordar así su beso. Pero lo que le oprimió el pecho fue cómo estaba actuando: como si no la hubiese tomado con violencia, como si no hubiese estado a punto de arrancarle el vestido y arrebatarse algo que ella nunca jamás debería entregar a un tipo como él. Y, tras todos esos años, ella seguía siendo tan romántica como para hacerle parecer algo diferente al cabrón que era en realidad.

, Pero Jake sabía la verdad. Provenía de una larga estirpe de cabrones.

a —Sophie —dijo con voz grave y compungida—. No debería haberte besado. Y aún menos de esa forma.

Había sido un hombre enloquecido sin ningún tipo de autocontrol. Unos segundos más y ella estaría ahora debajo de él en el césped, con su bonito vestido remangado hacia arriba en sus rodaderas y hacia abajo en sus pechos, arrugándose y manchándose de hierba, mientras él la atomaba sin importarle lo que estaba arruinando. No solo a su vestido, sino *a ella*.

Si hubiese llegado a hacerle eso, si la hubiera marcado con su lujuria descontrolada, no le habría esperado a que sus hermanos lo mataran.

a Habría hecho él mismo el trabajo, con gran placer.

a Ella había tratado de huir de él antes. Esa vez, cuando le diera la espalda, se obligaría a dejarla marchar.

; Pero en lugar de apartarse de él se estaba acercando, diciendo:

a —Los dos somos responsables de lo que ha ocurrido. —Su voz fue suave, pero asombrosamente firme. Le sostuvo la mirada con firmeza y lucidez, y volvió a sorprenderle una vez más cuando le dijo—: Hace mucho tiempo que quería que me besaras. Mucho, mucho tiempo.

1 Respiró a continuación tan profundo que casi se le rompió el vestido, y fue ahí cuando Jake supo que el universo estaba haciéndole pagar por todo el mal que había hecho. Sintió que el cuello de la camisa le apretaba, aunque estaba desabrochado y ya se había quitado la corbata.

Ella se acercó más. Se acercó demasiado. Pero no pudo reunir fuerzas para apartarse de ella. Sobre todo porque cada célula de su cuerpo deseaba eliminar esa distancia y volver a ese punto en que por fin estaba entre sus brazos.

Perfecto. Todo en ella era perfecto.

ó —Sophie —le dijo con una voz ronca por el deseo y por sus infructuosos intentos por ahogarlo—, no...

Ella le presionó el pecho con la palma de la mano, justo a la altura del corazón que parecía querer escapar, haciéndole perder el hilo de lo que estaba a punto de decirle: que no siguiera hablando de que quería besarlo. Porque era completamente imposible que estuvieran juntos. Siempre lo había sido, y siempre lo sería.

Sophie cerró los párpados un momento, casi como si estuviese contándole los latidos de su corazón, y al abrirlos de nuevo dijo:

o —Mis hermanos perdieron los papeles antes de la boda cuando me vieron. —Jake quedó impresionado por su valentía cuando ella señaló con un gesto su vestido, su pelo y su rostro con la mano que no estaba en su pecho—. Me preguntaban una y otra vez qué estaba pasando, y yo les decía que no pasaba nada. Les dije a todos que solo quería divertirme un poco con la peluquera y la maquilladora. Pero les estaba mintiendo. —Lo miró directamente a los ojos—. Lo hice por ti, Jake. Para ver si al fin conseguía que te dieras cuenta de mi existencia. Para hacerte ver que ya dejé de ser una niña pequeña con un encaprichamiento atolondrado. Que soy una mujer, y una persona con la cabeza sobre los hombros. Que sabe exactamente lo que desea. Y *es* ella *quién*.

a Para Jake ese tipo de sinceridad era algo nuevo, nunca una mujer le había abierto su corazón de ese modo para ponerlo a sus pies. Podía gestionar un negocio millonario. Podía pilotar un yate de veinte metros de eslora por aguas turbulentas sin haber dormido en tres noches. Pero no podía con la hermosa chica que tenía enfrente.

Conocía sus límites, sabía que a pesar del éxito que sus pubs estaban teniendo no dejaba de

ser más que el hijo tonto de un camarero. Sophie merecía algo mejor. Su lugar estaba al lado de un chico que tuviese tantas carreras universitarias como ella. Algún día, y de eso Jake estaba seguro, él estaría en su boda viendo cómo recorría el pasillo nupcial, aunque la imagen de Sophie en los brazos de otro hombre —en la cama de otro hombre— lo sacó de sus casillas.

a Sabía que no debería haber dejado que se le acercara tanto.

—Estás preciosa con ese vestido y el maquillaje, Buena. —Usó su apodo a propósito, para que recordase quién era él para ella—. Pero eso no cambia el hecho de que te encapricharás de muchos chicos antes de encontrar al que encaja de verdad contigo.

Algo brilló en sus ojos, una mirada que había visto fugazmente durante los meses anteriores.

a —¿Piensas eso de verdad? —Recorrió con la lengua toda la longitud de su labio superior, lo que hizo que a Jake le subiera la tensión arterial en diez puntos. Habría jurado que estaba tratando a propósito de hacerle perder los papeles cuando se inclinó un poco más hacia él y dijo: —: ¿Piensas de verdad que me sentiría así besando a otro chico?

b —¿Es que no se daba cuenta de que, de todas las cosas que podía decir, esa era la que más la irritaba? Él no podía tenerla pero, maldita sea, tampoco había ningún otro hombre en este mundo lo bastante bueno para ella. Pensar en que cualquiera la besara como él lo había hecho —y en que fuese ella la que saliera por ahí a buscarlo de manera activa— le dieron ganas de encerrarla en una torre.

Era imposible que con veinticinco años siguiera siendo virgen. Pero aún así se sentía como si con su brusco beso le hubiese arrebatado algo. Como si hubiera mancillado su inocencia clavándole su lengua en la boca y poniéndole las manos encima.

No podía discutirle nada sobre el beso. Sobre todo porque estaba más que seguro de que nunca habría otro igual de excitante... ni de dulce. Así que en su lugar le dijo la verdad.

r —Tú te mereces algo mejor.

Pero ni aún así pareció ser capaz de alejarse de ella.

a Sophieladeó levemente la cabeza y frunció el ceño, justo en el momento en que Lori doblaba recorriendo la esquina del cobertizo.

. —¡Aquí estás, Soph! Te he estado buscando por todas partes. —Al ver que su gemela no estaba sola, Lori se detuvo tan rápido que casi derrapó—. ¿Jake? ¿Qué estás haciendo con...? —La hermana de Sophie no llegó a terminar la pregunta, y se les quedó mirando con el ceño fruncido.

ó Seguro que no se le escapaba el detalle de que Sophie estaba muy, muy cerca de él, y de que su mano aún le presionaba el pecho, y de que sus labios estaban hinchados todavía por su intenso beso.

a Ya contaba con que los chicos Sullivan lo desmembrarían con sus propias manos cuando se enterasen.

a Pero, ¿Lori? Jake sabía perfectamente que el castigo que recibiría para hacerle pagar el haber besado a su gemela sería aún peor. Sophie y ella siempre habían estado muy unidas, eran dos mitades de un todo aunque a veces no quisieran admitirlo. Lori protegería a Sophie con toda su alma. Y si pensara que Jake era una amenaza para su gemela, no le importaría que fuesen amigos. Le arrancaría los brazos y las piernas uno a uno, y después haría las preguntas.

e —Están a punto de empezar los discursos —les informó Lori—. Todo el mundo está preguntando por ti, Soph, sobre todo Ellen. —Lanzó a Jake una mirada tan afilada que podría cortarlo por la mitad—. Y por ti también, Jake.

e —Vale —contestó Sophie con voz exageradamente entusiasta—. Gracias por venir ;

edecírnoslo. En un minuto vamos.

a Pero en lugar de dejarlos solos, Lori le puso la mano a Sophie en el antebrazo y la alejó de Jake.

—No puedes volver con esas pintas. —Le arregló con las manos el desastre que Jake le había hecho en el pelo al agarrarla con tanta dureza, limpió una mancha de pintalabios de la esquina de su boca y le ajustó el vestido un poco a la derecha—. Eso está mejor. En serio, deberías volver antes de que a Ellen le dé un infarto pensando en que algún invitado subversivo y tarambana ha sido tan estúpido como para llevarte a los viñedos.

Sophie se quedó un momento callada.

o —Tienes razón. No quiero que nada salga mal en este día. No sería justo para Chase y Chloe

a —Ve tú primero, yo iré en un segundo —le dijo Lori—. Tengo que hablar con Jake de una cosa.

—Me ha besado, lo que está claro que ya has deducido —dijo Sophie a su hermana con expresión terca—. Ahora ya no tenéis que hablar sobre ello porque te he dicho todo lo que ha pasado. Venga, vamos.

1 Y agarró a Lori del brazo para asegurarse de que se alejaban juntas del cobertizo.

a Una vez más, Jake se quedó impresionado con Sophie. Lori era tan decidida que podía ir mandoneando a casi todo el mundo. Siempre había dado por hecho que Sophie era la sumisa y su hermana la dominante.

a ¿Se habría estado equivocando todos esos años? ¿Habría cometido el error de subestimar a Sophie solo porque no sentía la necesidad de ser el centro de atención como todos los demás?

e —¡Oh no, ese niño pequeño va a derribar la torre Eiffel de chocolate! —exclamó Sophie antes de marcharse corriendo en dirección a la larga mesa de dulces y al niño hambriento dejando a Jake solo con Lori.

Era hombre muerto.

a —¿Qué demonios estaba pasando allí detrás? —Lori entrecerró sus ojos con furia y rugió— ¿Qué le estabas haciendo a mi hermana?

o Jake pensó que ojalá lo supiera. En un momento estaba intentando proteger a Sophie de un invitado inútil que solo quería llevársela al catre... y al siguiente ella estaba en sus brazos y él la besaba como si su vida dependiera de ello. Nunca se había sentido tan bien.

Ni había hecho nada tan malo.

e Lori se acercó un paso más, y Jake tuvo que reprimir el impulso de dar un paso atrás y batirse en retirada.

—Como le hagas daño a mi hermana te perseguiré, y disfrutaré muchísimo haciéndote daño. Mucho daño. —Luego le sonrió, y su sonrisa fue una promesa de indescriptible dolor en caso de que volviera a meter la pata con Sophie—. Y no dudes ni un segundo en que te mantendré con vida solo para que mis hermanos puedan acabar contigo. —El gesto de furia en su rostro desapareció antes de concluir—: Ahora llévame de vuelta a mi mesa, y haz que parezca creíble que tú y yo estábamos haciendo de las nuestras como de costumbre.

1 Lori se enhebró a su brazo y le dio un doloroso pellizco, por si acaso necesitaba otro recordatorio de que el problema de verdad vendría si se enredaba con Sophie.

á Un problema más grande que cualquiera en el que se hubiese metido en toda su vida.

a

a

e

a

e

r

a

.

a

l

a

r

l

a

e

,

:

l

a

e

.

e

l

)

e

)

CAPÍTULO CINCO

Tras salvar la *fondue* de chocolate en el último segundo e indicar al pequeño dónde podía conseguir bombones, Sophie fue a lavarse las manos y a tomarse un momento para recuperar la compostura. Se puso la mano en el vientre, donde le revoloteaban mariposas al pensar en lo irresistiblemente sensual que se había sentido en los brazos de Jake. Había sido incluso más delicioso, más peligroso y más potente de lo que había soñado que sería.

Ojalá Lori no hubiera ido a buscarles, así quizás habría conseguido que Jake superase sus evidentes remordimientos. “Tú te mereces algo mejor”, fue lo que dijo justo después de que la dulzura de su beso le atravesara el corazón hasta llegarle al alma. Deseó como mínimo haber tenido tiempo para convencerle de que su arrepentimiento y su sentimiento de culpa estaban fuera de lugar.

Ella deseaba ese beso tanto como él. Y los dos eran adultos que podían besar a quien quisieran.

De todas formas, en las próximas horas tendría que empujar el beso de Jake a un rincón de su cabeza y enfocar su atención donde debería estar: en asegurarse de que la boda de Chase y Chloe fuese absolutamente perfecta. Más tarde podría revivir esos momentos en que todos sus sueños se hicieron realidad, en que estuvo entre los brazos de Jake y sentía que el sol nunca dejaría de brillar, y en que le parecía totalmente inverosímil que él no la deseara para más que un beso.

Dejó que la risa de los invitados la aliviara antes de encaminarse a la gran mesa redonda que compartía con sus hermanos y sus parejas. Se dio cuenta de que su madre, que estaba sentada con sus amigas íntimas, tenía cara de preocupada, así que se aseguró de detenerse un momento junto a ella.

Mary Sullivan llevaba un precioso vestido hasta el suelo de seda y encaje, de un coral suave que realzaba a la perfección su tono de piel, y Sophie se paró un momento a observar a su madre. Sabía que era modelo antes de casarse con su padre y tener ocho hijos, pero a veces se le olvidaba lo hermosa que era. No solo hermosa, también elegante. Nadie podía creerse que su madre andara por los setenta y tantos, y Sophie deseó llegar a su edad con la mitad de su buen aspecto. Y estaba claro, percibió Sophie cuando con un rápido vistazo pudo ver a media docena de caballeros de pelo gris admirando la belleza de su madre, que ella no era la única en darse cuenta de lo atractiva que iba la madre del novio. Era curioso, sin embargo, que no pudiese recordar que su madre saliera nunca con nadie.

—Ha sido una ceremonia muy bonita, ¿verdad, mamá?

—Sí que lo ha sido —coincidió su madre—. Se te da genial planificar bodas. La gente no para de hablar de lo perfectos que son los pequeños detalles que has preparado para Chase y Chloe. —Pero Mary Sullivan demostró su perspicacia al añadir—: Y parece que Jake ha sido un compañero perfecto.

Los ojos de Sophie se abrieron como platos al escuchar las palabras de su madre. Era imposible que supiese lo que acababa de pasar con Jake —y que la palabra para describirlo era: *perfecto*—, y sin embargo el comentario de su madre había dado en el clavo.

Se esforzó por sonar natural al contestar:

—Está haciendo un trabajo excelente con el servicio de barra y los camareros. De hecho creo que debería volver a...

Su madre la detuvo posándole una mano con delicadeza en el brazo.

—Ya has trabajado lo suficiente, Sophie. Ve a divertirte un poco.

—Ya me estoy divirtiendo —le dijo a su madre. Y decía la verdad.

^a Porque besar a Jake McCann fue lo más divertido que había hecho en su vida.

^a Justo en ese momento Lori y Jake pasaron por allí cogidos del brazo. Lori se reía de algo que él había dicho, y luego le dio un puñetazo en el hombro, tan fuerte que Sophie estuvo segura de que tras su sonrisa se escondía una mueca de dolor.

^s —Quiero que Jake esté de fiesta con todos nosotros —dijo Mary—, y no sintiendo que tiene que trabajar durante la boda de Chase y Chloe. Es uno más de la familia.

^a Su madre nunca le había preguntado acerca de sus sentimientos por Jake, pero Sophie nunca había sido capaz de ocultarle nada. Y menos ahora que lo que sentía por el hombre que le había robado el corazón de niña, y con el paso de los años más y más, era más intenso que nunca.

¹ —Sé cuánto te gusta bailar en las bodas, y Jake tiene la altura perfecta para ser tu pareja —sugirió Mary Sullivan, antes de besar la mejilla de su hija.

¹ Sophie sintió que se le humedecían los ojos. Por supuesto, en ningún momento su madre había hecho ningún comentario sobre su maquillaje, su cabello o el vestido, como habían hecho sus hermanos. Simplemente había visto más allá de la fachada, directo a lo que estaba pasando en el interior.

^e —Te quiero, mamá.

^e —Yo también te quiero, cariño. —Mary Sullivan besó de nuevo a su hija—. Ahora asegúrate de decirle a tus hermanos que mantengan sus discursos libres de palabrotas.

^a Las incipientes lágrimas dieron paso a la risa cuando Sophie dijo:

^o —¿No sería mejor que en vez de eso le dijera a Zach y Ryan que se les necesita al otro lado de la ciudad?

^e Ambas rieron ante la idea de que sus hermanos se plantearan siquiera portarse bien cuando tenían ante ellos la oportunidad de contar intimidades escandalosas sobre Chase frente a una audiencia tan numerosa.

¹ Sophie se detuvo un momento donde Chase y Chloe se sentaban.

¹ —¿Va todo bien hasta ahora?

^a Chloe la abrazó con fuerza.

^e —Es la boda más bella del mundo. No me puedo creer que sea la mía...

^e —Gracias, hermanita —dijo Chase—. Eres una planificadora de bodas increíble.

Sophie no se molestó en ocultar su amplia sonrisa. Adoraba a Chloe, y estaba más que emocionada por Chase.

^o —Si os parece bien a los dos, creo que deberíamos dar luz verde para que empiecen los discursos.

¹ Como se mostraron de acuerdo, Sophie se acercó a la mesa donde sus hermanos y hermanas esperaban. Antes de que nadie pudiera preguntarle dónde había estado la última media hora, le dio el micrófono a Marcus.

^a —Vamos a empezar ya con los discursos. Tú vas primero. Cuando termines, pasa el micrófono al siguiente en edad. Jake irá tras los chicos, y Lori y yo iremos las últimas.

Smith fruncía el ceño, alternando la mirada entre ella y Jake. Sophie sabía que su familia estaría vigilando todos sus movimientos cuando volviera al convite, y que el más mínimo indicio

de que había sucedido algo haría que sus seis hermanos se desbocaran como potros salvajes. Sobre todo después de lo sucedido con su nuevo *look* para la boda. Sabía que ya sospechaba que algo estaba pasando. Se sentó en su asiento, dedicó una deslumbrante sonrisa a Smith y agradeció que Marcus se pusiera de pie y todas las miradas se volvieran hacia él.

—Hoy es un gran día para los Sullivan.

Los invitados dejaron inmediatamente de hablar y centraron su atención en Marcus. Era el mayor de todos los Sullivan y a los catorce años, cuando falleció su padre, dio un paso adelante para ayudar a cuidar de sus siete hermanos menores. Era a él a quien todos buscaban automáticamente cuando había un problema, y Sophie estaba más que encantada de que al fin le hubiera encontrado el amor con Nicola. Juntos, dividían su tiempo entre la bodega de Marcus en el valle de Napa y el autobús de gira de Nicola, que viajaba por todo el mundo con sus conciertos de pop.

a —Estoy seguro de que hay algunas personas aquí que pensaron que jamás llegaría el día en que uno de nosotros diera el “Sí, quiero”. —Mientras los invitados reían con su acertado comentario, Sophie trataba desesperadamente de no mirar a Jake, que estaba sentado junto a Lor en el otro extremo de la gran mesa—. Pero ahora que ha pasado, sé que ninguno entre nosotros está sorprendido. —Marcus dejó de hablar a los invitados y se giró hacia Chase y Chloe—. o Chloe, por más que me esfuerzo no puedo imaginarme una compañera más perfecta para mi hermano. —Los ojos de la novia ya se estaban llenando de lágrimas, mientras su nuevo esposo enhebraba los dedos en los suyos—. Chase, estoy tan orgulloso de ti como lo he estado siempre. Y me siento completamente feliz. Nuestro padre fue uno de los mejores hombres que jamás he conocido, y siempre me has recordado muchísimo a él. Él estaría igual de orgulloso de ti, Chase y te amaría tanto, Chloe, como todos nosotros.

La fuerte voz de Marcus se rompió ligeramente en la última palabra. Miró hacia el cielo y se detuvo así durante un largo momento. Sophie podía oír leves sollozos por todo el salón de convite. Por el rabillo del ojo pudo ver que su madre comenzaba a llorar pero sabía que, si miraba de frente a Mary, ella también se convertiría en un charco húmedo de lágrimas. Smith aferró la mano de Sophie, y ella lo apretó a su vez con todas sus fuerzas. Siguieron cogidos de la mano mientras Marcus proseguía con su discurso.

—Otra cosa de la que estoy totalmente seguro... —se detuvo de nuevo para sonreír a Chase y Chloe, y se volvió brevemente para mirar a todos y cada uno de sus hermanos y hermanas, antes de centrarse en su madre— ...es de que él está aquí hoy con todos nosotros.

En ese punto, Marcus posaba su mano en el corazón, y Sophie sabía por qué. Allí era justo donde todos guardaban los recuerdos de su padre. Había fallecido cuando ella tenía solo dos años, pero había memorizado cada una de sus fotos, y había escuchado tantas historias sobre él a lo largo de los años que sentía que podía recordarlo igual de bien que cualquiera de sus hermanos mayores.

—Estamos deseando conocer al primer miembro de la próxima generación de Sullivans —aconcluyó Marcus.

e Entonces comenzaron los aplausos, y todos se pusieron de pie para brindar no solo por Chase y Chloe, sino también por el bebé que crecía dentro de la bella novia. La mano de Chase descansó posesivamente sobre el vientre delicadamente redondeado de su esposa mientras la besaba. Sophie se apoyó en el hombro de Smith y le susurró:

a —Qué pareja tan bonita hacen, ¿verdad?

o Smith besó su frente y respondió:

—. Una pareja preciosa, Soph. Chase ha sabido escoger bien.

Un instante después, Smith le quitó el micrófono a Marcus. Hubo al ponerse en pie una expresión colectiva de asombro. Y no solo porque fuera una de las estrellas de cine más famosas del mundo. Smith siempre había tenido una presencia imponente, siempre había causado fascinación, y más aún si estaba engalanado con un elegantísimo frac. Ya de adolescente, con solo entrar en una habitación todos los ojos se posaban sobre él. Y no porque fuera un fanfarrón sino porque tenía un carisma y un encanto imparables. Por suerte, también era un hombre con un corazón de oro. Sophie estaba segura de que todas las mujeres de la boda, tuviesen pareja o no, estaban fantaseando acerca de cómo sería que Smith Sullivan se fijase en ellas.

—A mis hermanos y hermanas les gusta decirme que vivo en un mundo de fantasía —dijo Smith con esa voz que mil millones de personas en todo el mundo podrían reconocer con los ojos cerrados—. Pero yo no tengo ni idea de a qué se refieren. Mi vida es completamente normal. — Los invitados prorrumpieron en carcajadas, mientras Ryan y Gabe sacudían la cabeza lo más exageradamente que podían—. Pero algo en lo que todos estaremos de acuerdo —continuó Smith cuando las risas se calmaron—, es en que la verdadera fantasía está en el amor que Chase y Chloe se tienen.

«Oh, Dios». Sophie sabía que sus hermanos mayores podían ser unos sensibleros. ¿Pero ninguno de ellos había dejado que alguien aparte de la familia viera lo dulces que podían llegar a ser? Sobre todo Smith, que tenía que protegerse de la presión de la fama y de extraños que pensaban que conocían al hombre de verdad cuando estaba claro que no tenían ni idea de quién era.

Y sin embargo en ese momento, para su amado hermano, Smith fue pura emoción. Si él estaba dispuesto a arriesgarse y mostrar su alma de ese modo, Sophie sabía que no tenía la más mínima oportunidad de ser nada más que un tambaleante e incoherente charco de lágrimas cuando el micrófono llegara a su mano.

Smith alzó su copa.

—Por vuestro “para siempre”.

Todos hicieron tintinear sus copas mientras Smith brindaba por los novios, y Chase hizo un gesto de reconocimiento, acompañado de una gran sonrisa, por el hermoso deseo que su hermano acababa de formular.

Ryan fue el siguiente. Tomó el micrófono de la mano de Smith y se puso en pie. A cualquier mujer que no acabara de perder la cabeza por Smith le costaría horrores no entregárselo a un jugador de béisbol profesional. Sophie no recordaba la última vez que había visto a Ryan o Zach con un esmoquin. Ambos se habían quejado cuando les informó de que, como acompañantes de novio, tenían que llevar uno. Sabía cómo eran sus hermanos, y cómo hechizaban a cualquier mujer con la que tuviesen el más mínimo contacto, y por eso se aseguró de que la empresa de alquiler de trajes no cediera a sus pretensiones de llevar otra cosa que no fuese un esmoquin.

Y había hecho bien manteniéndose firme. Todos sus hermanos tenían un aspecto muy apuesto. Sophie lanzó una mirada a Lori, reconociendo en silencio que ellas dos tampoco tenían mal aspecto. Su madre, Mary, era pura elegancia, por supuesto.

—Los tipos como yo tendemos a ver la vida como un partido.

Sophie podía ver lo mucho que a los invitados les estaba gustando la llaneza de Ryan. Siempre había sido el más espontáneo y natural de todos. En el campo de béisbol no daba cuartelillo, pero incluso ahí hacía que todo pareciera fácil, que no se esforzaba. Y eso mismo estaba haciendo al interpelar a los invitados con sus espontáneas valoraciones.

—Cuanto antes te des cuenta de que en algunos partidos vas a jugar mejor que en otros a mejor. —Ryan se encogió de hombros—. Hace un año, si me hubierais preguntado por mi opinión sobre el juego del amor, habría respondido que os buscarais a otro majadero al que preguntarle.

Estallaron risas entre los sorprendidos invitados, y Sophie miraba a Ryan exasperada y enfadada cuando captó la mirada de su madre y ambas sonrieron. Era justo lo que había predicho, ¿verdad? Con una sonrisa que no se molestó en reprimir pensó en que era agradable saber que en la vida hay algunas certezas.

—Pero he estado observando a mi hermano y a su novia muy de cerca desde que se encontraron por primera vez, e incluso para un tipo como yo es innegable que, si la vida es un partido, yo apostaré porque se llevarán a casa el trofeo. —Levantó su copa hacia Chase y Chloe—. Por vosotros dos.

Sophie no podía creerse que Ryan la hubiese hecho llorar. Había supuesto que pondría el toque de humor. Por suerte, Zach era el siguiente. Casi había nacido con una llave inglesa en la mano, y había convertido con gran éxito su amor por los coches clásicos y las carreras en la cadena de concesionarios Sullivan.

Zach sonreía mientras tomaba el protagonismo, seguro y confiado de que ninguna de las mujeres en el convite recordaría ya los nombres de Smith o Ryan. ¿Cuántas veces le había dicho las amigas de Sophie que nunca habían visto a nadie tan guapo como Zach? Estaba seguro de que se habían pinchado muchos neumáticos a propósito solo para tener la oportunidad de acercarse unos minutos a él. Todos sus hermanos eran guapos, pero Zach reunía las mejores características de su madre y su padre en un paquete tan atractivo que impactaba.

Puede que su hermano fuera absolutamente insufrible y arrogante. Era cierto, y Sophie tenía que admitir que Zach se acercaba a veces a la definición que el diccionario daba de ambas palabras. Aún así, a pesar de sus constantes burlas, no podía evitar quererlo.

—Que esta sea una lección para todos aquellos que no estáis al día con el mantenimiento de vuestro coche —dijo Zach al público—. Las ruedas pinchadas y los coches destrozados pueden tener repercusiones del todo impactantes. —Hizo una pausa dramática, y luego bajó la voz y dijo—: Como acabar casándote.

Todos los invitados rieron, e incluso a Sophie casi se le escapó una risa a pesar de que se obligó a lanzarle a su hermano una mirada seria. Este, al notarla, le dedicó una sonrisa en la que no había ni una pizca de arrepentimiento antes de volverse hacia los novios.

—Ahora en serio, este es un gran día, y yo no podría haber elegido una chica mejor para mi hermano. Por Chloe, por ser tan valiente como para dar el gran paso con un Sullivan.

Zach alzó su copa, y todos lo siguieron.

Gabe fingió placar a Zach al quitarle el micrófono de la mano, pero cuando se volvió hacia Chase y Chloe se puso serio de inmediato:

—Toda mi vida te he admirado, Chase. Pero nunca más que hoy, que has tenido la valentía de hacer juramentos de eternidad a Chloe.

Gabe era el apropiado para tocar la fibra sensible. Su hermano bombero siempre había vivido una vida llena de riesgo y valentía. Unos meses antes por fin encontró el amor verdadero en Megan y su hija Summer, dos corazones y almas tan valientes como él.

—Igual que tú has estado siempre ahí cuando lo necesitaba, quiero que los dos sepáis que me tenéis aquí con vosotros. Lo que sea que necesitéis, sea cuando sea, no dudéis en decírmelo. Porque moveré cielo y tierra para asegurarme de dároslo.

, Chloe lanzó un beso a Gabe mientras todos aplaudían. Sophie se sintió mal por los hombres en el convite cuyas esposas, después de escuchar al bombero, habrían subido las expectativas acerca de ellos.

Sophie había estado tratando de prepararse para el momento en que Jake tomó el micrófono para hacer su brindis. Se dijo a sí misma que no debía mirarlo fijamente mucho tiempo, pero que tampoco debía mirar hacia otro lado demasiado. Necesitaba comportarse como una invitada. Además... y no como si estuviera desesperada y perdidamente enamorada del hombre frente a ellos.

—Tenía diez años cuando conocí a Chase Sullivan. Fue en el patio de su casa, y me dije a mí mismo que solo estaría allí mientras pensara que los demás también querían que estuviera.

1 A Sophie se le olvidó lo de actuar con normalidad. ¿Qué estaba haciendo Jake? Era evidente que todos los demás estaban abriendo sus corazones, pero eso es lo que un hermano hacía por otro. Jake siempre había sido más de nadar y guardar la ropa que el resto de sus hermanos, incluso que Zach. Sophie sintió que se enamoraba aún más de Jake al verle de pronto abrirse a pecho delante de cientos de extraños.

a —Todavía recuerdo ese balón que vino de la nada a velocidad de crucero en dirección a mí en un enlenque cabecita.

s Bastaba una mirada al grandullón de Jake para que cualquiera se diera cuenta de que no había nada enlenque en él. Sophie se estremeció al recordar lo grande y fuerte que había sentido su musculoso cuerpo presionado contra el suyo cuando la sujetaba.

e —No sé ni cómo, pero logré atrapar el balón antes de que se me clavara entre ceja y ceja. — Las sonrisas explotaron en risas cuando Jake se volvió hacia Chase para decirle—: Siempre he tenido una puntería extraordinaria, compadre. Ese día, rodeado por toda una pandilla de Sullivans, me di cuenta de que ese era el lugar donde quería estar. Y ahora, años después, sigues siendo igual. Es un honor estar hoy aquí contigo. —A continuación se dirigió a Chloe—

Después de presenciar de primera mano cómo tu nuevo esposo y el resto de su variopinta cuadrilla acogieron a un niño asustado hace más de veinte años, Chloe, te alegrará saber que has elegido pasar el resto de tu vida con uno de los mejores hombres que haya tenido el honor de conocer. Hay un dicho en Irlanda que me parece apropiado para hoy:

e *Si tienes que engañar, engaña a la muerte.*

e *Si tienes que robar, roba un beso de amor.*

Y si tienes que beber, bébete los momentos de felicidad inolvidable.

i No podía apartar la mirada de los esculpidos rasgos de Jake, que levantaba un vaso de cerveza McCann especialmente elaborada para la ocasión, y Sophie comprobó con sorpresa que a cada invitado se le había servido una mientras los demás daban sus discursos. Le sorprendió que hubiese planeado un brindis tan bello para su hermano y su nueva esposa, y su emotividad, y también lo hicieron sus últimas palabras al alzar su copa.

—Por uno de esos momentos.

o Sophie no fue la única persona impresionada por el sumamente enternecedor brindis de Jake. Todos sus hermanos se estaban tomando un momento para procesar no solo el hermoso dicho irlandés, sino también las revelaciones personales de Jake.

e Un segundo más tarde, Lori dedicó una sonrisa pícara a los invitados al ponerse de pie. Siempre podría contar con su gemela para conquistar a un público, no solo por su belleza sino también por su confianza y su risa casi constante. Risa que comenzó en sus ojos, se desplazó a su

sboca y le llegó hasta las uñas de los pies, pintadas de un color salvaje.

s Puso los brazos en jarras como si estuviera enojada por algo y dijo:

—Que sepáis todos que siempre pensé que sería la primera Sullivan en casarse. —En medio de su risa hizo un puchero, y de algún modo siguió estando hermosa aun sacando juguetona su labio inferior—. Y si alguien me llega a decir que mi hermano mayor iba a venir a robarme en un momento, le habría recordado que las hermanas pequeñas sabemos cómo cobrarnos una venganza —concluyó, guiñando un ojo en dirección a Chase.

í Sophie tenía que admitir que su gemela sabía cómo trabajarse a un público. Por eso era una gran coreógrafa. Comprendía lo que la gente quería, y tenía talento suficiente para dárselo. Traía a las profundas emociones de los discursos de sus hermanos y Jake, la seductora alegría de Lori era justo lo que la gente necesitaba.

, —Menos mal que mi amor por ti, Chase, solo es superado por mi emoción al llamar a Chloe mi hermana. —Lori alzó su copa hacia la novia—. Bienvenida a la familia, hermanita. Estamos entusiasmados por que ya seas oficialmente una de los nuestros.

i Consciente de que le llegaba el turno de hablar, el corazón de Sophie comenzó a latir a un ritmo descontrolado mientras Lori zigzagueaba por el salón para darle el micrófono. No se sentía incómoda hablando en público, y siempre había podido confiar en que en cada reunión pública habría una multitud de Sullivans carismáticos que acapararían los focos. A ver, ella leía cuentos a los niños en la biblioteca todos los días, pero los niños no juzgaban, no criticaban. Solo escuchaban y disfrutaban.

s Como no cogió el micrófono de inmediato, su gemela tiró de ella para ponerla de pie y se le lanzó, no dejando a Sophie otra opción que cogerlo al vuelo antes de que cayera al suelo. Sabía que debía parecer un conejo en la carretera, con todas esas personas mirándola y esperando que dijera algo hermoso y emotivo, como todos los que habían hablado antes que ella.

a «Oh, no».

s No sabía dónde mirar, quería que se la tragase la tierra. Pero entonces, justo cuando pensaba que se ahogaba y que le faltaba el aire, levantó la vista y encontró los ojos de Jake fijos en ella.

«Tú puedes hacerlo», parecía decirle. Y había tanta confianza en su inquebrantable mirada que Sophie no tuvo más remedio que creerlo también, aunque fuera solo el tiempo de hacer su discurso y sentarse.

—Hola.

No estaba acostumbrada a escuchar su voz resonando en los altavoces y se calló, sorprendida hasta que se fijó de nuevo en la mirada oscura de Jake.

e «No le tendrás miedo a esta panda, ¿verdad?».

e De pronto recordó cómo la había mirado desde el fuerte del árbol en el patio de su madre tantos años atrás. Las piernas le temblaban, igual que ahora, pero había visto el desafío en los ojos de Jake y se había lanzado a por él.

Y volvería a hacerlo, maldita sea. Había organizado toda esa boda, ¿no? Seguro que podía sobrevivir a un pequeño discurso.

—Me encantan las bodas —dijo al fin, sin dejar que su voz vacilara—. Las grandes. Las pequeñas. Si se habla de amor, y si es para siempre, ya me tenéis ganada. Por completo. —Se puso la mano sobre el pecho, y luego miró a sus hermanos—. No ha sido fácil crecer en esta familia, donde todos opinan sobre absolutamente todo, siendo una romántica empedernida. —Sus hermanos y gemela sonrieron, junto al resto de invitados—. Pero aunque es cierto que alguna vez he estado cerca de curarme de ese mal —hizo una pausa y miró a Chase y Chloe—

vosotros dos me habéis hecho creer de nuevo en el amor.

La palabra *amor* la hizo pensar de inmediato en Jake, y tuvo que armarse de valor para no mirarlo... a pesar de que podía sentir sus ojos oscuros atravesándola como un láser.

Alzó su copa hacia la pareja:

—Me gustaría brindar por mi amado hermano mayor, Chase, y mi flamante hermana, Chloe por escribir una de las historias de amor más hermosas que he conocido.

Todos se pusieron de nuevo en pie, y Sophie no se molestó en detener sus lágrimas mientras sonreía a su hermano y su novia.

Y entonces, por fin llegó el momento de pasarle el micrófono a su madre. Mary Sullivan le dio un beso en la mejilla y le susurró “Has estado absolutamente perfecta, cariño” antes de tomar el micrófono y girarse hacia la feliz pareja.

—Me han dicho en infinidad de ocasiones lo difícil que debe haber sido criar a ocho hijos pero yo siempre he pensado que soy la persona más afortunada del mundo. —Mary se llevó la mano al pelo—. Aunque tuviese que empezar a teñirme con treinta y tantos para cubrir las canas que me salían a cada segundo.

Las risas ya empezaban a mezclarse con sollozos, y Sophie se sintió transportada por completo ante la atmósfera de amor que envolvía a todos los presentes en un dulce abrazo.

—Aunque hoy esté dando a Chloe la bienvenida a mi familia de manera oficial, la llevo en el corazón desde la primera vez que Chase me habló de ella y pude sentir el amor que le tenía. Y cuando por fin tuve la suerte de conocerla, me enamoré tanto de ella como mi hijo. Os quiero mucho a los dos.

Tal como Sophie había planeado, la música comenzó cuando su madre concluyó su brindis. En el primer compás, Smith levantó a Sophie de su asiento y la sacó a bailar. Su hermano mayor era un bailarín fantástico y a ella le encantaba bailar con él, ya de niña le ponía los pies descalzos sobre los zapatos mientras él la hacía girar por la sala de estar.

Hoy había llorado más de lo que lo había hecho en años, pero eran lágrimas buenas. Lágrimas de alegría y de puro amor. Ahora reía y se sentía ligera, llena de ese amor, mientras su hermano la bajaba en sus brazos y luego la alejaba en un giro prolongado que la dejó sin aliento.

Sobre todo porque aterrizó directamente en los fuertes brazos de Jake.

,

e

s

a

s

e

a

-

e

,

vosotros dos me habéis hecho creer de nuevo en el amor.

La palabra *amor* la hizo pensar de inmediato en Jake, y tuvo que armarse de valor para no mirarlo... a pesar de que podía sentir sus ojos oscuros atravesándola como un láser.

Alzó su copa hacia la pareja:

—Me gustaría brindar por mi amado hermano mayor, Chase, y mi flamante hermana, Chloe, por escribir una de las historias de amor más hermosas que he conocido.

Todos se pusieron de nuevo en pie, y Sophie no se molestó en detener sus lágrimas mientras sonreía a su hermano y su novia.

Y entonces, por fin llegó el momento de pasarle el micrófono a su madre. Mary Sullivan le dio un beso en la mejilla y le susurró “Has estado absolutamente perfecta, cariño” antes de tomar el micrófono y girarse hacia la feliz pareja.

—Me han dicho en infinidad de ocasiones lo difícil que debe haber sido criar a ocho hijos, pero yo siempre he pensado que soy la persona más afortunada del mundo. —Mary se llevó la mano al pelo—. Aunque tuviese que empezar a teñirme con treinta y tantos para cubrir las canas que me salían a cada segundo.

Las risas ya empezaban a mezclarse con sollozos, y Sophie se sintió transportada por completo ante la atmósfera de amor que envolvía a todos los presentes en un dulce abrazo.

—Aunque hoy esté dando a Chloe la bienvenida a mi familia de manera oficial, la llevo en el corazón desde la primera vez que Chase me habló de ella y pude sentir el amor que le tenía. Y cuando por fin tuve la suerte de conocerla, me enamoré tanto de ella como mi hijo. Os quiero mucho a los dos.

Tal como Sophie había planeado, la música comenzó cuando su madre concluyó su brindis. En el primer compás, Smith levantó a Sophie de su asiento y la sacó a bailar. Su hermano mayor era un bailarín fantástico y a ella le encantaba bailar con él, ya de niña le ponía los pies descalzos sobre los zapatos mientras él la hacía girar por la sala de estar.

Hoy había llorado más de lo que lo había hecho en años, pero eran lágrimas buenas. Lágrimas de alegría y de puro amor. Ahora reía y se sentía ligera, llena de ese amor, mientras su hermano la bajaba en sus brazos y luego la alejaba en un giro prolongado que la dejó sin aliento.

Sobre todo porque aterrizó directamente en los fuertes brazos de Jake.

CAPÍTULO SEIS

Jake jamás había visto a una chica tan bella como Sophie Sullivan. Si la pureza de su sentimientos lo había emocionado durante la ceremonia, su reacción a los discursos de su hermanos fue lo más dulce que jamás hubiese presenciado.

Pero fue su risa al bailar con Smith lo que lo llevó más allá del límite, directo a un lugar a que sabía muy bien que no debía ir.

Era sencillamente irresistible. No solo por sus curvas y su hermoso rostro, sino por el mismo motivo que debería empujarlo en la dirección opuesta: era totalmente incapaz de ocultar sus emociones.

No había sentido nada parecido por ninguna otra mujer que hubiese tenido en sus brazos y cuando la canción se volvió más lenta y ella puso la cabeza en su hombro, tuvo que atraerla hacia él y respirar su suave aroma, con notas de champán y flores.

Jake podía sentir la mirada de Smith sobre él, dura y amenazante, pero en ese momento no le importaba si tenía que pagar por sus atrevimientos con Sophie. Era demasiado cálida. Demasiado suave.

Y demasiado dulce para dejarla ir todavía.

—Oh, Jake —le susurró al oído mientras se movían al ritmo de la música—, esto es tan perfecto.

Se sentía tan en sintonía con la suave presión de sus senos contra su pecho, con cómo sentía su respiración en el lóbulo de la oreja, que no escuchó las alarmas que sonaban en su cabeza hasta un rato más tarde.

Sabía lo que debía hacer. Tenía que alejarse, dejar claro que lo *perfecto* nunca formaría parte de su futuro.

Pero, oh Dios, lo único que quería era hurtar un breve momento más con la primera y única chica que lo había mirado con amor en los ojos. Le sorprendió descubrir que los sentimientos de Sophie no habían desaparecido con los años. En cambio, habían crecido tanto que los había sentido en su beso, en la forma en que ella seguía viéndole como si realmente fuera un héroe, en lugar de clasificarlo como el villano.

Sin embargo, aunque se le retorcían las tripas ante lo que estaba a punto de hacer, y a pesar de que aún no podía liberarla, se obligó a decir:

—Has organizado una gran fiesta. Has conseguido atrapar a todos en esa fantasía del “hasta que la muerte os separe”. —Le puso sus manos en la cintura y trató de no pensar en lo bien, lo apropiado, lo *perfecto* que sentía el contacto con ella—. Pero no es más que eso. —No se le recordaba solo a ella, también a sí mismo—. Nada más que una fantasía.

Ella se tensó en sus brazos. Pero no picó tan rápido el anzuelo como él deseaba.

En su lugar, dijo:

—Jake, por favor, no tienes por qué hacer esto. Sé que estás preocupado por cómo se tomará mi familia nuestra relación, pero...

—No tenemos ninguna relación, princesa. Ni la vamos a tener.

Ella parpadeó perpleja por el golpe bajo de sus palabras, y su cuerpo se tensó aún más contra

el suyo. Pero aún así no se movió de sus brazos. Y algo que parecía determinación se asentó profundamente en su mirada.

—Sé por qué estás tratando de alejarme —dijo suavemente—. Pero te equivocas. Nunca me habría enamorado de ti si no valieras la pena.

Jake se dio cuenta demasiado tarde de lo que había hecho. Había permitido que Sophie se contara a sí misma durante años una mentira tras otra sobre él. Debería haberse asegurado mucho tiempo atrás de que ella supiera la verdad.

—He hecho cosas que te revolverían el estómago.

Y no hablaba solo de todas las peleas en callejones en las que había estado de adolescente sino del hecho de que había tenido que utilizar un cuchillo contra su padre borracho durante una paliza que podría haber terminado muy mal. Y luego estaba el secreto que ocultaba a todos excepto a su hermano Zach, que se lo llevaría a la tumba. Nunca cometería el error de permitir que Sophie se acercara tanto como para descubrirlo.

Pero si había pensado que su confesión la convencería de dejarle en paz, se equivocaba.

—Jake —sus brazos se apretaron alrededor de él, acercándolo mientras hablaba—, no tienes que tener miedo de compartir tu pasado conmigo. Te qui...

—*Nunca*. —Tuvo que cortarla antes de que ella dijera esa nefasta palabra—. Eso no va a suceder *nunca*.

Envolvió la mano en su muñeca y la arrastró de regreso a Smith, que no les había quitado el ojo de encima desde que comenzaron a bailar juntos.

—¿Y eso de que me ibas a ayudar a poner celoso a mi ex?

Jake no la miró, no podía hacerlo o perdería su fuerza de voluntad.

—Los dos sabemos que no hay ningún ex.

Esperó que le insistiera en que sí que lo había, casi deseando que ella mantuviera la farsa. Pero esa no era la chica que conocía de casi toda la vida.

—Tienes razón —dijo ella—. Salí con alguien de aquí, eso es cierto, pero no fue para nada importante para mí. Lamento haberte mentado. —Sophie suspiró—. No se me ocurrió otra forma de llamar tu atención.

¿Por qué no podía ser fría y calculadora como otras mujeres? ¿Qué se suponía que debía hacer ante esa sinceridad? Aparte de aplastarla por completo... Junto con esa chispa en sus ojos que le dolió ver extinguida cuando sucumbió a la tentación de robar una mirada de su hermoso rostro.

La cara de Smith llegaba ya hasta el suelo cuando Jake y Sophie abandonaron la pista de baile.

—Lamento haber interrumpido tu baile, Smith —dijo Jake a su amigo. Un amigo que supuso que nunca volvería a hablar con él, simplemente porque había tenido el descaro de bailar con su hermana—. Tengo que atender la barra el resto de la noche. Es toda tuya.

Jake giró sobre sus talones y se obligó a alejarse de Sophie, cruzando a través de la multitud de bailarines sin importarle a quién golpeaba en su camino a la barra. Pero su aroma perduraba en él, y seguía sintiendo la presión de sus curvas contra él mientras bailaban, como si aún siguieran ahí.

No necesitaba mirar hacia atrás para saber que Sophie lo estaba mirando con esos ojos grandes y hermosos. Algún día se daría cuenta de que, por una vez, había hecho lo correcto al alejarse de ella. Algún día, pronto, ella encontraría a un chico perfecto y todos brindarían por el amor verdadero mientras ella les devolvía la sonrisa en su blanco vestido de novia.

6 Smith parecía querer matar a Jake.
Y Jake deseó que lo hiciera... y que acabara con su sufrimiento.

e

* * *

e
J Horas más tarde, Sophie estaba exhausta y eufórica al mismo tiempo. La boda había salido a la perfección, y Chase y Chloe pasaban la noche en la casa de invitados antes de dirigirse por la mañana a la costa de Tailandia. El equipo de *catering* ya lo había limpiado casi todo y ella, Jake y Smith eran los únicos que quedaban en el lugar.

a Smith no tenía por qué quedarse para ayudar, pero Sophie sabía lo que estaba haciendo su hermano. Estaba vigilándola para asegurarse de que no hacía ninguna estupidez con Jake. Si sus hermanos se pudieran salir siempre con la suya, ella seguiría siendo una virgen inmaculada.

r Jake metió el último barril en la parte trasera de su camioneta negra, y luego se acercó a ella y a Smith.

s —Bueno, yo ya he terminado. A menos que necesitéis algo más, chicos.

a A Sophie no le engañó que se refiriera a ella como uno de los “chicos”, y tampoco creía que Smith hubiese picado. El único que seguía teniendo una venda en los ojos era Jake, por la simple razón de que estaba desesperado por “hacer lo correcto”.

l Con razón todos dicen que los hombres son estúpidos. No sabría qué era lo “correcto” ni aunque lo golpeará entre los ojos... algo que ella estuvo tentada de hacer con uno de sus tacones cuando lo vio coquetear con un par de atractivas invitadas.

—Sophie y yo nos apañamos, Jake —respondió Smith.

Por lo general, Smith mostraba interés por los pubs de Jake. Del mismo modo, Jake siempre disfrutaba escuchando a Smith hablar sobre la película que estuviera rodando. Esa noche, sin embargo, los dos se decían lo menos posible el uno al otro.

a Sophie pensó que ambos estaban siendo completamente ridículos.

a Jake asintió en su dirección:

—Vale, pues entonces buenas noches.

a Se marchó sin abrazos ni apretones de manos para ninguno de ellos, y en cuanto los dos estuvieron solos en el viñedo de Marcus, Smith dijo:

j —Sé que no quieres escuchar lo que tengo que decir, Sophie...

—Entonces no lo digas.

e Pero por supuesto él tenía que decirlo de todos modos, tal como ella sabía que haría.

—Él no te conviene.

j Lanzó a su hermano una mirada asesina. Lo quería mucho, pero a veces podía estar obcecado, empecinado... o simplemente *equivocado*.

l —¿Cómo puedes decir eso de uno de tus mejores amigos? Has crecido con Jake. Como todos nosotros.

a —Justo por eso *puedo* decirlo.

l Smith le cogió la mano y cuando la obligó a mirarlo, con la luna brillando sobre las únicas dos personas que quedaban en el viñedo, ella no vio a la estrella de cine que todos los demás veían. En cambio, Sophie vio a una figura paterna que se había preocupado por ella y la había querido en cada momento de su vida.

l —Tienes que dejarlo pasar, Sophie.

—Sé que ha estado con muchas mujeres, pero...

—Más de las que nunca podrías contar, pero de lo que estoy hablando va mucho más allá de eso. —Le pasó la mano libre por el cabello antes de decir—: Él no puede amarte, Soph. Es incapaz de amar.

Las palabras de Smith resonaron como una poderosa premonición de fatalidad, de dolor, de pérdida. La expresión en la cara de su hermano casi le aterró.

^a Justo en ese momento sonó su teléfono con un pitido urgente que lo hizo maldecir al sacarlo ¹del bolsillo.

² —Maldita sea, es mi director en Australia.

Smith estaba produciendo su nueva película, con un presupuesto desorbitado, y sabía que le ¹había costado horrores conseguir esas horas para estar en la boda. Y sin embargo no había ^scogido el teléfono ni una sola vez en toda la noche.

Le dio la espalda mientras le decía al director:

^a —No puedo hablar en este momento, James. Estoy en medio de algo importante, te llamaré luego. —Escuchó durante unos segundos más, y luego añadió—: Ya sabías cómo era cuando le contrataste. Todos te lo advertimos. Saldré a primera hora hacia el aeropuerto. Me encargaré de ^eello tan pronto como pueda.

² Pero para cuando Smith colgó, Sophie ya se había ido.

i
s

e
1

s

r
s

s
s
a

—Más de las que nunca podrías contar, pero de lo que estoy hablando va mucho más allá de eso. —Le pasó la mano libre por el cabello antes de decir—: Él no puede amarte, Soph. Es incapaz de amar.

Las palabras de Smith resonaron como una poderosa premonición de fatalidad, de dolor, de pérdida. La expresión en la cara de su hermano casi le aterrorizó.

Justo en ese momento sonó su teléfono con un pitido urgente que lo hizo maldecir al sacarlo del bolsillo.

—Maldita sea, es mi director en Australia.

Smith estaba produciendo su nueva película, con un presupuesto desorbitado, y sabía que le había costado horrores conseguir esas horas para estar en la boda. Y sin embargo no había cogido el teléfono ni una sola vez en toda la noche.

Le dio la espalda mientras le decía al director:

—No puedo hablar en este momento, James. Estoy en medio de algo importante, te llamaré luego. —Escuchó durante unos segundos más, y luego añadió—: Ya sabías cómo era cuando la contrataste. Todos te lo advertimos. Saldré a primera hora hacia el aeropuerto. Me encargaré de ello tan pronto como pueda.

Pero para cuando Smith colgó, Sophie ya se había ido.

CAPÍTULO SIETE

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Sophie estaba frente al porche de la casa de alquiler de Jake en el valle de Napa, como si él le hubiese invocado de la nada.

—He venido a verte, Jake. Para hablar. Para que nos aclaremos. —La mirada de Sophie se posó en la boca de Jake antes de susurrar—: Y para besarnos un poco más.

Jake había estado pensando en Sophie todo el tiempo desde aquel beso entre las vides. Había sido una tortura verla bailar con un hombre tras otro mientras él estaba toda la noche trabajando detrás de la barra. Aunque sabía que muchos eran viejos amigos de la familia, eso no impedía que se le removiera la bilis y se le crispasen las manos. Él también era un viejo amigo de la familia y mira lo que quería hacerle: arrancarle la ropa y tomarla una y otra vez.

Luchando por ignorar el modo en que su cuerpo respondía a estar cerca de ella, salió al porche y cerró la puerta tras de sí.

—No hay nada de qué hablar. Nada que aclarar... Y no vamos a besarnos de nuevo. Nunca.

Debería haber huido de él al escuchar su tono áspero. En cambio, se acercó. Lo suficiente como para volver locas a las neuronas que todavía funcionaban en el cerebro ahora sin sangre de Jake.

—Tú solo déjame entrar y...

—Podría estar en la cama con alguien.

Sophie no pudo ocultar el estremecimiento que sus duras palabras le provocaron, que le recordara que él había elegido a conciencia *no* llevarla a su cama esa noche. Pero en lugar de retroceder, echó los hombros atrás y la barbilla hacia arriba como muestra de orgullo.

—Pero no es así, ¿verdad?

—No.

«Maldita sea, ojalá hubiera traído a alguien». Con eso quedaría demostrado que lo único que necesitaba era un cuerpo cálido y dispuesto, en lugar de desear a Sophie con un ansia que estaba a punto de volverlo loco.

—Pero eso no significa que te estoy esperando.

Las comisuras de su boca ascendieron ante las palabras *te estoy esperando*.

—Deja de intentar negar lo que pasó entre nosotros, Jake. No vas a convencerme de que nuestra conexión no es real.

Tenía razón, las chispas entre ellos casi incendiaron el viñado. Convencerla de que no le deseaba no iba a funcionar. Tendría que buscar otra manera de que se fuera.

Mataría a cualquiera que le hiciese daño a Sophie. Pasaría mucho tiempo antes de que se perdonara por ese beso... y por lo que estaba a punto de hacerle.

Maldita sea, alejarla era un mal necesario, pero un mal al fin y al cabo.

Recorrió a propósito su cuerpo con la mirada, deteniéndose en sus pechos y sus caderas más tiempo del necesario.

—Eres demasiado inocente para mí, princesa. ¿Por qué no te vas antes de que pase algo de lo que te arrepientas luego?

Era en parte esa inocencia lo que le atraía de ella, por supuesto, pero Sophie no tenía por qué conocer ese dato. Sobre todo porque su misión era conseguir que se fuera antes de perder el control.

Pero en lugar de enfadarse con sus burlas, solo le sonrió.

—Una de las ventajas de ser bibliotecaria es tener acceso ilimitado a los libros. —Se lamió el labio inferior, lenta y deliberadamente—. A todo tipo de libros.

a De pronto, Jake no pudo superar la imagen de Sophie estudiando a fondo el *Kama Sutra* memorizando todas esas posturas para hacer el amor con su gran cerebro. Y eso estaba mal e Muy, muy mal.

Y sin embargo, su cuerpo parecía pensar que estaba bien.

a —Leer sobre sexo no quiere decir nada, princesa. —Forzó una mirada de desdén, odiándose más y más con cada palabra que salía de sus labios—. Lo que cuenta es lo que hayas hecho — j volvió a posar la mirada sobre sus increíbles pechos—, y lo que estés dispuesta a hacer.

a —Haré lo que sea.

«Oh, cielos, no. Eso no era lo que se suponía que iba a decir».

l Jake nunca se había visto acorralado en un callejón más oscuro que ese. Ni siquiera con su padre borracho se había sentido tan impotente, tan fuera de control. Necesitaba recuperar la riendas, en lugar de dejar que el bellezón ante él siguiera invitándolo a una aventura en la que no e deberían participar.

e —Así que lo que sea, ¿eh?

Ella asintió, pero su rostro se volvió a sonrojar con un rubor que le bajaba por el cuello hasta la suave hinchazón de sus pechos, que asomaban por el escote del vestido.

—Ya te lo dije —le recordó con voz suave pero firme—, no me vas a asustar, da igual lo que e hagas. No puedes asustarme porque ya conozco a tu verdadero yo.

e ¿Su verdadero yo? De acuerdo, le mostraría al verdadero Jake.

—¿Cuántas veces te han puesto una venda en los ojos? Y no me refiero a romper una piñata.

—Sé perfectamente de qué hablas —respondió ella.

—¿Cuántas, princesa?

e Lo miró directamente a los ojos:

a —¿Seguro que quieres saberlo?

Maldita sea, eso no lo había visto venir. Antes de que pudiera darle una respuesta, y sabiendo que apenas podría soportar la imagen de Sophie en la cama con otro hombre, probó de nuevo con algo que era imposible que hubiese hecho.

e —¿Y sexo en un lugar público?

La dulce y buena Sophie Sullivan le sonrió. Le lanzaba una maldita sonrisa mientras decía:

a —Define público.

Jake respiró hondo con dificultad. Se sentía como si acabara de recibir una serie de puñetazos e en el estómago. Aún así tuvo que intentarlo una vez más, hacer un último esfuerzo para que Sophie viera el error que estaba cometiendo con él.

—Está bien —dijo con tanta naturalidad como pudo y los dientes apretados—, puede que tal vez hayas jugueteadado un poco. Pero tú y yo sabemos que lo que un tipo como yo necesita no es algo que una chica como tú quiera dar.

j —¿Quieres apostar?

Lo último que esperaba era que ella le devolviese las mismas palabras que le había dicho antes de que la agarrara y la besara. No debería querer hacerlo de nuevo, no debería estar a un

étris de lanzarla contra la puerta principal y arrancarle ese sedoso vestido para poder demostrarle que cada palabra que acababa de decir iba en serio.

—No soy un amante blando y delicado, como esos chicos con los que has estado hasta ahora. Si cometes el error de poner un pie dentro de esta casa —le advirtió con voz dura—, no habrá vuelta atrás.

Como si estuviera en cámara lenta, Jake observó cómo Sophie agarraba el pomo de la puerta, lo giraba y ponía un pie dentro de la casa. Estaba paralizado. No pudo hacer más que mirarla mientras ella se adentraba en la casa, con sus caderas balanceándose a cada paso que daba. Cuando llegó a la sala de estar, desde donde aún podía ver el porche, se paró un momento antes de darse la vuelta para mirar atrás.

Su rostro mostraba esperanza, deseo, y algo que se parecía demasiado al amor, al poner la mano en la cremallera a un lado de su vestido y comenzar a bajarla.

«No. Dios, no».

Tenía que terminar en ese preciso momento con esa locura. Pero en lugar de ladrar una orden para que dejara de hacer disparates, en vez de darle la espalda como si no le importase en absoluto que ella se desnudara frente a él, volvió a quedarse atontado. Era como si le hubieran lanzado un hechizo, uno que no podía romper si eso significaba perderse un solo segundo de esa tan hermoso e impactante que le estaba desvelando.

En la boda había adivinado que no llevaba nada debajo del vestido, pero nunca había esperado poder confirmarlo en persona. El vestido caería en cuestión de segundos, y no tendría la más mínima oportunidad de hacer lo correcto.

—*Sophie* —dijo, y su nombre fue una súplica desgarrada que nacía de sus labios.

Una súplica para que se detuviera... y una súplica para que *por fin* le permitiese verla.

Una súplica para que se fuera... y una súplica para que le prometiera que nunca jamás se daría por vencido con él, sin importar lo que pasara.

La cremallera bajó por completo, y ella sostuvo el vestido en su lugar con mano firme. Sus ojos estaban muy abiertos pero él no vio miedo, no vio nervios en ellos.

Solo expectación.

Y un deseo tan fuerte que igualaba a la lujuria que lo devoraba desde dentro.

Un momento después dejó caer su vestido al suelo de madera, y quedó frente a él llevándose solo un par de tacones rosa.

—Soy tuya, Jake.

s
e

l
s

o
1

tris de lanzarla contra la puerta principal y arrancarle ese sedoso vestido para poder demostrarle que cada palabra que acababa de decir iba en serio.

—No soy un amante blando y delicado, como esos chicos con los que has estado hasta ahora. Si cometes el error de poner un pie dentro de esta casa —le advirtió con voz dura—, no habrá vuelta atrás.

Como si estuviera en cámara lenta, Jake observó cómo Sophie agarraba el pomo de la puerta, lo giraba y ponía un pie dentro de la casa. Estaba paralizado. No pudo hacer más que mirarla mientras ella se adentraba en la casa, con sus caderas balanceándose a cada paso que daba. Cuando llegó a la sala de estar, desde donde aún podía ver el porche, se paró un momento antes de darse la vuelta para mirar atrás.

Su rostro mostraba esperanza, deseo, y algo que se parecía demasiado al amor, al poner la mano en la cremallera a un lado de su vestido y comenzar a bajarla.

«No. Dios, no».

Tenía que terminar en ese preciso momento con esa locura. Pero en lugar de ladrar una orden para que dejara de hacer disparates, en vez de darle la espalda como si no le importase en absoluto que ella se desnudara frente a él, volvió a quedarse atontado. Era como si le hubiera lanzado un hechizo, uno que no podía romper si eso significaba perderse un solo segundo de eso tan hermoso e impactante que le estaba desvelando.

En la boda había adivinado que no llevaba nada debajo del vestido, pero nunca había esperado poder confirmarlo en persona. El vestido caería en cuestión de segundos, y no tendría la más mínima oportunidad de hacer lo correcto.

—*Sophie* —dijo, y su nombre fue una súplica desgarrada que nació de sus labios.

Una súplica para que se detuviera... y una súplica para que *por fin* le permitiese verla.

Una súplica para que se fuera... y una súplica para que le prometiera que nunca jamás se daría por vencido con él, sin importar lo que pasara.

La cremallera bajó por completo, y ella sostuvo el vestido en su lugar con mano firme. Sus ojos estaban muy abiertos pero él no vio miedo, no vio nervios en ellos.

Solo expectación.

Y un deseo tan fuerte que igualaba a la lujuria que lo devoraba desde dentro.

Un momento después dejó caer su vestido al suelo de madera, y quedó frente a él llevando solo un par de tacones rosa.

—Soy tuya, Jake.

CAPÍTULO OCHO

—Santo cielo, qué hermosa eres.

Las palabras de Jake le quitaron el frío de la piel desnuda, justo antes de que la puerta principal se cerrase de golpe y ella estuviera en sus brazos. Su boca cubrió la de ella, tomándola apropiándose, marcándola con un beso que hizo palidecer a todos los otros besos que le había dado. Sus manos le ciñeron las caderas y, a medida que el beso caía cada vez más en una espiral fuera de control, él iba acercando el cuerpo desnudo de Sophie al suyo. Le atrapó las piernas entre los muslos, donde el grueso bulto bajo su cremallera palpitaba y empujaba contra ella.

Ella quería tocarlo en todas partes, quería tener pruebas de que ese momento era real y no solo un sueño del que despertaría frustrada y sola. La apretaba contra él con tanta fuerza que los antebrazos de Sophie estaban presionados contra su pecho duro como una roca, aunque aún podía extender sus manos y frotar su pecho con la yema de los dedos a través del fino algodón de su camisa de ceremonia.

Pero eso no era suficiente para Sophie. Estaba desesperada por tener más de él, más de sus besos, y tener la oportunidad de deslizar las manos por sus hombros y subir luego por su cuello para acariciar las diferentes facetas de su bello rostro. Cuando comenzaron a lloverle besos en la mejillas, la barbilla, y luego en el hueco del cuello, ella enhebró los dedos en su cabello, arqueó la cabeza hacia atrás y presionó los senos con más fuerza contra su pecho mientras él le llenaba la piel de besos.

Y entonces —«*Oh, Dios, ¿cuánto tiempo llevaba esperando este momento?*»— sintió que la boca de Jake bajaba un poco, y un poco más aún, hasta que su lengua se curvó sobre la punta de su pecho.

Nunca había sentido nada así, nunca había sabido lo que era estar dentro de un rayo y convertirse en luz y llamas y calor. Las explosiones comenzaron en lo más profundo de su vientre, allí abajo donde todo latía por la excitación, esperando a que Jake la poseyera salvajemente.

Estaba muy nerviosa cuando se montó en el coche, y de camino a la casa que Jake había alquilado para el fin de semana, pero no se había permitido flaquear. Ni siquiera cuando al subir los escalones del porche las piernas le temblaban tanto que tuvo que parar un momento y agarrarse con ambas manos a la barandilla.

«*Es ahora o nunca, Sophie*», se había recordado a sí misma.

Y qué contenta estaba de haber elegido *ahora*, pensó mientras decía su nombre en un jadeo.

Jake movió una de sus manos de las caderas para rodear y estimular el otro pecho, al mismo tiempo que la otra mano se deslizaba entre sus piernas. Ella bajó la vista hacia su morena cabeza solo para descubrir que él también la estaba mirando, y en ese instante en que se conectaron sus ojos se rompió el delgado hilo que unía a Sophie a la cordura.

Cerró los ojos con fuerza mientras se deshacía contra él y sus caderas oscilaban instintivamente en su mano mientras cabalgaba el inesperado clímax. Tanto sus sensuales caricias como la calidez de sus dedos en su lugar más íntimo, que no se detuvo al trasladar su boca al otro pecho, y cómo su incipiente barba le rascaba el pecho con su deliciosa aspereza, le

hicieron salir volando fuera de control, desde un preludio de placer a un bis que surgió de la nada y que parecía seguir y seguir.

Sus piernas habrían cedido si Jake no hubiera deslizado un brazo debajo de sus rodillas y el otro alrededor de sus costillas para levantarla del suelo. No le dio tiempo a pensar y ya su boca bajaba de nuevo, y su lengua se abría paso a la fuerza en su boca. Y mientras atravesaba en sus fuertes brazos la sala de estar y el pasillo, desnuda y llevando solo los tacones, se sintió increíblemente sexy.

Escuchó cómo abría la puerta de una patada, y lo siguiente que supo fue que la estaba depositando sobre una suave colcha aterciopelada. Con su boca todavía en la de ella, Sophie se dio cuenta de que ya no la besaba sino que estaba agarrándole las muñecas con una de sus grandes manos y levantándole los brazos por encima de la cabeza, fijándolas con firmeza en su lugar. Fijándola a ella justo donde él la quería.

Antes en el porche iba de farol, por supuesto. Nunca le habían vendado los ojos, nunca había tenido sexo en público. No porque le asustara hacer esas cosas, sino porque nunca había encontrado al hombre adecuado para hacerlas.

Hasta esa noche.

Hasta Jake.

Trató de envolver sus piernas alrededor de él, quería que la tomara, que la hiciera suya, pero él no le dejaba tener el control, y en su lugar usó su cuerpo para inmovilizarla debajo de él.

Deliciosamente cautiva bajo sus fuertes músculos, vio cómo su bella boca pronunciaba las palabras: “Déjame amarte”. Su boca se movió hacia el lóbulo de la oreja para lamer la piel debajo, y a continuación morder la sensible carne.

—Solo quiero amarte.

Amarla.

Jake quería amarla.

Se le derritieron los músculos como mantequilla con la dulce caricia de su mano libre recorriéndole el costado, desde el pecho hasta la cintura y las caderas para llegar al muslo, y se abrió de nuevo para que pudiera deslizar a la perfección la mano entre sus piernas.

Él levantó la vista hacia ella mientras ahuecaba una mano para acoger su intimidad, su calor fundiéndose en uno hasta el punto de que Sophie no sabía dónde terminaba ella y comenzaba él. Tuvo que arquear las caderas en su mano, buscando de nuevo ese placer que hacía apenas unos minutos le había otorgado.

—Es lo único que quiero —insistió Jake mientras ella se frotaba contra su mano, intentando desesperada volver a ese pico increíblemente alto. Sus músculos interiores apretaban y tiraban de sus dedos mientras los introducía en ella, a veces rápido y otras con una exasperante lentitud.

—Por favor, Jake —le rogó con una súplica que le brotó espontánea de los labios.

—Lo que sea —prometió él. —Lo que sea por ti.

Y entonces su boca estuvo de vuelta en sus pechos por un brevísimo instante antes de desplazarse más abajo, besando y mordiendo la tersa y firme piel de su vientre. Una parte de ella sabía lo que iba a pasar, que pondría la boca entre sus piernas y la probaría. Por supuesto que había fantaseado sobre cómo sería tener un momento tan íntimo con Jake, pero nunca había creído que fuera realmente a suceder.

Jake colocó las manos en el interior de sus muslos, apartándolos con suavidad.

—Muéstrame lo hermosa que eres. Déjame probar tu dulzura.

Nadie le había hablado nunca de ese modo durante el sexo, como si estuviese muriendo de

ahambre y ella fuera un banquete puesto frente a él.

—Qué hermosa. —Exhaló contra su carne excitada, y un escalofrío se apoderó de ella— ¡Qué condenadamente hermosa.

a Y entonces bajó la cabeza más, y luego un poco más aún, hasta llegar a su palpitante núcleo deshaciéndola cada vez que arrastraba con lentitud su lengua por él.

ó Esa vez debería haber estado preparada para el clímax, debería haber sabido que la haría estremecerse, haber sido capaz de aceptarlo y de retener esos sentimientos de placer extremo para regodearse luego al recordarlos. Pero cuando frotó su barba contra sus resbaladizos y húmedos rizos, no tuvo la más mínima posibilidad de hacerlo. Él succionó con los labios su excitado centro y, al tirar un poco de él, sus extremidades comenzaron a temblar, y el corazón le latió tan fuerte que casi se le sale del pecho mientras tenía un orgasmo para él. Su grito de placer resonó con un eco en los altos techos y los grandes ventanales del dormitorio.

a Cuando la marejada de placer finalmente disminuyó, sin llegar a abandonarla por completo a Sophie fue presa de un agotamiento y una satisfacción más profundos de lo que jamás hubiese sentido. Le pesaban los ojos, tanto que ni cuando sintió en el colchón que el peso de Jake se desplazaba pudo abrirlos para ver lo que estaba haciendo.

Enseguida sintió la cama moverse de nuevo, y supo que él había vuelto a la carga. Alargó los brazos para intentar tocarlo, con los ojos aún cerrados. Pero cuando Jake le agarró las manos y las acercó a su boca en lugar de dejar que ella lo tocara, tuvo que obligarse a abrir los párpados.

s La visión más hermosa del mundo la estaba esperando.

e Jake era un dios bronceado y de proporciones perfectas, arrodillado entre sus muslos y con la cabeza inclinada hacia sus manos como en oración. La cola tatuada de un animal que supuso que era un dragón viajaba por sus costillas desde la espalda. Había visto una franja alrededor de sus brazos cuando llevaba manga corta, pero nunca había tenido la oportunidad de apreciar la obra de arte que cambiaba y latía cuando sus músculos se tensaban.

e Sin embargo, esa noche no tendría mucho tiempo para fijarse en sus tatuajes, ya que su atención se centró en su impactante erección, y en el mástil ya cubierto por una fina capa de látex. Durante unos segundos no pudo quitarle los ojos de encima, le costaba creer que algo tan grande pudiese caber dentro de ella.

.. Pero cuando él elevó la mirada para encontrar la suya, lo que vio en sus ojos oscuros la hizo estremecerse. No solo deseo, también algo feroz.

Posesivo.

o —No debería hacerlo. —Cada palabra de sus labios sonaba ronca, rota, y su cara parecía arrasada por emociones contradictorias—. Pero esta vez no puedo dar marcha atrás. Necesito tenerte, Sophie.

—Sí —le pidió—, tómame. *Ahora.*

Él negaba con la cabeza, pero le soltó las manos y se movió para agarrar sus caderas y acercarla. Cuando estuvieron casi en contacto, y ella contenía la respiración esperando el apreciado momento en que finalmente se fundirían en uno, él se detuvo y le agarró las caderas con tanta fuerza que supo que por la mañana tendría moratones.

a Y entonces se introdujo en ella con un empujón tan fuerte y profundo que de los labios brotó su nombre en un grito del placer más profundo que hubiese conocido. Que el único hombre a que había deseado de verdad la estuviese haciendo suya era mil veces mejor de lo que jamás había soñado que sería.

e Alargó los brazos para ponerlos alrededor de su cuello y tiró para acercar su cara. Sus boca

se unieron en un beso desesperado mientras Sophie seguía recibiendo sus acometidas.

—Te amo —susurró Sophie contra sus labios, provocando que Jake se quedara de repente inmóvil sobre su cuerpo. Llevaba haciendo equilibrios sobre el límite desde que lo vio preparado para hacerla suya, pero fue ese brusco e inesperado cambio de postura lo que la llevó más allá.

—Te amo tanto, Jake. —Ya no tenía miedo de decírselo. No después de que él le mostrara su cuerpo, y con la reverencia con que la trataba, sus sentimientos hacia ella—. Desde siempre —juró mientras olas de placer atravesaban cada célula de su cuerpo—.

Para siempre.

Como si sus palabras de amor hubieran roto el dique que lo mantenía inmóvil, Jake volvió a la acción y la empujó con tanta ferocidad que la coronilla de Sophie golpeaba contra el cabecero acolchado de la cama cuando él explotó dentro de ella en el momento exacto en que pronunciaba su nombre.

* * *

De todas las cosas que Jake nunca se perdonaría a sí mismo, tomar a Sophie de una manera tan salvaje siempre estaría en la parte superior de la lista. Y sin embargo, aunque el odio hacia sí mismo crecía en su interior como un virus supurante, ella era tan suave, tan dulce en sus brazos mientras dormía que no podía evitar respirar su aroma, absorber su calor.

A Jake no le era ajeno el sexo desenfrenado. Había disfrutado con mujeres de todas las formas y tamaños desde que era un adolescente. Pero el sexo con Sophie había sido mucho más grande que cualquier cosa que hubiera experimentado, muchísimo más que solo sexo.

Llevaba amándola casi toda la vida. La amaba tanto, de hecho, que la sujetó aún más fuerte mientras asumía lo que tenía que ocurrir a continuación. No debería haber permitido que la visión de su hermoso cuerpo desnudo le hiciera perder el control de esa manera. Pero cuando se desabrochó el vestido y lo dejó caer al suelo, cuando finalmente le fue concedido todo lo que había deseado tantos años, no pudo luchar contra esa bestia dentro de él que deseaba a Sophie.

Que necesitaba a Sophie.

Que *ansiaba* a Sophie.

La luz de la luna que entraba a través de las ventanas brillaba lo suficiente como para poder ver su rostro mientras ella cambiaba de postura adaptándose a él, su suave boca curvándose en una sonrisa de satisfacción y dicha a pesar de que dormía.

Ojalá fuese digno de una mujer como ella.

Jake separó con cuidado sus brazos de ella y salió de la cama. Ella emitió un sonido de protesta y un pequeño ceño fruncido apareció entre sus cejas; y él pensó por un momento que podría despertarse y pillarlo escabulléndose.

«Abre los ojos, princesa», la instó en silencio.

Si ella lo llamaba para que volviera a la cama no dudaría en hacerlo para tomarla de nuevo para repetir los que no podía negar que habían sido los mejores momentos de su vida. No solo ver cómo tenía el orgasmo más hermoso que pudiera tener una mujer en todo el planeta, también esos momentos de paz tan especiales que había sentido cuando la sostenía entre sus brazos.

Pero en lugar de eso, ella se acomodó más profundamente en las almohadas, envolviendo sus brazos alrededor de una para acercarla. El nudo en su pecho le apretaba tanto que apenas podía respirar mientras se vestía en silencio y hacía la maleta.

Era hora de marcharse. En noventa minutos estaría de vuelta en la ciudad. Y puede que

menos, porque seguramente fuese el único coche en la carretera a las tres de la mañana.

Pero no podía hacer otra cosa que pararse en medio del dormitorio para mirar a Sophie. Ahora sabía lo suave que era su piel, conocía exactamente la sensación de sus curvas en las manos, aún podía escuchar sus dulces jadeos y gemidos al tener un orgasmo para él.

Al igual que no había podido evitar saltar sobre ella cuando estaba desnuda y se le ofreció en la sala de estar, no pudo evitar ponerse en el borde de la cama y arrodillarse. Con infinita dulzura le pasó una mano por el cabello, que luego bajó hacia su rostro. Ella acercó la mejilla a la palma de su mano en sueños, y Jake tuvo que cerrar los ojos al sentir un punzante y agudo dolor en el centro del pecho, que parecía estar desgarrándose en dos.

Algún día ella tendría marido e hijos. Pertencería a otra persona, alguien que la amaría y cuidaría como ella se merecía.

Pero durante unas horas clandestinas, había sido *suya*.

* * *

Sophie despertó sola en la gran cama al amanecer, todavía capaz de sentir la huella de las manos y la boca de Jake en su piel. Prestó atención por si escuchaba el sonido de la ducha, pero la casa de alquiler estaba sospechosamente silenciosa. «Tal vez» —trató de decirse a sí misma mientras se sentaba— «haya salido a desayunar». Porque no podía haberse marchado así sin más ¿verdad? Lo de anoche había significado algo, estaba segura de ello. De lo contrario, nunca le habría declarado su amor por...

Sus pensamientos se ralentizaron, para luego detenerse por completo, cuando se dio cuenta de que su ropa, sus zapatos y su bolso habían desaparecido.

Por un momento fue incapaz de procesarlo, no podía creer que fuera verdad. Y cuando escuchó el zumbido de su teléfono saltó sobre su bolso y lo sacó, rezando porque fuera Jake para poderle decirle que había tenido que ir a recoger algo, pero que volvería enseguida.

Pero no, era Smith el que llamaba. Para ver cómo estaba. Y para asegurarse de que no había hecho nada estúpido, como conducir hasta la casa de Jake McCann para seducirlo.

El teléfono cayó de sus entumecidos dedos sin ser respondido.

Oh, Dios, tenía las pruebas justo delante de los ojos... y tenía que afrontarlo. Tenía que enfrentarse a la amarga, espantosa y horrible verdad.

Se había marchado.

El valle de Napa se expuso ante ella en todo su esplendor al mirar por la gran ventana del dormitorio, pero no pudo apreciar la belleza.

Todo lo que vio en el cristal fue a una mujer que no debería haberse enamorado del único hombre que no era capaz de corresponderle.

Él había intentado alejarla, intentó convencerla de que se fuera, pero ella había estado segura, de que tras ese beso que le dio había algo más. Algo más grande que el simple deseo, una conexión emocional más profunda de la que nunca había tenido con otro hombre. El tipo de amor que existía entre Chase y Chloe. Entre Marcus y Nicola. Entre Gabe y Megan.

Se había equivocado.

s

a

e

l.
s

l
a
a
l

y

s
a
s
,
e

a

o
a

a

e

l

o

a
a
e

CAPÍTULO NUEVE

Dos meses y medio después...

—¡Gabe y yo estamos comprometidos!

Las mujeres reunidas en la sala de estar de Lori gritaron sorprendidas y saltaron para abrazar a Megan. Sophie sonrió y charlotó con todas las demás mientras su amiga mostraba entusiasmada al grupo el anillo de compromiso de diamantes que Gabe le había regalado. Pero a pesar de todas las risas, de la alegría, Sophie seguía sin sentir nada. Solo frío en todas partes mientras la conversación seguía zumbando a su alrededor.

Por supuesto que se alegraba por su buena amiga y por su hermano. Sophie estaba absolutamente encantada de que estuvieran a punto de embarcarse en una nueva vida familiar junto con la hija de siete años de Megan, Summer.

Pero en ese momento Sophie apenas fue capaz de sentir nada.

Lori fue hasta la cocina de un salto y regresó con una botella de champán.

—¡Vamos a celebrarlo!

Traía también en la otra mano una botella más pequeña de zumo de manzana con burbujas para Chloe, que estaba más guapa que nunca con su tripita de embarazada.

Lori llenó una copa para cada una cuando todas se sentaron. Las cinco —Lori, Megan, Nicola, Chloe y Sophie— habían empezado a celebrar esas noches de chicas unas semanas antes de la boda de Chloe. A Sophie le encantaba pasar tiempo con un grupo de mujeres tan increíble. Un grupo que a primera vista no tenía mucho en común: una coreógrafa, una contable, una estrella del pop, una bordadora de colchas y una bibliotecaria. Y sin embargo estaban en total sintonía las unas con las otras.

—¡Por Megan y Gabe!

Sophie cogió su copa, y se la estaba llevando a los labios cuando se detuvo y rápidamente la dejó. El dulce y burbujeante líquido salpicó contra el borde de la copa y cayó sobre la mesa de café.

—¿Cuando te lo pidió? —preguntó Nicola—. Necesitamos todos los detalles, ¿verdad chicas?

Megan se sonrojó.

—En realidad, me lo pidió en la boda de Chloe.

Todas se mostraron sorprendidas.

—Pero eso fue, vamos a ver, ¿cuánto tiempo hace? —Lori hizo una pausa para calcular.

—Dos meses y medio —dijo Sophie, que tenía esa fecha grabada a fuego en su cerebro.

—¿Tanto tiempo? —Lori se volvió hacia Megan—. ¿Por qué no nos lo dijiste esa misma noche?

—No teníamos pensado mantenerlo tanto tiempo en secreto, lo juro. —Megan miró a Chloe—. Gabe me llevó al viñedo y se hincó de rodillas. Me dijo que llevaba semanas con el anillo encima, pero quería que todo fuera perfecto cuando me lo pidiese. —Megan rebosaba luz—. Y le había preguntado a Summer si podía ser mi esposo. Y su padre. —Reía y lloraba de felicidad al mismo tiempo—. Esos dos ya me están ocultando secretos. Y esto acaba de empezar... —

añadió, pero todas veían claramente lo feliz que Megan se sentía, no solo por haber encontrado a fin el amor de su vida, sino también por tener una pareja de verdad, y un padre que le ayudara a criar a su hija.

—Eso es tan romántico que roza el ridículo —dijo Lori—, pero aún así deberías habérselo dicho, ¿verdad, Sophie?

Sophie asintió, con una sonrisa que esperaba que pareciera natural.

—Estoy de acuerdo.

—Era tu día —le dijo Megan a Chloe—. Y después... pues supongo que hemos disfrutado de mantener un tiempo el secreto para nosotros.

—No pasa nada —dijo Chloe—, siempre y cuando el día que te quedas embarazada nos lo digas enseguida.

A Sophie se le atragantó la respiración. Los ojos se le humedecieron al instante, y fue incapaz de respirar con normalidad.

—Lo siento, el champán debe haberse ido por mal camino —dijo antes de levantarse del sofá de un salto y dirigirse al baño de invitados de Lori.

Diez semanas, dos días y quince horas habían pasado desde esas horas en los brazos de Jake en las que le había dado más placer del que nunca soñó que fuera posible... para luego desaparecer en mitad de la noche.

También había resultado ser justo el tiempo suficiente para llegar a la conclusión de que si no se le había venido el periodo no era porque siempre le llegara a intervalos aleatorios o porque estuviese estresada por el trabajo.

No, había una razón mucho más científica, y sorprendente, por la que se le retrasaba tanto.

Estaba embarazada.

De pie frente al espejo ovalado sobre el lavabo, Sophie se miró con atención para comprobar si ya se le notaban los cambios. Pero ni las ojeras, ni la mayor prominencia de sus pómulos ni ninguna de esas cosas tenía nada que ver con el bebé que crecía dentro de ella.

No, esas eran, simplemente, las consecuencias de sentir lástima por ella misma.

«¿Cómo ha sucedido?», se preguntó mil veces en las ocho horas que habían pasado desde que se hiciera media docena de pruebas de embarazo, una de cada marca.

Pero por supuesto, ya sabía cuál era la respuesta. Jake había usado condón, lo recordaba a la perfección. Pero estaba claro que si ponían esos mensajes de advertencia en las cajas de condones era por algo.

A pesar del impacto de ver una y otra vez la línea azul, y la palabra *Embarazada* que una de las pruebas prácticamente le había gritado, a Sophie no se le escapaba lo irónico que era todo.

¡Ella era Buena!

Solo una vez se había permitido hacer una locura, era la única vez que había arrojado la precaución al viento para tener lo que deseaba con tanto ansia, y vaya si estaba pagando las consecuencias.

¿Cuántas mentiras se había dicho a sí misma, todo porque ansiaba tanto pasar esa noche con él? La lista era tan larga que rozaba el ridículo, pero una vez más las repasó mentalmente una y otra, pues sabía que era la manera perfecta de recordarse la verdad.

Mentira: Si amaba a Jake lo suficiente, él terminaría correspondiéndola.

Verdad: Podría pasar cada segundo del resto de su vida bañándolo de amor, y él nunca le amaría. Vale, ella le gustaba, de acuerdo, pero al igual que le gustaban el resto de los Sullivan. E

El amor no era algo a lo que Jake McCann estuviera abierto. Hasta se lo había dicho a la cara.

a *Mentira:* El único motivo por el que enamorarse de ella no le terminaba de cuadrar era por ser amigo íntimo de sus hermanos.

o *Verdad:* ¿Es posible autoengañarse más? No se había enamorado de ella. Simplemente había hecho lo que cualquier hombre haría después de que ella se le arrojase desnuda y dispuesta a tomar su cuerpo.

Mentira: Él no creía ser lo suficientemente bueno para ella, pero una vez que ella lo convenciese de que lo era, tendrían su “fueron felices y comieron perdices”.

Verdad: Jake era uno de los hombres más seguros de sí mismo que conocía. Pensar que podría ser feliz junto a una aburrida y buena bibliotecaria era ridículo. No es que pensara que no era lo suficientemente bueno para ella. Sencillamente no la deseaba. Y punto.

z *Mentira:* Sus alucinantes besos, y el sexo tan maravilloso que habían tenido, seguro que significaban que él también la amaba.

á *Verdad:* El sexo no era magia. Los orgasmos no tienen conexión con las emociones. Y era una tonta patética por haber pensado lo contrario.

e *Mentira:* Podía pasar una noche increíble en los brazos de Jake y luego volver a su vida normal, sin que nada cambiase más allá de esas horas retorcidamente perfectas.

Verdad: Ahora todo había cambiado.

o
e Y aún así, a pesar de la innegable lista de verdades que acababa de ponerse delante, Sophie no pudo dejar de recordar cómo la miraba esa noche. ¿Se había imaginado esa feroz posesión? ¿Los sentimientos que no había sido capaz de ocultar? Pensaba que esa noche consiguió tocar algo más que su cuerpo, sintió que logró llegar más allá, hasta su alma.

r *¡Basta, Sophie!*

, Tenía que aceptar la verdad, que es probable que Jake McCann mirase así a todas las mujeres con las que se acostaba, y que sus horas juntos no habían tenido nada que ver con almas que se rozan. Solo se rozaron partes de sus cuerpos.

e Todavía no se podía creer que le hubiera dicho que lo amaba. Desde siempre.

Para siempre.

a Dios, quería hacerse un ovillo en el suelo del baño y nunca más volver a salir. «Qué estúpida has sido, Sophie Sullivan, las chiribitas en los ojos no te han dejado ver la realidad». Y ahora mira lo que ha pasado.

e Estaba embarazada.

Llevaba dentro al bebé de Jake.

Alguien llamó a la puerta:

a —¿Va todo bien por ahí?

s Era Lori. Sophie rápidamente se echó un poco de agua en la cara y tiró de la cisterna para que pareciese que había usado el baño de verdad.

1 Abrió la puerta con una sonrisa fingida.

a —¿A que es emocionante lo de Gabe y Megan?

—Por supuesto que sí. —Pero Lori no le devolvía la sonrisa—. Tengo que hablar contigo cuando todas se vayan, así que quédate por aquí, ¿vale?

A Sophie le preocupó de inmediato que algo le estuviese pasando a su gemela. ¿Habría estado tan angustiada por su propia e impactante realidad que no había prestado suficiente atención a si Lori necesitaba su apoyo?

* * *

r Las chicas se fueron, y apenas se cerró la puerta Lori le espetó a Sophie:

a —Suéltalo, hermanita.

: La copa que Sophie estaba lavando en la cocina se le resbaló de los dedos y se rompió sobre la porcelana blanca del fregadero. En el pasado, siempre había sido ella la voz de la razón, el hombro para que su gemela llorara.

Esa vez era al revés.

e Se aferró al borde del fregadero. No iba a llorar.

j No. Iba. A. Llorar.

Pero cuando Lori se puso detrás de ella y le envolvió los brazos alrededor de los hombros, las lágrimas comenzaron a rodar por las mejillas de Sophie en un torrente tan abundante y caudaloso como el agua que seguía brotando del grifo.

a Todo lo que había tratado de guardarse dentro, para lidiar a solas con ello, explotó en ella. Sintió que se rompía desde el interior, como si estuviese a punto de hacerse añicos como la copa en el fregadero.

Los sollozos retorcieron su cuerpo con tanta fuerza que no podría haberse mantenido erguido si Lori no la estuviera abrazando. Esta cerró el grifo y llevó a su hermana al sofá, donde Sophie se aferró a su gemela como si le fuera la vida en ello. Las peleas sin fin del año pasado se convirtieron en nada.

? Lo único que importaba era saber que no estaba sola del todo.

r Cuando Sophie por fin dejó de llorar se sintió hecha polvo. Lori dijo “Espera un segundo” y regresó un momento más tarde con un rollo de papel higiénico.

—Lo siento, no tengo nada mejor.

s Pero fue más que suficiente para que Sophie se sonara la nariz y se secara la cara.

e Lori la miraba angustiada:

—Guau. Estás hecha un desastre.

Sophie no debería haberse reído cuando su gemela señaló lo terriblemente obvio, pero no pudo contener una risita ahogada.

a —¿Tú crees?

a Lori cogió su mano.

—Es que nunca has estado así. Me estás asustando.

—No eres la única asustada. —Aunque siendo sincera, *asustada* era una aproximación patética y ridícula a cómo se sentía.

—¿Qué te ha hecho Jake?

Contaba con que Lori se daría cuenta de inmediato de quién era el responsable de su pena. Pero no es que pudiese decirle exactamente “Bueno, ya sabes, no mucho además de hacerme el amor del modo más dulce y pecaminoso imaginable y luego irse en mitad de la noche dejándome embarazada... y completamente perdida sin él”.

Abrió la boca para responder a su hermana, pero nada salió de sus labios.

j —Estuvisteis juntos, ¿verdad? Por la noche, después de la boda.

Sophie asintió. Al menos eso lo podía hacer.

a —¿Cómo fue? No, espera... —Lori levantó la mano para que parara—. Olvídate de que lo he preguntado. Se parecería demasiado a escuchar hablar sobre la vida sexual de uno de nuestros hermanos.

Solo que Jake no era su hermano. El hecho de que prácticamente se criara en su casa no cambiaba el hecho de que en realidad no era uno de ellos.

—Solo voy a dar por hecho que fue alucinante—dijo Lori.

Sophie sabía lo que se esperaba que dijera, así que se las apañó para asentir.

—¿Superalucinante?

Sophie suspiró, respondiendo finalmente con la palabra “Sí”. Pero los emocionantes detalles de esas furtivas horas juntos, aunque seguían siendo importantes, habían pasado a un segundo plano en cuanto se enteró de que...

—Estoy embarazada.

Ya está. Lo había dicho. Y ojalá Lori pudiera verse la cara ahora mismo.

—Espera. —Lori pareció más sorprendida que nunca en sus veinticinco años—. Por un momento me ha parecido escuchar que estás em... —dijo, negando con la cabeza—. No puedo ni decir la palabra, Soph.

—No me viene el periodo desde antes de la boda.

—¿Habéis estado todo este tiempo viéndoos en secreto?

Sophie bufó:

—¿Te estás quedando conmigo? Lo hicimos una vez —*una vez espectacular*—, y luego se escabulló en mitad de la noche.

Dejándola sola en esa gran cama de esa gran casa en las colinas del valle de Napa, sin nadie que abrazar excepto una almohada.

—Voy a matarlo. —Lori saltó del sofá y cogió su teléfono móvil de la encimera de la cocina—. Le arrancaré el corazón a través de la garganta. Mejor aún, me aseguraré de que no pueda dejar a nadie embarazada nunca más.

Sophie agarró a su hermana un milisegundo antes de que encontrara el número de Jake en la lista de contactos del teléfono.

—¡Para! ¡No lo llames! Aún no lo sabe.

El dedo de Lori se detuvo sobre el teléfono.

—¿No se lo has dicho?

—No. Ni siquiera hemos hablado desde esa noche. No me he hecho las pruebas hasta esta mañana. —Sophie arrancó con fuerza el teléfono de la mano de su hermana—. Te quiero, y muchísimas gracias por apoyarme. Pero tengo que lidiar con esto yo sola.

No se sentía para nada bien, pero después del largo llanto y de confesarle la noticia a su hermana se sintió mejor. Más fuerte.

Como si pudiera de verdad enfrentarse a Jake sin desmoronarse.

—No me lo puedo creer —dijo Lori—. Llevas un año encima mía para que lo deje con quien tú ya sabes porque es ‘malo para mí’, y a ti en una sola noche te basta para meterte en un lío gordo.

En otra situación podría haber sonado a recochineo, pero Sophie sabía que no lo era. Era simplemente Lori manifestando la loca ironía sin sentido de su situación.

—Nunca pensé que algo así me fuese a pasar —contestó Sophie.

Y aún así, una voz en su cabeza le decía: «Y aunque hubieras sabido cómo terminaría, lo habrías hecho de todos modos. Habrías renunciado a todo, a lo que fuese, por una oportunidad de estar con él».

—Podría salir bien, ¿sabes? —dijo Lori sin mucho convencimiento—. Tal vez Jake esté a la altura. Tal vez entre los dos podáis hacer que esto salga bien. —Miró a la barriga de Sophie—

«Bueno, entre los tres, supongo.

Pero Sophie no se engañaba:

—No quiero que esté conmigo solo porque sea su deber. —Respiró hondo, dejando que el oxígeno llenara sus pulmones y la ayudara a recuperar las fuerzas—. Quiero amor.

Pudo ver en los ojos de Lori la confirmación de lo que todos sus hermanos sabían: Jake no creía en el amor. Sophie podría estar el resto de su vida intentando convencerlo, pero sería en vano.

—Oh, Soph. —dijo Lori con gestos de enfado—. Lo de matarlo sigue en pie. Pero esperaré a que le des la noticia.

Habría sido mucho más fácil si pudiese echar la culpa de todo a Jake. Pero, incluso ahora tenía que ser justa.

«No fue solo culpa suya. Yo lo engañé para que se acostara conmigo. Hice que le fuera imposible alejarse.

—¿Estás de broma? —Lori le soltó las manos y pateó el suelo de parqué con furia—. ¿Cómo es posible tender una trampa a un tipo como Jake para que se acueste contigo? ¿Le metiste los pies en cemento y saltaste sobre él mientras te rogaba que te detuvieras?

A Sophie siempre le había encantado cómo su hermana siempre la hacía reír. Hasta en los peores momentos.

«Dijiste que no querías detalles —le recordó a su gemela.

—Es verdad. Bueno. Sin detalles. Pero tú no tienes tanta experiencia con el sexo opuesto como él. Seducirte sería para él como robarle un caramelo a un bebé.

La palabra *bebé* las trajo a las dos de vuelta al tema más importante que tenían entre manos.

—Vas a tener un bebé, Soph. —Lori la miraba maravillada, con los ojos muy abiertos.

Sophie se puso las manos sobre el vientre, aunque sabía que lo que crecía dentro de ella era apenas del tamaño de un guisante. Fue entonces cuando fue plenamente consciente.

Un bebé.

Aunque estaba aterrorizada, de repente no pudo evitar emocionarse. Iba a tener un niño pequeño, o una niña, con los ojos de Jake; una criatura que, como heredara la energía de Jake, la dejaría consumida.

«Cómo voy a querer a este bebé. —Lori parecía irse a echar a llorar—. Todos lo queremos «Oh, Dios». Su madre. Sus hermanos. No quería ni pensar en lo mucho que iban a perder los papeles cuando lo supieran.

—No te atrevas a decírselo a nadie.

—Pero...

«A nadie, Lori. Jura por Dios que me dejarás lidiar con esto, con Jake, a mi manera.

Lori puso cara de frustración.

—Está bien —dijo, muy a regañadientes—. Pero no te olvides de que hay al menos siete personas que estamos contigo en todo esto. Y seis de ellas tienen puños muy grandes.

Sophie contestó con una sonrisa:

—Gracias, Lori.

«Oye —dijo su hermana con una pícaro sonrisa—, yo simplemente me alegro de que seas tú y no yo.

Esa sí era la Lori puñetera a la que tanto conocía y amaba.

«Por un segundo casi has llorado —dijo Sophie.

«Qué va.

—Claro que va.

Ese familiar intercambio de golpes dialécticos ayudó a Sophie a centrarse un poco más. Tanto como para decidir, una vez estuvo en la calle, que ya tenía fuerzas para hacer lo que tenía que hacer.

» Era hora de decirle a Jake que iba a ser padre.

1

a

l,

a

»

s

s

»

a

»

a

.

s

e

í

—Claro que va.

Ese familiar intercambio de golpes dialécticos ayudó a Sophie a centrarse un poco más. Tanto como para decidir, una vez estuvo en la calle, que ya tenía fuerzas para hacer lo que tenía que hacer.

Era hora de decirle a Jake que iba a ser padre.

CAPÍTULO DIEZ

Los números de las hojas de cálculo que cubrían el escritorio de la oficina de Jake se le volvían borrosos. Aunque le costaba procesar las palabras, con los números le había pasado siempre lo contrario.

Se apartó de su escritorio, sabiendo que todo lo que intentase hacer ahora tendría que rehacerlo por la mañana. El único motivo por el que se había quedado en casa era para adelantar trabajo. Si no iba a ser capaz de hacerlo, estaría mejor en uno de los pubs manejando un grifo.

Cogió su teléfono móvil de la encimera y vio una llamada perdida de Zach Sullivan. Llevaba diez semanas esforzándose por evitar a los Sullivan. No podía enfrentarse a Zach, o Marcus, o Chase, o Gabe, sin que supiesen lo que le había hecho a su hermana. Era lo más bajo que jamás había caído, tan bajo que le resultaba difícil de creer. Seguía con la esperanza de despertarse y que todo hubiera sido un sueño loco... pero cada vez que conseguía dormir solo veía a Sophie, y esa mirada en sus ojos cuando le había dicho que lo amaba.

Para siempre.

Pero él sabía que no, que ella no podía estar de verdad enamorada de él. Estaba enamorada de una versión irreal de Jake McCann, sobre la que es posible que llevara escribiendo en sus diarios desde que era una niña con coletas.

Ella nunca le perdonaría lo que había hecho, y Jake sabía que no merecía su perdón, al igual que sabía que lo mejor era que en adelante se mantuviera alejada de él. Porque ahora que conocía su sabor, el tacto de su piel...

Necesitaba llegar al pub, donde el ruido y el ajetreo lo distraerían de sus pensamientos sobre ella. Guardó el teléfono en el bolsillo, cogió las llaves del coche y salió a la calle.

Sophie Sullivan estaba de pie en las escaleras del porche.

—Oh, hola. Estaba a punto de llamar al timbre.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Fueron las mismas palabras que le dijo cuando apareció en la casa que había alquilado en Napa. Siendo agresivo no ayudaría a compensar cómo la había tratado pero era lo mejor que podía hacer, puesto que con solo mirar a Sophie sus neuronas ya se estaban desmadrando.

Ella parecía indecisa e incómoda. Y también cansada, al menos tan cansada como se sentía él.

—¿Puedo entrar?

—¿No te acuerdas de lo que pasó la última vez? —Prácticamente gruñó las palabras, pero aunque Sophie empalideció y pareció sorprendida, no hizo ningún movimiento para irse.

—Sí —dijo con delicadeza—. De eso precisamente te quería hablar.

Jake no confiaba en sí mismo cuando ella estaba cerca. Ya contaba con que si la volvía a ver una mirada bastaría para que le atenazara un impulso feroz de arrastrarla y encadenarla a su cama.

Dios, era un enfermo, hasta en ese momento seguía pensando en todas las formas en que la podría corromper.

«Buena».

Tenía que recordarse que ella era buena... y no esa mujer de sensualidad innata que se había retorcido de placer y gritado debajo de él, buscando satisfacción desesperadamente cuando resultó que debajo de su dulce, inocente fachada de *buena* había una mujer con mucha pillería que...

—Esta noche no tengo tiempo para esto. —Lo último que quería era hacerle daño pero si se quedaba, si dejaba que la volviera a tocar, solo terminaría lastimándola aún más—. Tengo que volver al pub.

—Es una pena —contestó ella—, porque tú y yo tenemos que hablar. Ahora mismo.

Una feroz Sophie Sullivan, cuya existencia desconocía hasta ese momento, lo apartó de un empujón y entró.

Cuando Jake cerró la puerta y se volvió hacia ella, tenía puesta toda su atención en luchar contra las reacciones que le provocaban su belleza, lo bien que olía o las ganas que tenía de apretarla contra su cuerpo. Estaba tan concentrado en aferrarse a su casi inexistente control, que casi no escuchó que decía:

—Estoy embarazada.

La tierra dejó literalmente de girar, y Jake casi perdió el equilibrio. Su cerebro trataba de asimilar lo que ella acababa de decir, pero le parecía inconcebible. No podía haber oído lo que pensaba que acababa de oír.

Se le quedó mirando la barriga, el jersey y la falda, lo bastante ceñidos en la cintura como para ver que aún no se abultaba.

—No creo que empiece a notarse hasta dentro de unas semanas.

El pensamiento de la paternidad le hizo entrar en pánico. Nunca había pensado tener hijos. Había tomado todas las medidas para que algo así no pasara jamás.

—¿Estás segura de que es mío? —Pareció que en lugar de hacerle una pregunta la hubiese arrastrado por guijarros y dado un puñetazo en la mandíbula—. La boda fue hace dos meses y medio.

A Sophie se le notaban los esfuerzos que estaba haciendo por calmarse:

—Eres el único hombre con el que me he acostado en —hizo una pausa— mucho tiempo. No puede haber sido nadie más.

El pánico y la conmoción aún le arañaban las tripas, pero no fueron tan fuertes como el instinto masculino, puramente primitivo, de reclamar como suyos en ese mismo momento tanto a ella como a su hijo.

Jake recibió con alivio la noticia de que era suya.

Solo suya.

Sophie respiró profunda y entrecortadamente.

—He venido para decirte lo que... lo que ha sucedido. Mereces saberlo, y no quedarte siempre con la duda de si mi hija o mi hijo es tuyo.

Sus palabras, y la imagen que evocaban, casi lo hincaron de rodillas.

Una niña pequeña. O un niño.

Su hija o hijo.

—¿Cuándo será...? ¿En qué punto...? —Todo lo que intentaba preguntar salía con una voz aún demasiado agarrotada.

—Creo que estoy de unas doce semanas. Tendré al bebé este otoño.

Para Jake las únicas marcas en el calendario coincidían con viajes de negocios y vacaciones... y, cuando era niño, con palizas.

a —¿Has visto ya al médico?

o De nuevo las palabras fueron bruscas, ya que no podía moderar el instinto primitivo de reclamar a ella y al bebé como suyos. *Ahora.*

Para siempre.

e Sophie pareció sorprendida por su pregunta.

e —Tengo cita para mañana.

—Bien —respondió Jake ansiando acercarse a ella, pues su brillo tiraba de él del modo en que siempre lo hacía. Solo que en ese momento no pudo recordar cómo combatirlo—. Iré contigo.

—Espera. —Sophie negó con la cabeza y dio un paso atrás, ensanchando la brecha que él trataba de reducir—. No he venido hasta aquí solo para decirte que estoy embarazada. También he venido a decirte que no quiero nada de ti. Y que nadie tiene por qué saber que eres el padre.

e —Y una mierda.

Sophie pareció sorprendida por su reacción. Pero a pesar de su shock no se movió ni un centímetro, aunque él continuara reduciendo la distancia entre ellos.

e —¿Por qué dices eso? —preguntó—. Pensé que te alegraría saber que no quiero nada de ti. Así puedes seguir con tu estilo de vida libre.

La palabra *libre* se retorció en sus labios hasta sonar como una maldición.

o —No te dejaré marchar, Sophie. Y no permitiré que le digas a tu familia, a tus amigos, que un tipo cualquiera te hizo esto. —Se apuntó con el dedo índice al pecho—. He sido yo.

Sesenta segundos antes, él intentaba que admitiera que no era de él. Pero ahora la verdad había salido a la luz: estaba loco por reclamar a ese bebé como suyo.

«Y a ella también», le dijo una voz burlona en su cabeza. «Por fin puedes tener todo lo que siempre has querido. Aunque no te merezcas nada».

y —Sé que seguramente te has olvidado de lo que pasó esa noche, pero yo no. —La frustración de Sophie se había transformado en furia. Era otra faceta de ella que nunca había sabido que existía—. Te fuiste en cuanto pudiste escabullirte, probablemente estarías buscando el modo de escapar desde mucho antes. Los dos sabemos que no tienes ningún interés en estar conmigo. Y es un hecho de que esté embarazada no cambia nada de eso. Llevaba mucho tiempo queriendo que me hicieras caso. Que me vieras. Y por una noche lo hiciste. Pero entonces me di cuenta de que aunque obtuve lo que pensaba que quería, no significó nada. —Hizo un gesto de negación con la cabeza—. Fue un sexo magnífico, pero yo quiero algo más que lujuria. Quiero amor eterno. Quiero esa mirada que Chase dirigió a Chloe cuando le prometió ser suyo para siempre.

No soportaba la forma en que ella lo miraba, sin una pizca de esa adoración heroica, de esa admiración sin tapujos que le había mostrado antes.

a Jake nunca se había sentido un héroe. Pero a los ojos de una persona, al menos, no había sido una escoria completa.

Hasta ahora.

El dolor supuraba de cada palabra que había dicho. Pero no era el momento de lidiar con eso ahora tenía asuntos más importantes que resolver. Nunca había tenido madre, y es probable que se hubiese ido mucho mejor si tampoco hubiera tenido padre. Se supone que el destino no le depararía tener hijos, pero ya que empezaba a darse cuenta de que no controlaba ni mucho menos tanto como le gustaba pensar, una cosa estaba clara.

y No iba a dejar que su hijo dejara de tener una madre y un padre.

—Ahora que vas a tener a mi hijo, nos casaremos.

Sophie se quedó boquiabierta:

e —¿No has oído nada de lo que acabo de decir?

Sí, la había oído. Todas y cada una de esas palabras valientes y osadas que tenían la intención de alejarlo de su vida.

—Podemos estar en Las Vegas en un par de horas y hacerlo ya.

—No me voy a casar contigo, Jake —contestó, y luego con un confundido movimiento de la cabeza añadió—: De todas las personas del mundo, no me esperaba algo así precisamente de ti.

é ¿Cómo podía no entender que el modo en que lo habían criado era justo el motivo por el que era tan importante para él formar parte de la vida de su hijo? Que estuviera embarazada de un bebé que él nunca se había planteado tener no cambiaba el hecho de que no dejaría que ese bebé creciera sin conocer a su padre.

—Estás embarazada, de mi hijo. —Se acercó más a ella, y puso las manos sobre sus hombros antes de que pudiera alejarse más de él. Esa era su oportunidad para reclamar por fin todo lo que siempre había deseado. No solo a Sophie, también una familia—. *Mi* hijo, Sophie. No puedes alejarlo de mí.

.. —No —contestó ella, tensa ante el modo en que la agarraba—. Yo no te haría eso.

—Es exactamente con lo que me estás amenazando.

Sophie negó con la cabeza, pero no trató de evadirse de sus brazos.

e —No estoy haciendo eso. Te juro que no. Solo estoy intentando que conserves tu libertad.

—Que le den por culo a la libertad.

l Sophie se mostró alarmada ante su lenguaje obsceno, aunque Jake casi volvió a usarlo a pensar en perderla, lo que le hizo sentir que le machacaban las tripas. ¿Y, además, perder también a su hijo?

Ni de coña.

1 La desesperación de Jake por conservarlos a los dos se volvió más importante que nada.

e —Una semana.

e —¿Qué?

l —Quiero una semana para convencerte de que te cases conmigo.

e —¿En serio piensas que puedes convencerme para que me case contigo en siete días? Tiene que ser el tío más arrogante y egocéntrico... —se detuvo a mitad del insulto, tratando obviamente de recuperar el control. Respiró hondo—. Mira, si quieres formar parte de la vida de tu hijo, no te apartaré de él o de ella. Pero tú y yo sabemos que no hace falta casarse para ser un padre implicado. No comprendo por qué estás actuando así... o cómo puedes pensar que voy a aceptar tus exigencias.

«*Porque solo un puñado de horas contigo entre mis brazos han hecho que apenas pueda recordar cómo era mi vida antes de ti. Solo recuerdo que no era buena*».

Cuando Jake era niño, su barrio era lo bastante duro como para enseñarle rápido que había que hacer lo que fuese necesario para salir de una pieza. El bien o el mal, nada de eso importaba, cuando tu vida estaba en juego.

e Esa vez había tres vidas en juego —la suya, la de Sophie y la del bebé— y si hacía falta jugaría sucio por ellos.

s —Tú fuiste la que vino a mi casa en Napa y te quitaste la ropa. —Dejó que su mensaje de quién había seducido a quién calara durante unos segundos antes de añadir—: Me debes a menos siete días.

Sophie se le quedó mirando unos segundos, suficientes como para que Jake supiese que la

tenía donde la quería. Por fin.

—Si digo que sí, ¿al final de la semana aceptarás hacer esto a mi manera? —preguntó ella.

1 No. Jamás sería capaz de hacer algo así, ni en un millón de años renunciaría a su bebé o a la madre de su hijo. Pero que ella supiese ese dato no le ayudaría en nada.

Sabía que necesitaba esa semana para obrar su magia, así que asintió. Una mentira más que añadir a la lista. Pero aún no había terminado de jugar sucio, pues era consciente de que tendría más oportunidades de hacerla cambiar de opinión si usaba su conexión sexual. Aunque ardiera en el infierno por ello.

1 —La cama es parte del trato, Sophie. Eso no es negociable.

é —Obviamente —contestó ella, volviendo a dejar a Jake asombrado—. Tendremos un montón de sexo durante una semana, y entonces volverás a irte y yo seguiré adelante con mi vida. —Se encogió de hombros, como si no le importase lo más mínimo ni una cosa ni la contraria.

s Jake se dio cuenta tarde de su tropiezo. Al final de la semana, ella utilizaría como argumento todo el magnífico sexo que iban a tener para demostrarle que eso era todo lo que había entre ellos. Nunca había tenido que demostrarle lo contrario a ninguna mujer, ni había querido hacerlo.

Era una situación extrañísima. Sobre todo porque sabía que daba igual cuánto empeñara en no tocarla, no lograría estar ni siete minutos sin hacerle el amor. ¿Siete días? Ni de coña.

—Así que, ¿estamos de acuerdo?

l —Vale. —Esa única palabra de sus labios encerraba dentro todo un mundo de enfado—. Te guardaré tus siete días, pero no puedes decirle nada sobre lo nuestro a nadie de mi familia. Ni sobre el bebé.

Tenía sentido que no lo hubiese anunciado todavía. Porque si lo supiesen, sus hermanos ya habrían ido a buscarlo. Y a matarlo. Y entonces nunca habría tenido esa oportunidad para convencerla de que fuera suya. Esta vez para siempre, no solo durante una noche que reviviera cada vez que cerraba los ojos.

—¿Lo sabe alguien además de nosotros dos?

s —Solo Lori. Quería hacerte cosas terribles cuando se enteró. De hecho, todavía quiere hacértelas.

e Le sería mucho más fácil ganársela en siete días sin su familia interfiriendo todo el tiempo en sus asuntos, sobre todo si sus hermanos hacían que le pusieran una escayola de cuerpo entero. Pero a Jake no le terminaba de cuadrar que Sophie estuviese ocultando algo tan grande, tan importante, a la familia que significaba todo para ella.

1 —Tienes algo diferente. —*Un brillo*—. Tu madre lo sabrá en cuanto te vea.

Su cara volvió a palidecer:

a —Oh, Dios, tienes razón. Pues no la veré. —Jake podía sentir cómo trataba de convencerse de que estaba haciendo lo correcto—. Al fin y al cabo, es tan solo una semana.

La cuenta atrás de esos siete días que ella le había prometido empezó a sonar como una bomba de relojería, riéndose de él mientras trataba de buscar el modo de desactivarla antes de que detonara. Ya hablarían más tarde de su familia. Ahora mismo tenía que ganarse a la madre de su hijo.

l —¿Has comido?

—Comí esta mañana.

a Era tarde, mucho más tarde de su hora normal de cenar.

—Ahora tienes alguien más de quien cuidar además de ti.

—¿Me estás acusando de hacerle daño al...?

a No la dejó terminar:

—No. Solo quiero asegurarme de que comes. Siéntate —le dijo, señalando uno de los taburetes de la barra—. Te haré la cena.

a —Pensaba que te necesitaban en el pub —respondió ella, devolviéndole sus propias palabras

aSe dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

Pero Jake la agarró sin pensar y la atrajo hacia él. Sabía que lo último que ella quería era que la agarrase, pero su sitio estaba entre sus brazos.

1 —Los siete días empiezan ahora.

i

a

o

e

.

o

e

e

l

a

a

a

e

1

.

1

e

a

e

e

—Ahora tienes alguien más de quien cuidar además de ti.

—¿Me estás acusando de hacerle daño al...?

No la dejó terminar:

—No. Solo quiero asegurarme de que comes. Siéntate —le dijo, señalando uno de los taburetes de la barra—. Te haré la cena.

—Pensaba que te necesitaban en el pub —respondió ella, devolviéndole sus propias palabras. Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

Pero Jake la agarró sin pensar y la atrajo hacia él. Sabía que lo último que ella quería era que la agarrase, pero su sitio estaba entre sus brazos.

—Los siete días empiezan ahora.

CAPÍTULO ONCE

Algunas cosas eran tan raras que no le entraban en la cabeza. Como el hecho de que tras tanto años deseándolo, esperándolo y soñándolo por fin estaba sentada en la cocina de Jake.

Y él estaba haciéndole la cena.

Porque estaba embarazada.

De él.

Sin duda alguna estaba en un capítulo de *Historias para no dormir*.

Las luces de la ciudad desde su *loft* en una tercera planta, en lo que solía ser la parte industrial de la ciudad, eran espectaculares. Sin embargo, no podía apartar los ojos de Jake.

Su nevera estaba sorprendentemente llena para ser soltero, y lo cierto es que parecía saber lo que se hacía con las zanahorias, las patatas y las cebollas. Todavía estaba enfadada con él por su exigencias neandertales, pero tenía que comer. Y no tenía ningún problema en absoluto en dejar que otra persona la alimentara ese día, el más complicado del que tenía memoria.

Por supuesto, sabía que no debía sacar conclusiones precipitadas solo porque el peligroso grandullón de Jake McCann estuviese de lo más cuqui preparándole la cena, y también sabía que su preocupación por el bienestar del bebé no significaba que se preocupara por ella.

Ahora que iba a ser padre, solo quería que su hijo estuviera sano. Tenía muy claro que no solo lo pensaría dos veces antes de tomar medidas drásticas para lograr ese objetivo, como atarla y forzarla a comerse su comida saludable.

Ojalá eso de atarla no le sonara tan bien...

—¿Tienes calor? ¿Frío?

—Estoy bien —contestó ella con voz entrecortada.

—¿Has estado...?

De repente, el hombre más seguro de sí mismo de todos los que conocía no sabía qué decir «Maldita sea», se dijo Sophie a sí misma, «¿por qué tiene que ser tan adorable?».

—¿Has tenido mareos?

—No. Más que nada me he sentido cansada. Pero pensé que era porque cada vez que intentaba dormir terminaba pensando en ti. Por eso hasta hoy no me he dado cuenta de que estoy embarazada.

—Bien —respondió con voz ronca mientras llenaba su vaso medio vacío de agua y le ponía delante un plato de pan caliente con mantequilla derretida antes de ponerse de nuevo delante de los fogones—. Me alegro de que te encuentres bien.

En esos momentos en que era tan dulce se le hacía difícil recordar que en realidad no se preocupaba en absoluto por ella. ¿Cómo diablos iba a mantener la guardia alta durante siete días?

¿Y sobre todo, cómo demonios la había convencido para que accediera a lo de la semana?

Todavía no estaba segura, aunque no creía que olvidara jamás la expresión en su rostro cuando le dijo que no quería nada de él y que se las apañaría sola con el bebé sin decir nunca quién era el padre.

Por un momento Jake pareció perdido. Después enfadado. Y luego decidido.

Tal vez debería haberse preparado mejor para su reacción, pero no se esperaba que él quisiera

tener un bebé. Y menos con ella. Y, francamente, todavía no entendía *por qué* quería tenerlo. Jake era el soltero por excelencia. Su vida nocturna no se ajustaba mucho a la dinámica de una familia.

Al día siguiente, después de dormir sus buenas ocho horas, volvería a ponerse frente a él para exigirle una respuesta. Porque esa noche no sabía siquiera cómo aguantaría despierta toda la cena.

—No me puedo creer que sepas cocinar.

En esa sencilla frase había mucho retintín, más del que ella se creía capaz. No comprendió cómo podía amarlo y odiarlo al mismo tiempo... pero así era.

Jake le dedicó una media sonrisa, aunque no llegó a ser esa a la que estaba tan acostumbrada. Había algo diferente esta vez, casi como si le diera vergüenza que le pillaran haciendo algo que no encajaba en la categoría de *hombretón mujeriego*.

—Tuve que aprender cuando un cocinero se puso enfermo y no había nadie más para cubrirlo.

—Nunca había pensado en lo difícil que debe ser tener tu propio negocio —dijo, dando por hecho que estaba hablando de cuando compró y puso en funcionamiento el primer McCann's.

—Sí —respondió—, fue una locura ser consciente de que la gestión del McCann's dependía solamente de mí. Ganara o perdiera, la culpa sería mía; pero no fue allí donde aprendí a cocinar. Tenía diez años. Mi padre trabajaba en la barra. Yo pasaba el rato en la parte de atrás, lavando platos para sacarme unas monedas. El cocinero estaba demasiado borracho para ocuparse de los pedidos. Se desmayó en la parte de atrás, y los clientes ya se estaban quejando a mi padre. Y mi padre dijo que cocinara. —Jake transfirió las verduras a un plato, y luego en otro plato trinchó el asado de cerdo que había calentado—. Así que cociné.

¿Cuánto tiempo llevaba queriendo saber algo así sobre la vida de Jake? ¿Cuánto tiempo llevaba soñando con tener tanta intimidad como para escuchar historias de su infancia? Y ahora que por fin había llegado el momento, estaba muy enfadada con él. Demasiado enfadada —y demasiado cansada— para valorarlo como se merecía.

Le puso el plato delante, y olía de maravilla.

—Comida típica irlandesa —dijo con una sombra defensiva en su tono—. Es lo que mejor se me da.

Pero Sophie sabía que ahí se equivocaba. La comida tenía muy buena pinta, pero ella sabía lo que de verdad se le daba mejor. Y aunque también requería mucho calor, la cocina no era el mejor lugar... y otro requisito era tener mucha menos ropa.

La cama no es negociable.

Una y otra vez resonaban esas palabras en su cabeza, atravesándole el cuerpo, haciendo que cada célula cobrara vida, alerta por el deseo, a pesar de lo agotada que estaba. Ya había aceptado que en esos siete días tan cerca de Jake le resultaría imposible protegerse de sus hormonas. Sobre todo porque ahora sabía *exactamente* todo lo bien que podía hacerla sentir.

Pero esa vez sería más inteligente y protegería su corazón. Daba igual lo que pasara.

Por suerte los ruidos de su estómago la sacaron de sus pensamientos sobre lo cerca que debía estar su cama, y cogió el cuchillo y el tenedor.

—Gracias por la cena.

No fue el mejor mensaje de agradecimiento de su vida, pero en ese momento no daba para más. Y Jake tendría que asumirlo. Pero cuando dio el primer mordisco, no pudo contener el gemido de satisfacción que salió de sus labios.

l. —¿Te gusta?

a Le estaba sonriendo y, cuando miró hacia arriba y vio esa oscura mirada sobre ella, tan complacido por complacerla, perdió el control sobre sus pensamientos... perdió el control sobre todo lo que no fuera la repentina y desesperada necesidad de sentir sus labios en los suyos de nuevo, tomándola, poseyéndola como había hecho en esa hermosa primera noche juntos.

Y empeoró aún más cuando su sonrisa se transformó en una intensa mirada de deseo, que seguro que hacía juego con la suya.

a Le costó encontrar la compostura suficiente para decir:

—Está muy rico.

l. Tomó otro bocado, con la esperanza de que manteniendo la boca llena podría tener a sus labios enfocados en algo que no fuera desear que Jake los besara.

—Bien. Puedes repetir si quieres.

a Sophie hizo un gesto de incredulidad:

—Espera, ¿tú no vas a comer?

r Jake negó con la cabeza.

—Ya cené antes.

a —Oh.

l. En realidad había hecho todo eso por ella. Ningún hombre había cocinado para ella antes.

o Pero claro, tampoco ningún hombre la había dejado embarazada. Supuso que lo mínimo que Jake podía hacer era improvisarle una cena.

e Tenía tanta hambre que no le importaba tenerlo sentado enfrente viéndola comer. Nunca había sido una de esas chicas quisquillosas con la comida. Sus caderas y pechos eran prueba de ello, a pesar de los largos que hacía cada día en la piscina. Lori era un poco más delgada, porque se pasaba el día bailando y montando coreografías.

a Pero tras unos minutos, cuando su estómago pasó de vacío a lleno, se dio cuenta de que estaba perdiendo la batalla contra el sueño. Puso el cuchillo y el tenedor sobre el plato y soltó un enorme y largo bostezo.

—Estás cansada.

e Era costumbre en Jake el no derrochar palabras. Pero antes de que pudiera hacer nada más que asentir, sus brazos ya la rodeaban y la estaban levantando del taburete.

o Su cerebro y su cuerpo volvieron inmediatamente a Napa, cuando él la había cogido en brazos, desnuda y desesperada por él.

—¿Qué estás haciendo?

No podía ocultar el pánico tras cada palabra.

e Pero él no se echó atrás.

o —Llevándote a la cama.

e Se le atascó la respiración en el pecho. Incluso deseándolo tanto como lo hacía, sabía que no podría tener sexo con él esa noche. Se sentía demasiado cansada y débil. Y además sentía que todos los muros que había levantado para protegerse estaban tumbados, echándose una siesta.

e ¿Qué pasaría si cedían las defensas que había intentado colocar? ¿Qué parte de lo que le quedaba de corazón, o peor aún, de alma, terminaría entregándole en bandeja de plata?

—Jake, la cena ha estado genial, pero ahora tengo que irme a casa.

a Su dormitorio era grande y masculino, igual que él.

l —No. Siete días, Sophie. Me prometiste esta semana.

Fue a quitarle los zapatos, y ella estaba tan aturdida por lo delicado que estaba siendo que le

dejó hacer.

1 —Sé que te lo prometí —contestó cuando pudo hablar de nuevo—. Pero pensé que sería en
e plan citas, que quedaríamos un rato después del trabajo.

e —Quiero que estés aquí. Conmigo.

Era todo lo que siempre había querido oírle decir, y sin embargo las palabras que salieron de
sus labios fueron:

—¿Y si yo no quiero estar aquí?

Jake estaba arrodillado frente a los pies de Sophie, ahora descalzos, y miró arriba con esos
ojos de un insondable negro azabache:

s —Entonces me quedaré contigo.

Sophie tragó saliva, dándose cuenta de repente de sus intenciones y a lo que acababa de
comprometerse.

No solo a siete días, también a siete noches.

«Oh, Dios».

Jake se levantó y fue al baño, pero estuvo de vuelta en segundos.

—Hay un cepillo de dientes sin estrenar al lado del lavabo. Vuelvo enseguida.

Sophie sabía que podría volver a ponerse los zapatos y marcharse, que no tenía por qué ir al
baño y cepillarse los dientes antes de meterse en su cama. Pero también conocía a Jake lo
suficiente como para saber que si hacía eso, él la seguiría.

No le importaría aporrear la puerta de su apartamento tan fuerte como para despertar a todo
el vecindario para que lo dejara entrar. Estaba claro que era increíblemente posesivo, que quería
tomar el control de su vida haciendo cosas como obligarla a cenar. Y era irrelevante que tuviera
tanta hambre que podría haberse comido un caballo. No quería que nadie le dijera lo que tenía
que hacer.

e Y él menos que nadie.

1 Pero lo más loco de todo el asunto era que no estaba simplemente enfadada por su
comportamiento dominante, sino que al mismo tiempo la excitaba. Tanto que no podía evitar
reproducir en su cabeza su fantasía favorita, aquella en la que los duros músculos de Jake la
sostenían inmóvil en la cama y él la miraba y le decía exactamente lo que le iba a hacer. Y ella se
moría de ganas por que se lo hiciera.

1 Salió de un salto de la cama y entró en el baño. «Estúpida, estúpida, estúpida», estuvo
diciéndose a sí misma todo el camino, desde la moqueta hasta el suelo de baldosas.

Ya estaba metida en este lío a causa de su estupidez. No necesitaba complicarse la vida aún
más cayendo en su jueguito de “dame siete días para convencerte de que cuidaré de ti y de
bebé”. Sobre todo porque es obvio que si un tío tiene cepillos de dientes nuevos a mano es para
el desfile de mujeres que pasa por allí.

3 Furiosa consigo misma, se cepilló los dientes tan fuerte como para quitarse la capa superior
de esmalte, y luego se lavó la cara. No le había ofrecido un pijama, y tenía claro que no iba a
meterse en su cama desnuda.

e «Eso le encantaría, ¿verdad?»

«Al menos», y ese pensamiento la reconfortó un poco, «no tiene en su casa pijamas de mujer
a juego con los cepillos de dientes». Jamás había rebuscado entre las cosas de otra persona —la
fisgona de su familia era Lori—, pero pensó que no tenía nada de malo abrir el armario para
buscar una camiseta. Odiaba dormir en sujetador, y necesitaba algo que sustituyera el que llevaba
puesto.

Encontró una camiseta negra y, mientras se quitaba con rapidez la falda, el jersey y el sujetador, intentaba no darle importancia al hecho de que la camisa oliera a Jake. Un olor limpio y masculino que se le subió directo a la cabeza.

Escuchó pasos, así que prácticamente se lanzó debajo de las gruesas sábanas para descubrir que su colchón era muy agradable y cómodo. Estaba claro, por lo que había visto de su casa hasta ahora, que solo se conformaba con lo mejor. No podía imaginarse cuánto debía costar una cama como esa.

s Pero merecía cada dólar de su precio.

Pensaba que no sería capaz de dormir ni un segundo en su cama. Pero era tan cómoda, y estaba tan cansada...

e Sin que se diera cuenta, su cerebro se apagó y quedó fuera de combate.

* * *

Jake se quedó inmóvil en el marco de la puerta, tan sorprendido por la imagen de Sophie dormida en su cama que fue incapaz de hacer que sus pies avanzaran. Una vez más, no podía hacer otra cosa que mirarla y ver cómo su pecho se alzaba y caía lentamente, su cabello extendido por la almohada, esa expresión tan serena.

Pero el nudo en el pecho se le apretó aún más cuando al fin entró en la habitación. Su olor y lo inundaba todo, envolviéndolo, serpenteando a través de él, atrayéndolo.

a Todavía le costaba procesar lo que había sucedido esa noche, que Sophie se presentara en su casa a decirle que estaba embarazada. El miedo que había sentido solo se había visto eclipsado por otro sentimiento: pura alegría.

Durante dos meses y medio la había echado de menos cada día.

Comenzó a quitarse la ropa, y tuvo que rectificar en silencio. En realidad la había echado de menos cada segundo. No solo por esa forma espectacular en que habían hecho el amor, sino porque siempre le había encantado estar cerca de ella. Escucharla hablar y reír, e incluso cantar cuando pensaba que nadie la escuchaba. También bailaba en la cocina cuando pensaba que estaba sola, y aunque Lori era la bailarina profesional de la familia, Sophie era igual de elegante igual de bella en sus movimientos. Jake echaba de menos ver a Sophie con su familia, lo bien que se llevaba con sus hermanos, los frecuentes encontronazos entre su gemela y ella, la forma en que mimaba a su madre más que a nadie.

Las últimas diez semanas las había pasado dividido entre saber que no renunciaría a los recuerdos de su noche con Sophie por nada del mundo... y desear que pudieran retroceder a ese momento en que ella todavía era Buena y Jake el noveno Sullivan, que sabía que no debía mirar mucho a ninguna chica del clan.

r ¿Y ahora que estaba embarazada?

a Significaba que era *suya*, estuviera ella de acuerdo o no. Y no solo durante unas cuantas horas clandestinas. Él la deseaba. Con todo su ser. Y ese deseo no se despertó cuando la encontró frente a su puerta, no empezó a necesitarla hace dos meses y medio cuando hicieron el amor en su casa alquilada de Napa. No, la verdad es que la llevaba deseando mucho más tiempo. Tanto que apenas podía recordar aquella época en que no la deseaba.

a Y tenía la total certeza de que en el futuro nunca habría un momento en que no la deseara.

a Sesenta segundos más tarde terminó de quitarse la ropa, tiró de las sábanas, se acostó junto a ella y envolvió el brazo alrededor de su cintura para tirar de ella hacia él, para encajarse en su

suaves curvas a la perfección y hacer con sus caderas una cuna suave y cálida para esa erección que se negaba a marcharse. Jake deslizó una mano por su largo cabello, respirando su dulce aroma.

—Tal vez no debería sentirse bien por tener a Sophie Sullivan en su cama. Pero nada antes de haberla hecho sentirse mejor.

—Buenas noches, princesa.

Susurró esas palabras mientras colocaba un suave beso en su coronilla. El sueño reclamó a Jake mucho antes de lo que pensaba, con la única mujer que nunca pensó que tendría segura y cálida en sus brazos.

e

a

o

a

l

o

e

o

r

e

,

l

a

s

e

r

s

ó

l

o

a

s

suaves curvas a la perfección y hacer con sus caderas una cuna suave y cálida para esa erección que se negaba a marcharse. Jake deslizó una mano por su largo cabello, respirando su dulce aroma.

Tal vez no debería sentirse bien por tener a Sophie Sullivan en su cama. Pero nada antes le había hecho sentirse mejor.

—Buenas noches, princesa.

Susurró esas palabras mientras colocaba un suave beso en su coronilla. El sueño reclamó a Jake mucho antes de lo que pensaba, con la única mujer que nunca pensó que tendría segura y cálida en sus brazos.

CAPÍTULO DOCE

Sophie se sentía muy segura y acogida flotando en ese limbo entre el sueño y la vigilia. Sabía exactamente dónde estaba y por qué se sentía tan bien. Jake la abrazaba con los brazos enroscados de manera protectora alrededor de sus hombros y una de sus manos extendida sobre su vientre debajo de la camiseta, como si tratara de proteger algo más que a ella.

Y estaba completamente desnudo.

Podía sentir su pétrea erección contra la parte baja de la espalda, el vello de sus muslos contra la piel lisa de sus piernas y, como el deseo rápidamente la dominaba, no pudo evitar que su cuerpo medio dormido quisiera acercarse aún más.

Había dado por sentado que la noche, esas horas oscuras durante los siete días que le había prometido, sería su enemiga. Pero ahora sabía que daba igual día o noche, luz u oscuridad.

Ella era su peor enemiga.

Jake no tendría que pedirle nada. Ella misma renunciaría a todo solo por estar cerca de él solo por conocer durante unos segundos la dulzura de sus caricias.

Al escuchar esa secreta confesión, la parte de Sophie a la que llamaba Buena se despertó de todo dentro de ella y comenzó a gritarle que se protegiese antes de que el daño que ya le había hecho fuese aún mayor. Buena trató de recordarle todo el dolor que había sentido durante esos dos largos meses, y esas verdades a las que el día anterior se había obligado a enfrentarse.

Pero la parte pilla de Sophie, la que claramente había reprimido durante demasiado tiempo quería que Jake siguiera tocándola, provocándola y llevándola al cielo en viaje de ida y vuelta. Esa vez tendría cuidado. Le daba igual lo bien que la hiciera sentir, no sería tan tonta como para proclamar su amor por él, ni siquiera admitir que lo quería.

Por supuesto, cuando Jake apartó con un suave soplido el cabello de su cuello y le presionó la piel sensible con los labios, fue inevitable que Pilla ganara la batalla sobre Buena. Sabía que no tenía sentido fingir que no deseaba ser su amante durante los próximos siete días, así que se dejó llevar y arqueó su cuello para que su boca estuviese más cómoda.

El grave gemido de placer de Jake retumbó desde su pecho hasta el de ella mientras esta trataba de acercar aún más ambas caderas, y con su mano no dejaba de rondarle el vientre. Si su lengua se deslizó sobre el expuesto cuello, y la deliciosa sensación de ser saboreada, paladeada hizo que la recorriese un escalofrío de placer. Y cuando sopló sobre la piel humedecida por la saliva, sintió que la necesidad ponía sus pezones como piedras. Sus pechos estaban más sensibles ahora, probablemente debido al embarazo. Cuánto deseaba sentir que su mano subía esos pocos centímetros más arriba de su cintura.

Pero entonces sintió su boca de vuelta en el cuello, mordisqueándole la piel, provocándole un sendero de piel de gallina a su paso antes de engancharse al lóbulo de la oreja; y ese aliento que Sophie no se daba cuenta de que estaba conteniendo abandonó su pecho como una racha de viento cuando sintió sus dientes presionando la mórbida carne.

Más preparada para el sexo de lo que nunca había estado en su vida, por instinto presionó la caderas contra su erección, tratando de abrir las piernas para que pudiera tomarla. Pero el muslo que él tenía sobre los de ella no la dejaba moverse.

—Jake —suplicó, apenas despierta y ya rogándole.

—Shhh —respondió él para calmarla, y ella habría insistido en que lo hiciera rápido si no fuera por el hecho de que por fin su mano empezó a moverse.

Sophie se quedó completamente quieta, no quería hacer nada que pudiese detener esa presión pecaminosamente lenta de sus dedos sobre el ombligo, y que luego viajó a la parte baja de la costillas. Pero aunque intentaba quedarse quieta, podía sentir cómo temblaba.

¿Cuánto tiempo llevaba soñando con que Jake la tocaba así? ¿Como si fuera lo más preciado de su mundo? ¿Como si nunca fuese a permitir que nada le hiciera daño? ¿Como si hubiese derrotado a todos sus miedos solo por pasar un momento más con ella?

Mientras sus dedos le rozaban la piel, no importaba que la parte buena de Sophie le estuviese gritando que espabilara, abriera los ojos y se enfrentara a la realidad. Porque su parte pilla le había prometido que la realidad podía esperar, y tendría que hacerlo, porque en ese momento no había nada en el mundo que le hiciera abandonar los brazos de Jake, no cuando estaba tan cerca de que le tocara los...

La mano se detuvo justo debajo de sus pechos, y casi gimió por la decepción.

—Pronto —le prometió, y el tono travieso de su voz, junto con la sorprendente ternura de su promesa, le hizo tener un escalofrío de deseo.

Se le aceleró la respiración cuando una cascada de besos y suaves mordiscos cayó sobre su oreja y su cuello, para luego bajar por el hombro que tenía levantado. Juraría sentir su erección latándole contra la espalda en ese momento, y le dio la impresión de que Jake estaba provocándose a sí mismo tanto como a ella, pero que su evidente deseo por ella le hacía moverse tan despacio. Si seguía besando así su cuerpo de arriba abajo la dejaría al borde de la locura... cada vez que sus labios le acariciaban la piel se acercaba más y más a la cima, sin nunca alcanzarla.

Por fin los dedos reanudaron su erótico viaje, rozándole apenas la curvatura de los pechos hasta que su mano estuvo en posición de tocar ambos a la vez. Los tensos picos ansiaban el más mínimo roce, y se arqueó hacia su mano para tratar de que le diera más.

«Todo». Jake podría tenerlo todo de ella en ese momento. No importaba lo que fuera, ella se lo daría, siempre y cuando fuera fiel a su promesa de placer.

—Qué suaves.

Ahuecó una mano, abarcándole un pecho con tanta delicadeza que jadeó al sentir la piel un poco áspera contra la suya. Y entonces él oprimió su boca contra la curva donde el hombro y el cuello se unen, y sus jadeos se convirtieron en más ruegos, que no pudo controlar:

—Por favor, Jake.

Por la forma en que sus caderas se contoneaban contra las de él con voluntad propia, segura que sabía lo que le estaba pidiendo. Que simplemente la tomara así, mientras él la abrazaba y ella estaba en el cielo más dulce que nadie hubiese conocido.

Pero cuando sus ruegos no lograron su objetivo, Sophie fue consciente de que Jake siempre tendría el control cuando estuvieran juntos. El pensamiento la sorprendió, pero no tanto como percibir que lo amaba.

Y que ella le pertenecía, aunque solo fuera un rato en sus brazos... la voz interior de Bueno no tuvo más remedio que callarse. Un momento después incluso la recién desencadenada voz de Pilla fue silenciada cuando Jake le quitó la camiseta y deslizó la lengua contra su piel de nuevo bajando despacio por la columna vertebral mientras movía la mano para llenarse la palma con el otro pecho y lentamente presionaba un pezón con el pulgar y el dedo índice.

Sentía sus entrañas como lava fundida y, aunque solo le había tocado el cuello, la espalda y sus demasiado sensibles pechos, Sophie sintió cómo iba más allá del límite y se precipitaba a un inesperado clímax que le quitó el aliento y los pensamientos, porque Jake los había reclamado como suyos.

s —¡Oh, oh, oh!

Cuando esos pequeños ruidos jadeantes salieron de su garganta, los músculos del muslo de Jake se tensaron y le presionaron entre las piernas, y Sophie se frotó contra ellos como si estuviese poseída. En ese momento no había lugar para la vergüenza. Tampoco para la ira y el dolor que había sentido antes.

a Todo lo que quedó en medio de esa mañana en su cama fue un placer exquisito. Un placer que le llegó tan hondo que no pudo hacer otra cosa que dejar que se apoderara de cada una de sus células, por dentro y por fuera.

a La mano de Jake bajó desde sus pechos, moviéndose al fin más rápido en el camino hacia abajo de lo que había hecho en el anterior trayecto desde su vientre.

—Necesito tocarte —dijo mientras enganchaba los dedos en el elástico de sus bragas y se la bajaba por las piernas.

Con el inesperado clímax aumentando su ansia, cuando Sophie intentó de nuevo abrir las piernas, él la dejó. Y entonces su mano acariciaba su pelvis y se deslizaba delicadamente por sus húmedos rizos. Esta vez no se detuvo como hizo antes, cuando ella se moría por que le acariciara los pechos. Pudo sentir un ligero temblor sacudir su brazo cuando se acercó a su núcleo, casi como si todo ese autocontrol que había tenido antes, su obvia intención de torturarla lenta y suavemente, se estuviera desvaneciendo.

a —*Sophie.*

Su nombre se le cayó de los labios mientras la cubría con toda su mano. Su crudo calor la sorprendió, la sacudió, tanto que su cabeza cayó de nuevo en la curva de su hombro. El cuerpo grande y fuerte de Jake la acunaba, y su mano ahuecada abarcaba su sexo, literalmente atrapándola en las garras de la expectación hacia lo que vendría después.

e Él dijo otra vez:

—Qué suave. Qué húmeda estás para mí.

Y luego, antes de que pudiera encontrar la manera de seguir respirando, sus dedos estuvieron dentro de ella llenándola, acariciando su núcleo con tanta perfección que esa presión en lo más profundo de su vientre volvió a crecer. Su sexo palpitaba contra los hábiles dedos de Jake, y sus pechos ansiaban más caricias.

Finalmente la dejó caer de espaldas contra el colchón y, por primera vez desde la noche anterior, ella pudo contemplar su rostro increíblemente bello, esos ojos tan llenos de calor, tan oscuros y peligrosos. No podía apartar la vista, y podía sentir palabras de amor desesperadas al punto de derramarse de sus labios, a pesar de haberse prometido que no volvería a suceder.

e —Jake, te...

o Su boca cubrió la de ella antes de que pudiera decir nada más, y ese beso apasionado ahuyentó sus pensamientos. Le encantaba sentirlo así, como si no fuera la única a la que toda distancia le parecía demasiada, y le devolvió el beso con todo el amor de su estúpido corazón entregándose a todas las emociones que había jurado no volver a sentir por él.

, Él apartó la boca demasiado pronto, pero ella lo perdonó en cuanto bajó la cabeza hasta sus pechos, lamiendo primero uno y luego el otro. Mientras la mano entre sus piernas continuaba acariciando sus terminaciones nerviosas del modo más delicioso, su mano libre se deslizó sobre

del otro pecho.

n Era demasiado. La forma en que los labios todavía le hormigueaban debido a sus besos; y ahora su boca, sus manos sobre ella, cubriéndola, acariciándola, atormentándola.

—Esto está muy bien, incluso mejor que lo de antes —gimió mientras se arqueaba levantando la espalda de la cama hacia sus manos y su boca, y sus músculos se tensaban ansioso acercarse aún más al hombre que la estaba amando como nadie lo había hecho antes. Olas de placer rompían sobre ella como el mar, que no cesa de fluir, arrastrándola mar adentro hasta que se sintió sumergida en ellas, tratando desesperadamente de recuperar el aliento.

Pero Jake no la dejó llenar sus pulmones, porque su boca volvió a ella. Su lengua le trazaba círculos en la boca, y sus manos le agarraban las caderas. Sintió la piel de Jake aún más áspera contra la suavidad de la suya, y se deleitaba con cómo sus grandes manos la arañaban un poco como las callosas yemas de los dedos tocaban con tanta pericia su interior.

a Jake se movió de modo que todo su peso estuvo sobre ella, que por instinto abrió más las piernas para darle espacio y que se situara entre ellas. La cabeza de su mástil resbalaba y se deslizaba sobre su sexo, y ella se arqueó buscándolo de nuevo. Pero él siguió sosteniéndole las caderas con sus grandes manos, sujetando su peso sobre ella cuando súbitamente apartó la boca.

s —¿Estás totalmente segura de que estás embarazada?

s No sabía por qué le hacía esa pregunta.

a —Sí. Estoy segura.

i —Estoy sano, Sophie. Acabo de hacerme un análisis de sangre y te juro que estoy sano.

y A través de la bruma de lujuria que nublaba su cerebro logró comprender lo que trataba de decir. No quería usar condón. Ella tampoco quería que nada se interpusiera entre ellos, que fueran Jake y solo Jake el que la llenara.

a Ese pensamiento la hizo enloquecer de necesidad, y apenas pudo pronunciar las palabras:

o —Yo también lo estoy.

e —Gracias a Dios —contestó Jake, y esas palabras sonaron como una oración sincera de agradecimiento que caía de sus labios.

Ella contuvo la respiración, esperando a que él la embistiera como hizo en su primera noche juntos. Sin embargo, sacó delicadamente las manos de debajo de sus caderas. No para acariciar sus pechos. No para provocarla, como había hecho un rato antes. Sino para tomar su rostro, para sostener su mandíbula con total delicadeza entre esas grandes manos, capaces de tanta fuerza.

s No la besó, solo la miró con esos ojos oscuros por el deseo, y quedó completamente esclavizada por él.

e —Eres mía.

n Esa vez no hubo voces internas sabias y protectoras que le impidieran estar de acuerdo. Era imposible, las voces se habían entregado al deseo.

—Soy tuya.

La palabra *mía* resonó en la habitación de nuevo mientras la penetraba lentamente, con sus ojos aún fijos en los de ella. Sophie nunca había conocido tal intensidad, ni dentro ni fuera de la cama, como la de Jake cuando todo su ser se envolvió alrededor del suyo al igual que sus brazos, acunándola, manteniéndola firme porque si no se rompería.

Tenía que decírselo, necesitaba que él lo supiera.

s —Nunca me había sentido así. —Un placer tan dulce no podía existir. Y sin embargo, ahora sabía que sí existía—. No sabía que fuera posible.

e Era lo que le había dicho tras su primer beso, y ahora lo decía de nuevo mientras él le hacía

el amor en su gran cama, con el sol elevándose sobre el cielo y bañándolos con su luz.

—Así que después de leer tantos libros, no sabías esto.

Sus ojos se abrieron al darse cuenta de que la estaba provocando, y las comisuras de la hermosa boca de Jake se curvaron una fracción de segundo antes de inclinarse para depositar un delicado beso en su frente, y luego uno en cada pómulos, antes de bajar hasta la curva de su cuello, su clavícula, la parte superior de sus senos.

Si la vez que hicieron el amor después de la boda en Napa había sido un feroz *staccato* de deseo y necesidad insaciables, el modo en que Jake se demoraba ahora en cada centímetro de su piel era como si una hermosa sonata fuese la banda sonora de su unión.

Pensaba que el sexo no era más que una parte del acuerdo de una semana, que podría retener una parte de su ser al mismo tiempo que encontraba el placer en sus caricias. Pero ahora tenía que enfrentarse a la realidad de que ese objetivo era imposible.

Después de amarlo en secreto durante tanto tiempo, que la estuviera tocando de ese modo y saber que su intención era convencerla para que le permitiese formar parte de su vida y la de su bebé... era más de lo que Sophie podía resistir.

Y al final fueron sus tiernas atenciones, junto con su sonrisa inesperada, lo que la hizo gritar de placer máximo. Jake capturaba los sonidos con la boca mientras se acoplaba a su ritmo y la llevaba con cada embestida cada vez más y más alto.

Se movían al unísono, con las pieles humedecidas por el sudor resbalando y deslizándose, las bocas dando y tomando en la misma medida, y los músculos internos de Sophie agarraron con tanta fuerza a Jake que le hizo caer con ella, igual de lejos, igual de fuerte, igual de largo. Sentir cómo explotaba dentro de ella la hizo subir a un pico aún más alto para el que no estaba preparada, uno donde sentía que las explosiones no dejarían de sucederse nunca, como ondas de placer infinito.

Había pensado que necesitaba algo rápido y duro, creía que su urgencia porque la tomara lo aseguraría que solo se trataba de sexo. Pero se equivocaba.

Porque tras todo lo que había pasado, lo que necesitaba era que la amaran.

Y Jake la amó apasionadamente.

el amor en su gran cama, con el sol elevándose sobre el cielo y bañándolos con su luz.

—Así que después de leer tantos libros, no sabías esto.

Sus ojos se abrieron al darse cuenta de que la estaba provocando, y las comisuras de la hermosa boca de Jake se curvaron una fracción de segundo antes de inclinarse para depositar un delicado beso en su frente, y luego uno en cada pómulos, antes de bajar hasta la curva de su cuello, su clavícula, la parte superior de sus senos.

Si la vez que hicieron el amor después de la boda en Napa había sido un feroz *staccato* de deseo y necesidad insaciables, el modo en que Jake se demoraba ahora en cada centímetro de su piel era como si una hermosa sonata fuese la banda sonora de su unión.

Pensaba que el sexo no era más que una parte del acuerdo de una semana, que podría retener una parte de su ser al mismo tiempo que encontraba el placer en sus caricias. Pero ahora tenía que enfrentarse a la realidad de que ese objetivo era imposible.

Después de amarlo en secreto durante tanto tiempo, que la estuviera tocando de ese modo y saber que su intención era convencerla para que le permitiese formar parte de su vida y la de su bebé... era más de lo que Sophie podía resistir.

Y al final fueron sus tiernas atenciones, junto con su sonrisa inesperada, lo que la hizo gritar de placer máximo. Jake capturaba los sonidos con la boca mientras se acoplaba a su ritmo y la llevaba con cada embestida cada vez más y más alto.

Se movían al unísono, con las pieles humedecidas por el sudor resbalando y deslizándose, las bocas dando y tomando en la misma medida, y los músculos internos de Sophie agarraron con tanta fuerza a Jake que le hizo caer con ella, igual de lejos, igual de fuerte, igual de largo. Sentir cómo explotaba dentro de ella la hizo subir a un pico aún más alto para el que no estaba preparada, uno donde sentía que las explosiones no dejarían de sucederse nunca, como ondas de placer infinito.

Había pensado que necesitaba algo rápido y duro, creía que su urgencia porque la tomara le aseguraría que solo se trataba de sexo. Pero se equivocaba.

Porque tras todo lo que había pasado, lo que necesitaba era que la amaran.

Y Jake la amó apasionadamente.

CAPÍTULO TRECE

Jake se acostó sobre Sophie aplastándola contra la cama, con sus delgados brazos envolviéndola firmemente el cuello y sus preciosas piernas enredadas en la cintura. Podría quedarse así con ella para siempre, no quería soltarla nunca...

—¡Oh, no! —exclamó, apartándose de ella prácticamente de un salto.

—¿Jake? ¿Qué pasa?

—No me puedo creer que se me haya olvidado.

Agarró almohadas y las puso bajo sus rodillas mientras ella lo miraba como si hubiera perdido la cabeza.

Sophie trató de sentarse, de alcanzarlo de nuevo.

—¿Qué estás haciendo?

Jake le puso las manos sobre los hombros y suavemente la recostó en la cama.

—Te estaba aplastando. Podría haberte lastimado, podría haber lastimado al bebé.

Había notado esa mañana una ligera hinchazón en su vientre. No tan grande como para que nadie que no supiera que estaba embarazada notase el cambio. Pero él sí que lo sabía, y ese conocimiento ya lo había cambiado. Nunca se había sentido así, tan protector y complacido... y orgulloso.

La risa de Sophie lo sacó de sus pensamientos:

—No me puedo creer que pienses que un poco de sexo vaya a hacerle daño.

No podía creerse que se estuviera riendo de él. O que le quitara importancia a lo que acababa de suceder. ¿Qué le había pasado a esa chica tranquila y de modales suaves que conocía de toda la vida?

—Yo no llamaría exactamente a lo que acabamos de hacer “un poco” de sexo.

Una vez más su boca empezó a curvarse en una risa, pero cuando vio que hablaba en serio dijo:

—Me siento bien, Jake.

Estaba claro que no lo entendía. Era *su* hijo el que estaba allí. Había planeado ponerla a cuatro patas y tomarla desde detrás para que no pudiera mirarlo con esos ojos grandes y llenos de esperanza, y para no aplastarla con su peso.

Pero no había sido capaz de hacerlo. Porque tenía que mirarla. Tenía que contemplar esa bella expresión de pura alegría en su rostro cuando entró en ella, esa vez sin que nada se interpusiera.

No debería haber querido escuchar cómo le decía otra vez que lo amaba... pero deseaba escucharlo. Más de lo que nunca había deseado nada en su vida. Peor aún, verla acostada debajo de él, tan abierta, tan generosa, tan dulce, había hecho que algunas cosas locas tintinearan en su cabeza. Y en su pecho. Se obligó a taparle la boca con la suya antes de que cualquiera de ellos dijera algo de lo que se podrían arrepentir más tarde.

Y al final había perdido el control del todo, tomándola sin ninguna consideración por la vida que llevaba dentro.

—Estoy bastante segura de que no pasa nada en absoluto por tener sexo durante el embarazo

—le dijo en un tono tranquilizador.

—Se lo preguntaré al médico.

El ceño fruncido regresó al rostro de Sophie.

—No, no. Ni se te ocurra. Eso no va a pasar.

Tiró de las sábanas y se levantó de la cama, proporcionándole una vista alucinante de sus curvas desnudas mientras se inclinaba a recoger su ropa.

Ahora era su turno de decir “¿Qué estás haciendo?” con voz irritada.

Estaba bastante seguro de que no se daba cuenta de que estaba completamente desnuda frente a él.

—No estoy hecha de porcelana. Entiendo que estés asustado, que quieras controlar todo lo que te rodea, ¡pero no dejaré que me controles *a mí!*

—Espera un momento. —Avanzó hacia ella—. No estoy tratando de controlarte.

Sophie dijo en una voz grave que era una mala imitación de Jake:

—Siete días, Sophie. Por supuesto, te mudas conmigo. Y el sexo no es negociable, siempre y cuando mantengas estas almohadas bajo las rodillas y a partir de ahora te preocupes por cada cosa que hagas, día y noche, para mantener a mi preciado bebé a salvo.

No se iba a reír. Pero no ayudaba que no solo fuera la mujer desnuda más sexy que había visto, sino también la más linda. Sophie siempre había parecido tan serena, sumisa al límite. Pero desde la boda estaba llena de chispas y fuego.

Y eso despertó un infierno en él.

Por desgracia, ella sintió su risa mal reprimida.

—Deberías saber que cualquier progreso que hubieras hecho en tu misión de casarte conmigo en una semana acaba de desvanecerse debido a esa estúpida sonrisa en tu cara.

Quiso alejarse y entrar en el baño, pero él extendió la mano para enlazar un brazo en su cintura y tirarla sobre él, cayendo al suelo la ropa y los zapatos que sostenía. Jake notó que la respiración de Sophie se aceleraba al mirarlo.

—Así que he hecho algunos progresos, ¿eh?

Ella emitió un pequeño sonido de furia, y luego apoyó las palmas de las manos en su pecho y empujó, tan fuerte como para hacerlo caer de nuevo en la cama.

—Puede que esos orgasmos te hicieran ganar algunos puntos —contestó con una voz que podría haber cortado el acero—. Pero la forma en que estás actuando ahora te vuelve a dar puntos negativos. Muchos puntos negativos.

Dicho lo cual abrió el armario, agarró una larga camisa de vestir de rayas azules y rojas, recogió la ropa y los zapatos del día anterior y entró en el baño, dando tal portazo que las ventanas temblaron.

Jake debería estar preocupado por haberla enfadado, pero la verdad era que le gustaba ver eso de ella. No solo porque estaba preciosa con la piel enrojecida y los ojos llameantes mientras lo ponía en su sitio... sino porque nunca habría esperado que tuviera tanto fuego en su interior.

Una vez más, la pequeña Sophie Sullivan lo sorprendía. Tanto dentro como fuera de la cama.

Pero las sorpresas aún no habían terminado porque, unos minutos después de que dejara de escuchar el sonido de la ducha, ella salió del baño llevando su camisa como un vestido, con un cinturón en el medio. Le llegaba justo por encima de las rodillas y las piernas y los pies estaban desnudos, solo con los tacones. Tenía el cabello mojado alrededor de los hombros, y tenía ese aspecto más sexy que una mujer pudiera tener.

—Estás preciosa.

Con un resoplido de incredulidad, Sophie contestó:

—Parezco un póster de los años ochenta. Pero mejor esto que ponerme ropa sucia. —Arrugó la nariz—. Eso no lo soporto.

—Espera un momento —contestó él mientras se le acercaba—, ¿me estás diciendo que no llevas nada debajo de mi camisa?

Sus ojos se agrandaron, y ella comenzó a alejarse de él.

—Deberíamos irnos pronto. La cita es en cuarenta y cinco minutos, y todavía tenemos que pasarnos por mi apartamento para poder ponerme una ropa normal.

—¿Cuarenta y cinco minutos? —Fingió por un momento que pensaba—. Eso es tiempo más que suficiente para lo que tengo en mente.

Una mirada de pura lujuria atravesó el rostro de Sophie. Pero un segundo más tarde la transformó en su mejor cara de bibliotecaria, la que usaba cuando alguien estaba siendo demasiado ruidoso y rebelde para decirle que le expulsaría de las instalaciones si no cesaba de inmediato en su actitud.

a Dios, cómo le atraía la idea de hacer el amor con esa bibliotecaria remilgada y comedida... y convertirla en la amante salvaje que ahora sabía que había debajo.

a Ella entrecerró los ojos, como si pudiera leerle la mente. Y conociéndola, es probable que lo pudiese.

—Ve a ducharte y vístete, Jake.

Se le notaba que quería mirar abajo, a sus bóxers, para ver si estaba excitado... que lo estaba enormemente. Pero ella, con determinación, mantuvo la mirada fija en su rostro.

o —Te estaré esperando en la cocina.

Qué fácil hubiera sido agarrarla de nuevo, empujarla contra la pared y estar dentro de ella en menos de cinco segundos. Y cómo tentaba a Jake hacer justo eso: llenarse las manos de sus suaves curvas, saborear esa dulce piel, deslizarse desnudo en su resbaladizo calor de nuevo.

Pero iba en serio cuando le dijo que necesitaba preguntarle al médico si podían tener sexo. Así que lo dejó correr.

y De momento.

* * *

e
r Oh, Dios, cuando Jake había estado acechándola como un hermoso león a punto de saltar, con esos ojos oscuros llenos de suficiente sensualidad como para dejarla completamente sin aliento, se había tenido que esforzar al máximo para alejarse de él.

s Sobre todo porque lo que en realidad quería era abrirle los brazos y las piernas para que lo llevara otra vez al paraíso.

s Gracias a Dios, se había ido a la ducha. Así tendría unos minutos para respirar. Y tratar de quitarse de encima la turbación que le estaba provocando... y la siempre presente excitación.

Sophie estaba paseando por la cocina de Jake cuando sonó su teléfono móvil. Rezó para que no fuera alguien de su familia. No porque no le gustara hablar con su madre o sus hermanos, sino porque no soportaba la idea de mentirles a la cara. Ya era bastante malo que fuese a evitarlo durante la próxima semana.

l Pero cuando vio que era Lori la que llamaba, tuvo que contestar. Después de su charla la tarde anterior, y dado que Lori sabía que había ido a contarle a Jake lo del bebé, su gemela tenía que estar preocupadísima por ella. Y si volver a encontrarse cara a cara con Jake no la hubiese

dejado tan conmocionada, se habría acordado de llamar a su hermana para decirle que todo iba bien.

Solo que, pensó mientras presionaba el botón de aceptar la llamada, ¿estaría siendo sincera si le decía eso?

Lori no tardó ni un solo segundo en preguntar:

—¿Por qué no me llamaste anoche? Te juro que estaba a punto de ir a casa de Jake y echar la puerta abajo.

Sophie nunca había dudado del amor que su gemela le tenía, ni siquiera tras sus peores peleas. Pero ahora el amor de su hermana le ayudó a llenar todas esas partes de ella que se sentían asustadas y vacías.

a —Lo siento, no me puedo creer que me olvidara de llamarte. Es solo que cuando vi a Jake y se lo dije...

e Lori la cortó:

—¿Qué hizo? ¿Qué dijo?

y Sophie miró a la puerta cerrada del dormitorio y, aunque todavía podía escuchar el sonido de la ducha, bajó la voz para decir:

e —Se sorprendió bastante. —Puede que nunca se hubiera quedado tan corta describiendo un sentimiento en su vida—. Pero... ha dicho que quiere intentar que funcione, Lor.

—Vaya —respondió Lori, y luego continuó—: Eso son buenas noticias, ¿verdad?

. Cuando Sophie no respondió, porque simplemente no sabía cómo explicar todo lo que sentía en ese momento, su gemela sugirió:

—Sé que quieres resolver lo de Jake a tu manera, pero creo de verdad que deberías hablar de esto con mamá. Ella lo entenderá, sabes que sí.

s Su hermana tenía razón. Cuando tomaban malas decisiones, incluso cuando arruinaban algo por completo, su madre nunca se mostraba decepcionada con ellas.

. Aún así, eso no cambiaba lo que Sophie sabía en el fondo de su corazón: después de décadas de estar todo el tiempo rodeados por su familia, necesitaban esos siete días para ellos solos.

—No puedo hablar con ella. —Su voz tembló un poco al añadir—: Todavía no.

—Bueno, pues entonces, es posible que se me escape...

1 —¡No! Nunca le he hablado a mamá de ya sabes quién, a pesar de que cada vez que veo lo que esa relación te está haciendo me entran ganas de hacerlo. —Sophie no se podía creer que tuviera que recordarle a su hermana el pacto que habían hecho cuando eran muy, muy jóvenes. Habían jurado no contar nunca los secretos de la otra—. Así que no puedes contarle lo de Jake y yo, ni lo del... —Se puso la mano sobre el vientre—. Lo del bebé.

Dejó de escuchar el sonido de la ducha, y dijo:

e —Gracias por llamar, y no te preocupes si estoy una semana más o menos sin coger el teléfono, ¿vale?

e Lori dijo un muy reacio “Vale”, y luego Sophie colgó el teléfono y lo metió de nuevo en el bolso.

s

* * *

a

aBajo la clara luz de un nuevo día, se obligó a revisar la lista de todas las razones por las que Jake no le convenía. Nunca la amaría como ella lo amaba a él. Y desapareció tras su única noche

ajuntos, después de tocarla como si ella le importara. Sabía que no debería tener esperanzas de nuevo. Si no fuese porque estaba embarazada y había ido a contárselo, tenía la total certeza de que él nunca habría ido tras ella. Más bien la habría evitado por completo, del mismo modo en el que había evitado durante los últimos dos meses y medio muchos eventos familiares de los Sullivan a los que en otras circunstancias habría asistido.

1 Pero la forma en que hicieron el amor esa mañana había sido diferente a su primera noche juntos. No había tenido tantos orgasmos, pero aún así había sido mejor. Porque Jake parecía desear a la verdadera Sophie, no solo a esa dama de honor de fantasía, obra de una maquilladora y una peluquera.

Esa mañana había sentido que si la tocaba era porque no podía contenerse.

7 Pero por supuesto tuvo que arruinar esa teoría justo después, cuando se apartó de ella de un salto y le puso esas almohadas debajo de las rodillas. Jake era la última persona en la tierra de la que pensaría que un embarazo le haría perder la cabeza, pero eso solo confirmaba lo más importante, lo que necesitaba recordar en todo momento: estaba claro que la quería por el bebé eno por ella misma. Y si tener un hijo ya de paso implicaba tener un sexo fantástico, ¿quién era él para negarse?

1 Abrió la nevera para ver si había algo que calmara su estómago, un poco revuelto, pero el olor de las sobras de la noche anterior le hizo cerrarla de un portazo, murmurando “Podría ser cualquier mujer embarazada y también se le estaría yendo la cabeza. Seguro que el capullo está tiene algún tipo de fetiche raro con las embarazadas”.

—¿Qué dices de fetiches?

e Sophie se dio la vuelta como un resorte, con la mano sobre el corazón.

—No sabía que estuvieras aquí.

o Como no quería dar explicaciones, cogió su bolso y se dirigió a la puerta. Y en ese preciso instante se dio cuenta de algo extraño. No había libros en ninguna parte. Ni en la mesa de café ni en la encimera, y por supuesto tampoco había pilas de libros en el suelo como esas con las que se tropezaba cada noche en su casa cuando iba a la cocina a picar algo a medianoche.

Pero cuando Jake le puso la mano en la parte baja de la espalda, sus divagaciones sobre la ausencia de material de lectura se volatilizaron, pues tuvo que dirigir todos sus pensamientos a ignorar lo bien que sus caricias la hacían sentir... y lo correctos que eran sus modales.

o «Hace esto por el bebé», se recordó a sí misma.

e Mantuvo la mano sobre su espalda mientras caminaban hacia el coche, y apenas pudo contener un gemido de placer cuando comenzó a masajear suavemente sus tensos músculos. Sabía exactamente cómo tocarla, la intensidad justa que necesitaba, sin que tuviera que darle ninguna indicación.

Hirviendo a fuego lento por esa excitación contra la que no podía luchar aunque lo intentara. Mientras se dirigían en silencio a su apartamento notó que Jake conducía de la misma manera en la que hacía el amor: sus grandes manos controlaban el volante de su caro automóvil con suavidad pero con firmeza.

Notó un calor que le recorría el cuerpo y se retorció en el asiento del pasajero, presionando los muslos para tratar de detener la picazón. Pero claro, a cada segundo que estaba con él, y cada vez que hacían el amor, esa ansia no hacía más que volverse más intensa. Más fuerte.

—No soy de piedra, Sophie. —Jake le miraba a la cara, aunque luego bajó la mirada a sus pechos y piernas, desnudos bajo la camisa—. Como me sigas mirando así, voy a tener que para el coche para que resolvamos el problema.

e —No hay ningún problema —le aseguró, pero su voz sonó tan hambrienta que no engañaría a nadie.

l ¿Cómo conciliar la parte buena de Sophie, esa que llevaba siendo toda su vida, con la mujelibertina que quería abrirse de piernas en el coche de Jake y dejar que hiciese con ella lo que quisiera en mitad del tráfico del centro de San Francisco?

e Gracias a Dios, treinta segundos más tarde el coche se detuvo frente a su apartamento.

a —Vuelvo en un par de minutos. Espérame aquí.

a Abrió la puerta del coche de un empujón, y la prisa por alejarse de la tentación casi la hizo tropezar con la acera. No podía ni imaginarse lo pequeño que se le haría su apartamento si Jake estuviese allí con ella... y lo difícil que le resultaría seguir con la ropa puesta el tiempo suficiente para llegar a tiempo a la cita con el médico.

a

s

* * *

Jake sabía que debía sentirse mal por esos pensamientos sucios que no dejaban de rondarle por la cabeza, y por el hecho de que había estado a un tris de cumplir su amenaza de parar el coche para recorrer a Sophie con sus manos y su boca.

r Pero, maldita sea, es que era la mujer más atractiva que había visto en su vida... y tan transparente que no podía evitar que se le notaran en la cara los pensamientos lujuriosos que no dejaba de tener, uno tras otro, sentada a su lado en el estrecho habitáculo de su deportivo.

Dos meses y medio antes, se entregó a él sin pensárselo dos veces. Ahora, a pesar de que claramente lo deseaba tanto como él a ella, era obvio que estaba intentando refrenarse todo lo que podía. Sí, había aceptado acostarse con él, y aunque con eso debería estar más que satisfecho, no lo estaba. Ya no. No después de aquella ocasión en que la tuvo por completo.

i «¿Qué necesitaría Sophie para abrirse a mí de nuevo?», se preguntó. «¿Para que confiara en mí como había hecho en Napa?».

e Un enorme peso se le instaló en el pecho cuando tuvo que reconocerse a sí mismo que tenía razones sólidas para no confiar en él. Ella nunca le creería si le dijera que no era ese tipo de hombre que podía acostarse con una chica y luego desaparecer durante meses. Siempre había dejado muy claras a sus amantes las expectativas que podían tener sobre él, es decir, ninguna. Y nunca se había escabullido en mitad de la noche como un cobarde.

o Hasta que llegó Sophie.

Y no tenía ni idea de cómo compensárselo.

e No había duda de que la conexión sexual que compartían era insuperable. Su deseo mutuo no desaparecería de pronto, daba igual cuánto se esforzara Sophie.

o Pero con eso no le bastaba. Ella siempre le había gustado, pero ahora que podía ver sus diferentes facetas: la inteligente y la sexy, las emociones complejas y los placeres simples que le proporcionaban la belleza y la comida, o esa chispa que brotaba de su serenidad, se había dado cuenta de que él también quería gustarle a ella.

o Y ya sabía que ese sería el mayor obstáculo de todos, teniendo en cuenta que a él mismo le costaba encontrar razones por las que gustarse.

Sophie regresó al coche con un vestido jersey suave de manga larga en gris, que hizo a Jake preguntarse si ella sería realmente consciente del efecto que tenía en sus curvas. Se había puesto un poco de maquillaje, y se había cepillado el pelo hasta sacarle brillo. Se abrochó el cinturón de seguridad y se sentó con las manos entrelazadas con elegancia sobre su regazo antes de darle la

adirección del consultorio con voz tirante.

No pudo evitar que esos intentos de controlar toda la pasión que solo unos minutos antes le desbordaba le hiciera sonreír. Qué chica tan encantadora e ingenua. ¿No se daba cuenta de que era inútil seguir luchando?

—Vamos a llegar tarde —le dijo enfadada al ver que no arrancaba el coche. Pero al girarse para mirarlo se le olvidó lo que estuviese a punto de decirle, y la confusión tomó su lugar— ¿Por qué me miras así? ¿De qué te ríes?

○ Qué fácil era encontrarle las cosquillas. A esas alturas ya sabía que nunca se cansaría de provocar esas chispas en sus ojos.

e —Lo que sea que estés maquinando —murmuró—, será mejor que lo olvides.

La verdad era que en ese preciso momento no estaba maquinando nada. No pasaría al siguiente paso en su plan de convencerla para que se casara con él hasta que no salieran de la cita con el médico. Pero Sophie no tenía por qué tener ese dato. Sobre todo porque había descubierto que le encantaba tenerla en vilo, tratando de adivinar lo que haría a continuación.

^a Y a ella también le gustaba, aunque se negara a admitirlo.

^a —¿A que te gustaría saberlo? —respondió con una sonrisa en el tono más sensual que pudo para luego lanzarse a toda velocidad al tráfico sin darle la oportunidad de decir una palabra más.

¹

○

e

○

e

1

a

e

a

¿

○

s

e

○

e

e

○

e

a

dirección del consultorio con voz tirante.

No pudo evitar que esos intentos de controlar toda la pasión que solo unos minutos antes la desbordaba le hiciera sonreír. Qué chica tan encantadora e ingenua. ¿No se daba cuenta de que era inútil seguir luchando?

—Vamos a llegar tarde —le dijo enfadada al ver que no arrancaba el coche. Pero al girarse para mirarlo se le olvidó lo que estuviese a punto de decirle, y la confusión tomó su lugar—. ¿Por qué me miras así? ¿De qué te ríes?

Qué fácil era encontrarle las cosquillas. A esas alturas ya sabía que nunca se cansaría de provocar esas chispas en sus ojos.

—Lo que sea que estés maquinando —murmuró—, será mejor que lo olvides.

La verdad era que en ese preciso momento no estaba maquinando nada. No pasaría al siguiente paso en su plan de convencerla para que se casara con él hasta que no salieran de la cita con el médico. Pero Sophie no tenía por qué tener ese dato. Sobre todo porque había descubierto que le encantaba tenerla en vilo, tratando de adivinar lo que haría a continuación.

Y a ella también le gustaba, aunque se negara a admitirlo.

—¿A que te gustaría saberlo? —respondió con una sonrisa en el tono más sensual que pudo, para luego lanzarse a toda velocidad al tráfico sin darle la oportunidad de decir una palabra más.

CAPÍTULO CATORCE

Sophie habló con la recepcionista, y luego se sentó en uno de los asientos de cuero acolchado de la sala de espera y cogió una revista. Estaba decidida a ignorar a Jake. Pero, por supuesto, que todas las demás mujeres de la sala se quedasen embobadas mirándolo lo hacía casi imposible.

¡Por el amor de Dios, que todas esas mujeres estaban embarazadas! ¿Qué hacían mirando así a un desconocido?

Tuvo que decirse a sí misma que no estaba siendo posesiva, sino que todas se estaban comportando de manera inapropiada. Sus maridos no estarían nada contentos si pudieran ver cómo a sus esposas les faltaba solo postrarse de rodillas para idolatrar la masculina belleza de Jake.

—Bueno —preguntó Jake a una de las mujeres—, ¿cómo va el embarazo?

Cómo no, era incapaz de quedarse esperando calladito. La mujer le sonrió como si fuera el mismísimo Jesucristo que hubiese bajado de los cielos.

—De momento va todo genial —respondió ella, acercándosele como para contarle un secreto—. Voy a tener un niño.

Jake se acercó a su vez y le sonrió.

—¡Eso es genial!

—¡Pues yo voy a tener una niña! —dijo otra mujer, al otro lado de la habitación.

Jake le sonrió a ella también.

—¡Felicidades! —Y luego hizo un gesto de admiración con la cabeza a todas las mujeres de la sala—. Qué cierto es eso que dicen de que no hay nada más bonito que una mujer embarazada

Sophie nunca había visto a nadie tan feliz como a esas mujeres después de las lisonjas de Jake. ¿Pero qué les estaba pasando?

¿Y por qué se sentía tan patéticamente celosa?

—Lo sabía —murmuró sobre su revista, y la mujer que se sentaba a su lado enarcó una ceja.

—¿Qué es lo que sabías? —preguntó Jake, poniéndole la mano en la rodilla.

¿Por qué tenía que ser tan acogedor? ¿Y por qué tenía que gustarle tanto que la tocara?

Deliberadamente desenredó y volvió a cruzar las piernas para que él tuviera que quitar la mano. «*Sabía que eras uno de esos tíos salidos que se excitan con las embarazadas*», era lo que estaba pensando, pero solo atinó a decir:

—Nada.

Se inclinó hacia ella, y pudo sentir su aliento en el lóbulo de la oreja:

—Sabes que encontraré una manera de convencerte para que me lo digas.

Le dio un súbito lametón en el lóbulo de la oreja antes de alejarse, y apenas pudo tragarse el gemido lleno de lujuria que estuvo a punto de escapar de sus labios.

Estaba tan enfadada consigo misma por tener absolutamente cero control sobre sus hormonas cuando estaba cerca de él que bufó:

—¡Un perverso, eso es lo que eres!

La risa que su desquiciado comentario le provocó se escuchó en toda la sala de espera.

—Estoy deseando escuchar el por qué.

—¡Ya sabes por qué!

Jake se la quedó mirando confundido, y Sophie tuvo que hacer un gesto señalando a las otras embarazadas para que se diera cuenta. Esa vez su carcajada fue tan fuerte que resonó por toda la sala.

—Así que por eso estabas murmurando algo sobre fetiches esta mañana. ¿Crees que me proponen...? —Las carcajadas no lo dejaron terminar la frase—. A ver, en realidad sí —respondió finalmente, tan cerca de su oreja que su cálido aliento le provocaba corrientes eléctricas que recorrían la superficie de su piel—. Pero solo cuando la embarazada eres tú.

¿Cómo lo hacía? ¿Cómo lograba derretirla con cada palabra? ¿Con cada caricia?

Sophie tuvo que recordarse que se suponía que estaba poniendo a Jake a prueba, así que acercó exageradamente la revista a su cara para poder fingir que estaba absorta en la lectura de un artículo sobre el que ni siquiera había posado los ojos.

Un momento después, cuando finalmente dejó de reír, se inclinó otra vez hacia ella y le susurró:

—A lo mejor te resulta más fácil de leer así.

Su cuerpo grande y fuerte estaba demasiado cerca del suyo en esa sala de espera tan pequeña como para que su cerebro averiguara de qué estaba hablando, hasta que cogió la revista de sus manos y le dio la vuelta.

«Oh, Dios mío. Qué vergüenza». Normalmente no le importaba lo que un montón de extraños pensara de ella pero, por otro lado, siempre había intentado mimetizarse con el paisaje por lo que en realidad nadie le hacía caso.

Pero se estaba dando cuenta de que estar con Jake era lo contrario a ser invisible. Tenía demasiada presencia, era demasiado carismático y encantador —por no hablar de su hermosura—, como para permanecer oculta estando a su lado.

Si en vez de a su lado estuviera detrás sería más fácil. Pero cuando le volvió a poner la mano en el muslo y no la movió aunque ella lo intentara, se dio cuenta de que él no lo permitiría. A pesar de toda su arrogancia, no parecía interesado en ser el centro de atención. En su lugar, tuvo la extraña sensación de que estaba orgulloso de estar sentado a su lado.

Aunque estuviera haciendo disparates como fingir que leía una revista al revés.

—¿Cuándo salís de cuentas?

Sophie no se podía creer que la mujer de la esquina le hiciera la pregunta a Jake en lugar de a ella, como si hubiera entre ellos algún vínculo especial solo porque él le había sonreído y le había dicho que estaba muy guapa.

Por supuesto, le picaba aún más que a ella misma le bastara con poco más que una sonrisa para enamorarse de él tantos años antes.

—En otoño.

El tono posesivo de su voz, o la profunda alegría que le causaba la perspectiva de tener un bebé, fueron evidentes hasta para la más despistada de la sala. Aunque no quería, Sophie sintió que se le ablandaba el corazón.

Maldita sea, ¿por qué no se portaba como un capullo todo el tiempo? ¿Por qué tenía esos momentos en que parecía el chico perfecto? Si se comportara como un imbécil narcisista, y no como un futuro padre dulcemente preocupado y ultrasexy, le resultaría mucho más fácil odiarlo.

Al menos le ayudaba recordarse una vez más que lo único que realmente le interesaba era el bebé. ¡No ella! Al fin y al cabo la había abandonado sin mirar atrás, pero en cuanto había oído hablar de un bebé se había convertido en el hombre más posesivo del planeta.

—¡Oh, eso es maravilloso! —exclamó la mujer—. ¡Felicidades!

s Jake apretó el muslo de Sophie justo por encima de la rodilla, y ese toque íntimo hizo que las sacudidas eléctricas empezaran a recorrer de inmediato sus piernas de arriba abajo.

—Gracias —respondió él—. Sí que es maravilloso, estamos en una nube.

e Sophie se quedó pasmada al darse cuenta de que era verdad. A pesar de que se había quedado embarazada por accidente y de que no tenían ni idea del tipo de relación que tenían, los dos estaban sinceramente entusiasmados con tener un bebé. Aunque todo el tema de la crianza en casas diferentes iba a ser un lío, sobre todo cuando fuera a casa de Jake a recoger a la criatura y uno de sus ligues estuviera allí.

e En algún momento, una vez que tuvieran el bebé, tendrían que tener una charla sobre lo que era o no apropiado que los niños vieran. Y por supuesto se aseguraría de dejarle claro que esperaba que mantuviera a todas sus futuras citas y parejas sexuales alejadas de la criatura simplemente por no confundirlo o confundirla. Y si eso afectaba negativamente a su vida sexual pues tendría que lidiar con ello, ¿no?

Una enfermera asomó la cabeza por la puerta que llevaba a las consultas.

a —¿Sophie Sullivan?

s Sophie se incorporó y Jake se levantó al mismo tiempo, poniéndole una mano en la parte baja de la espalda. La enfermera miró a Jake, y luego a Sophie, con una pregunta en los ojos.

e «¿Cuántas veces», se preguntó Sophie, «vería de ahora en adelante esas mismas preguntas, silenciosas?»: ¿Este es el hombre con el que estás? ¿Qué has hecho para conquistarlo? ¿Y cómo puedo conseguir uno así?

a Al menos, pensó con un poco de gratitud, en lugar de atropellarla y hacerse cargo de absolutamente todo, Jake estaba esperando pacientemente a que ella le explicara cuál era su función.

o Solo que Sophie no estaba segura de poder explicarle nada de eso, al menos sin usar palabras como “*enamorada de él desde siempre*” y “*nunca va a corresponderme*”... y, por supuesto, “*un loco accidente*”.

Por eso todo lo que dijo fue:

—Viene conmigo.

Sin perder ni un segundo extendió la mano:

a —Jake McCann.

e Los ojos de la enfermera mostraron sorpresa cuando le estrechó la mano.

—Ya decía yo que me sonaba tu cara. Tú eres el de esos anuncios gigantes de los pub irlandeses McCann’s. ¿Eres el dueño?

Sorprendentemente Jake no aprovechó la oportunidad de prolongar una conversación sobre sí mismo y se limitó a asentir con la cabeza. A la mayoría de los chicos con los que había salido lo que más le gustaba era hablar de ellos. Y Jake no podía ser la excepción, ¿verdad?

o La enfermera los condujo a la habitación y miró su historial.

—Vamos a ver, ¿estás aquí para ver al médico por un posible embarazo? —Cuando Sophie asintió, la enfermera preguntó—: ¿Cuándo fue la fecha de tu último período?

o Sintiendo bastante avergonzada por tratar ese tipo de temas delante de Jake, rápidamente calculó la fecha y se lo dijo a la enfermera.

l —Vamos a pesarte.

o Genial, justo lo que toda mujer soñaba, que el hombre con el que se acostaba conociera su peso exacto. Se esforzó por mantener la frente alta mientras se quitaba los zapatos y subía a la

báscula.

s —Parece que ya has engordado cuatro kilos y medio.

Su vientre estaba aún bastante plano, por lo que Sophie llegó a la conclusión de que en ese momento todos esos kilos de más se concentraban en sus senos y sus caderas.

o Al ver su expresión de obvio descontento, la enfermera dijo:

s —Lo normal en esta etapa del primer trimestre es haber engordado entre tres y seis kilos. Algo más en el primer embarazo, porque para tu cuerpo todos estos cambios son algo nuevo. —
y Le dio a Sophie un vaso de plástico—. Necesitaremos una muestra de orina, y ponte luego esta bata para que la doctora pueda verte.

e Durante todo ese proceso Jake estaba sentado en una silla azul en una esquina, y no parecía infundirle inseguridad alguna el hecho de estar en la consulta de un ginecólogo. Sus ojos oscuros seguían cada movimiento de Sophie, pero no podía descifrar su expresión. Y a decir verdad, prefería no saber lo que pensaba. Porque a pesar de que le ponía nerviosa tener a Jake a su lado en el ginecólogo, de repente se dio cuenta de que el embarazo la ponía aún más nerviosa.

Ahora que se había hecho a la idea de que estaba embarazada, quería de verdad tener el bebé. Rezó por que el médico dijera después de examinarla que todo estaba bien. En ese momento lo único que deseaba era un bebé sano.

«*También deseas a Jake*», tuvo que admitirse mientras terminaba de llenar el vaso y lo ponía en el mostrador del baño para el técnico de laboratorio. Por eso había accedido a darle siete días.

o Pero quería mucho más que su cuerpo. Quería su corazón... y que le abriera una ventana a su alma.

e Sophie suspiró, consciente de que ya era hora de renunciar a esos sueños y concentrarse en el mundo real. Como el bebé que crecía en ella. Y el hecho de que ella y Jake tendrían que encontrar una manera de llevar la paternidad lo mejor posible durante los próximos cincuenta años.

s Sesenta segundos más tarde su ropa estaba cuidadosamente doblada y se había puesto la bata blanca de tela del hospital. Se aseguró de tenerla bien cerrada por la espalda cuando salió del baño, algo ridículo ya que Jake la había visto desnuda en más de una ocasión.

La doctora ya estaba en la consulta charlando tranquilamente con él, y el corazón le dio un vuelco al ver cómo encandilaba como si tal cosa a la mujer que había sido su ginecóloga desde que era una adolescente.

—¡Sophie! —Marnie se acercó a ella para envolverla en un cálido abrazo—. Pero bueno, qué sorpresa tan maravillosa, ¿no?

s Sophie se pegó una sonrisa en la cara.

—Sí. Una verdadera maravilla.

í Su ginecóloga acarició la tapicería acolchada del potro de exploración:

o —Sube aquí, haremos un examen rápido para asegurarnos de que todo está progresando bien —Y luego añadió, mirando el resultado del análisis—: Los niveles de hCG en tu muestra de orina coinciden con un embarazo de doce semanas.

e Aliviada porque las pruebas que se había hecho en casa no se habían equivocado acerca de su embarazo, se subió al potro y puso los pies en los estribos, tratando de no pensar en lo raro que todo eso debía parecerle a Jake.

—Jake, ¿por qué no te acercas y te pones aquí? Así podrás ver mejor el monitor de la ecografía.

1 Él se puso a su lado y le puso una mano sobre el hombro, sonriendo. Sophie se sorprendió al descubrir que su presencia le aportaba más consuelo que vergüenza. Tenía pensado acudir sola

Pero de repente estaba muy contenta por no haber tenido que hacerlo.

Marnie cogió del ecógrafo una cosa grande, gruesa y de color azul claro. Tenía un condón apuesto, y una súbita vergüenza se apoderó de ella al pensar que Jake vería cómo su médico deslizaba ese cacharro dentro de ella.

—No debería doler —le dijo su médica—, aunque puedes notar un poco de frío al principio.

El lubricado transductor entró deslizándose con facilidad, y habría jurado que los ojos de Jake parpadearon atónitos ante la situación. La médica escribió una contraseña en el ecógrafo y el monitor cambió a una imagen que parecía un cielo nocturno con nubes y débiles estrellas.

—Ahora veamos dónde se esconde el pequeño, o la pequeña.

El latido del corazón de Sophie se aceleró, pero antes de que pudiera cogerle la mano a Jake él ya estaba deslizando la suya sobre la de ella. Se aferraron el uno al otro con fuerza, y ninguno respiró hasta que Marnie dijo con una sonrisa:

—Ahí está. —La médica señaló una luz blanca que palpitaba levemente en la pantalla—. Eso es el corazón latiendo.

Los ojos de Sophie se llenaron de lágrimas. Había un nuevo corazón que latía en su interior, uno que ella y Jake habían hecho juntos.

—Guau. —La exclamación en voz baja de Jake mostró que el sentimiento era mutuo—
Alucinante.

Marnie le sonrió, y luego a Sophie:

—Siempre lo es. El tamaño también es el ideal para un feto de doce semanas.

Sophie supuso que ya habrían acabado, pero en lugar de sacar el transductor de su cuerpo, la ginecóloga dijo:

—Ahora voy a echar un vistazo rápido para ver si hay alguien más ahí dentro.

—¿Alguien más? —repitió Jake, incrédulo.

—Si bien no es probable, lo cierto es que no es imposible que tengas... —La médica dio un pequeño grito de felicidad—. Justo aquí. ¡Hay otro latido!.

Jake apretó la mano de Sophie con tanta fuerza que casi la hizo gritar. Pero era difícil sentir el dolor con la conmoción absoluta que le produjo lo que la doctora acababa de decir. Marnie movió el transductor un poco más dentro de ella.

—Sí, parece que solo hay dos.

—¿Solo dos?

Oh Dios, cuando le dijo con tanta seguridad a Jake y a su hermana que lo haría todo ella sola había dado por hecho que solo tenía un bebé. ¡No dos!

Lanzó una mirada de pánico a Jake. Su piel bronceada estaba más pálida de lo que nunca la había visto, más blanca incluso que cuando le dio la noticia de que estaba embarazada.

Marnie sacó el transductor y le entregó la foto que había impreso:

—Para el álbum de fotos. ¿Has estado tomando vitaminas prenatales?

Sophie negó con la cabeza mientras se sentaba, sintiéndose mareada. Menos mal que Jake estaba aguantando de pie detrás de ella.

—No tenía previsto quedarme embarazada.

La expresión de Marnie no reflejó ni sorpresa ni condena.

—Vale, pues entonces aquí tienes una receta para las que suelo recomendar a mis pacientes

—Le entregó a Sophie una bolsa, que sacó de uno de los armarios—. Aquí tienes otras cosas que pueden serte útiles. Aunque te tengo que advertir que por favor no te asustes cuando leas el libro. *Qué se puede esperar cuando estás esperando*. Te lo doy para que lo uses como recurso, no para

alimentar ningún temor que puedas tener sobre el embarazo. —Sonrió a Sophie—. Eres una mujer joven y sana, y si miramos el historial de tu madre podemos estar bastante seguros de que no tendrás ningún problema.

Sophie luchó por encontrar el aliento cuando su médica le preguntó:

—Bueno, ¿tenéis alguna pregunta que me queráis hacer?

e Dios mío, sí. Sophie tenía millones de preguntas para las que necesitaba respuesta. La mayoría de los cuales comenzaban con “¿*Cómo ha podido pasarme esto a mí cuando otras personas tienen rollos de una noche constantemente?*”. Pero por ahora se limitó a negar con la cabeza y decir:

, —Seguro que después de leerme el libro tendré alguna.

o Los libros siempre la habían hecho sentir mejor. Siempre había pensado que el conocimiento podía curar casi todas las enfermedades. Esa vez, sin embargo, no estaba del todo segura de que los libros pudieran obrar ese tipo de magia.

—¿Y tú, Jake?

, —¿Tenemos que tomar precauciones especiales? Ya sabes, ¿debería tener cuidado de no hacer grandes esfuerzos?

. Marnie negó con la cabeza:

—Debería ser capaz de llevar una vida más o menos normal. Buena comida, mucho descanso y ejercicio.

—¿Y qué pasa con el sexo?

a La inopinada pregunta sacó a Sophie de su estado de pánico. Ahora en su lugar se sentía humillada.

—Me alegro de que me lo preguntes, Jake —dijo Marnie—. Es una duda que tienen casi todas las parejas recién embarazadas. Te lo prometo, el coito no va a doler en absoluto. De hecho, muchas pacientes dicen que es aún mejor durante el embarazo. —Sonrió a los dos—. No os cortéis en enviar un correo electrónico a la oficina si tenéis cualquier pregunta. Te veré de nuevo en cuatro semanas.

e La puerta se cerró tras la doctora, dejándolos solos.

Sophie no tenía ni la menor idea de qué hacer ahora. Pensaba que ya estaba de vuelta de muchas cosas, que nada le haría sentir como si jalaran de una alfombra que estuviera pisando. Pero escuchar la noticia de que estaba embarazada de gemelos fue como si hubiera sido un camión el que tirase de la alfombra.

Sabía que debía levantarse de la mesa y volver a ponerse la ropa, pero no estaba segura de si sus piernas la fueran a sostener.

—¿Tú te lo puedes creer? —preguntó Sophie con poco más que un susurro, como si tuviera miedo de decir la palabra en voz alta. Pero tenía que hacerlo—. *Gemelos*.

Jake no se había movido de detrás de ella, y en ese momento quiso apoyarse en él y no soltarlo nunca. Gracias a Dios que estaba allí. Si hubiese tenido que hacer eso sola, habría...

—Esto termina de decidirlo. Ahora es definitivo: nos vamos a casar.

—¿Qué? —Sophie saltó de la mesa, sin importarle que su bata de hospital estuviera completamente abierta por la parte posterior—. ¡No!

. El rostro de Jake se mantuvo impertérrito.

e —Sí.

o —Pero me prometiste siete días.

a —Vas a tener gemelos, Sophie. No puedes hacer esto sola. No con dos.

a Ella negó con la cabeza.

e —Eso no viene al caso.

Jake pareció frustrado. Y tan conmovido como ella.

—Entonces, ¿cuál es el caso? Son solo siete malditos días. Ambos sabemos que nos vamos a casar.

a Le gustaría decirle “el caso es que si me llevas a rastras a Las Vegas hoy mismo y me obligas a decir *sí quiero* solo porque llevo a tus hijos en mi vientre, ni siquiera tendrías que intentar enamorarte de mí”.

¿Pero acaso no sabía ya que sería en balde? ¿Por qué seguía esperando lo imposible?

Ya podía saborear la derrota, esa horrible amargura en la lengua con la que se había familiarizado tanto en los dos meses y medio desde que Jake le hizo el amor en Napa.

e —Si no sabes por qué esos siete días son tan importantes —dijo con voz temblorosa— entonces eres el mayor idiota del mundo.

Estaba a punto de agarrar su ropa y entrar en el baño cuando vio la expresión de Jake. Parecía fuera de sus casillas. Pero al observar mejor su rostro descubrió que había algo más, aparte de ira. También parecía avergonzado.

Y herido. Malherido por su insulto.

o Repasó mentalmente todos los improperios que le había dedicado ese día. A ninguno de ellos había reaccionado como a la palabra *idiota*. De hecho, se había reído del resto de ellos.

—Jake, yo...

a Su voz fue cortante como un cuchillo:

—Te espero fuera.

i Se fue antes de que pudiera pedirle que se quedara, antes de que pudiera disculparse por llamarlo idiota.

o El espejo del baño se burló de ella al captar de reojo sus ojos asalvajados y su piel enrojecida por el enfado. Ella mejor que nadie sabía lo poderosas que podían ser las palabras. Le enfermaba pensar que acababa de usarlas para lastimar a Jake.

Todo lo que quería era amar y ser amada... y nunca había estado más lejos de conseguirlo.

e

* * *

.

1 Jake no le dijo ni una palabra más hasta que, tras detener el coche frente a la biblioteca, ella estaba buscando a tientas la hebilla del cinturón de seguridad, tratando de bajarse cuanto antes mejor.

a —Quédate quieta, Sophie. —Cada palabra era una bala dirigida directamente a ella—. Vas a dejar que te abra la maldita puerta esta vez, y todas las que vengan después.

o A pesar de todas las veces en que lo había provocado antes, algo le decía que esa vez no lo hiciera. No en ese preciso momento.

a Le avergonzó acordarse de lo que le había llamado. *Idiota*. Era una palabra que nunca había usado con nadie más, ni siquiera en sus momentos de furia más extrema. Seguro que sabía que no lo había dicho en serio, que le había salido solo en el calor del momento. ¿Verdad?

Unos segundos más tarde, Jake abrió la puerta del copiloto y se inclinó para desabrocharle el cinturón de seguridad. Tuvo que usar hasta la última pizca de autocontrol que le quedaba para mantenerse rígida mientras sus músculos le rozaban la piel, mientras su olor le llenaba los sentidos. Le extendió una mano para ayudarla a salir del coche, y no tuvo más remedio que

tomarla.

—Jake —dijo en voz baja—, siento mucho lo que te llamé antes. Estaba enfadada. No fue mi intención molestarte.

a Él hizo como que no había escuchado su disculpa:

—Esta noche, a las ocho en punto. Espérame con la maleta hecha.

s Antes de que pudiera decirle dónde se podía meter sus órdenes la atrajo hacia él y la besó, tan fuerte pero con tanta delicadeza que aunque estaba tratando de luchar contra él, su cuerpo le decía que se rindiera ya.

Al fin y al cabo era lo que siempre había querido.

a —¿Jake?

Pero no le bastaba solo con satisfacer las necesidades del cuerpo, no si su corazón no estaba, también implicado.

Antes de que pudiera comenzar a procesar lo que había sucedido en los escalones él ya la había soltado y su coche se alejaba a toda velocidad de la biblioteca.

e —¿Quién era ese?

Sophie todavía tenía la mano sobre la boca, en la que aún sentía un hormigueo y mucho calor por el furioso ataque de Jake, cuando se giró sorprendida hacia su compañera de trabajo. Había solvado que estaban en público.

Siempre hacía que se olvidara de todo menos de él.

Janice no esperó a que ella respondiera antes de decir:

—No pensé que hubiera ningún hombre más guapo que tus hermanos. —Hizo con la cabeza un gesto de incredulidad—. ¿Es tu novio?

r «No», pensó Sophie, silenciosamente al borde de la histeria, «*solo es el padre de mi bebé*».

«Oh, Dios. No es el padre de mi bebé».

a «*Es el padre de mis bebés*».

a Tuvo que rebuscar dentro de ella para lograr fingir una sonrisa delante de la compañera más cotilla de toda la red de bibliotecas de San Francisco.

—Lo conozco de toda la vida. Es un amigo íntimo de la familia.

Janice no parecía muy convencida, y la miró como si estuviera loca:

—¿Amigos? ¿No hay nada más entre vosotros? Pues a mí ninguno de mis amigos me ha besado nunca así.

a Sophie se encogió de hombros, como si un beso así por parte de un amigo masculino fuera perfectamente normal, y luego miró su reloj.

—Tengo que entrar.

a «Bueno», pensó mientras caminaba hacia las grandes puertas delanteras, «tal vez que Janice haya visto a Jake tiene algo positivo». Al menos así no tendría que dar tantas explicaciones cuando se le empezara a notar el embarazo. Su compañera de trabajo se encargaría de que todo el mundo estuviera enterado.

a

e

l

a

s

e

tomarla.

—Jake —dijo en voz baja—, siento mucho lo que te llamé antes. Estaba enfadada. No fue mi intención molestarte.

Él hizo como que no había escuchado su disculpa:

—Esta noche, a las ocho en punto. Espérame con la maleta hecha.

Antes de que pudiera decirle dónde se podía meter sus órdenes la atrajo hacia él y la besó, tan fuerte pero con tanta delicadeza que aunque estaba tratando de luchar contra él, su cuerpo le decía que se rindiera ya.

Al fin y al cabo era lo que siempre había querido.

—¿*Jake*?

Pero no le bastaba solo con satisfacer las necesidades del cuerpo, no si su corazón no estaba también implicado.

Antes de que pudiera comenzar a procesar lo que había sucedido en los escalones él ya la había soltado y su coche se alejaba a toda velocidad de la biblioteca.

—¿Quién era ese?

Sophie todavía tenía la mano sobre la boca, en la que aún sentía un hormigueo y mucho calor por el furioso ataque de Jake, cuando se giró sorprendida hacia su compañera de trabajo. Había olvidado que estaban en público.

Siempre hacía que se olvidara de todo menos de él.

Janice no esperó a que ella respondiera antes de decir:

—No pensé que hubiera ningún hombre más guapo que tus hermanos. —Hizo con la cabeza un gesto de incredulidad—. ¿Es tu novio?

«No», pensó Sophie, silenciosamente al borde de la histeria, «*solo es el padre de mi bebé*».

«Oh, Dios. No es el padre de mi bebé».

«*Es el padre de mis bebés*».

Tuvo que rebuscar dentro de ella para lograr fingir una sonrisa delante de la compañera más cotilla de toda la red de bibliotecas de San Francisco.

—Lo conozco de toda la vida. Es un amigo íntimo de la familia.

Janice no parecía muy convencida, y la miró como si estuviera loca:

—¿Amigos? ¿No hay nada más entre vosotros? Pues a mí ninguno de mis amigos me ha besado nunca así.

Sophie se encogió de hombros, como si un beso así por parte de un amigo masculino fuera perfectamente normal, y luego miró su reloj.

—Tengo que entrar.

«Bueno», pensó mientras caminaba hacia las grandes puertas delanteras, «tal vez que Janice haya visto a Jake tiene algo positivo». Al menos así no tendría que dar tantas explicaciones cuando se le empezara a notar el embarazo. Su compañera de trabajo se encargaría de que todo el mundo estuviera enterado.

CAPÍTULO QUINCE

Jake paró el coche con un frenazo en su plaza de aparcamiento detrás del McCann's.

Sophie tenía razón. Era un idiota.

¿Y si sus hijos apenas podían leer por su culpa?

Pensar en que sus hijos pasaran por lo mismo que él le provocó un sudor frío. La escuela había sido un infierno. Todavía podía recordar estar sentado con los otros niños en primero, segundo y tercero, viendo cómo todos sus compañeros aprendían a leer. Pero daba igual cuánto lo intentara, no lograba que las letras cobraran sentido.

Era solo una cosa más en la que era peor que los demás. No era solo ese pobre chico cuya ropa apestaba al alcohol y los cigarrillos de su padre.

También era estúpido.

Vale, los números siempre le cuadraban con facilidad, pero con las palabras era totalmente distinto. Y estaban en todas partes. A lo largo de sus años en la escuela había faltado a más clases de las que había asistido. Y siempre había pensado que lo dejaron graduarse solo porque los maestros no querían ver su fea jeta otro año más.

¿Cuántas veces en esos años de adolescencia se había dicho a sí mismo que daba igual? ¿Que no necesitaba saber leer para ser camarero?

Su sueño de toda la vida había sido tener su propio pub, pero dirigir un pub no tenía nada que ver con trabajar en uno. Y fue entonces cuando tuvo que enfrentarse a la realidad: si no aprendía a leer, no tendría la más mínima oportunidad de sacar el negocio adelante.

Tío, qué capullo había sido con esos primeros profesores particulares que contrató en secreto: era un veinteañero tan beligerante y cabreado que uno tras otro fueron dimitiendo. Al fin encontró a una a la que sus barrabasadas solo parecían divertirle. La señora Springs tenía unos sesenta años y había sido tan dura con él como nadie antes, casi como si le importase si aprendía o no a leer.

Todavía recordaba el día en que las cosas finalmente comenzaron a hacer clic en su cabeza. Le plantó un beso en todos los morros a Helen, la profesora, pero no se enfadó con él. En su lugar lo abrazó... y luego le dijo que el camino todavía sería largo y difícil, pero que con suerte valdría la pena.

Tuvo razón en la primera parte. Había seguido sudando tinta con ella, y luego con otros profesores después de que se jubilara. Cuanto más crecía su negocio, con más contratos y más correspondencia tenía que lidiar. La gente a menudo se extrañaba de que hiciera casi todas sus gestiones por teléfono o en persona, en lugar de usar el correo electrónico. Lo llamaban su "toque personal". A él no le importaba cómo lo llamaran, siempre y cuando nadie adivinara por qué rara vez usaba su ordenador para otra cosa que no fueran hojas de cálculo y finanzas.

Así que, sí, podía leer. Pero todavía le costaba terminar un libro, y no se imaginaba haciéndolo por diversión.

Mientras que, por otro lado, Sophie vivía y respiraba libros.

«Por favor, Dios,», se encontró orando en silencio, «deja que nuestros hijos saquen el cerebro de Sophie, no el mío».

Una de sus camareras lo vio sentado en el coche, aferrado al volante como si le fuera la vida en ello, y lo saludó nerviosa antes de alejarse rápidamente al darse cuenta de que a su jefe se le estaba yendo la olla.

Y no poco a poco, sino de golpe.

Enterarse de que sería padre de gemelos en otoño lo había arrojado por el mayor tobogán de sentimientos de su vida. Tan grande como para no dejarle pensar más que en encadenar a Sophie a él, y en hacer lo que fuera necesario para que se quedara a su lado y que tanto sus hijos como ella estuviesen sanos y cuidados.

a Estaba ya saliendo del coche cuando vio de reojo el lomo del grueso libro que la ginecóloga les había dado. Necesitaba leerlo, necesitaba saber todo lo que podría salir mal con el embarazo de Sophie para así asegurarse de que nunca le pasaba nada malo.

1 Pero por supuesto, cuando lo hojeó, cientos de pequeñas palabras se rieron de él. «*Intenta leerme*», lo desafiaba cada palabra. «*Buena suerte, fracasado*».

Si Sophie descubría alguna vez que apenas sabía leer...

Arrojó el libro sobre la alfombrilla del coche. De todas formas no tenía tiempo. Ya tenía una: cuantas llamadas perdidas de su asistente ejecutivo para recordarle la media docena de conferencias telefónicas que tenía programadas para ese día. Eran reuniones importantes en las que normalmente habría centrado toda su atención, emergencias incipientes en sus locales nuevos que deberían hacerle coger el próximo avión para salir de San Francisco... y no estaba tratando de encontrar un modo de solucionarlas sin tener que alejarse de Sophie.

8:00 p.m.

3 Si Jake se pensaba que estaría esperándolo con la maleta hecha como una niña buena, se equivocaba por completo. En cuanto llegara a su apartamento le dejaría claro lo que pensaba.

Que fueran a tener gemelos no significaba que pudiera tratarla como si fuera una de sus posesiones.

S Sophie recorría la sala de estar una y otra vez mientras lanzaba cuchillos con la mirada a través de la puerta.

9:00 p.m.

1 ¿En serio? ¿Ni siquiera era capaz de llegar a tiempo para llevarla a rastras a su casa como un bárbaro? ¿Tan poco significaba para él? ¿Hay algo más doloroso que ser olvidado? Toda su vida había sido invisible. No solo para Jake, sino para todos. ¿Cómo podría un ratón de biblioteca como ella siquiera pensar en competir con esos hermanos cuya sombra es más alargada que la de una montaña? Nunca sería una estrella de cine, nunca haría el lanzamiento de la victoria en una Serie Mundial, nunca sería la gemela Sullivan brillante y deslumbrante.

r Se juró que en cuanto Jake se dignara aparecer ante su puerta, no habría nada que le impidiera dejarle bien clarito lo que podía hacer con los seis días que le quedaban.

a Vale que quizás ella estuviera dando bandazos de un extremo a otro como una loca, pero ya que iba a arruinarle la vida por lo menos podría tener la deferencia de no aparecer más de una hora tarde.

3

10:00 p.m.

aLa justa ira de Sophie se fue haciendo más fuerte, más intensa con cada minuto que pasaba, hasta que su reloj de cuco dio las diez de la noche. Fue entonces cuando por fin tomó conciencia de que algo no iba bien. Esa mañana estaba demasiado decidido a controlar su vida como para haberse dado por vencido solo unas horas después. Sobre todo porque Jake jamás se rendía.

e ¿Y si estaba herido? ¿Y si necesitaba su ayuda y ella estaba perdiendo un tiempo precioso en ese apartamento, pensando cosas horribles sobre él? Cogió su teléfono y lo llamó al móvil, pero le saltó directamente el buzón de voz.

Nadie caería en llamarla si algo le pasaba a Jake. Nadie sabría que él era importante para ella porque estaba embarazada de sus hijos.

o No tenía coche, ya que le resultaba más fácil contratar una de esas empresas de coche compartidos cuando lo necesitaba. Pero no había ningún vehículo disponible y, como Sophie no conocía muy bien el horario del autobús nocturno, llegar a su casa le llevó mucho más tiempo de lo que pensaba. Todas las luces estaban apagadas, y nadie contestaba a la puerta. Llamó por teléfono al pub. El camarero le dijo que Jake estaba allí, pero estaba solucionando una emergencia y no podía coger el teléfono.

e Veinticinco minutos y dos transbordos más tarde entraba corriendo en el McCann's atravesando a empujones una multitud de estudiantes universitarios sin importarle que pensaran que había perdido la cabeza.

r —¿Dónde está Jake?

Casi agarró al camarero de la camisa para llamar su atención. El hombre desaliñado le lanzó una mirada similar a la de los universitarios de antes. Como si estuviera para que le pusieran una camisa de fuerza y la encerraran con los demás locos.

—Está en la parte de atrás.

e Lo último que esperaba era ver a Jake en su oficina, dándole un pañuelo de papel a una chica joven con el pelo rosa y azul. La muchacha se sonó la nariz ruidosamente, y Sophie vio que había otras dos personas en la habitación. Eran mayores que Jake. Tan mayores, se dio cuenta como para ser los padres de la chica.

a Se detuvo en seco, pero no tan rápido como para que Jake no la viera.

—¡Sophie! —Le dijo algo a la pareja, y luego se levantó y se dirigió hacia ella. Le acarició delicadamente la piel con la yema de los dedos, y colocó en su sitio un mechón de pelo que había caído sobre su cara—. Es muy tarde. Ya sabes lo que dijo la doctora sobre el descanso. Debería estar durmiendo.

a —No podía dormir. Me preocupé cuando no apareciste. —Le dedicó una pequeña media sonrisa antes de admitir—: Y estaba enfadada contigo porque me has dejado tirada. —Esta vez fue ella la que buscó su cara con los dedos. ¿Cuántas veces había querido tocarlo así a lo largo de los años? El darse cuenta de que ahora sí podía hacerlo hizo que un calor inundara su cuerpo—

Ahora que sé que estás bien, dime qué puedo hacer para ayudar mientras que tú... —dijo mirando por encima del hombro al grupo reunido en su oficina— ...arreglas tus asuntos.

—Lo único que quiero es que descanses un poco. —Estaba a punto de decirle que no estaba cansada, que seguro que su día estaba siendo cien veces más difícil que el de ella, cuando Jake le preguntó con mirada inquisitiva—: ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—En autobús.

Pensó que no sería prudente mencionar esas manzanas oscuras que había cruzado a pie entre la parada donde se bajó del autobús y el pub.

Jake soltó una maldición:

a —Deberías haberte quedado en casa.

e ¿Es que no se daba cuenta de que estaba preocupada?

a —Necesitaba asegurarme de que estabas bien.

Jake aún parecía molesto por su paseo nocturno en la red de transporte público de San Francisco, pero en lugar de seguir echándole la bronca enroscó los dedos en su cabello y le acercó de un suave tirón para colocarle la cabeza bajo su barbilla.

—Dios, qué dulce eres —le dijo, dándole un beso en la frente.

, En ese momento un camarero irrumpió por la puerta:

—Los clientes están a punto de amotinarse si no les atienden pronto. Betty está sobrepasada.

s Sophie dejó caer su mano sobre la boca de Jake antes de que pudiera responder:

o —Yo me encargo. —No esperó a que Jake estuviera de acuerdo para agarrar un delantal negro de un clavo en la pared y envolverse alrededor de la cintura—. ¿Tienes una libreta y un lápiz? —le preguntó al camarero.

a Este se los puso en la mano con gran satisfacción, y treinta segundos más tarde estaba haciendo un curso intensivo sobre cómo ser una buena camarera de pub irlandés mientras los clientes hacían sus pedidos casi con gruñidos y exigían sin parar que les llenaran las copas.

1 Sophie nunca había estado rodeada de tanto ruido ni de una actividad tan frenética. Pero mientras transportaba una bandeja llena de espumantes cervezas se dio cuenta de que eso no era cierto. Crecer siendo la más joven de ocho hermanos había sido igual de ruidoso, la actividad igual de frenética.

a Así que no es de extrañar que disfrutara cada segundo.

* * *

a Para cuando Jake tuvo la oportunidad de sacar a Sophie de la barra del pub eran casi las 2:00 a.m. y estaban ya a punto de cerrar. En algún punto un camarero se había asomado para pedirle que contratase a esa chica nueva a jornada completa, pero Jake todavía estaba centrado en tratar de que su joven empleada aceptara ir a reuniones para desintoxicarse. Le vendría mejor un tiempo de internamiento, pero tenía la suficiente experiencia con alcohólicos como para saber que empujarlos en la dirección correcta por lo general tenía justo el efecto contrario.

s Siempre había tenido cuidado de vigilar que sus empleados no abusaran de ninguna sustancia, y se aseguraba de que todos sus encargados también lo hicieran, pero Samantha le había ocultado muy bien. Tanto que había hecho falta que sus padres fueran a verle y le rogasen que la despidiera para ver lo que tenía justo delante.

e Se culpó a sí mismo, pues sabía que si no hubiera estado tan obsesionado con Sophie esos últimos meses quizás podría haberse percatado de los cambios en el comportamiento de Samantha.

, Mientras tanto, el objeto de su obsesión estaba limpiando mesas con una bayeta. Había recogido su melena en una cola de caballo, y pequeños bucles se arremolinaban en su cara enrojecida por la actividad. Verla tan bella le quitó el aliento, como siempre hacía, y le impidió hacer otra cosa que mirarla... hasta que intentó subir una de las sillas a una mesa.

—No deberías estar cogiendo peso. —Le quitó la silla y la subió—. Yo me encargo del resto. Ve a tumbarte un poco en mi oficina.

e Sabía que debería estar agradecido porque le hubiese sacado de un aprieto, y que ya debería haberse disculpado por haberse portado como un capullo esa mañana, cuando la dejó en la

biblioteca. Y en cambio estaba ladrándole órdenes.

Pero en lugar de arremeter contra él, Sophie simplemente respondió:

—¿Va todo bien?

ⁿ Dios, qué dulce era. Y más inclinada al perdón de lo que él merecía. Nadie antes se había preocupado por él. Sería una madre perfecta... y también esposa.

Dios sabía que no se merecía una vida atrapada con un idiota como él.

Pero por nada del mundo renunciaría a ella. Precisamente porque era ese cabrón egoísta que ella lo había acusado de ser.

Siguió colocando sillas sobre las mesas.

—Ahora mismo no. Pero, con suerte, todo irá bien. Siento mucho no haber ido a buscarte esta noche ni llamarte para darte explicaciones, y que te hayas preocupado por mí.

ⁿ ¿Cuándo fue la última vez que alguien se preocupó por él? El nudo en su pecho se apretó más al pensar en que le importaba lo suficiente a alguien como para que viniera a buscarlo cuando no se presentaba donde había dicho que estaría.

^s —Estaba yendo a tu casa cuando... —comenzó a explicar, y al pensar en Samantha hizo un gesto de abatimiento. Era una buena chica, y quería creer que superaría su adicción. Pero después de convivir con un alcohólico, Jake sabía lo difícil que podía ser esa batalla. Y que lo fundamental era *querer* dejar de beber.

^d Como no dijo nada más, Sophie no lo presionó para que le diera más explicaciones. En cambio, simplemente dijo:

—Todos tus empleados hablan muy bien de ti.

—Cuando eres el dueño de un pub —contestó, pasándose una mano por el pelo—, tienes que tener mucho cuidado con algunas cosas. Desde el primer día he tenido reglas estrictas para los trabajadores.

^j —¿Te refieres a que tienen el alcohol al alcance de la mano?

^e Jake asintió:

^r —Te puede enganchar con más facilidad de la que pensamos. Demasiada facilidad.

ⁿ Y no podría soportar que alguien se enganchara a la bebida por trabajar en uno de sus pubs.
^r De hecho, muchos de sus empleados más importantes no bebían ni una gota. Ni él tampoco.

—El otro día caí en la cuenta de que nunca te he visto borracho. —Jake sentía que la mirada de Sophie estaba penetrando hasta el fondo de su alma cuando añadió—: No es por casualidad

^j ¿verdad? —Asintió, y ella le puso una mano en el brazo—. Estoy segura de que has hecho todo lo que está en tu mano para ayudar a esa chica. El resto depende de ella.

Pensaba que nada podría hacerle sentirse mejor esa noche... pero no había contado con Sophie. La pregunta era, pensó mientras bostezaba, si alguna vez podría descubrir cómo se ^e digno de ella.

—Ya hace un buen rato que deberías estar en la cama. —Le tendió una mano, y por fin dijo eso que debería haber dicho mucho antes—. Gracias, Sophie.

^a Ella puso una mano sobre la de él.

^j —De nada —contestó con una sonrisa mientras enhebraba los dedos en los suyos—. Ha sido divertido.

^l Mientras caminaban hacia su coche en silencio, Jake iba tratando de entender lo que sentía. Y cuando ella se quedó dormida en cuanto el coche empezó a moverse, acomodándose en el asiento de modo que su mano quedara sobre el regazo de Jake, se sintió agradecido por mucho más que el trabajo que Sophie había hecho en el pub.

En silencio se preguntó qué habría hecho bien para merecer esa semana con ella.

* * *

a Jake entró en su casa llevando a Sophie en brazos, prendado por la forma en que se acurrucaba
contra él. Se juró que únicamente la arroparía y se alejaría, obviando lo suave y cálida que la
e sentía.

Pero después de que le quitara la ropa y los zapatos y la acostara en su cama, y antes de que
pudiera cubrir con las mantas sus hermosas curvas desnudas, ella levantó un brazo y se lo puso
e alrededor del cuello.

—Quédate.

s Apenas le hubo hecho esa petición su lengua le lamió el lóbulo de la oreja, del mismo modo
en que él la provocó en la sala de espera de la ginecóloga. Le pareció que hacía mil años de eso
mañana juntos.

1 Dios, jamás había deseado nada tanto como quedarse con ella en ese momento, pero no podía
s olvidar lo que el médico había dicho sobre comer y descansar mucho. Ya la había mantenido
despierta demasiado tiempo, para colmo de pie, y es probable que no hubiera comido lo
suficiente para compensar la energía que había gastado trabajando en el pub.

—Necesitas descansar.

1 Pero ella en cambio abrió los ojos, y la luz de luna que entraba en la habitación le bastó
Jake para ver el deseo, el anhelo que había en ellos.

—Te necesito más a ti.

e Y entonces Jake no tuvo otra opción que ceder a la tentación de besarla.

s Ella gimió en su boca cuando sus lenguas se encontraron. Quería ser delicado, quería ir
despacio, pero con sus curvas ya desnudas debajo de él le fue imposible hacer otra cosa que
llenarse las manos y la boca con sus sensibles pechos, uno tras otro, mientras ella se arqueaba
hacia él.

.. Qué perfectos eran sus pechos, tan suaves y henchidos, y lo estaban matando esos pezones
que le rogaban que los lamiera. No tenía ni idea de cómo haría para mantener sus manos y boca
a apartadas de ellos conforme avanzara el embarazo y se hicieran aún más grandes.

.. Mientras creaba un camino de besos que bajaba de sus pechos a su vientre pensó que tal vez
ella tuviera razón. Puede que tuviese un fetiche con el embarazo.

Pero solo con el de Sophie.

1 Respiró el dulce aroma de su excitación cuando se arrodilló en el suelo para situarse entre sus
piernas, que ella instintivamente abrió para él. Bajó la cabeza hacia su sexo ya húmedo y deslizó
la lengua por encima, para luego enroscarla en su interior. Sophie le agarró las manos, y con sus
dedos enhebrados gritó y corcoveó contra él.

Un día, él se prometió adorarla como ella se merecía. Larga y lentamente, avivando las
llamas de su deseo hasta que rogara por lograr alivio. Pero el autocontrol por el que Jake
McCann siempre había destacado desapareció por completo la primera vez que atrajo a Sophie
hacia él de un tirón y besó su suave boca. Esa noche no fue una excepción, y no tuvo otra opción
que desabrocharse los vaqueros con una mano antes de tirar de sus caderas hasta el borde de la
cama y penetrar en ella como un poseso.

e Esa noche no hubo palabras entre ellos, no hubo lugar para nada más que respiraciones
pesadas y gemidos de placer. Se llenó las manos con sus pechos de nuevo antes de trasladarlas a

su vientre.

Se quedó inmóvil por un momento al ser consciente de las vidas que albergaba en su vientre y Sophie abrió los ojos al darse cuenta. Ella le cubrió las manos con las suyas, y luego lo miró con una sonrisa de amor pleno. Mientras miraba a esa belleza que se envolvía con firmeza debajo de él, el nudo de su pecho se le apretó hasta hacerle pensar que se le rompía el corazón.

Cualquier atisbo de control que hubiera podido encontrar para hacerlo más despacio, para poner por delante el placer de ella, se le escapó de los dedos. Tuvo que deslizar las manos hasta sus caderas, acercándolas a las suyas, y agarrarla con fuerza para luego embestir con todo su ímpetu. Sus músculos internos se tensaron alrededor de su mástil y, cuando se apoderó de ello: esa ondulación previa al clímax ya familiar para él, Jake arrojó la cabeza hacia atrás y se derramó en ella con un rugido.

Unos minutos más tarde, cuando se hubo quitado el resto de la ropa y se envolvía en Sophie ya dormida contra su pecho, Jake tuvo que decir con delicadeza esas palabras que habían estado quemando un agujero en su corazón durante tantos años.

—*Te amo.*

o
o

a

r
e
a

s
a

z

s
ó
s

s
e
e
l
a

s
a

su vientre.

Se quedó inmóvil por un momento al ser consciente de las vidas que albergaba en su vientre, y Sophie abrió los ojos al darse cuenta. Ella le cubrió las manos con las suyas, y luego lo miró con una sonrisa de amor pleno. Mientras miraba a esa belleza que se envolvía con firmeza debajo de él, el nudo de su pecho se le apretó hasta hacerle pensar que se le rompía el corazón.

Cualquier atisbo de control que hubiera podido encontrar para hacerlo más despacio, para poner por delante el placer de ella, se le escapó de los dedos. Tuvo que deslizar las manos hasta sus caderas, acercándolas a las suyas, y agarrarla con fuerza para luego embestir con todo su ímpetu. Sus músculos internos se tensaron alrededor de su mástil y, cuando se apoderó de ellos esa ondulación previa al clímax ya familiar para él, Jake arrojó la cabeza hacia atrás y se derramó en ella con un rugido.

Unos minutos más tarde, cuando se hubo quitado el resto de la ropa y se envolvía en Sophie, ya dormida contra su pecho, Jake tuvo que decir con delicadeza esas palabras que habían estado quemando un agujero en su corazón durante tantos años.

—*Te amo.*

CAPÍTULO DIECISÉIS

Sophie despertó sola en medio de la gran cama de Jake. Mientras bostezaba y se estiraba había algo que quería emerger del fondo de su mente, un sueño que había tenido en el que Jake le decía algo importante. Se esforzaba por tratar de sacar el recuerdo a la luz, pero la noche anterior había estado demasiado cansada, y demasiado saciada por ese sexo tan apasionado, para recordar los detalles de un sueño fugaz.

En todo caso, la noche había sido muy agradable. Se había divertido jugando a ser camarero unas horas, pero cuando le pidió que se quedara en la cama con ella y la había amado de ese modo tan hermoso... Bueno, le entró un hormigueo en la piel solo de pensar en su boca sobre ella, en sus manos acariciándole la piel y en su...

Se sonrojó y apartó el grueso edredón. Tras una ducha rápida y lavarse los dientes con el cepillo que Jake le había dado, se puso otra de sus camisas de vestir.

Recorrió el pasillo hasta la sala de estar, donde se sorprendió al ver a Jake sentado en la mesa del comedor, llena de hojas de cálculo.

—Buenos días.

Se sintió tímida de repente, a pesar de que se alegraba mucho de verlo. Como siempre.

Jake se levantó de la silla:

—¿Has dormido bien?

—Siempre duermo bien a tu lado —replicó, sonrojándose de nuevo por lo que acababa de admitir.

Por suerte, todo lo que él respondió fue:

—Bien. Me alegro. Te he preparado unas cuantas cosas para desayunar.

Le dio un beso en la frente antes de acompañarla a la cocina.

La primera vez que le cocinó, ella no había querido admitir lo dulce que era. Ahora se preguntaba por qué había intentado negarlo. Sobre todo cuando ningún hombre la había cuidado como él lo hacía. Incluso el modo en que la besó en la frente era dulce. Casi como si no estuviera con ella solo por su cuerpo, o por los bebés que crecían en su interior, sino porque en realidad se preocupaba por ella.

Sabía que tenía que ser inteligente, y recordar mantener la guardia alta con Jake esos próximos días hasta que hubiera cumplido con su parte del acuerdo y ambos pudieran seguir sus caminos por separado. Pero a cada segundo se le hacía más difícil.

Lo que ocurrió la noche anterior en su cama fue increíble. Apasionado. Intenso. Alucinante. Sobre todo cuando se quedó quieto, le puso la mano en el vientre y la miró a los ojos asombrado.

Eso debería demostrar lo que ya sabía, ¿verdad? Que solo la quería a su lado por sus hijos. Pero le había parecido justo lo contrario, que al menos en parte si se alegraba por su embarazo *era por ella*.

Y luego estaba lo contento que parecía cuando se presentó en su pub anoche. Y también cómo la abrazaba contra él después del sexo, aunque ya hubiera saciado su ansia de placer y podría simplemente darse la vuelta y dejarla sola.

La voz de Jake irrumpió en esos pensamientos confusos, diciendo:

—Dame un minuto para calentarlo todo.

Al ver el verdadero festín que había organizado para ella, hizo con la cabeza un gesto de incredulidad:

—No puedo comerme todo esto.

Había suficientes huevos, tortitas, fruta, salchichas y tostadas para alimentar a toda su familia.

—Seguro que anoche no comiste lo suficiente. Solo quería asegurarme de que esta mañana no pasas hambre.

—Estabas allí mismo cuando me subí a la báscula ayer en la consulta —bromeó Sophie— No es que esté precisamente en la inanición.

Jake no sonrió:

—Estás perfecta, Sophie.

Se sentó en un taburete frente al enorme desayuno. *Perfecta*. ¿Acababa de decir eso? Y lo que es más importante, ¿lo decía en serio? ¿De verdad pensaba que la aburrida y buena Sophie Sullivan era perfecta? ¿Más allá del hecho de que estaba embarazada de sus hijos?

Tragó saliva con fuerza, y luego miró a la mesa del comedor por encima del hombro.

—¿En qué estás trabajando? —preguntó mientras él colocaba los platos de comida en el horno para calentarlos.

—Acabamos de implementar un nuevo sistema de seguimiento para todos los pubs, pero el programa tiene unos cuantos errores que nos están dando problemas.

Sophie se sintió avergonzada porque hasta la noche anterior no se había dado cuenta de lo duro que Jake trabajaba para sacar su negocio adelante. Siempre hacía que todo pareciera fácil.

¿Cuántas cosas más desconocía de él?

—¿Cómo empezaste con esto de los pubs? —No podía recordar la época en la que todavía no era empresario.

Su pregunta pareció cogerle de sorpresa.

—Supongo que eras muy joven cuando compré y abrí el primer McCann's, ¿no? Siempre he trabajado en pubs, igual que mi padre. Todo ese conocimiento se fue acumulando con los años, y cuando tuve la oportunidad de rescatar al propietario de uno de ellos de un préstamo que no podía pagar, me quedé con el pub a cambio.

—¿Cuántos años tenías?

—Veintiuno.

—Guau, es una edad muy temprana para tener tu propio negocio.

—Supongo que sí —contestó—. Pero para entonces ya llevaba toda una vida trabajando en pubs.

—Se te da bien hacer que parezca fácil, pero —dijo señalando con un gesto las hojas de cálculo— estoy empezando a ver cuánto trabajo supone.

—No es más que comida y bebida. Cualquiera podría hacerlo. Incluso un tipo como yo.

A Sophie no le gustó la forma en que estaba hablando de sí mismo, como si sus increíbles logros no valieran la pena, y le puso cara de enfado.

—Jake, deberías ser capaz de ver lo increíble...

—La comida está lista —la interrumpió mientras se la pasaba desde el otro lado de la barra.

A Sophie le provocó una mueca ese hábito suyo de no dejarla terminar cada vez que estaba a punto de decirle algo importante.

—Cómo me irrita cada vez que haces eso.

Jake se sirvió algo de comida, y luego se acercó y se sentó a su lado sin decir nada.

e —¿No quieres saber qué es eso que haces y que me irrita? —preguntó Sophie.

—Pues no.

Casi la hizo reírse en voz alta.

1 —Vaya pieza que estás hecho.

—Gracias.

a —No era un cumplido —replicó mientras se atiborraba la boca con una tostada para no decir algo más de lo que pudiera arrepentirse después.

. La cara de Jake reflejaba una satisfacción apenas velada:

—Tienes un poco de fresa aquí —le dijo extendiendo la mano y deslizándole el pulgar por la mejilla hasta la boca, momento en el que Sophie los sorprendió a ambos sorbiendo la pegajosa yema de su pulgar con los labios y lamiendo la mermelada.

o Su mirada se volvió intensa:

e —Vine aquí a trabajar para no abalanzarme otra vez sobre ti.

Se notó la respiración acelerada de Sophie cuando contestó:

—¿Y qué te hace pensar que no quiero que te abalances sobre mí?

l Jake apartó la mano de su boca y cerró los ojos, como un hombre a punto de perder la cabeza.

l —Sophie.

Su nombre sonó como una advertencia, pero sabía que la deseaba tanto como ella a él, no solo podía verlo en la excitación que empezaba a hacer que sus pantalones pareciesen una tienda de campaña, también en la tensión en su rostro mientras trataba de controlarse.

Dejándose llevar sin pensar, y deseando echar a un lado sus preocupaciones, le quitó la camisa con agilidad y la dejó caer al suelo. No se podía creer lo natural que le parecía no solo levantarse y sentarse a horcajadas sobre sus caderas, sino hacerlo mientras estaba completamente desnuda.

e —¿Y tú qué? —Se inclinó hacia delante y le presionó un lado del cuello con los labios y lamiendo un camino hasta el lóbulo de su oreja antes de susurrar—: ¿Te molestarías si me abalanzara sobre ti?

—Dios, no.

Con la misma velocidad con la que ella se había desnudado y se había sentado sobre él, Jake se bajó los pantalones y estuvo dentro de ella. Le robó el aliento esa sensación de estar tan conectada con él, de una manera tan plena que sentía que iba a explotar de tanto placer que le corría por las venas.

Nunca se habría creído capaz de hacer algo como tener sexo en un taburete de bar en mitad del desayuno, pero con Jake hasta lo más íntimo resultaba natural. Envolvió sus brazos y piernas alrededor de él y cabalgó las olas de placer que rompían en sus entrañas mientras él le sujetaba las caderas con sus grandes manos y empujaba dentro de ella, con un ritmo que se ajustaba a la perfección a su propio empuje hacia abajo.

Podría haber estado horas así, memorizando la belleza de sus ondulantes músculos debajo de ella, pero cuando él le puso una mano en el pelo y aplastó la boca contra la suya no tuvo más remedio que seguirlo hasta más allá del límite... subiendo en espiral hacia un mundo lleno de colores más brillantes, más vívidos de los que nunca antes hubiera visto.

* * *

Sophie no dejaba nunca de sorprenderlo. No solo cada vez que tenían un orgasmo simultáneo también de muchas otras formas. Como el modo en que se acurrucó aún más cerca de él, se rió y dijo:

—Eso ha sido divertido.

—¿Diversión? —replicó, bordando el papel de amante herido—. ¿Es eso lo que soy para ti?

Ella volvió a reírse y su miembro, todavía dentro de ella, sintió una vibración que le dio placer. Mucho placer.

—¡Oh! —Los ojos de Sophie se agrandaron al sentirlo latir dentro de ella de nuevo—

Siempre pensé que los chicos necesitábais un poco de tiempo para recuperaros.

a Estaba perpetuamente duro a su lado, y sabía que pasaría mucho tiempo antes de que necesitara recuperarse para volver a tomarla. Pero ahora tenía que pensar en algo más que en sí mismo y en sus necesidades.

—Todavía no has desayunado.

Al ver que ella pretendía discutir y convencerlo de que la volviera a hacer suya, muy regañadientes la levantó de su regazo.

—Ya veo que solo hay un modo de asegurarme de que comes.

a En lugar de ponerla en su asiento se levantó los pantalones de un tirón y luego le dio la vuelta para que quedara sentada desnuda en su regazo. Le puso el plato delante y cogió un trozo de tortita con el tenedor.

o —Abre la boca.

a Sophie giró el cuello hacia atrás para lanzarle una mirada sorprendida, pero cuando él le apretó más los brazos alrededor de la cintura y gruñó “Come”, consintió en que le diera de comer.

o Tras algunos bocados le dijo, con una sonrisa llena de pillería:

e —Nunca había desayunado desnuda. Me gusta.

Jake se dio cuenta de que hacía días que no la llamaba Buena, ni siquiera había pensado en su apodo. Para algunas cosas todavía le encajaba, pero para otras...

e —A mí también.

Tenía a Sophie casi ronroneando en su regazo, y supo que si no hacía pronto algo que le distrajera del sexo, en menos que canta un gallo la tendría sobre la encimera de la cocina con las piernas envueltas de nuevo en sus caderas mientras se introducía en ella.

1 A ver, la doctora dijo que podían tener sexo. Pero seguro que no tenía ni idea de la cantidad de sexo de la que él le hablaba.

—Dime cómo decidiste hacerte bibliotecaria. —Esa pregunta tan personal parecía sorprenderla, y los músculos se le endurecieron un poco en su regazo cuando él le pasó la mano por el brazo—. Recuerdo que siempre tenías la cara metida en un libro.

a —Siempre me han gustado —respondió en voz baja—. Me encanta estar rodeada de ellos a perderme en una historia, en otro mundo. Poder convertirme en otra persona, vivir cualquier fantasía.

e La palabra *fantasía* debería haber llenado la habitación de tensión sexual de nuevo, pero Jake había vuelto a pensar en lo idiota que era, igual que el día anterior. Debería haberle preguntado por cualquier otra cosa: sobre su familia, lo que le gustaba hacer en su tiempo libre o su comida favorita. No sobre libros.

Cuando la tenía en sus brazos se le olvidaban durante un tiempo las diferencias entre ellos. Que ella había ido a Stanford, una de las universidades más prestigiosas del país, y él solo

,consiguió rascar un diploma de secundaria tras camelarse a sus maestras para que no lo suspendieran.

Por supuesto que quería saber más sobre ella. No era posible pasar tanto tiempo a su lado y no querer conocerla mejor. Pero escucharle hablar de su amor por los libros solo sirvió para recordarle esa brecha insalvable entre ellos.

—No me puedo creer que nunca te haya preguntado cuál es tu libro favorito —prosiguió Sophie con una sonrisa—. Se lo he preguntado a casi todas las personas que conozco.

Jake la movió de su regazo.

—Oye, ¿no deberías irte arreglando para ir al trabajo?

El súbito cambio en su personalidad hizo a Sophie fruncir el ceño.

—Sí, en una hora más o menos.

Haciendo como que no se daba cuenta de que se estaba comportando como un capullo, Jake le dio la espalda y se dirigió a la pila de documentos con los que estaba trabajando antes de que se despertara.

—Avísame cuando tenga que llevarte.

El sonoro chirrido de las patas del taburete contra el suelo de madera sonó solo una fracción de segundos antes de que Sophie dijera:

—¿Así que eso es todo lo que soy para ti? Tener todo ese sexo tan fantástico está muy bien pero cada vez que intento hablar contigo *de lo que sea*, aun de algo tan sencillo como tu libro favorito, tú te levantas y te vas sin contestarme. ¿Cómo quieres que me case contigo si vamos a ser dos desconocidos en todo lo que no sea la cama?

Cada una de sus palabras rezumaba dolor.

Jake solo quería hacerla feliz... pero no tenía ni la menor idea de cómo hacerlo.

—Me niego a vivir así —prosiguió—. ¿Qué sentido tiene pasar por todo esto durante unos días más si nada va a cambiar?

Y se fue corriendo al dormitorio. Él salió tras ella de inmediato, y antes de que pudiera cerrar de un portazo consiguió bloquear la puerta con el hombro y cogerle la mano. Acababa de decirle que no soportaba cómo no le daba la oportunidad de entrar en temas personales, pero ¿no se daba cuenta de que si huía de él, si le cerraba su corazón, el que terminaría completamente destrozado sería él?

—Llama a la biblioteca. Diles que te vas a tomar el día libre.

Ella lo miró como si estuviera loco de remate.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Por qué demonios iba yo a hacer eso?

Intentó escaparse de sus brazos, y aunque él no quería dejarla ir sabía que solo empeoraría las cosas si no lo hiciera. Maldita sea, no tenía ninguna intención de ir por ahí mandoneándole. Si suponía que usaría esos siete días para impresionarla, no para darle aún más razones para que no lo quisiera tocar ni con un palo. Pero estaba desgarrado de desesperación por mantenerla a su lado, y eso no le dejaba pensar con claridad para así poder hacer, por una vez, lo correcto.

—Quiero pasar el día contigo.

Una chispa fugaz de emoción cruzó su mirada, y Jake rogó por que se tratara de que volvía a tener esperanza, que volvía a sentir por él lo mismo de antes. Pero una vez más su única respuesta fue:

—¿Por qué?

—Para tener la oportunidad de demostrarte que el sexo no es lo único que tenemos en común.

o —Jake, no creo que...

Apretando los dientes de frustración, Jake se obligó a decir:

y —Si accedes, no volveré a tocarte hoy.

a Sabía que eso lo mataría, y tuvo el pecho encogido todo el tiempo que Sophie estuvo pensándose su desesperada petición, y fue consciente de que aún no había dicho lo único que ella quería que dijera:

—Por favor.

e

e

l

,

o

a

s

r

e

a

o

s

e

o

l

a

a

l

—Jake, no creo que...

Apretando los dientes de frustración, Jake se obligó a decir:

—Si accedes, no volveré a tocarte hoy.

Sabía que eso lo mataría, y tuvo el pecho encogido todo el tiempo que Sophie estuvo pensándose su desesperada petición, y fue consciente de que aún no había dicho lo único que ella quería que dijera:

—Por favor.

CAPÍTULO DIECISIETE

¿Cómo habría adivinado Jake que una de sus actividades favoritas era montarse en el funicular de San Francisco?

Sophie no podía parar de sonreír mientras el viento le agitaba el pelo. Un niño que paseaba con su madre por la acera saludó con la mano, y ella le devolvió el saludo.

Había sido toda una sorpresa que él quisiera pasar el día entero con ella. Pero no se esperaba en absoluto que fueran a la plaza Ghirardelli y compraran dos billetes para la atracción más turística de San Francisco... ni que en todo ese tiempo no le soltara la mano.

Aún no se atrevía a confiar en él después de cómo la había apartado de su lado esa mañana pero no soportaba verlo todavía tan tenso a su lado. Un músculo en su mandíbula no había dejado de tintinear desde que lo amenazó con acabar con los siete días antes de tiempo.

Le tiró del brazo para que la mirase:

—Hace un montón de tiempo que no me montaba en el funicular —le dijo con una sonrisa— Gracias.

Le alegró comprobar que parte de la tensión en sus hombros se había desvanecido.

—Siempre me acuerdo de ti cuando lo veo pasar.

La sorpresa la dejó inmóvil justo cuando el funicular pasaba por un bache en la carretera combinación que la hizo acabar justo en los brazos de Jake. Dios, cómo le gustaba estar ahí, que a salvo se sentía cuando él la rodeaba con sus brazos.

Miró hacia arriba para contemplar su bello rostro.

—¿Cómo has sabido que me gustaba el funicular?

—Siempre has sido una persona importante en mi vida, Sophie.

Esa sencilla afirmación le generó chispeantes descargas de alegría que le recorrieron todo el cuerpo. Oh, qué fácil sería ceder a esa sensación, pero algunas experiencias dolorosas en las que Jake estaba implicado hicieron que saliera del círculo que formaban sus brazos y le dijera:

—A veces se me olvida que prácticamente te has criado con mis hermanos y conmigo.

Pero en lugar de dejarla marchar, Jake la volvió a apretar contra él.

—Sí, pasé mucho tiempo en tu casa. Pero deja de decirte que no te prestaba más atención que a nadie, porque sí que lo hacía.

«¿En serio lo hacía?».

Sin venir a cuento soltó de repente una maldición y la soltó. Sophie sintió que el aire frío se interponía entre los dos, y al instante se sintió helada.

—Prometí que no te tocaría.

Sophie no soportaba esa promesa. Tras tantos años de no poder tocar a Jake, ahora que por fin tenía permitido dejarse llevar por esa poderosa ansia de tener contacto físico estrecho con él la estaba matando no poder volver a sus brazos y besarlos como llevaba haciendo las últimas veinticuatro horas.

Pero sabía por qué le había hecho esa promesa. Les resultaba demasiado fácil perderse en esas sensuales chispas que siempre brotaban entre ellos, mucho más fácil que asegurarse de que estaban construyendo una conexión verdadera, un vínculo real que pudiera soportar la tensión de

criar a gemelos... y de una posible vida juntos como marido y mujer.

Ahora fue ella la que renunció a dejarlo ir e intentó cogerlo de la mano. No quería renunciar a eso que le hacía sentir tan bien. Porque cogerlo de la mano era casi mejor que tener sexo con él.

Su cuerpo encontró esa afirmación ridícula, y en silencio tuvo que reconocerse que había muy pocas cosas en la vida mejores que tener sexo con Jake McCann.

En ese momento el conductor anunció que estaban a punto de entrar en Chinatown, y su estómago recibió la noticia con un sonoro rugido que sobrepasó el ruido del traqueteo de la funicular por las vías.

Con una sonrisa dijo a Jake:

—Creo que a nuestros hijos les gusta la comida china.

* * *

› *Nuestros hijos.*

Esas dos simples palabras reverberaron en el pecho de Jake, quedándose atascadas justo en su núcleo, donde el corazón le latía demasiado rápido.

Debería haberse asegurado de que comía lo suficiente en el desayuno. Pero en vez de poner las necesidades de Sophie en primer lugar, había estado demasiado ocupado haciéndole el amor en el taburete de la cocina, y más tarde apartándola de su lado en cuanto terminaron.

Cuando el funicular se detuvo en el siguiente semáforo, bajó de un salto y le ofreció su mano. Agarrarla para asegurarse de que descendía sana y salva no contaba como tocarla... aunque si demorara unos innecesarios segundos más agarrándole la cintura.

Se sorprendió cuando Sophie tomó su mano y empezó a guiarlo por el barrio.

—Conozco un sitio donde ponen el mejor *cha siu bao*.

—¿Chasu qué?

Cómo le gustaba a Jake el sonido de su risa.

—Ya verás —le respondió mirando atrás con una sonrisa de felicidad—. Te prometo que te va a gustar.

Gracias a Dios que volvía a ser la de siempre, sonriente y alegre. Cada vez que hacía o decía algo que apagaba esa alegría en sus ojos terminaba odiándose a sí mismo cada vez más. Ese era uno de los motivos por los que se había mantenido alejado de ella tanto tiempo... porque sabía que podría hacerle daño.

No estaba muy familiarizado con esa parte de Chinatown, la más turística. Las zonas que conocía eran los callejones traseros, lugar de reunión de las bandas callejeras. No frecuentaba esos ambientes desde el instituto, pero aún recordaba el camino a través de los estrechos callejones. Así que cuando Sophie se apartó de la calle principal y empezó a bajar por uno de ellos, tuvo que detenerla.

—En esa calle hay un montón de sitios para comer.

—Pero no son tan buenos como al que te estoy llevando —respondió ella, que no comprendió su preocupación.

Jake era consciente de que pasaba demasiado tiempo dictándole lo que podía y no podía hacer. Y estaba claro que quería llevarlo a un lugar en concreto. Así que la dejó guiarlo por los callejones y calles secundarias, tratando a conciencia de pegarse a ella cuanto podía a pesar de que no comprendía cómo la pequeña y perfecta Sophie Sullivan había aprendido a manejarse tan bien por esa parte del barrio.

Al fin se detuvo frente a una puerta pintada de un rojo brillante y le sonrió:

a —Ya hemos llegado.

Abrió la puerta de un empujón y Jake pudo ver que se trataba de un obrador, con un aspecto más industrial que de negocio abierto al público.

Un hombre de mediana edad, muy delgado y con cara de agotamiento, los saludó con una enorme sonrisa.

l —¡Señorita Sophie!

Ella soltó la mano de Jake para abrazar al hombre.

—Señor Chu, espero que no le importe que aparezcamos por aquí sin avisar. Jake y yo estábamos por el barrio, y no me podía quitar de la cabeza sus bollos de cerdo al vapor.

Jake comprendía a la perfección por qué el hombre parecía encantado de verla. Sophie siempre había tenido ese efecto en la gente.

Ella miró al fondo, donde estaba la cocina:

—Espero que no hayamos llegado demasiado tarde. Sé que se le acaban enseguida.

l Pero el hombre ya estaba despejando una pequeña mesa de plástico blanco en una esquina sujetando una silla para Sophie como si se tratara de una princesa. Mientras Jake se presentaba con un apretón de manos, sabía lo que estaba pensando ese hombre que lo estudiaba con los ojos entrecerrados.

—Tú eres el dueño de esos pubs irlandeses.

l. Asintió, y le dijo “Sí, soy yo”, asegurándose de que el señor Chu captaba lo que realmente le estaba diciendo: «Sé que no la merezco, pero ya que no puedo forzarle a dejarla ir, voy a hacer todo lo que esté en mi mano por cuidar de ella».

El señor Chu lo estudió atentamente antes de inclinar la cabeza para asentir una vez y desaparecer en la trastienda.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Sophie.

Jake hizo un gesto de no saber de qué iba la cosa mientras quitaba de la otra silla una pila de revistas, que colocó en el suelo antes de sentarse.

—¿Cómo conociste este lugar?

a Antes de que pudiera contestar, el señor Chu estaba de vuelta con té.

a —¿Cómo le va a Stanley en su primer año de Universidad?

a —Bien. Aunque dice que ninguna de las chicas es tan bonita como su profesora particular.

Ella rió a carcajadas.

e —Dile que yo también lo echo de menos.

a Sophie seguía sonriendo cuando el hombre desapareció en la cocina.

s —Stanley siempre ha sido el chico más ligón del mundo.

e Jake era consciente de la locura que suponía estar celoso de un adolescente, pero que fuese una locura no evitaba que lo sintiera. Sobre todo cuando pensaba en el hecho de que si había sido su profesora particular debía haber pasado un montón de tiempo a solas con el chico.

a —Trabajas a jornada completa. ¿De dónde sacas el tiempo para dar clases particulares?

Sophie sopló su humeante té:

a —La gente valora demasiado el tiempo libre. Yo prefiero estar haciendo cosas que me hacen feliz con la gente que me importa.

e Ahora comprendía por qué le gustaba tanto su profesora particular, la señora Springs. No era solo porque fue la única a la que no logró espantar. Era porque le recordaba a Sophie. Amable pero con un puño de hierro debajo de esa apariencia delicada.

—Además —añadió—, en realidad es parte de mi misión secreta. —Puso los codos en la mesa y apoyó la barbilla en las manos—. Quiero que todo el mundo adore los libros tanto como yo.

Qué hermosa era, qué pura. Se le formó un nudo en el pecho al verla al otro lado de la pequeña mesa, consciente de la enorme decepción que se llevaría.

Vale que ya no fuera analfabeto, pero para él los libros nunca serían divertidos.

Y jamás podría llegar a adorarlos.

El señor Chu les trajo un plato de humeantes bollos al vapor de cerdo asado y volvió a dejarlos solos. Sophie arrancó un trozo y se lo acercó a Jake:

—Toma, quiero que le des tú el primer bocado.

Dando gracias a Dios porque nunca había necesitado un libro para saber cómo dar placer a una mujer, envolvió la mano en su muñeca para inmovilizarla mientras acercaba los labios a la comida. Hizo que sus dientes le rozaran la piel al hacerlo, y fue recompensado con una mirada de deseo que iluminó sus ojos.

—Está bueno, ¿a que sí? —le preguntó con un tono levemente provocativo.

—Déjame probar otro trozo, princesa.

Seguro que ella se daba cuenta de lo que estaba haciendo, de que estaba infringiendo las normas tocándola después de prometer que no lo haría. Pero un momento más tarde ella volvió a la carga con otro trozo de bollo de cerdo. Y otra vez él volvió a incluirla en la degustación.

—Pues sí, está muy rico —le contestó al fin tras liberar su mano. Acercó el plato a su lado de la mesa y arrancó un pedazo—. Ahora te toca a ti.

Ella se sonrojó, pero no dudó a la hora de abrir la boca. Al principio Jake pensó que cogería solo la comida, pero en el último instante sacó la lengua, que se enredó por la yema de su dedo.

Qué difícil le resultó reprimir un gemido. ¿Por qué demonios le haría esa estúpida promesa de no tocarla?

* * *

Sophie se sentía más feliz de lo que se había sentido en mucho, mucho tiempo. Simplemente pasear despacio de la mano de Jake por el centro de San Francisco ya era mejor que cualquiera de esas citas elegantes que había tenido con los hombres con los que había salido antes.

Aunque claro, técnicamente no estaban saliendo. No, en realidad se habían saltado esa parte ¿no? Habían pasado del primer beso al “vamos a ser padres de gemelos” tan rápido que le causó mareo pensarlo.

Se alegró mucho de que Jake insistiera en que pasaran ese día juntos, de que quisiera demostrarle que también eran compatibles fuera de la cama, aunque se sonrojó al caer en la cuenta de que habían tenido sexo en muchos más lugares además de la cama.

Pero aún así no podía quitarse de encima la sensación de que esa tenue conexión que estaban construyendo entre los dos se había resentido un poco en ese obrador de Chinatown. Algo seguía interponiéndose entre ellos, y deseó saber de qué se trataba, que Jake se abriera y se lo contara.

Pero lo conocía lo suficiente como para saber que si le apretaba las tuercas demasiado, o demasiado rápido, se cerraría en banda... y le rompería el corazón perderlo justo cuando parecían que tenían una oportunidad de hacer que lo suyo funcionara.

Su recientemente hiperactiva vejiga la obligó a detenerse en la puerta de un Starbucks.

—Siento la llamada de la naturaleza. En un momento vuelvo —le dijo, y Jake se quedó en la

aacera mientras ella esperaba la sorprendentemente larga cola del cuarto de baño.

o Cuando al fin salió, Jake llevaba en la mano una bolsa de plástico bastante grande. La única tienda cercana a la cafetería era una que vendía pequeñas baratijas de recuerdo para turistas. Aunque tenía que admitir que eran justo del tipo que ella le encantaban.

Pero, ¿qué le habría comprado Jake?

Antes de que pudiera preguntarle, la cogió de la mano y le dijo:

—Si corremos, a lo mejor llegamos para coger ese funicular antes de que vuelva a bajar por la colina.

Cogidos de la mano sortearon personas, perros y cubos de basura. Dentro de ella burbujearon la risa y una alegría pura, desatada por un lado de Jake que hasta ahora no sabía que existía.

a El funicular frenó el tiempo justo para que Jake la levantara en peso y la subiera antes de amontarse él. El conductor se quedó satisfecho cuando Jake le enseñó los billetes, y Sophie dedujo que, como todos los demás, se había dado cuenta de que era el dueño de los McCann's.

—¿Adónde me llevas?

En lugar de contestar, la atrajo hacia él de modo que la espalda de Sophie estuviera pegada a su pecho, volviendo a romper su promesa, gracias a Dios. Usó sus fornidos antebrazos como sreposabrazos, y apoyó la cabeza en su hombro mientras las vistas de San Francisco pasaban una tras otra delante de ellos. Sophie cerró los ojos y deseó poder estar así para siempre.

—Esta es nuestra parada.

e Se notó mareada mientras sentía su cálida respiración en la oreja, y se dio cuenta de que debía haber dado una cabezada en el funicular, es probable que por una combinación del vaivén de su embarazo... y de estar por fin justo donde siempre había querido estar.

Acogida y protegida en los brazos de Jake.

a El viento había aumentado y arrastraba hojas y ramitas, aunque el sol de la tarde seguía brillando con fuerza. Jake la había llevado a la gran franja de césped en Crissy Field, en la bahía. A su derecha estaba la prisión de Alcatraz, a su izquierda el Golden Gate. No había casi nadie a esa hora en un día laborable, solo unas cuantas personas volando cometas.

—¿Recuerdas que veníamos aquí cuando éramos niños?

e Por supuesto que lo recordaba.

a —Lori y yo teníamos cometas nuevas, pero Lori pisó la mía y se rajó antes de que pudiera siquiera estrenarla. —Hizo una pausa—. Tú me dijiste que las cometas eran para bebés, pero hiciste que Lori compartiera la suya conmigo.

o —No soportaba verte llorar —le dijo, bajando una mano por su mejilla—. Y sigo sin soportarlo. —Sacó una cosa larga y colorida de la gran bolsa—. Ojalá pudiera haberte dado esto hace quince años.

a —Oh, Jake. —No se lo podía creer. Había encontrado una cometa con forma de arcoíris muy parecida a la que había tenido de niña—. No me puedo creer que me hayas comprado esto.

1 —Me alegro de que te guste.

a —No es que me guste. Estoy enamorada de ella.

«Y de ti también», añadió para sí misma. «Te quiero mucho».

o Él la ayudó a romper el envoltorio, y enseguida el viento elevó la cometa hasta el cielo.

1 Sophie tuvo que correr para mantenerla en el aire, y cuando por fin la tuvo tan controlada como para poder mirar a Jake, él estaba contemplándola fijamente con la misma mirada extasiada de cuando estaban haciendo el amor y ponía las manos en su vientre.

a Solo que esa vez estaba segura de que no tenía que ver con el hecho de que estuvieran

embarazada de sus hijos. Pero aunque hubiera dejado de ocultar su atracción, y que le hubiese demostrado que disfrutaba de su compañía... ¿significaba eso necesariamente que él se enamoraría con la misma intensidad con la que ella siempre había estado enamorada de él?

r

l

e

e

a

o

a

e

,

a

l.

a

a

o

l

o

,

l.

o

e

a

embarazada de sus hijos. Pero aunque hubiera dejado de ocultar su atracción, y que le hubiese demostrado que disfrutaba de su compañía... ¿significaba eso necesariamente que él se enamoraría con la misma intensidad con la que ella siempre había estado enamorada de él?

CAPÍTULO DIECIOCHO

Cuando el sol se puso por detrás de Alcatraz, Jake vio que Sophie temblaba. Era hora de llevarla a casa, pero no quería que su día juntos terminara todavía. Había pensado que si hacía todo eso era por ella, pero la verdad es que no recordaba la última vez que había tenido un día tan agradable.

Su barriga volvió a rugir, y ella rió.

—Te lo juro, normalmente no suena como si hubiera una muchedumbre ahí dentro.

—A esta hora ya debería haberos dado de comer a ti y a los niños —le dijo mirándole el vientre—. Buenas noticias, conozco un lugar bastante bueno a la vuelta de la esquina, en uno de los edificios rehabilitados de Fort Mason.

Le encantó cómo Sophie le cogió la mano en cuanto echaron a andar por la hierba en dirección a la explanada de la antigua base militar reconvertida en galerías de arte, tiendas y restaurantes.

Pero cuando vieron a lo lejos el restaurante, Sophie se detuvo de repente.

—Estás de broma. No puedo entrar en el restaurante más elegante de la ciudad con esta ropa. Y estoy toda sudada de correr por la hierba.

—A mí me gustas sudada —respondió con voz ronca, pero a pesar de la respuesta en forma de deseo que brotó en sus ojos al recordarle lo agradable que era cuando los dos sudaban juntos veía que seguía teniendo sus reticencias acerca del lugar al que la llevaba. —Tú siempre estás hermosa, Sophie. Y tenemos que comer.

Le puso la mano en la parte baja de la espalda y la llevó hasta la elegante entrada.

El *maître* lo reconoció de inmediato:

—Bienvenido, señor McCann. Sígame, por favor.

A Sophie la dejó de piedra el recibimiento, y que los sentaran sin tener que esperar en una de las mejores mesas. Jake comprendía su confusión. No deberían dejar que un tipo como él se acercara a menos de treinta metros de un lugar así. Debería estar en la parte de atrás fregando platos, no siendo escoltado a una de las mejores mesas del restaurante, con la chica más hermosa del mundo cogida de su brazo. No solía cenar en lugares así, a pesar de que conocía a la mayoría de los chefs de la ciudad. Pero no se sentía cómodo en ese tipo de establecimiento, nunca sintió que fuera su sitio.

—Que disfruten de la comida, avisaré al chef de que están aquí.

Sophie habló en un susurro:

—¿Tenías una reserva?

Qué linda se ponía cuando abría los ojos de ese modo. Tan linda que tuvo que responderle también en un susurro “No”.

En ese mismo momento su amigo Chris se acercaba a la mesa con una amplia sonrisa. Jake no pudo dejar de percatarse de lo mucho que a su amigo le estaba gustando Sophie. Era con diferencia la mujer más hermosa de todo el restaurante. Y el hecho de que no hubiera puesto absolutamente ningún esfuerzo en ello —y de que no fuera para nada consciente del efecto que tenía en los demás— no hacía más que potenciar esa belleza.

—Me alegro mucho de que esté hoy con nosotros, señorita...

Sophie miró impresionada al afamado chef antes de darle un apretón de manos y responder:

—Sophie Sullivan.

Se lamió los labios, y cuando Jake vio cómo la mirada de Chris bajaba hasta su sensual y pecaminosa boca se dio cuenta del error que había cometido al ir a ese restaurante.

1 Ahora tendría que matar a su amigo por mirar a su mujer de esa forma.

2 —Estoy absolutamente encantado de conocerla, señorita Sullivan.

1 —Por favor, llámeme Sophie.

—Señorita Sullivan está mejor —repuso Jake.

Sophie deseó que se la tragara la tierra.

—¡Jake!

1 La sorpresa brilló en los ojos de Chris mientras alternaba la mirada entre ambos. «Sí, me ha
e comprendido bien. Es mía. Para siempre. Así que más te vale largarte, ¡y rapidito!».

—Es para mí un placer sugerirles para esta noche el menú degustación.

1 Sophie agradeció la sugerencia con una de esas sonrisas tan suyas, tímida y radiante, y Jake
y vislumbró por un instante cómo sería el resto de su vida, viendo a otros hombres caer rendido
ante Sophie. Sería un infierno.

¿Y si los bebés resultaban ser dos chicas? ¿Cómo las protegería a todas?

1. Chris tenía un catálogo tan extenso de mujeres a su entera disposición que incluso a Jake le
parecía exagerado. Parece ser que la combinación de comida *gourmet*, un enorme ego y uno
a cuantos músculos hacían salivar a las mujeres. Pero estaba claro que si Jake diera un paso atrás
1 Sophie iría disparada al número uno de su lista, y todas las demás caerían en el olvido. Porque no
' era solo hermosa. También era elegante. Inteligente. Y un millón de veces mejor que él.

—Eso del menú degustación suena bien. Y ahora vete por ahí.

Chris no perdió la oportunidad de decirle a Sophie:

—También es para mí un placer sugerirle que cuando se harte de ese tío...

Jake lo interrumpió con un crudo “Lárgate, Chris”.

e Por suerte, esa vez Sophie no se sintió abochornada. Es más, cuando Chris le hizo un
e reverencia antes de volver a la cocina empezó a reírse, uno de los sonidos más dulces que Jake
y hubiera escuchado jamás. Hacerla reír acababa de convertirse en su prioridad número uno.

a —Me parece increíble lo maleducado que has sido —le dijo, aunque seguía sonriendo—
a Doy por hecho que os conocéis.

3 Jake untó un trozo de pan recién hecho con mantequilla y se lo dio.

—Yo le he enseñado todo lo que sabe sobre fregar platos.

Sophie dio un bocado al pan, aún riéndose, y Jake disfrutó de verla comer. Nunca había
cuidado antes de nadie, nunca había querido una responsabilidad así. Pero ahora, asegurarse de
que Sophie estaba sana y saludable consumía sus pensamientos.

e —También le enseñé todo lo que sabe sobre mujeres. No podía dejar de mirarte.

Sophie se sonrojó y bajó la vista hasta el plato.

e —Solo estaba siendo educado.

1 —¿Es que no sabes el efecto que tienes en los hombres, princesa? Toda tu perfección, tu
y clase... haces que nos desesperemos por verte desnuda y abierta de piernas debajo nuestro, po
2 tener tu sedoso pelo enredado en las manos, que tu elegante boca nos ruegue que...

Sophie le dio una patada bajo la mesa, diciéndole con un bufido:

—No se pueden decir ese tipo de cosas en un lugar como este.

—Dios —respondió él, inclinándose para frotarse la espinilla—. Eso ha dolido.

—Mis hermanos me enseñaron cómo lidiar con esos tíos que no aceptan un no por respuesta.

Una violenta visión de uno de sus hermanos entrando en el restaurante en ese mismo instante y viendo lo que le había hecho a su hermana pequeña fue abruptamente interrumpida por la exclamación de Sophie:

—¡Oh no! Acabo de darme cuenta de que no le he dicho a Chris que no puedo tomar queso blandos ni pescado crudo.

Maldita sea, si hubiese leído ese libro que les había dado la doctora lo habría sabido. Pero es simple hecho de pensar en intentar leer todas esas palabras diminutas sobre un tema que de por sí ya le ponía nervioso hacía que se le bloqueara el cerebro.

—Iré a buscarlo. —Se levantó y le plantó un beso en la sien—. Pero si alguno de estos tíos intenta ligar contigo, diles que...

—...soy tuya.

Estuvo tan hermosa en ese momento en que miró arriba y declaró que era suya que a Jake no le importó que estuvieran en medio del restaurante más exclusivo de San Francisco y tuvo que besarla.

Sintió su boca suave y cálida, y se planteó cómo podía haber sido tan estúpido. En vez de sacarla a la calle debería haberla dejado encerrada para disfrutarla él solo.

—Su piel estaba deliciosamente sonrojada cuando apartó la boca de ella y se encaminó a la cocina.

—Sophie no puede comer ni quesos blandos ni pescado crudo.

Chris levantó la vista y dejó de emplatar.

—¿Está embarazada?

Jake asintió, sorprendido por que su amigo hubiera llegado a esa conclusión solo con una frase.

—¡Enhorabuena! Es preciosa.

Jake no se lo había contado a nadie todavía, pero de repente sintió la necesidad de decir:

—Vamos a tener gemelos.

Chris lanzó un silbido largo y grave:

—Tengo que decirte que nunca dejas de sorprenderme. Sobre todo porque nunca antes te había visto con una tipa tan elegante como esta. —Limpió el borde del plato con su delantal—

Esto es tuyo, te acompaño y lo sirvo.

Jake le arrebató el plato de la mano.

—Yo me encargo.

—Vale. Pero no me estropees la presentación. Ya sabes, tengo una reputación que mantener.

—Sí, tu reputación de capullo —replicó Jake, aunque sabía que no era culpa de su amigo que él no encajara en un sitio así.

La culpa era solo suya. No debería haberla llevado a un sitio como ese. Solo había servido para mostrarle un ejemplo perfecto de lo mal que encajaba en su mundo.

* * *

Sophie supuso que debería sentirse abochornada porque Jake la besara de ese modo delante de todo el restaurante, pero aunque esa hubiese sido su reacción no podía dejar de observar las miradas de envidia de los otros comensales. Sobre todo las mujeres, que claramente desearían

estar sentadas con un tiarrón así que no pudiera tener las manos quietas. Ni siquiera el hecho de que llevaba una falda de algodón y un jersey completamente fuera de lugar en un sitio como ese la seguía molestando.

a Miró a la puerta de la cocina, y cuando vio a Jake salir con un plato de comida el corazón se le hinchó de amor. De momento su día juntos estaba siendo perfecto.

s Pero cuando se sentó parecía un poco más gruñón que antes de marcharse. Ya se estaba acostumbrando a su carácter cascarrabias, a cómo le gustaba tener el control todo el tiempo. Estaba claro que le había pasado algo cuando fue a la cocina a ver a su amigo.

í Así que, ignorando la comida, le preguntó:

—¿Qué te pasa, Jake?

s No contestó, solo le acercó el plato y le dijo:

—Tienes que comer.

Lo más fácil sería enfadarse con él por apartarla otra vez de un empujón. Pero ya se estaba cansando de repetir el mismo patrón. Era hora de cambiar de estrategia.

e —El día de hoy está siendo fantástico —comenzó a decir con voz suave— pero debe haber algo más que funiculares y volar cometas.

e Esperó a que contestara algo, pero su cara permaneció hierática, como tallada en granito. Sophie suspiró. Tenía la impresión de que ese día habían hecho muchos progresos, pero ¿era un acierto?

Por fin contestó:

—Todo el mundo se está preguntando qué demonios hace un tío como yo en un sitio como este con una chica como tú. Debería estar fregándote los platos, no compartiéndolos contigo.

Nunca antes había visto su vulnerabilidad de una manera tan clara. De hecho, siempre había creído que Jake no tenía absolutamente ningún punto vulnerable. Después de todos esos años encaprichada de él, pensaba que lo conocía bien.

Pero quizás no lo conocía en absoluto, como no sabía que era ese tipo de hombre que aceptara a un hijo inesperado con tanto entusiasmo... o que pudiera apreciar a una chica sencilla como ella, que no brillaba ni deslumbraba como el resto de sus hermanos.

—He pasado casi toda mi vida sintiendo que no encajo. Mis hermanos y Lori son mucho más grandes, más brillantes, de lo que yo jamás podré ser. Pero ahora —hizo una pausa para buscar su oscura mirada— me siento mejor.

Jake no podía estar más sorprendido.

—¿Ah, sí?

Ella asintió:

—Es bonito saber que tú te sientes tan inadaptado como yo.

e —Bueno, supongo que podríamos llamarlo inadaptado —contestó Jake, pero había una tristeza oscura en sus palabras que no pudo ocultar.

o Era el pie que Sophie había estado esperando, y no podía dejar pasar la oportunidad. Y menos ahora que se sentía tan cercana a él... y que aún quería acercarse mucho más.

—Sé que prácticamente nos hemos criado juntos, pero en realidad no sé mucho sobre tu infancia.

—Hazme caso, no es interesante. —Le acercó el aperitivo a la boca—. En serio, Sophie² tienes que comer.

s —Tú lo sabes todo sobre mi infancia. No es justo que yo no sepa nada de la tuya.

1 Se dio cuenta de que tenía que jugar su mejor baza:

e —Comeré si tú hablas.

e —¿En qué momento fui tan estúpido como para pensar que eras una pelele? —se lamentó haciendo luego un gesto en dirección a la comida—. Vale. Empieza a comer y hablaré.

e Sophie trató de camuflar su sonrisa dando un bocado a la ensalada de remolacha roja y dorada, consciente de que Jake no se lo creería si pudiera ver lo lindo que estaba cuando se ponía tan duro y enfadado con ella.

i. —Mi madre se fue siendo yo un bebé, encontró a algún tío que le ofrecía más que un apartamento barato y una vida entera siendo camarera. No quiso saber nada de nosotros. La siguiente vez que apareció, yo tenía ya seis años. Necesitaba dinero. Al final, el hombre que la salvó no era más que un fracasado.

Sophie no podía ocultar su conmoción:

—¿Y qué pasó?

a —Mi padre la echó. Yo estaba en el colegio cuando pasó. No llegué ni a verla. Pero ella estaba mejor alejada de mi padre. Era un borracho. Murió cuando yo tenía dieciocho años, de un fallo hepático.

Estaba recitando la historia como si fuera la vida de otra persona, como si sus padres no fueran importantes, como si no le hubiesen hecho daño. Pero ella sabía que sí, que seguro que sí lo habían hecho. En lo más profundo.

Era imposible no tener heridas cuando has sido criado de un modo tan negligente. Sophie había intentado proteger su corazón de él estos últimos dos meses y medio. Era lo más inteligente. Lo más seguro.

Pero, ¿cómo mantener la guardia frente a un chico que a pesar de haber tenido una infancia terrible ha terminado convirtiéndose en un hombre maravilloso?

s Sin saber muy bien cómo consiguió controlar sus emociones, consciente de que él confundiría la tristeza que sentía por conmiseración. Justo en ese momento llegó más comida, y cuando el camarero se hubo marchado ella cogió el tenedor como si todo fuera a las mil maravillas mientras forzaba a sus labios a dibujar una sonrisa.

—Y mírame a mí, pensando que tuve una infancia difícil por perder una cometa.

s Casi se levantó a celebrar que su comentario arrancó una risa de sorpresa a Jake, que había remezado también a comer.

—Ya, y tener a todos esos hermanos mayores dándote todo lo que querías también debió haber sido duro.

—¿Tú tienes idea de lo que es que te protejan seis hermanos mayores? —contestó con una mueca—. Todos los niños de la escuela les tenían demasiado miedo como para acercarse a mí. No te lo vas a creer, pero no tuve mi primer beso hasta que me fui a la universidad.

a —Si te hubiera pasado algo, nunca podrían haberse perdonado por no protegerte mejor.

—Odio que me traten como si fuera de porcelana. Estoy harta de que todos piensen que solo soy una chica *buena* que no sabe cuidar de sí misma. —Estaba desatada, y no parecía poder contenerse—. Soy muchísimo más que eso, pero nadie quiere verlo.

1 —Yo lo veo, Sophie.

La sorpresa hizo que entrechocara el tenedor con el plato.

, —¿Ah, sí?

—Claro que sí. ¿Cómo no ver toda esa fuerza que tienes? Esa resiliencia. Tu capacidad de adaptarte a situaciones cambiantes que a cualquiera le causarían lumbago. Eres muchísimo más dura de lo que nadie podría imaginar. —Jake culminó su discurso con una sonrisa que le robó

Sophie lo que le quedaba de aliento—. Y además de todo eso, resulta que eres la mujer más sexy que he conocido en mi vida.

Sophie puso los ojos en blanco.

y —Vaya, antes de eso último hasta te estaba creyendo.

a —Sabes que casi arruiné la boda de tu hermano, ¿verdad?

A Sophie le costó por un momento seguir el hilo de la conversación, no entendía cómo habían saltado de si era sexy o no a la boda de Chase.

a —¿Arruinar la boda? ¿Cómo?

a —Tenía ganas de matar a todos los hombres que te miraban cuando llevabas ese vestido rosa. Y no hubo ni un hombre que no te mirase. Toda esa sangre en mitad de la fiesta... —concluyó con mirada desolada—. No habría sido bonito.

—Pero nunca te habías percatado de mi existencia hasta la boda, cuando me puse ese vestido y me hice que la maquilladora me pintase.

1 La mirada de Jake se tornó intensa, y su rostro estaba más serio de lo que nunca le hubieras visto.

o —Hazme caso, sabía que existías antes de ese día. Muchísimo antes de ese día.

e

* * *

e

s —¿Te apetece que vayamos a un último sitio? —preguntó Sophie poco después de que se marcharan del restaurante.

a La atracción no había dejado de vibrar entre ellos mientras terminaban de cenar, y Jake no podía pensar en nada excepto en llevarla a la cama. En cuanto fuera medianoche, el día habría acabado oficialmente y él habría cumplido su promesa. Por fin podría tocarla de nuevo. Y ya tenía pensadas unas cuantas formas en que lo haría...

1 Pero cuando ella le lanzó una de esas preciosas sonrisas que siempre le aceleraban el corazón y le dijo “Quiero enseñarte una cosa, no está lejos de aquí”, ¿cómo no contestar que sí a todo lo que le pidiera?

a Cogidos de la mano la dejó guiarlo bordeando el mar hasta un gran edificio gris. Sophie metió una mano en el bolso, sacó una tarjeta y la puso frente al lector de la puerta, que se abrió con un *clac*.

—¿Me querías enseñar una piscina?

a —Entre otras cosas —replicó con una sonrisa mientras tiraba de él para cruzar otra puerta que llevaba a los vestuarios y luego, por fin, a la piscina.

Se quitó los zapatos con sendas patadas y echó mano a su jersey.

—¿Sophie? ¿Qué estás haciendo?

o La pregunta era bastante estúpida. Sabía exactamente lo que estaba haciendo. Solo que no se lo podía creer.

—Desnudándome.

«¡Aleluya!».

Se sacó el jersey por la cabeza, y rápidamente se quitó el top que llevaba debajo. Lo siguiente fue su falda, y quedó frente a Jake en ropa interior.

a —¿Necesitas que te ayude a desnudarte?

s ¿Acaso todavía no se había dado cuenta que no podía ponerse frente a él de esa manera y esperar de él algún tipo de pensamiento coherente?

a

y —No deberíamos estar aquí a estas horas, ¿verdad?

Sophie negó alegremente con la cabeza mientras agarraba su camiseta y empezaba a quitársela.

—Pues no.

Se la sacó por la cabeza con habilidad, pero cuando fue a poner las manos en el botón de su vaqueros, Jake le preguntó:

—¿Has hecho esto antes? ¿Con otra persona?

Si ese fuera el caso, perseguiría a ese tío y lo haría papilla. Sophie era suya, maldita sea. Siempre había sido suya, aunque nunca se hubiera permitido acercarse tanto a ella como para reclamarla hasta que apareció en su casa en Napa y lo sedujo.

Igual que estaba seduciéndolo ahora.

o —Siempre he querido bañarme desnuda —respondió mientras le bajaba la cremallera y le quitaba los pantalones—. Pero esta es mi primera vez.

a «Y la última», pensó Jake mientras se arrancaba el resto de la ropa, los zapatos y los calcetines.

Le había prometido un día sin sexo y hasta el momento lo había cumplido. Bañarse desnuda con ella sería una tortura pero, qué demonios, aunque no pudiera tocarla al menos se alegraría la vista.

—Si tienes la ropa puesta no cuenta como bañarse desnuda, princesa. Date la vuelta.

e Siguió sus instrucciones, y él le apartó con cuidado el pelo a un lado para desabrocharle el sujetador, que dejó caer por sus hombros hasta el suelo. Hasta su espalda era preciosa, qué piel tan suave, tan perfecta.

a Jake no recordaba haber necesitado tanto tocar a alguien como lo necesitaba en ese momento.
a Pero, sin saber muy bien cómo, consiguió mantener las manos y la boca quietas mientras se ponía de rodillas. Le temblaban las manos cuando las alargó para enganchar los pulgares en el elástico de las bragas.

o Necesitaba un momento para recuperar la compostura antes de bajarlas y dejar desnuda cada centímetro de esa bella piel, así que cerró los ojos e intentó pensar en algo que no fuera Sophie.

e Solo que, al no poder ver, sus otros sentidos empezaron a potenciarse y, a pesar del olor cloro de la piscina, percibir el dulce y delicado aroma de Sophie le aceleró aún más la respiración.

Pudo escuchar la respiración también acelerada de Sophie antes de que le preguntara: a «¿Necesitas ayuda para quitármelas?» en un tono provocativo y cargado de excitación.

No podría haber enunciado las palabras *sí* o *no* aunque le fuese la vida en ello, así que simplemente tiró de las bragas, que bajaron por toda la longitud de sus piernas.

«Ay Dios», cuando abrió los ojos justo a tiempo para ver cómo daba un pasito para liberarse e de ellas estuvo más cerca de la locura de lo que había estado en su vida.

Es cierto que ya la había visto desnuda en más de una ocasión. Pero el estar familiarizado con la perfección de sus curvas, en lugar de mitigar su deseo por ella hacía que se transformara en absoluta y pura avaricia.

e Y en un ansia como no había sentido jamás.

—Sophie —le dijo con la voz ronca de deseo y la boca a meros centímetros de su exuberante trasero—, como no saltes ya al agua tendré que romper mi promesa.

y —No sin ti. —Tras tirar de él para levantarlo, se quedó contemplando su erección con una sonrisa—. Me alegro de que te guste mi idea de bañarnos desnudos.

Dios, no podría soportar meterse en el agua desnudo con Sophie sin tocarla. Sin besarla. Sin ahacerle el amor.

Pero lo haría, maldita sea, porque le había dado su palabra... y porque necesitaba que ella supiera hasta qué punto le importaba. No solo por ser una mujer sexy, sino también como la persona con la que quería pasar el resto de su vida.

A la de tres se tiraron juntos a la piscina, y la risa de Sophie cuando el agua salpicó por todas partes fue el sonido más bello del mundo. Acto seguido Jake notó que los brazos y piernas de Sophie se le envolvían al cuerpo, y que estaba sosteniendo su peso dentro del agua.

a Guau, qué suave era. Y qué mojada estaba.

Quería pasar la mano por cada centímetro de su piel.

Por el modo en que su erección le palpitaba contra el vientre, no bastaría más que un eligerísimo cambio de posición en sus brazos para estar dentro de su calor. Si esa era una prueba que Sophie le estaba poniendo, daría el todo por el todo para demostrarle que podía con su desafío.

Aunque le costara la vida.

o —De momento está siendo un día perfecto —le susurró ella al oído antes de lamerle el lóbulo de la oreja—, solo le falta una cosa.

—¿Qué le falta para ser perfecto? —respondió con mucho esfuerzo, pues el ímpetu de su deseo era tal que estaba a punto de perder el control solo con sentir sus curvas desnudas oscilando contra él bajo el agua.

l —Esto.

Sophie le mordió el lóbulo de la oreja al mismo tiempo que se empalaba en él. Jake no podía recordar haber sentido jamás nada tan intenso. Ni tan bueno.

e —Ahora —dijo ella en un jadeo— es perfecto.

l —Mejor que perfecto, Sophie. Nada es tan bueno como tú.

Por fin pudo entregarse a la sobrecogedora sensación de besar la boca más dulce que jamás hubiese besado. Esos labios tan suaves, tan cálidos cuando se separaban, dando y recibiendo en la misma medida. Jake pudo sentir su fuerza, sus ágiles músculos, cuando intensificó aún más e agarre sobre él y empleó la fuerza de sus muslos para cabalgarlo en el agua.

a Antes pensaba que sería demasiado frágil, demasiado delicada para él, para sus necesidades para su pasado. Pero en cambio respondía a cada embestida con igual intensidad, y a cada caricia de su mano sobre su preciosa piel le seguía otra de ella sobre él.

La había deseado durante mucho tiempo, y cada vez que tenían un orgasmo simultáneo solo hacía que la deseara más. Jamás podría cansarse de su pasión, de cómo vibraba de deseo en sus brazos cuando se abría para él.

e Siempre se había dicho a sí mismo que no necesitaba a nadie, y a ella menos aún. Pero se equivocaba. Había sido un mentiroso de proporciones épicas.

1 Porque no había nadie a quien necesitara más. Nadie podría llenar su corazón —y su alma— del modo en que esa preciosa mujer siempre hacía.

Ella bajó la cabeza hasta su cuello y sus labios, y su lengua y sus dientes no dejaban de moverse contra su piel. Podía sentir el ritmo acelerado, frenético, de su corazón latiendo contra el de él. Tuvo que apretarle los muslos con más fuerza, atraerla aún más a él mientras penetraba más profundamente en su calor, acercándose más y más al cielo con cada colisión de la carne dura con la blanda.

Ella dijo su nombre en un jadeo, y mientras los sonidos combinados de sus orgasmos

rebotaban en las paredes de la piscina, el placer indescriptible se mezcló con el amor más puro para fundirse en uno, haciéndose indistinguibles.

a

a

s

e

l

a

l

o

l

s

a

s

l

l

l,

a

o

s

e

-

e

l

a

e

s

rebotaban en las paredes de la piscina, el placer indescriptible se mezcló con el amor más puro para fundirse en uno, haciéndose indistinguibles.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Sophie despertó despatarrada encima de Jake. Reposaba la cabeza en su esternón, y podía escuchar el ritmo fuerte y constante de su corazón. Cuando volvieron de la piscina estaban famélicos por todo el “ejercicio” que habían hecho en el agua. Sobre todo ella, que ahora tenía que comer por tres.

Habían saqueado la despensa y se montaron un banquete con aperitivos de maíz, salsa par nachos y una caja de pasas. La cena en el restaurante de su amigo había sido una delicia, pero estar sentada con las piernas cruzadas en la alfombra del salón de Jake, devorando patatas junto al hombre al que adoraba mientras veían una película terrible de la tele por cable, era sin duda el tipo de noche que siempre había soñado compartir con el hombre al que amaba.

Tenía el vago recuerdo de haber cerrado los ojos solo un momentito, y lo siguiente que supo fue que Jake la llevaba en brazos al dormitorio, y que se acurrucó contra él y se quedó dormida. Y en algún punto de la noche ella debió haber querido acercarse más, y simplemente trepar encima suyo. Qué grande era, y qué calentito, le encantaba poder tumbarse encima como si fuera su isla privada.

Y no parecía importarle mucho que lo usara de colchón, si la enorme erección que le presionaba el vientre servía de indicador. «Pues ya somos dos a los que no nos importa», pensó mientras toda esa masculina y dura masa muscular debajo de ella la hacía pasar del sueño a la excitación en cuestión de segundos.

En todos esos años de fantasear con que estaba en la cama con Jake, siempre era él quien le tocaba, la besaba o le hacía el amor. Pero la noche anterior, en la piscina, le encantó que fuera ella la que tomara la iniciativa en el sexo. Y aún mejor, por fin empezó a compartir pedacitos de sí mismo con ella. La conexión física era innegable. ¿Podría su conexión emocional volverse igual de fuerte?

¿Era posible que Jake estuviese dejándola entrar, poco a poco, hasta que estuviera listo para compartir del todo su corazón —y su alma— con ella?

Acarició los fuertes músculos de su hombro con la yema de los dedos, recorriendo las venas y tendones que se le marcaban justo debajo de la piel. Como si sus dedos fuesen plumas, le acarició desde la clavícula hasta el bíceps tratando de memorizar a Jake solo con el tacto haciendo un mapa mental de su perfección masculina. También le alegró tener la oportunidad por fin, de estudiar a fondo los tatuajes de su piel morena. Se preguntó qué significaría cada uno de ellos. Jake no hacía nada sin un motivo, e imaginaba que esos tatuajes habrían dolido lo suyo. Por más que se hiciese el duro estaba hecho de carne y hueso, como todo el mundo.

Poder tocar a Jake como le viniera en gana era un gran regalo. Pero ni se acercaba a satisfacer el desenfrenado apetito que sentía por tener más de él. No se conformaba con explorar los contornos de su cuerpo con las manos, quería sentirlos en sus labios, quería probar su sabor con la lengua.

Cambió de posición la cabeza para poder darle besos en la clavícula. Qué robusto era su cuerpo, qué fuerte. Qué bien olía, y su sabor era incluso mejor. Volvió a moverse, levantando la cabeza lo justo de su pecho para poder lamerlo, conteniendo apenas un gemido de placer.

mientras pasaba la lengua por su piel, ligeramente salada. Comprendía por qué los hombres tenían esa fijación por lamer los pechos femeninos. Ella ya se había vuelto adicta: podría pasar horas con su boca, su lengua, sus dientes, todos sobre él rivalizando por la supremacía.

Cambió despacio su centro de equilibrio, poniendo una pierna a cada lado de sus caderas y dejando que su peso recayera en las rodillas, que estaban sobre el colchón, para poder arrodillarse frente a él y que sus ojos se dieran un festín. En ese momento se dio cuenta de que sus oscuros ojos estaban abiertos.

—¿Estás despierto?

La boca de Jake se curvó en una sonrisa muy sexy.

—¿Piensas de verdad que hay algún tío en el mundo que pudiera seguir durmiendo con todo lo que estás haciendo? —Sus manos formaron un hueco para rodear y pellizcar con delicadeza la suave carne de su trasero—. Llevo despierto desde que decidiste usarme de almohada, hace un par de horas.

Sus palabras vinieron acompañadas de un lento deslizarse de sus manos, desde la cadera hasta la cintura.

—Pobrecito mío. —Sophie le lanzó una sonrisa que le decía cuánto le gustaba que estuviera así de juguetón—. Debería compensarte todas esas horas sin dormir, ¿no crees?

La sorpresa —y el calor— brilló en los ojos de Jake ante sus dulces palabras, y un instante después la yema de sus dedos le sobrevolaba las costillas para acoger en sus manos los pechos de Sophie, rozando con los pulgares sus pezones ya erectos. Quería seguir centrándose en él, en la embriagadora aventura de explorar su cuerpo, pero después de que la tocara así no pudo evitar que su columna se arquease buscando sus manos. Ni tampoco reprimir el gemido de placer que sus caricias le provocaron.

Sentía la tremenda erección de su mástil entre los muslos, y su cuerpo se puso en posición para poder frotarse contra ella como si estuvieran imantados, hasta que el vaivén de sus caderas hizo que se le acelerara la respiración.

Jake pasó la mirada de los pechos en sus manos al resbaladizo y excitado pliegue entre sus piernas, para finalmente volver a mirarle el rostro. Y cuando sus miradas se cruzaron una ola de placer, más profundo e intenso que el placer de tenerlo entre las piernas, pasó por encima de ella.

—Dios —dijo Jake al escuchar su respiración—, me encantan los sonidos que haces cuando tienes un orgasmo. Me encanta ver tu éxtasis. Ten uno para mí, princesa. Cabálgame hasta explotar, así como estás haciendo.

Cada vez que estaba con Jake, Sophie caía más y más bajo ese sensual hechizo que él tejía a su alrededor. Nunca pensó que podría ser ese tipo de mujer, de esas que se provocaban su propio clímax cuando se lo pedía su amante, nunca pensó que se colaría en la piscina para bañarse desnuda con él.

Pero claro, nunca se había sentido tan a salvo antes, ningún hombre la había mirado como si ella fuese la única persona del mundo que le importaba.

Ver en sus oscuros ojos lo mucho que la valoraba y apreciaba fue lo que la llevó más allá de su límite. Mientras frotaba con intensidad su pelvis contra la de él, cuyos dedos jugueteaban con las erectas cimas de sus increíblemente sensibles pechos, Sophie se dio cuenta de que ya no era buena. Pero tampoco era *pilla*.

No era más que una mujer que al fin comprendía lo profundo que podía ser el placer cuando estaba con el hombre apropiado... sobre todo cuando el amor formaba parte de lo que les unía tanto como las hormonas o la atracción.

s Se inclinó hacia él, y entonces sus bocas se encontraron en una maraña de deseo, lenguas que reserpenteaban y resbalaban y dientes que atrapaban labios. Olas de éxtasis rompían en ella, a través de ella, por encima de ella. Su orgasmo pareció no acabar nunca, subiendo y subiendo en espiral hasta dejarle los músculos laxos y sin fuerzas. Y en ese momento, a pesar de que su miembro seguía duro y palpitante entre sus piernas, él se limitó a acariciarle el pelo y la espalda mientras ella trataba de recuperar el aliento.

Sophie no consiguió que su cerebro pronunciara nada más congruente que un “Hummm” de placer. Pero estaba segura de que de un momento a otro él le daría la vuelta, le abriría las piernas y la tomaría con deliciosa dominación. Y disfrutaría cada segundo.

o Pero incluso después de que su respiración se normalizase, y aunque los músculos de Jake estaban tan tensos que lo sentía bajo ella como una roca que vivía y respiraba, no se movió.

1 Alzó la cabeza del hueco de su cuello y se apartó de la cara los mechones de pelo que le molestaban para poder verlo en condiciones.

a —¿No sigues...? —comenzó a decir antes de que le invadiera la vergüenza, a pesar de que ya estaban desnudos y acababa de tener un orgasmo montada encima suyo—. ¿Es que no quieres...?

La boca de Jake capturó la suya.

e —Sí. —La besó de nuevo, y fue su lengua la que expresó la intensidad de su deseo—. Pero Dios, sí.

a De pronto Sophie tuvo una idea que nunca se había atrevido a poner en práctica. Pero esta vez con Jake la hacía sentirse valiente. Bajó de él, salió de la cama y fue a su maleta para sacar un par de pinzas para el pelo. En segundos había recogido su larga melena en un moño apretado. Rebuscó un poco hasta encontrar las gafas sin graduación que llevaba en el bolso para ponerse en ellas reuniones importantes, esas en las que tenía que asegurarse de que lo único que destacaba en ella era su cerebro.

«Ah, aquí están». La enorme y gruesa montura de pasta era perfecta.

s Cuando se dio la vuelta para que Jake la viera, tuvo que reírse de la cara que puso. De lujuria mezclada con terror.

. —Santo Dios, es como si todas esas fantasías con bibliotecarias viciosas hubiesen cobrado vida. —Su voz sonaba ahogada mientras alternaba la mirada entre su cuerpo desnudo, el moño y las gafas—. No sé si es buena idea. Ya estoy prácticamente al límite, Sophie.

Ella rodeó su enorme erección con una mano y la apretó con fuerza antes de permitirse subir y luego bajar la piel, que había quedado estirada y suave, antes de decir:

o —No vuelva a llamarme Sophie. Soy la señorita Sullivan.

e —¿Es esa tu voz de bibliotecaria? —Sophie asintió con la cabeza, lo que provocó en Jake un gruñido de placer—. Este es oficialmente mi nuevo juego favorito. —Ella le lanzó una mirada severa, hasta que él añadió—: Señorita Sullivan. Señora.

—¿Un juego? —Volvió a trepar a la cama, poniéndose de nuevo a horcajadas sobre él y inclinándose para lamerle un lado del cuello—. ¿Le parece esto un juego? —Hundió los dientes en el lóbulo de su oreja antes de cambiar al otro lado y darle el mismo tratamiento—. ¿O esto? —Le presionó los pectorales con las manos abiertas sobre su pecho—. ¿Y qué me dice de esto? —Bajó la cabeza a la altura de su pecho para lamerlo y mordisquearlo, y Jake alargó los brazos para tocarla.

l, Pero en lugar de permitirle tirar de ella para unir sus cuerpos, una oleada de poder femenino inundó a Sophie. Había logrado reducir al grandullón malote de Jake McCann, el encantador de

emujeres, a una papilla excitada. Eso mostraba hasta qué punto la deseaba... y, por cierto, ¿a qué le haría maravilloso sentirse al fin deseada?

1 Sophie bajó por el increíble cuerpo de Jake, sin que él pudiese hacer nada por evitarlo, para experimentar con algo que nunca antes había probado a hacer pero que de repente no podía faltar en su vida. Unos segundos más tarde su cálida y apretada carne masculina daba la bienvenida a su lengua. Sophie gimió de placer por el sabor tan agradable que tenía, trazando círculos alrededor de su ancha cabeza antes de abrir la boca y acogerla en su interior.

s Los dedos de Jake se apretaron tanto en torno a su moño que Sophie quedó cautiva sobre él pero no le importó dejar de estar al mando, ni siquiera se molestó en seguir en el papel de la "bibliotecaria sexy". Se despojó de las gafas y se entregó a la impactante emoción de darle placer a Jake, que acometía con fuerza en su boca. Antes le había pedido que tuviera un orgasmo sobre él, y ahora era ella la que quería que hiciera lo mismo por ella, así como estaban.

—Te necesito aquí conmigo. —Las palabras de Jake apenas pudieron penetrar la espesa niebla de lujuria en el cerebro de Sophie—. Justo aquí, conmigo.

o Un suspiro después tiró de ella hacia arriba, y luego hacia abajo para entrar en ella, dejándola sin aliento cuando la llenó por completo. A lo mejor habría podido soportarlo si hubiese sido solo su cuerpo lo que llenaba, pero la forma en que la miraba como si fuera su único sueño, todas sus fantasías hechas realidad, hizo que las lágrimas asomaran a su rostro cuando su cuerpo comenzó a explotar.

r —Ahora —le urgió, inconcebiblemente grande en su interior, y los músculos interiores de Sophie se contrajeron alrededor de él—. Ven conmigo.

i. Sophie echó la cabeza hacia atrás, y se aferró a él como si estuviera concursando para reinicar el rodeo y él fuera ese toro premiado que le aseguraría el título. El rugido de placer de Jake hizo estremecerse a todas sus terminaciones nerviosas mientras ella gritaba su nombre.

Quando por fin pudo volver a poner su cerebro en funcionamiento, Sophie se dio cuenta de que en algún punto Jake debía haberles dado la vuelta para acunarla en sus brazos.

a Permanecieron conectados unos minutos más, dos personas sudorosas y jadeantes envueltas la una en la otra. Sophie pensó que podría quedarse así para siempre. No necesitaba comida, ropa ni palabras. Solo los brazos de Jake envolviéndola, y sus corazones palpitando juntos.

y

* * *

r Jake llevaba toda la vida protegiéndose contra el dolor, el fracaso, la decepción. Pero estar con Sophie hacía que deseara dejar de estar siempre preparándose para la inevitable caída, le hacía desear dejarle un hueco a esa esperanza que se había jurado de pequeño no volver a sentir jamás.

a —¿Puedo preguntarte algo? —inquirió Sophie mientras recorría el brazalete tatuado alrededor de su bíceps con la punta de un dedo.

e Jake se tensó antes de obligarse a que no se le notara la incomodidad, y ella le dio un beso en el pecho.

? —No te preocupes, no es nada malo. Al menos creo que no lo es.

? Alzó el rostro para mirarlo, y su belleza hizo a Jake perder el aliento. No dejaba de pensar en que, tras todas esas horas que estaban pasando juntos, pronto se acostumbraría a ella.

o Aunque teniendo en cuenta que nunca había logrado acostumbrarse a su belleza en esos veinte años, en los que había pasado de niña a mujer, supuso que lo mejor sería coger el toro por los cuernos y aceptar que eso nunca ocurriría.

e Así de hermosa le parecía.

—¿De qué se trata? —respondió, dándose cuenta de que sus palabras sonaban más aagarrotadas de lo que pretendía a causa del inmenso poder de esa mujer que tenía entre sus brazos y que estaba volviendo su mundo del revés.

a Por suerte ella no pareció inmutarse. Sophie nunca había estado asustada de él. Ni siquiera cuando él intentaba que lo estuviera por el bien de los dos, ni cuando había sido duro con ella. Había superado cada uno de los desafíos que le había lanzado. Y alguno más.

, —Estaba pensando en tus tatuajes. —Recorrió con la punta de un dedo la cola del dragón celta que le recorría la espalda hasta la parte baja de las costillas—. Son hermosos. Y deberías haber dolido mucho, por lo que seguro que los deseabas de verdad.

e Que le perforaran durante horas con una aguja dolía muchísimo menos que los puñetazos de su padre. Y al menos los tatuajes le hacían sentirse más fuerte. Más duro. Como si los guerreros celtas del pasado le escoltaran, esperando para ayudarlo cuando más los necesitara.

—Dime lo que significan. —Como Jake permaneció callado, volvió a subir los ojos hasta los de él—. Por favor.

o ¿Sabría ella que no podía decirle que no a nada que le pidiera con tanta dulzura y mirándola desde esa forma? ¿Tendría la más mínima idea de hasta qué punto lo tenía en la palma de la mano o de que hasta cuando no era más que un niño resentido de diez años lo tenía completamente cautivado? Desde su infancia, cada año que pasaba no había hecho más que aumentar su fascinación por ella... y había vuelto a su deseo más indiscutible.

—Ese es un dragón celta.

a —Es que siempre estamos tan ocupados con... —comenzó a decir antes de sonrojarse, y Jake encontró irresistiblemente dulce que a pesar de todo el sexo salvaje y desenfrenado que estaban teniendo siguiera mostrándose tímida a su lado—. Nunca he tenido ocasión de verlo entero de cerca. —Deslizó la yema de los dedos por el tatuaje, y su aliento calentó la piel de Jake—. Es increíble. ¿Qué simboliza?

s Jake nunca antes había compartido con nadie lo que simbolizaba, o sus motivos para hacérselo. Ni siquiera se había sentido tentado a hacerlo. Hasta que llegó Sophie.

—Simboliza a aquel que ha conquistado al dragón, o que ha derrotado a sus miedos.

Sus dedos pasaron de las costillas hasta arriba del torso, deteniéndose en la parte superior de su brazo.

—¿Y esta franja que te rodea el brazo? ¿Qué significa?

1 —La fuerza del guerrero.

a Una vez más volvió a recorrer su piel, dejándola en llamas allá por donde pasaba.

—¿Y este duende irlandés del antebrazo? ¿Por qué tiene los puños levantados?

o La habría mandado callar si con eso lograra librarse. Pero tenía la más absoluta certeza de que no lo dejaría en paz hasta que no tuviera todas sus respuestas. Y si no se las daba, terminaría buscándolas en uno de sus libros.

Cualquiera que pensara que Sophie Sullivan era una pelele sí que era un idiota.

—Los duendes irlandeses son luchadores.

1 —Qué raro, siempre pensé más en ellos como pequeños pilluelos que esconden ánforas de oro. —Esta vez le subió la mano por el pecho hasta su hombro derecho—. Este parece un escudo.

r —Lo es.

Sophie ladeó la cabeza pensativa antes de preguntar:

—¿Y no tienes un trébol de cuatro hojas?

s —Nunca he creído en la suerte. Ni en ninguna de las otras cosas que simbolizan las cuatro hojas, como la esperanza o la fe.

O el amor.

a Vale, había amado a Sophie casi toda su vida. ¿Cómo no hacerlo? Pero siempre había pensado que nadie le querría a él... nunca se le pasó por la cabeza la posibilidad de que la suerte, la esperanza y la fe se colaran en su vida tras aparecer en una casa alquilada en Napa.

1 Sophie colocó ahora la palma abierta sobre el corazón y lo miró a los ojos:

1 —Fuerza. Símbolos de batalla. Guerreros. Escudos.

Jake podía sentir ahora esa tristeza que ella había intentado ocultarle en el restaurante cuando le habló de su padre y su madre. Ella se puso a cuatro patas y se le acercó gateando:

s —¿Podemos fingir que tienes un tatuaje más, justo aquí? —dijo antes de plantarle un beso en el corazón y dejar los labios presionados unos segundos.

s Jake no pudo contestar, no pudo hablar, no pudo hacer más que acercarla a él de un tirón para poder besarla. La habría estado besando eternamente si pudiese, simplemente se habría quedado en la cama con ella, fingiendo que no había nada más en el mundo que ella.

, —Gracias por contestar a mis preguntas —añadió en un tono provocativo cuando por fin le respondió—. Si no llegara ya tarde al trabajo, te daría las gracias en condiciones.

1 Posó un beso suave en sus labios y se marchó a la ducha.

Jake recordó lo que dijo Chase el día de su boda: que Chloe valía mucho más que todos los ligues de una noche y todos los encuentros aleatorios. Jack no lo creyó, pero ahora sabía la verdad: una de las sonrisas de Sophie, uno de sus delicados besos —unidos al amor que le declaró aquella vez— significaban para él un millón de veces más de lo que nada en el mundo podría.

s

a

l

e

a

e

1

—¿Y no tienes un trébol de cuatro hojas?

—Nunca he creído en la suerte. Ni en ninguna de las otras cosas que simbolizan las cuatro hojas, como la esperanza o la fe.

O el amor.

Vale, había amado a Sophie casi toda su vida. ¿Cómo no hacerlo? Pero siempre había pensado que nadie le querría a él... nunca se le pasó por la cabeza la posibilidad de que la suerte, la esperanza y la fe se colaran en su vida tras aparecer en una casa alquilada en Napa.

Sophie colocó ahora la palma abierta sobre el corazón y lo miró a los ojos:

—Fuerza. Símbolos de batalla. Guerreros. Escudos.

Jake podía sentir ahora esa tristeza que ella había intentado ocultarle en el restaurante, cuando le habló de su padre y su madre. Ella se puso a cuatro patas y se le acercó gateando:

—¿Podemos fingir que tienes un tatuaje más, justo aquí? —dijo antes de plantarle un beso en el corazón y dejar los labios presionados unos segundos.

Jake no pudo contestar, no pudo hablar, no pudo hacer más que acercarla a él de un tirón para poder besarla. La habría estado besando eternamente si pudiese, simplemente se habría quedado en la cama con ella, fingiendo que no había nada más en el mundo que ella.

—Gracias por contestar a mis preguntas —añadió en un tono provocativo cuando por fin la soltó—. Si no llegara ya tarde al trabajo, te daría las gracias en condiciones.

Posó un beso suave en sus labios y se marchó a la ducha.

Jake recordó lo que dijo Chase el día de su boda: que Chloe valía mucho más que todos los ligues de una noche y todos los encuentros aleatorios. Jack no lo creyó, pero ahora sabía la verdad: una de las sonrisas de Sophie, uno de sus delicados besos —unidos al amor que le declaró aquella vez— significaban para él un millón de veces más de lo que nada en el mundo podría.

CAPÍTULO VEINTE

Media hora después, Jake y Sophie estaban en la escalinata de la biblioteca. Ella se había recogido el pelo en ese pequeño moño que tanto le excitaba, y al darle un beso de despedida enredó sus dedos en él para deshacerlo.

—Saber que estás ahí dentro con esas pintas me volvería loco de remate. —El jueguito de la bibliotecaria de esa mañana había sido uno de los momentos más excitantes de su vida—. ¿No tendrás las gafas ahí guardadas, verdad?

Cómo le gustaba a Jake oír su risa. Tan despreocupada, tan hermosa. Pero entonces su sonrisa se convirtió en duda.

—Jake, ¿te apetecería venir conmigo hoy? —Al ver que no respondía de inmediato, añadió—: Disfruté mucho pasando un rato contigo en el pub. Me gusta poder imaginarte en tu despacho repasando hojas de cálculo, o dando órdenes a tus empleados como un tirano. —Le miró con esos ojos increíblemente grandes y bellos—. He pensado que quizás te gustaría conocer mejor el sitio donde paso los días.

Jake sabía que no era el momento de ser pusilánime. Las bibliotecas no eran lo suyo, pero no podía seguir evitándolas toda la vida.

—Bueno —comenzó a decir despacio—, quizás si accedieras a ponerte el moño otra vez y darme mi merecido en un rincón oscuro...

Sophie le pegó en el brazo y gritó “¡Jake!”. Pero la sonrisa que no pudo contener, unida a esa forma tan sensual en que le acarició el brazo antes de enhebrar los dedos en los suyos mientras subían la escalinata en dirección a la puerta principal, le dijeron la verdad acerca de lo mucho que le gustaba que se burlara de ella.

Jake sostuvo la puerta para que pasara, pero ella se detuvo al pie de las escaleras con la respiración agitada.

—¿Sophie? ¿Qué pasa?

Le hizo un gesto para tranquilizarlo, y tomó aire un par de veces antes de decir:

—Nada. Creo que he subido las escaleras demasiado rápido, solo eso. —Tiró de él hasta esta dentro de la biblioteca, gracias a Dios el color le había vuelto al rostro—. ¿A que es increíble?

Jake tenía que admitir que el edificio era impresionante. El techo en cúpula de la sala central debía tener al menos tres pisos de altura. La sala estaba adornada con murales, e incluso a alguien que no leía como él le resultó fácil deducir que se trataba de pasajes clásicos de la literatura.

—¡Hola, Sophie!

Una mujer, que dio por hecho que sería compañera de trabajo, se acercó casi corriendo para saludarla. La mano de Sophie se tensó en la suya una décima de segundo, y él tiró de ella para acercarla.

La penetrante mirada de la mujer no dejaba de oscilar rápidamente entre ambos.

—¿Es este tu... *amigo*?

Le resultó casi imposible resistirse al impulso de reclamar públicamente a Sophie como suya. Pero aún no había terminado su semana. Y esa parecía una buena oportunidad para ver en qu

punto se encontraba ella en lo que a dejar que se quedara en su vida se refería. La forma en que le había hecho el amor esa mañana le había dado un trozo de la respuesta.

Hasta que Sophie no le apretó la mano y se giró hacia él con una sonrisa radiante no se dio cuenta de que estaba aguantando la respiración.

—Este es Jake.

a No apartó la vista ni un segundo de él al añadir:

a —Mi novio.

Hubiera resultado inútil intentar resistirse a besarla. Tras acortar el beso muchísimo más de lo que le hubiese gustado por respeto a su trabajo, extendió la mano a la compañera de Sophie:

o —Encantado de conocerte.

o —Guau, yo también estoy encantada de conocerte. No me puedo creer que Sophie te haya mantenido todo este tiempo en secreto. ¿Tú no eres el dueño de los McCann's?

Seguro que Sophie no fue consciente cuando se puso la mano libre sobre el vientre. Do: 5 secretos más serían revelados pronto, quisiera ella o no.

o Jake intuyó que Sophie no se sentía cómoda del todo con esa mujer, así que respondió “Pue: 1 sí, soy yo. Pásate algún día y te invitaré a una cerveza” antes de girarse hacia Sophie y decirle:

l —¿Por qué no me enseñas un poco todo esto antes de que me tenga que ir a la reunión?

La mirada de la mujer siguió fija en ellos mientras Jake los conducía en dirección contraria.

o —Gracias por alejarnos de ella —le susurró.

El se había sentido igual cuando Sophie lo sacó del apuro que tuvo en el pub a principios de 7 semana. ¿Sería criar juntos a dos niños algo parecido a eso?

Le gustaba formar equipo con ella.

a Qué demonios, le gustaba cualquier cosa que hiciera con Sophie.

5 Cuando llegaron a su escritorio, dejó el bolso en un cajón cerrado con llave y a continuación 3 ofreció su asiento a Jake:

—Siéntate un minuto en mi silla. Quiero enseñarte algo. —De pie tras él, con las manos en 3 sus hombros, le dijo—: ¿A que es la mejor vista del mundo entero? No hay nada que no pueda aprender, nada que no puedas ser ahí delante.

Jake contemplaba miles de libros, y personas leyendo y aprendiendo. Había estado en lo más alto de la torre Eiffel y contemplado la cuadrícula que forman las calles parisinas, había 1 explorado las pirámides de Egipto, había quedado impresionado por las interminables aguas azules verdosas de las playas de Tailandia. Pensaba que no había ninguna vista que superara a esas.

l Pero esa mañana, en la cama de Sophie, se había dado cuenta de que se equivocaba cuando 3 vio su sonrisa.

a Nunca sería capaz de disfrutar de una biblioteca, debido a sus problemas con la lectura... pero eso no quería decir que no comprendiera ni apreciara lo importante que ese mundo era para Sophie.

a —Dentro de unos minutos tengo que irme a contarle el cuento a los pequeños —le dijo 3 señalando a un grupo de niños de corta edad, que esperaban con sus madres junto a una colorida alfombra—. Me encantaría que pudieses quedarte un ratito más.

Jake era consciente de que ya le había robado demasiado tiempo de trabajo, además de llevar los últimos días monopolizándola. Para colmo, su teléfono llevaba media hora vibrando sin parar en el bolsillo por las llamadas de su asistente, que trabajaba en la central de McCann's en el 5 centro de la ciudad, para hablar sobre todas esas reuniones que directamente había estado ignorando. Quiso arrojar el teléfono contra la pared y verlo romperse, pero no podía seguir

ignorando eternamente las necesidades de su negocio. Sobre todo ahora que tenía a más persona a su cargo.

o Aún así no podía irse todavía. No, la ocasión de sentarse y quedarse mirando a Sophie un rato más era demasiado buena para rechazarla.

—Claro. Me encantaría verte en acción.

Fue recompensado con otra de sus radiantes sonrisas.

—¿Y qué te parecería leerle tú el cuento a los niños?

o Su inocente sugerencia le hizo entrar en pánico. No es que no pudiese leer un libro infantil entero. Claro que podía. ¿Pero leer en voz alta delante de más gente? ¿Y si se quedaba atascado en una palabra? ¿Y si trastabillaba en una frase? ¿Y si tener a Sophie tan cerca le distraía tanto que las letras empezaban a tomar el control sobre su cerebro, como hacían antes de que aprendiera cómo obligarlas a comportarse?

s No.

De ninguna manera.

s Negó con la cabeza, tratando de aparentar que no pasaba nada si no podía ayudarla a contar el cuento a los niños.

—Han venido a escucharte a ti.

El gesto de Sophie reflejó un leve disgusto al oír su negativa.

—Vale. Pero si cambias de opinión, avísame.

e Jake asintió, aunque la probabilidad de que lo hiciera eran igual de altas que la de hacer una guerra de bolas de nieve en el infierno.

Mientras cruzaban la enorme sala, Sophie le presentó a algunas personas. Pudo sentir ese orgullo en su voz cada vez que lo presentaba como su novio. La culpa lo flagelaba, más intensamente lo que la había sentido nunca. Debería haber ido con ella a contárselo a su familia en cuanto le dijo que estaba embarazada.

n Pero había sido demasiado cobarde. Otra vez. Había tenido miedo de que vieran lo poco que ella merecía e intentaran alejarla de él antes de que pudiera convencerla para que se casaran.

Sophie le indicó un asiento vacío y le dijo al oído:

s —Deja de estar tan bueno. Las madres no van a poder oír ni una palabra de la historia si no dejan de mirarte.

l Jake sabía de qué le hablaba, pues apenas había podido escuchar lo que le acababa de decir con ese pelo tan suave rozándolo, su dulce aroma inundándolo y sus curvas presionándolo ligeramente la piel.

—Me alegro de que estés aquí —susurró antes de posar un delicado beso en sus labios y girarse para saludar a los niños como si fuesen viejos amigos a los que se moría de ganas por volver a ver.

Jake vio cómo los niños y niñas pequeños la rodeaban felices, e incluso los bebés se alejaban gateando de sus madres para acercarse a ella, y el corazón pareció no caberle en el pecho.

a En su vida todo había sido muy predecible, pero no esa hermosa mujer que leía con tanto entusiasmo un libro sobre un elefante y un cerdo que jugaban con una pelota. Mientras los niños reían porque el elefante había perdido la pelota, Jake fue consciente de que Sophie Sullivan era la única persona que le había obligado a mantenerse alerta todo el tiempo.

l Ya no podía imaginarse una vida sin ella. Sin su chispa. Sin su risa.

o De niña era muy dulce, y lo había cautivado a su pesar. De mujer era sensual y brillante, sexy y dulce, mil contradicciones en un envoltorio irresistible.

s Le había pedido una oportunidad de siete días para demostrarle que tenía lo que hacía falta para cuidar de ella y de sus hijos. Ella le había concedido ese regalo temporal, y ahora él necesitaba darle otro regalo para corresponderlo: el apoyo de su familia en el momento en que más lo necesitaba.

Jake echó un último vistazo a la espectacular mujer que había pasado de “sensua bibliotecaria traviesa” a “cerdito tonto” en el transcurso de una mañana, y supo que nunca habría un motivo mejor para meterse en el infierno en el que voluntariamente estaba a punto de entrar.

l

* * *

o

o

o Sophie levantó la cabeza del libro que acababa de terminar para ver a Jake enviándole un beso con un soplido mientras se marchaba. Todas las mujeres presentes suspiraron prácticamente a unísono.

r No pudo evitar que le creciera una sonrisa en la cara al observar su ancha espalda, sus caderas estrechas, la forma en que las puntas de su pelo moreno se rizaban solo un poquito a la altura del cuello de la camisa. Habían cambiado muchas cosas entre ellos en las últimas veinticuatro horas.

Él le había pedido una semana, pero parecía que le iba a sobrar bastante tiempo.

«Seguro que se lo pasa en grande restregándomelo en la cara», pensó sonriendo de nuevo.

a Se despidió de las niñas y niños y de sus padres, y estaba volviendo a su escritorio cuando un niño de unos diez años se acercó a ella.

l —Tengo que escribir la reseña de un libro sobre Abraham Lincoln, pero el único que he encontrado es este —le dijo, sosteniendo un libro polvoriento y grueso que ni la misma Sophie querría leer.

e Hubo algo en el chico que le recordó a Jake. No por ningún parecido físico, sino por su forma de comportarse, por su modo de contenerse. Había conocido a Jake cuando tenía esa edad, y siendo una niña de cinco años propensa a la idolatría le pareció el ser más impresionante de mundo.

o —Es que no sé leer muy bien, ni muy rápido —añadió el niño, y sus mejillas se ruborizaron un poco al admitirlo.

r De nuevo, no pudo evitar que le recordara a Jake. Y ese atisbo de pánico que vio en su mirada cuando le pidió que le leyera a los niños.

—¿Los tenéis más cortitos? ¿Y que tengan palabras más sencillas?

y Sophie le sonrió:

r —Claro que tenemos. Ven conmigo.

o Pero mientras ayudaba al niño a encontrar los libros que necesitaba, no podía dejar de pensar en Jake y en el hecho de que nunca hubiera pisado la biblioteca hasta ese día, y que aún no había encontrado en su casa el lugar donde guardaba los libros. No esperaba que todo el mundo compartiera su grado de adicción a la literatura, pero había llegado a la conclusión de que todo el mundo terminaba encontrando aquello con lo que disfrutaba leyendo, a menos que tenga problemas importantes de lectura.

y Justo en ese momento una oleada de náuseas le sobrevino, haciéndole perder el hilo de sus pensamientos. De pronto sintió los músculos doloridos, y por primera vez desde que se quedó embarazada necesitó sentarse. Agarró el taburete más cercano y se hundió en él mientras respiraba hondo. ¿Quién le iba a decir que las náuseas del embarazo le empezarán estando tan

avanzado el primer trimestre?

l Y una vez más concluyó, con una leve sonrisa, que nada en su embarazo, ni en el hombre que amaba, estaba siendo normal en absoluto.

Y que no quería que fueran de otra manera.

l

a

* * *

Cuando Jake terminó con las interminables reuniones que llevaba una semana posponiendo y anocheecía, y se dirigió a la otra parte de la ciudad. Encontró a Zach Sullivan en su taller privado alejado del edificio principal de Concesionarios Sullivan, debajo de una vieja y ruinoso camioneta Ford de los años veinte que estaba claramente renovando desde cero.

l Zach pasaba tanto tiempo debajo de un coche que reconocía a la mayoría de la gente por sus zapatos.

s —En un segundo salgo, Jake —le dijo.

a ¿Cuánto tiempo hacía que conocía a Zach? Llevaban más de veinte años apoyándose el uno al otro cada vez que se metían en peleas, asegurándose de que el otro llegaba a casa de una pieza; si lo derribaban, los habían animado y abucheado juntos haciendo deporte. Pero una cosa que jamás habían hecho juntos era sentarse y compartir *sentimientos*.

Una semana antes —qué demonios, dos meses y medio atrás— Jake debería haber dicho la verdad acerca de Sophie. Y no estaba dispuesto a seguir siendo un cobarde mentiroso ni cinco segundos más.

e —Sophie y yo estamos juntos.

e Zach salió de debajo del coche rápido como un rayo.

—¿Qué acabas de decir?

a El tono natural en que hizo su pregunta, como el que pide un vaso de agua, solo hizo más impresionante la amenaza que encerraba.

l —Tu hermana está embarazada. Vamos a tener gemelos.

Las manos de su amigo estuvieron en su garganta un milisegundo más tarde.

l —Te voy a matar. Y a nadie le va a importar un comino.

Al menos Zach tenía razón en una cosa: a nadie le importaría si moría. Pero a Sophie sí. A sus hijos les importaría.

Pensar en ellos le dio la fuerza suficiente para enfrentarse a Zach cuando su amigo arremetió contra él dispuesto a todo. No había nada prohibido. Ni los huevos, ni los dientes, ni el pelo, ni las patadas en la boca del estómago. Esa era la reacción que Jake esperaba, se habría enfadado con su amigo si hubiera hecho menos que eso para defender a su hermana. Pero por desgracia lo que se esperaba no hacía que doliera menos. Y aunque estaba únicamente defendiéndose, no le quedó más remedio que darle un par de puñetazos a Zach solo para poder mantenerse en pie.

o Ambos estaban sangrando en esquinas opuestas del taller cuando Zach escupió:

l —He tenido que apalear a un montón de tíos por tontear con mis hermanas, pero nunca me imaginé que tú fueras a ser uno de ellos. Nadie podrá estar nunca a la altura de mis hermanas ¿Cómo te has atrevido siquiera a ponerle un dedo encima a Sophie?

s —No debería haberlo hecho.

ó Pero lo había hecho. Una y otra vez. Y ahora ni se planteaba renunciar a ella. No haría algo así por nadie, ni siquiera por la gente que casi lo había criado, que le había dado una casa y una familia a la que acudir, sin los cuales no tendría nada de nada.

—Voy a casarme con ella.

2 —Mira —rugió Zach, con sus fosas nasales ensanchadas—, Buena estaba encaprichada de ti Y tú te aprovechaste. Ahora está embarazada. No empeores las cosas queriendo cas...

—¡Sophie es más que una maldita palabra!

La voz de Jake fue tan fuerte como para que se oyera fuera del taller, pero le daba igual quién lo escuchara. Ya era hora de que sus hermanos empezaran a ver a la Sophie Sullivan de verdad la que veía él. Que era más que Buena.

1 —Sí, tu hermana es *buena*. Y dulce. Y amable. Pero también es una tía muy guay, a la que le gusta el riesgo y que es capaz de lanzarse al tiroteo cuando los demás salen huyendo. Si te soy sincero, es más mujer de lo que puedo manejar, pero voy a partirme los cuernos para asegurarme de que ella y nuestros hijos están lo mejor posible.

5 Si hubiera sido otra persona, Jake se habría marchado. Pero Zach sabía todas las cosas chungas que había hecho en su vida, y era el único que sabía que no aprendió a leer hasta los diez años... porque era el único que había tratado de enseñarle cómo domeñar a las letras para que formasen palabras.

1 —La quiero. —Esas dos palabras que nunca pensó que diría sobre nadie sonaron como si hubieran arrastrado un rastrillo sobre gravilla—. Siempre la he querido.

Jake intentó prepararse para el salto con el que Zach atravesaría el taller para matarlo. En su lugar, el hermano de Sophie se desplomó contra el muro y dijo:

3 —Ya lo sé.

A Jake le habría llegado la mandíbula al suelo si no fuera porque se la estaba sujetando para mantener los huesos unidos.

Zach sostuvo dos dedos frente a su propia cara y trató de enfocar la mirada en ellos dejándolos caer con gesto enfurruñado.

5 —Llevas enamorado de ella desde que éramos niños. —Zach tiró de sí mismo hasta ponerse de pie—. A Smith se le va a ir la cabeza cuando se entere. Se les va a ir a todos.

Jake sabía perfectamente que esa era solo la primera de las palizas que los Sullivan le propinarían. Se apoyó en un carrito de herramientas para levantarse.

—Por ella vale la pena.

1 —Pues claro que mi hermana vale la pena. —Zach añadió refunfuñando—: No me puedo creer que tenga que escribir otro discurso. Casi me muero escribiendo el último.

3 —¿Tenías escrito de antemano el brindis de la boda de Chase? Porque fue el peor que he escuchado en mi vida.

3 —Pues prepárate, porque vas a tener que oír otro aún peor.

1 Eso no tenía ni pizca de gracia. No dejaría que Zach hiciera nada que pudiese molestar a Sophie.

—No, yo mismo te escribiré el discurso, y tú lo repetirás palabra por palabra. Y —advirtió Jake a su amigo— le prometí a Sophie que podría esperar a estar preparada para decírselo a la familia, así que no vayas a estropearle el momento diciéndole nada a nadie antes de que lo haga ella.

Zach bajó la vista hasta los puños cerrados de Jake y negó derrotado con la cabeza:

—Todos mis hermanos están perdiendo la cabeza, uno a uno, por culpa de las mujeres. Pero verte a ti así... ¡por mi hermana!

1 Zach abrió un cajón metálico y su mueble bar salió a la luz. Se sirvió un largo trago de whisky escocés y se lo bebió de un trago. “*Amor*”, dijo con una mueca de desdén.

Zach estaba volviendo a llenar su vaso cuando Jake volvió a su coche a decirle a Sophie que la amaba.

Que siempre lo había hecho.

Y que siempre lo haría.

l

,

e

y

e

s

s

a

i

l

a

,

e

e

o

e

a

ó

a

a

o

e

Zach estaba volviendo a llenar su vaso cuando Jake volvió a su coche a decirle a Sophie que la amaba.

Que siempre lo había hecho.

Y que siempre lo haría.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Sophie recorría el pasillo que llevaba a su apartamento, revisando el correo que llevaba toda la semana sin recoger, cuando escuchó que una voz grave decía:

—Sophie.

—¡Me has asustado! —chilló después de que casi se le cayera la pila de correo—. ¡Dios mío Jake!

Las facturas y la publicidad cayeron de sus manos.

Parecía que le hubiesen robado y dado una paliza en un callejón, estaba cubierto de magulladuras y tenía un reguero de sangre seca desde la frente hasta la barbilla.

—Parece peor de lo que es en realidad —dijo tocándose la mandíbula, tratando de calmarla—. Creo que lo mejor es que vaya a casa a limpiarme y luego vuelva.

Incluso con las magulladuras y los cortes por toda la cara, estaba increíblemente hermoso cuando le preguntó:

—¿Por casualidad no sabrás cómo vendar a un chico después de una pelea?

Sophie sabía que debería abrir la puerta y llevarlo dentro, pero necesitaba darle un abrazo en ese preciso instante. Abrió los brazos y Jake entró en ellos, atrayéndola con fuerza hacia él.

—Cómo me alegro de verte —dijo él, envuelto en su pelo—. Cómo me alegro de abrazarte.

Sophie no sabía cuánto tiempo estuvieron abrazándose en el pasillo. Lo único que sabía era que no quería soltarlo nunca. Esa mañana todo había parecido perfecto, como si quizás tuviera una oportunidad de ser felices y comer perdices.

Sin mover la cabeza del lugar donde reposaba junto al corazón de Jake, preguntó:

—¿Quién te ha hecho esto?

Jake se apartó por fin de sus brazos.

—Vamos dentro.

En el gesto de Sophie se notó que no comprendía. Esa no era una respuesta.

Le temblaban un poco las manos al meter la llave en la cerradura, pero se esforzó por mantener la calma mientras iba a la cocina, buscaba una toalla limpia y la humedecía con agua templada. Dios, no soportaba que hubiesen herido a Jake. Él era mucho más grande que ella pero quiso protegerlo, asegurarse de que no sentía más dolor en el resto de su vida del que ya había sentido.

Escuchó su voz a sus espaldas:

—Fui a ver a Zach hace un rato.

Sophie se giró de inmediato, olvidando que tenía una toalla húmeda en la mano y salpicando agua por todas las paredes.

—¿Por qué? —Pero ella sabía el por qué—. Le has dicho lo nuestro, lo del embarazo ¿verdad? —Cuando vio que no lo negaba, sintió un gran dolor y tuvo que reprocharle—. ¿Cómo has podido? Me prometiste que esperarías. Me prometiste que antes dejarías que me aclarase. — Sophie lo amaba, siempre lo amaría, pero en ese momento estaba furiosa con él—. ¿Por qué me pediste que te diera una semana si tú no estabas dispuesto a darme ese mismo tiempo?

—Sigues aferrándote a todo eso de la semana, pero después de lo de ayer, de lo de esta

mañana, sabes tan bien como yo que las cosas entre nosotros han cambiado.

—¿Cambiado? ¿*Cambiado*? ¿Cómo va a cambiar nada si sigues actuando como si fueras el ombligo del mundo y los demás tuviéramos que limitarnos a seguir a ciegas todas tus órdenes?

Jake le puso mala cara, y a pesar de su enfado no pudo evitar pensar que estaba guapísimo.

—No voy a seguir ocultándole la verdad a tu familia.

—¿La *verdad*? —Le devolvió la mala cara, aún más fiera que la de Jake—. ¿Y qué verdad es esa, para ser exactos? —Puso los brazos en jarras y se encaró con él—. ¿Que tienes cero respeto por mis deseos? ¿Que simplemente tomas lo que quieres cuando quieres? ¿Que es tan importante para ti atraparme en un matrimonio contigo que has tenido que ir a mis espaldas a contarle a mi hermano que has cometido el error de acostarte conmigo y dejarme embarazada?

—¿Quieres que te diga cuál es la maldita verdad?

Jake nunca antes le había levantado la voz de esa forma pero, por otro lado, ella tampoco lo había hecho antes. Hasta ahora, que prácticamente le gritó:

—¡Por supuesto que sí, pero tú no podrías ver la verdad ni aunque te la estamparan en la cara, como ha hecho mi hermano con su puño!

El abrupto silencio que siguió a la afirmación de Sophie fue muy diferente a cualquier cosa que hubiese vivido antes. Un segundo dio paso a otro, y otro, y luego una docena más, y con cada segundo el dolor se agrandaba. Sophie trataba de pensar en qué decir, cómo hacer que las cosas funcionasen entre los dos, cuando Jake cambió la expresión de su rostro.

De pronto supo lo que iba a decir.

—Estoy enamorado de ti, Sophie.

Nunca olvidaría ese momento: la toalla mojada goteando en el suelo de la cocina, el tictac de un reloj de cuco... y cómo los ojos de Jake estaban tan llenos de amor que al final resultó que ni siquiera necesitaba decir las palabras. Llevaba toda la vida esperando ese momento... pero ni en sus sueños más locos había pensado que sería así, mientras se gritaban el uno al otro.

—Llevo enamorado de ti desde que éramos niños, desde la primera vez que una preciosa niña de cinco años me miró y me preguntó si quería jugar a las muñecas.

Sophie fue por fin capaz de encontrar su voz.

—Me dijiste que no. —Las palabras, los recuerdos, le venían sin poder reprimirlos—. Me dijiste que no jugarías a las muñecas conmigo ni aunque te pusieran una pistola en la cabeza. Me asustaste.

«Y me intrigaste en la misma medida».

A pesar de su juventud, ella sabía que no debería estar hablándole de pistolas a una niña de cinco años, pero Jake jugaba con sus propias reglas. Mientras que Sophie casi nunca las había incumplido... hasta la boda de Chase, cuando las tiró por la ventana en nombre del deseo.

Y del amor.

—Solo te dije eso porque no soportaba cómo me sentía cuando me mirabas. Cómo sig sintiéndome cada vez que estoy contigo. Es más, cada vez que simplemente pienso en ti ya siento que por fin he encontrado algo, alguien, que de verdad me importa. Solo que nunca he tenido la menor idea de cómo mantenerte a mi lado. O de qué hacer para merecerte.

—¿Cuánto tiempo llevaba Sophie queriendo creer que le importaba? ¿Creyendo en que el amor imposible podía hacerse realidad?

Los brazos de Jake la rodearon cuando se sentó en una de las sillas de la cocina y la atrajo a su regazo, con la toalla mojada chapoteando entre sus cuerpos.

—Sé que esta vez la he cagado. Hasta el fondo. —Le dibujó con el dedo un sendero de

humedad en el rostro—. Soy un idiota, ¿no te acuerdas?

l —No —tuvo que interrumpirle Sophie—, no lo eres. Eres cualquier cosa menos un idiota.
Pero sintió que sus palabras caían en saco roto.

—Deja que te compense. —Le acarició el pelo y la atrajo más cerca de él—. No esté enfadada conmigo, por favor. No te alejes de mí. Aunque me lo merezca.

s Sentir amor y odio por alguien al mismo tiempo era una locura. Y Sophie era consciente de ello. Pero nunca había podido evitar sus sentimientos por Jake.

e Todas las subidas y bajadas, la emoción y el miedo, la alegría y la rabia de esa última semana involucraron todas a una para caer sobre ella con todo su peso. No quería pensar en las consecuencias de lo que acababa de hacer yendo a hablar con Zach, no podía ni empezar a procesar lo que implicaba tener de verdad el amor de Jake.

o Lo único que quería era sentir su piel.

—Te necesito. —La emoción le provocaba un nudo en la garganta—. Hazme el amor.

a Mientras tiraba la toalla al suelo y con ansia trataba torpemente de quitarle el cinturón pensaba que quizás fuera más fácil creerle si estaban piel contra piel, conectados por la carne, e acalor y el placer. Entonces quizás fuera capaz de aferrarse a sus palabras de amor en lugar de sentir que pasaban derrapando por delante de ella, volando fuera de su alcance antes de que pudiera atraparlas.

—Sophie, sabes que te deseo. Que te deseo en todo momento. —Pero en lugar de ayudarla a desnudarse, puso las manos sobre las de ella—. Pero no tienes por qué hacer es...

—Por favor.

l Sophie no quería pulsar el botón de *pause*, no soportaba que él intentara ponerse racional en lugar de tomarla sin más. Le bajó la cremallera de un tirón y le sacó la camisa de los pantalones un segundo antes de que Jake por fin le diera lo que le había pedido y deslizara su falda cadera abajo. Ella a su vez le bajó los vaqueros hasta los muslos y se quitó los zapatos con dos patadas. Jake acarició la piel expuesta de su vientre con la yema de los dedos, sacándole el jersey por la cabeza mientras ella abría precipitadamente los botones de su camisa de manga larga. Un instante más tarde Sophie ya cabalgaba sus caderas y se sumergía en él con los ojos cerrados.

e Sí, era justo lo que le hacía falta en ese momento. Que el placer reemplazara a la confusión. Que el éxtasis reemplazara al miedo.

Pero entonces recordó, demasiado tarde, que el sexo con Jake nunca era sencillo, nunca se trataba solo de placer. Siempre habían encajado a la perfección, sus cuerpos estaban sintonizados al máximo incluso en esa primera noche clandestina en Napa.

a Pero esa vez no fue solo la atracción lo que los conectó, no era solo la chispa de la excitación la que les hacía sentirse tan bien. Era la posibilidad de que esa magia entre ellos fuera más allá de la piel, más allá de las hormonas y de la pasión inevitable.

o —Sophie. —Jake gruñó su nombre, y ella quedó atrapada en su mirada llena de deseo mientras él le ponía sus fuertes manos en las caderas para detener su frenético vaivén—. Eres preciosa. —Jake desplazó una mano para sostener sus pechos, inclinándose para recorrer cada pezón con la lengua—. Te amo. Te amo tanto, tanto.

r Una oleada de pura desesperación los hizo acercarse aún más, envolviéndolos mientras Jake enterraba la cabeza en su pecho y los dos temblaban contra el cuerpo del otro.

a

* * *

e

Cuando Jake la estaba llevando a la ducha unos minutos más tarde, Sophie tuvo la oportunidad de comprobar el alcance de las lesiones que había recibido en la pelea con su hermano. Además de los horribles moratones por toda la mandíbula y uno de los ojos, las costillas de su costado izquierdo se estaban poniendo de color negro y azul.

—No me puedo creer que Zach te haya hecho esto.

e Con delicadeza le limpió las heridas con un paño suave y jabón, sufriendo cada vez que Jake hacía un gesto de dolor.

a —Eres su hermana. Él siente que te ha fallado por no protegerte de un tío como yo.

s La marea de rabia volvió a subir en su interior, no solo por lo que Zach había hecho a Jake sino hacia su familia al completo.

—¿Por qué ninguno de ellos se da cuenta de que puedo cuidar de mí misma?

—No les culpes por quererte.

Pero ella ya decía que no con un gesto:

, —¿Es de verdad amor si no hay también confianza?

l Jake se quedó completamente quieto.

e —Sophie, yo...

e Paró en seco antes de comenzar siquiera la frase, y cuando ella lo miró vio brillar sus ojos por todas esas emociones que había tratado de ocultar en tantas ocasiones.

a Pero entonces le puso las manos en las caderas, la giró y le dijo:

—Siempre he querido lavarte el pelo.

Sophie era consciente de que estaba tratando de evitar otra conversación profunda y necesaria sobre poder confiar en que no hacían cosas como ir a hablar con su hermano a espaldas del otro. Pero le estaba gustando tanto cómo sus dedos le masajearan el cuero cabelludo que no encontraba la fuerza para hacer que parase.

l. —Cierra los ojos.

a Sophie iba un paso por delante, pues había cerrado los ojos en cuanto empezó a lavarla. Espuma y agua le bajaban por los hombros, recorriendo su cuerpo, mientras él limpiaba cada rincón de su piel con extrema delicadeza y dulzura. Sobre todo su vientre.

l. —Ya se te nota un poco.

No se le escapó la veneración en su voz. Quizás en otro momento habría hecho otra bromita sobre que le ponían las embarazadas, pero decidió que no era el momento al ver esa alegría tan pura. Tan sincera.

—Estoy deseando ver como se pone aún más redondo, aún más suave.

l La barriga de Sophie contestó con un sonoro rugido, y Jake apagó el agua y la envolvió en una toalla.

—Por ese sonido yo diría que es hora de daros de comer.

o —Hay huevos y queso en el frigorífico.

s Sophie sintió que su voz venía de muy lejos, como si estuviera fuera del cuarto de baño mirándolos a los dos.

Jake bajó la cara hasta la suya y la besó con tanta suavidad que fue más un soplido que un beso.

—Voy a ponerme con la cena mientras tú te vistes.

Después de que se pusiera los vaqueros y se marchara del cuarto de baño, Sophie se quedó mirándose en el empañado espejo. Esa imagen borrosa y parcial que la miraba desde el otro lado expresaba a la perfección cómo se sentía.

1 Había conseguido exactamente lo que siempre había deseado. Jake McCann le había dicho s—en repetidas ocasiones— que la quería. Debería estar en una nube. Dando saltos de felicidad por todo el apartamento.

¿Qué le estaba pasando?

Sentía como si un bloque de cemento se hubiese mudado a la boca de su estómago, justo al lado de los dos fetos que había visto en la ecografía solo unos días antes. De hecho llevaba todo el día sintiéndose regular, aunque lo había achacado a las náuseas del embarazo.

Jake la miró sonriendo cuando entró en la cocina.

—Justo a tiempo.

Se sentó a su lado en la isla de la cocina, donde él le había colocado un plato repleto. Cogió el tenedor, arponeó algunos de los huevos y sopló en el vapor que ascendió, a pesar de que pensar en comida le daba ganas de vomitar.

—¿Sophie? ¿Estás bien?

Jake se había puesto a su lado y la miraba con una profunda preocupación grabada en su rostro.

Ella intentó sonreír para tranquilizarlo, pero lo único que pudo decir fue:

s —Solo estoy cansada. Muy, muy cansada.

—Maldita sea, sabía que no era buena idea llevarte a rastras por toda la ciudad.

Sophie no se resistió cuando la cogió en brazos y la llevó a la cama. Sentía sus extremidades muy agarrotadas y pesadas, y el agotamiento la dominó de pies a cabeza en el mismo momento en que su cabeza rozó la almohada.

3
3 * * *

Jake bajó la persiana para oscurecer el dormitorio de Sophie y se sentó en una silla que había en la esquina para verla dormir, sincronizando su respiración a la de ella.

a Había jurado que jamás sentiría algo así, que nunca se permitiría preocuparse tanto por nadie que no volvería a pedir ayuda. Aún recordaba el día en que fue a su casa a pedirle ayuda a su padre. Estaba en cuarto curso, y ya le resultaba casi imposible fingir día tras día en clase.

a —No sé leer.

1 Su padre lo miró con cara de asco:

—La culpa es de tu madre. Esa zorra inútil ni siquiera ha podido darme un hijo con cerebro.

1 Jake se dio la vuelta y salió corriendo del apartamento antes de que se abochornara a sí mismo llorando. Después de eso, lo más sencillo fue faltar a clase cada vez que tocaba lectura. Hasta el día en que le tocó hacer un trabajo con Zach Sullivan. Era un pequeño capullo altanero que lo tenía todo, y Jake lo odió desde el primer momento. Y su odio por él se intensificó cuando Zach le dejó claro que no iban a escaquearse del resumen del libro que supuestamente tenían que hacer entre los dos.

Jake recordaba que había intentado hacerse el chulo:

1 —Los libros son para pringados.

5 Pero no había engañado a Zach. A lo mejor otros antes que él habían adivinado lo que pasaba, pero nadie se había atrevido a ponerle la verdad ante los ojos. Al menos no de un modo tan directo como hizo Zach.

3 —No sabes leer, ¿verdad?

Jake lanzó el primer puñetazo, aunque el de Zach fue casi simultáneo. Para cuando e

El profesor consiguió separarlos ya habían logrado darse una buena paliza el uno al otro. La madre de Zach fue al despacho de la directora para llevarse a casa a su hijo, expulsado. Pero oyó a un secretario decir que nadie había ido a recoger a Jake, y antes de que pudiera pensar en una solución Mary Sullivan ya los había montado a los dos en el asiento de atrás de la rancher familiar. Unos minutos más tarde se sentaban delante de un enorme plato de galletas con sendos vasos de leche. El libro que tenían que leer —*El león, la bruja y el armario*— estaba encima de la mesa, entre los dos, junto a un grueso diccionario azul al que se le notaba el uso intensivo que se había hecho de él.

—Avisadme si necesitáis que os ayude, chicos.

5 Mary Sullivan no les había gritado, no había abofeteado a Zach ni lo había llamado estúpido. Y tampoco olía a alcohol. Jake no se podía creer que existiera alguien como ella, no podía dejar de imaginar cómo sería su vida si hubiese tenido una madre como esa.

Cuando la señora Sullivan se marchó de la cocina se enroscó en una apretada bola de nervios y bravuconería, esperando a que Zack lo mirase por encima del hombro y se riese de su estupidez, pero lo único que este hizo fue meterse una enorme galleta de chocolate en la boca, abrir el libro y empezar a leerlo en voz alta, escupiendo trocitos de chocolate por todas las páginas.

Zach nunca volvió a sacarle el tema de sus problemas de lectura, y no sabía cómo pero desde ese día siempre le tocaba hacer los trabajos de lectura con él.

6 Había conocido al resto de los Sullivan más tarde en su jardín trasero, jugando a una versión menos agresiva del rugby. De pronto Lori irrumpió en mitad del grupo, exigiendo a sus hermanos mayores que le hicieran caso y que le dijeran quién era *ese chico nuevo*.

No podía imaginarse lo que suponía vivir con seis hermanos. Debía ser fantástico tener siempre alguien con quien jugar. Y entonces la vio por el rabillo del ojo, la gemela de Lori. Es otra niña debería parecerle igual que Lori, pero nunca jamás las confundiría. Ni cuando tenían cinco años.

7 Estaba sentada en un rincón del jardín bajo un roble enorme, con un gran libro abierto en su regazo. Pero no estaba mirando el libro.

Lo miraba fijamente a él con esos ojos tan grandes.

Nunca había visto antes a una chica tan serena. Tan calmada. Ni tan bonita. Sophie Sullivan le recordó a la princesa de una de esas películas que veía en el cine cuando lograba colarse por la puerta de atrás.

8 Justo en ese momento Sophie cambió de postura en la cama, como si buscara algo. A él. Hizo un gesto de frustración en sueños antes de agarrar una almohada y abrazarse con fuerza a ella.

9 «Confiar».

10 Si había alguien en el mundo en quien quería confiar, esa era Sophie. Pero tras toda una vida de esconderle la verdad a todo el mundo, se le daba muy bien mantener secretos.

«Nunca cuentes nada».

«Nunca confíes».

11 «Nunca vuelvas a darle a nadie la oportunidad de decirte que no eres más que el hijo estúpido de una zorra y un borracho».

12 Pero esa vez Jake sabía que era diferente... porque no podía evitar amar a Sophie. Y nunca había deseado nada tanto como ser correspondido.

13 Lo que implicaba que pronto tendría que decirle la verdad, tendría que advertirle de que quizás sus hijos no fueran capaces de hacer eso que a ella le salía con tanta facilidad.

e Sin dejar de agitarse en la silla, sus ojos se posaron sobre un libro que había sobre la cómoda a su lado: *Qué se puede esperar cuando estás esperando*.

a Leerlo esa noche sería para él como una tortura, pero esa realidad no cambiaría nunca. Siempre serían demasiadas palabras, y siempre tendría que hacer un esfuerzo titánico para intentar que cobraran sentido en su cabeza.

e Pero si había algo que merecía el dolor y el sufrimiento de leerse un libro de cabo a rabo era: «Sophie... y esos bebés que nacerían en otoño».

Cogió el libro, y empleó todos los trucos que conocía para mantener a su cerebro atento convirtiendo las palabras en frases, estas en párrafos, y estos en páginas. Los minutos se convirtieron en horas mientras pasaba las páginas una tras otra, y mientras los riesgos y peligros del embarazo le caían en cascada uno tras otro, Jake se descubrió deseando volver a ser ese niño de diez años que no sabía leer.

s

l

l,

s

e

n

s

r

a

n

l

n

a

o

a

o

a

e

Sin dejar de agitarse en la silla, sus ojos se posaron sobre un libro que había sobre la cómoda a su lado: *Qué se puede esperar cuando estás esperando*.

Leerlo esa noche sería para él como una tortura, pero esa realidad no cambiaría nunca. Siempre serían demasiadas palabras, y siempre tendría que hacer un esfuerzo titánico para intentar que cobraran sentido en su cabeza.

Pero si había algo que merecía el dolor y el sufrimiento de leerse un libro de cabo a rabo era Sophie... y esos bebés que nacerían en otoño.

Cogió el libro, y empleó todos los trucos que conocía para mantener a su cerebro atento, convirtiendo las palabras en frases, estas en párrafos, y estos en páginas. Los minutos se convirtieron en horas mientras pasaba las páginas una tras otra, y mientras los riesgos y peligros del embarazo le caían en cascada uno tras otro, Jake se descubrió deseando volver a ser ese niño de diez años que no sabía leer.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Sophie había dormido toda la noche, pero no se sentía descansada. Tenía los ojos y la boca secos. Y sabía el motivo. Era porque Jake no había dormido con ella, no había envuelto su cuerpo grande y cálido en el suyo para sujetarla a su lado. Aun dormida, si él hubiese estado con ella lo habría sabido.

Pero no había estado con ella en la cama en ningún momento.

Se preguntó dónde habría ido. ¿Habría vuelto a su casa para replantearse ese amor que le había ofrecido la noche anterior?

Estaba tan perdida en sus oscuras cavilaciones que casi no se dio cuenta de que Jake estaba sentado en una esquina del dormitorio. Se sentó en la cama tan rápido que por un momento el mundo le dio vueltas.

Su voz sonó tan áspera como sentía su garganta:

—¿Todavía estás aquí?

—Llevo aquí toda la noche.

Llevaba puestos los vaqueros de la noche anterior, y tenía el pelo tan despeinado como si lo hubiese hecho a propósito. Parecía tenso, horriblemente tenso.

A pesar de que se sentía como si estuviese incubando la gripe, Sophie apartó las sábanas y estaba a punto de ponerse de pie para cruzar la habitación hasta él cuando le dijo:

—¿Has tomado café desde que estás embarazada?

Sophie torció el gesto ante esa pregunta tan extraña.

—Sí.

La boca de Jake formó un rictus:

—¿Has estado cerca de algún gato?

¿Por qué estaba tratándola así? ¿Como si fuese la acusada en el estrado de un tribunal? Uno que hubiese cometido actos terribles.

—Sí.

—¿Has usado mantas eléctricas o te has dado algún baño de agua caliente?

Estaba claro que todas esas preguntas debían tener alguna relación. ¿Pero cuál?

—¿Por qué me estás haciendo todas esas preguntas?

Le dolía todo, más que antes. Se volvió a recostar contra el cabecero y se puso un almohadón en el regazo para agarrarse a él.

Jake levantó el libro que tenía en las manos. *Qué se puede esperar cuando estás esperando.*

—He pasado la noche entera leyéndomelo.

Oh, no. La ginecóloga ya les había advertido acerca del libro, pero Sophie no le había prestado mucha atención. Debería haber sabido que a Jake le pasaría eso. Era tan protector con ella, y con los gemelos que llevaba en su vientre, que había dejado que todas las advertencias de libro le hicieran caer en una espiral de miedo desproporcionado.

Pero antes de que pudiera decir nada para calmarlo, se había levantado de la silla y sostenía el libro abierto.

—Vas a buscar un médico nuevo. No me puedo creer que nos dijera que no pasaba nada po

tener sexo. Aquí mismo dice que hay un montón de cosas con las que hay que tener especial cuidado cuando estás embarazada.

—Jake —dijo en un tono que esperaba que sonara paciente pero no condescendiente—, mi madre tuvo ocho hijos. De momento el embarazo está yendo genial. Todo eso son precauciones para los casos en los que algo va mal. Yo sé con lo que tengo que tener cuidado.

—¿Y entonces qué me dices de esto? “Una penetración demasiado profunda puede causar sangrado”. —Sophie pudo ver el pánico en su rostro al repasar mentalmente todas las veces que habían tenido sexo—. Si ya sabías todo esto, ¿por qué demonios me has dejado tomarte como un animal? La penetración de anoche no podía haber sido más profunda. Ni la de la piscina.

Intentó no perder las formas con él de nuevo, pues sabía que su preocupación era genuina:

—Enséñame dónde dice eso.

Trató de recordarse que solo quería lo mejor para ella pero, cuando se levantó de la silla y sostuvo el libro abierto frente a ella, Jake le pareció más grande y más duro de lo que nunca le había parecido.

Cuando leyó el pasaje al que se estaba refiriendo, el cansancio le hizo imposible contener la irritación que sentía:

—*En ocasiones*. Dice que una penetración demasiado profunda puede causar sangrado *en ocasiones*, ¡y que no hay que preocuparse excepto si eso ocurre!

Su cansancio se transformó en pura frustración, que le hizo gritarle:

—¿Es que no sabes leer? ¿O es que retuerces las palabras hasta que encajen con las órdenes que quieres dictar?

Una oleada de arcadas se mezcló con su frustración, pero aun mientras se esforzaba por superar ese horrible nuevo brote de náuseas pudo sentir cómo el aire de la habitación se enfriaba: una docena de grados.

En todos esos años que hacía que conocía a Jake, jamás lo había visto así, tan frío y distante.

—Mira qué cosa, yo estaba intentando buscar la manera de decírtelo —le dijo en un tono duro—, pero ya lo has descubierto tú solita.

Sophie no podía casi respirar bajo el peso de su mirada.

—¿Pero qué estás diciendo?

—¡Que no sé apenas leer! —gruñó—. Eso es lo que estoy diciendo.

El cerebro de Sophie trataba a marchas forzadas de buscarle un sentido a lo que le había dicho. Jake McCann siempre había sido el dueño de su corazón, desde ese primer momento en que le vio jugando al rugby con sus hermanos en el patio de su casa. Le había parecido alguien grandioso, a pesar de esa oscura sombra que siempre le seguía y que la llamaba para que le hiciera desvanecerse con su luz. Con su amor. Pero hasta esa semana, cuando él insistió para que pasaran tiempo juntos, no había tenido ni idea de lo dura que había sido su infancia, o los detalles de cómo había construido ese negocio con tanto éxito partiendo de cero.

Y por supuesto que no tenía ni idea de sus problemas con la lectura. Nunca se lo había mencionado, ni le había dado pista alguna. Y aunque se le hubiese pasado por la cabeza, de inmediato habría descartado ese pensamiento, basándose en todo lo que había logrado en su vida.

Sacudiendo la cabeza con gesto confuso, le contestó:

—Pero acabas de leerme entero ese libro sobre el embarazo.

—Si he podido leerme el maldito libro hasta el final ha sido después de diez años de profesores particulares. Nunca seré un amante de los libros, Sophie. *Nunca*. —Su expresión se volvió aún más sombría—. Tenías razón en la consulta de la doctora cuando me dijiste que er:

lidiota.

La expresión de Jake cuando le dijo esas palabras le volvió a la cabeza, tan nítida como si le hubiese delante. Llena de culpa por el dolor que le había causado sin querer, Sophie le dijo scompungida:

—Dios mío, Jake, no. No era eso lo que quería decir, tú lo sabes.

r No quería discutir con él... y por supuesto que no quería hacerle daño. Necesitaba poder pensar con claridad en cómo convencer a Jake de que lo amaba, ahora más que nunca después de haberle dicho el peor insulto que le podría decir.

—Ese día en la consulta, cuando te dije eso, estaba asustada e impactada —trató de explicar—, pero yo jamás pensaría que eres un...

—Pues claro que podrías pensarlo —la interrumpió sin dejarla terminar la frase—. Porque es la verdad. —Parecía más feroz y desolado de lo que jamás lo había visto—. ¿Entiendes ahora por qué traté de alejarte de mí, de impedir que te quedaras atrapada con alguien como yo? Podría haber tenido al hombre que quisieras, Sophie. Y luego, cuando reconocí que no podía estar lejos de ti, ¿comprendes ahora por qué me esforcé tanto por ocultártelo? Para que no descubrieras con qué clase de hombre estabas atrapada.

7 Sophie sintió una punzada de dolor porque no hubiese confiado en ella en un tema tan importante, que hubiese puesto tanto empeño en asegurarse de que no conocía un detalle tan relevante sobre él. Y lo que era igual de malo, que de verdad pensara que no estaba a su altura. Todo eso le dolió tanto que tuvo que envolverse en sus propios brazos para tratar de no llorar.

Y aun así, a pesar de su dolor, ¿no era también cierto que había estado demasiado centrada en su embarazo accidental, en sus esperanzas, sus sueños, en su miedo de que Jake nunca la amaría, como ella a él, como para descubrir el secreto que tanto tiempo llevaba guardándose Jake? Porque si se hubiese dado cuenta, quizás habría podido ayudarlo. No con lo de la lectura, porque estaba claro que él mismo había solucionado ese problema, sino con todo lo demás que llevaba aparejado un historial de analfabetismo. El miedo. La vergüenza.

Por fin era capaz de encajar todas las piezas. El hecho de que no hubiese libros en su casa, ni tampoco revistas ni periódicos. Que en todos esos meses en los que estuvieron planificando la boda nunca tomara notas. Siempre almacenaba la información en la cabeza, incluso cosas que a ella se le habrían olvidado si no las apuntaba. O aquella vez que estaban hablando de sus planes mientras desayunaban, habían hablado de su amor por los libros y cuando le preguntó por su libro favorito de inmediato puso distancia entre ambos. Por no hablar de la reacción tan extraña que tuvo cuando le preguntó si quería leerle un libro a los niños en la biblioteca, ese chispazo de terror en su mirada que tardó tanto en desvanecerse y que casi le hizo preguntarle si le pasaba algo.

s —Te quiero—susurró Sophie—. Te quiero muchísimo, Jake. Deberías habérmelo dicho. Deberías haber tenido confianza en mí.

a Le pareció ver una mueca en su rostro al oír la palabra *confianza*, pero en ese momento las efacciones de Jake se le volvieron borrosas.

. —Me dices todo el tiempo que me quieres, pero estás enamorada de una maldita fantasía. No del hombre que soy en realidad. Mírame, princesa. Mírame atentamente.

Sophie trataba de centrar su vista en la cara de Jake, y deseaba encontrar las palabras para decirle que eso no era cierto, y que podía ver quién era en realidad, lo bueno y lo malo. Y que estaba enamorada de todas sus facetas.

a Incondicionalmente.

—Sí que sé quién eres en realidad —contestó, incapaz de elevar la voz más allá de un suspiro.

—¿De verdad? ¿De verdad me conoces? —replicó él, y cada palabra fue un rugido— ¿Sabías que mi padre era un borracho y que su pasatiempo favorito cuando bebía era llenarme de moratones? ¿Sabías que un día la situación se puso tan complicada que cogí un cuchillo y le hice sangre? ¿Sabías que cuando por fin se emborrachó hasta morir no me importó en absoluto, que no derramé ni una maldita lágrima por él?

Sophie trató de abrir la boca para decirle que si no sabía ninguna de esas cosas era porque a pesar de su valentía, de su increíble fuerza, no había querido asumir el riesgo de compartir esa parte de su vida con ella y confiar en que lo quería... pero no podía hacer que su cerebro enviara esas palabras a sus labios.

—Los dos sabemos que no puedes enamorarte de un hombre como yo. Hay un motivo por el que no quería ser padre. No debería serlo, no debería transmitirle estos genes defectuosos a un grupo de niños inocentes. Pero tú no podías dejarme en paz, ¿verdad? No podías dejar que te amara desde la distancia para siempre, y que te mantuviese a salvo de mí.

¿Para siempre? ¿Acababa de decir que todo este tiempo la había amado desde la distancia y que la amaría para siempre?

—Nunca debería haber tratado de convencerte para que te casaras conmigo. O para que creyeras que podría ser un buen padre para nuestros hijos. Ambos sabemos que os irá mejor sin mí.

Deseaba con todas sus fuerzas consolarlo, envolver sus brazos en él y convencerlo de que se quedara, así que se obligó a levantarse de la cama al decirle:

—No te vayas, por favor. Te amo.

Pero sus palabras de amor no hicieron que nada mejorase, solo ensombrecieron aún más su rostro.

—No —respondió en un tono horriblemente oscuro que le dio escalofríos—, tú no me amas. Solo amas a una fantasía que no existe. Una fantasía que *nunca* existirá.

Se dio la vuelta para marcharse de la habitación —*de su vida*— y Sophie empleó sus últimas fuerzas en tratar de alcanzarlo. Pero justo cuando iba a hacer contacto con su espalda retirada, el suelo empezó a moverse y un agudo dolor sacudió su vientre.

Y todo se volvió negro.

a

e

a

l.

s

o

a

e

—Sí que sé quién eres en realidad —contestó, incapaz de elevar la voz más allá de un suspiro.

—¿De verdad? ¿De verdad me conoces? —replicó él, y cada palabra fue un rugido—. ¿Sabías que mi padre era un borracho y que su pasatiempo favorito cuando bebía era llenarme de moratones? ¿Sabías que un día la situación se puso tan complicada que cogí un cuchillo y le hice sangre? ¿Sabías que cuando por fin se emborrachó hasta morir no me importó en absoluto, que no derramé ni una maldita lágrima por él?

Sophie trató de abrir la boca para decirle que si no sabía ninguna de esas cosas era porque a pesar de su valentía, de su increíble fuerza, no había querido asumir el riesgo de compartir esa parte de su vida con ella y confiar en que lo quería... pero no podía hacer que su cerebro enviara las palabras a sus labios.

—Los dos sabemos que no puedes enamorarte de un hombre como yo. Hay un motivo por el que no quería ser padre. No debería serlo, no debería transmitirle estos genes defectuosos a un par de niños inocentes. Pero tú no podías dejarme en paz, ¿verdad? No podías dejar que te amara desde la distancia para siempre, y que te mantuviese a salvo de mí.

¿Para siempre? ¿Acababa de decir que todo este tiempo la había amado desde la distancia y que la amaría para siempre?

—Nunca debería haber tratado de convencerte para que te casaras conmigo. O para que pensaras que podría ser un buen padre para nuestros hijos. Ambos sabemos que os irá mejor sin mí.

Deseaba con todas sus fuerzas consolarlo, envolver sus brazos en él y convencerlo de que se quedara, así que se obligó a levantarse de la cama al decirle:

—No te vayas, por favor. Te amo.

Pero sus palabras de amor no hicieron que nada mejorase, solo ensombrecieron aún más su rostro.

—No —respondió en un tono horriblemente oscuro que le dio escalofríos—, tú no me amas. Solo amas a una fantasía que no existe. Una fantasía que *nunca* existirá.

Se dio la vuelta para marcharse de la habitación —*de su vida*— y Sophie empleó sus limitadas fuerzas en tratar de alcanzarlo. Pero justo cuando iba a hacer contacto con su espalda en retirada, el suelo empezó a moverse y un agudo dolor sacudió su vientre.

Y todo se volvió negro.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Jake no dejaba de recorrer la sala de espera del hospital de arriba abajo.

«Por favor, Dios. Por favor, cuida de Sophie. Por favor, tráemela de vuelta para poder pasar el resto de mi vida compensándola».

Era muy joven cuando dejó de rezar, pues no evitaba las palizas que le daba su padre ni llenaba su estómago cuando no había nada que comer. Tuvo que ser él mismo el que se salvara. El que trabajara para comprar comida. El que se encargara de pasar todo el tiempo posible en un entorno seguro, como la casa de los Sullivan. El que construyera un negocio multimillonario desde cero.

Pero ni toda esa dura y terca capacidad de trabajo, ni su obstinado impulso hacia el éxito podían ayudar a Sophie en ese momento.

Debería haberse dado cuenta de lo pálida que estaba cuando se levantó, de que sus movimientos no parecían fluidos, pero estaba demasiado ocupado gritándole. Fingiendo que lo sabía todo, como siempre hacía.

Los técnicos de emergencias llegaron en cuestión de minutos tras su alterada llamada, pero aún así era demasiado tarde. La garganta le supo a bilis al recordar sus muslos ensangrentados.

No había dejado de sujetarle la mano en la ambulancia mientras daba a los técnicos toda la información que se le ocurría acerca de su embarazo, de sus horarios de esa semana, cualquier cosa que pudiese haber provocado ese horrible suceso. No se había guardado nada, lo había confesado todo, la elevada frecuencia con la que habían tenido sexo e incluso que momento antes de que se desplomara le había gritado.

Tenía la esperanza de que una parte de ella supiera que él la estaba acompañando. Que nunca se apartaría de su lado mientras ella así lo deseara. Y que sentía mucho todas esas cosas que le habían hecho daño.

Su aspecto debería ser pequeño y frágil tumbada en la camilla, pero a pesar de los rastros de lágrimas secas en sus mejillas o de la palidez de su piel seguía hechizándolo. Nada podría arrebatárle jamás a Sophie su serena fuerza. Su belleza iba más allá de lo externo, más allá de la forma de sus ojos, su nariz o su boca, más allá de las curvas y contornos de su cuerpo.

Su belleza residía en su valentía. En su inteligencia. En su curiosidad ecuánime sobre la vida. Y por encima de todo, en el tamaño de su corazón.

Casi perdió la cabeza cuando las enfermeras se negaron a ignorar las normas. No era su marido, y no solo no lo dejaban estar con ella sino que no le decían ni una palabra de cómo estaba. Pero sabía que debía dejar trabajar a los médicos.

Y ese fue el único motivo por el que aceptó separarse de ella.

En cuanto que la llevaron a la zona de tratamientos, Jake sacó su teléfono móvil con mano temblorosa y llamó a Zach para decirle que Sophie se había desmayado y que quizás hubiese abortado. No pasó mucho tiempo antes de que Zach entrara empujando la puerta, seguido muy de cerca por su madre y Lori.

—¿Está bien?

Jake nunca había visto a Zach tan alterado, todo atisbo de su chulería había desaparecido.

—No lo sé. No soy de la fam... —su voz no pudo pronunciar esa palabra que solo podría usar si lograba demostrarle a Sophie que podía ser buen padre y buen esposo, y dejaba de cagarla a cada momento—. He preguntado mil veces, pero no quieren decirme nada a mí.

Zach y Mary fueron de inmediato a preguntar en la ventanilla de admisiones, pero Lori se quedó con él.

La gemela de Sophie se le acercó y cogió su mano, y antes de que pudiese decir una palabra, Jake le estaba confesando todo sobre la discusión de esa mañana, cómo el rostro de su gemela había reflejado tanto dolor antes de caer en sus brazos. Y entonces ese horrible sangrado...

Lori le apretó la mano, con tanta fuerza que Jake tuvo que mirarla.

—Mi hermana es fuerte, Jake. Mucho más fuerte de lo que nadie se imagina.

¿Por qué no estaba Lori despedazándolo?

—Ve y entérate de lo que pasa —le dijo con la voz ronca, consciente de que no se merecía ese consuelo de desahogarse con Lori.

Pero ella no lo soltó. Era igual que su gemela, una de las pocas personas que no se ponía en marcha de inmediato cuando les daba una orden.

—Sophie siempre creyó en ti. Daba igual lo que hicieras, lo que dijeras, no importaba nada. Mi hermana nunca dejaba de estar enamorada de ti.

—Se equivocaba. No merezco a alguien como ella. —Cuánto había ansiado demostrarle que sí la merecía. Y qué catastrófico había sido su fracaso—. Y esta es la prueba.

—Estás aquí, ¿verdad?

—Pero le estaba *gritando* —contestó, sintiendo que algo húmedo le bajaba por una mejilla. Al principio no supo qué era, porque llevaba sin llorar desde que era un niño. Desde aquella última paliza en la que cogió el cuchillo—. No se habría desmayado si yo no...

—¿En serio? ¿Crees que está en el hospital porque le has gritado? Yo estoy todo el tiempo gritándole. A Sophie no le importa un comino que le griten. Después de crecer en una familia tan grande, seguro que no se da ni cuenta.

Una parte de él escuchó las palabras de Lori, pero la otra parte —esa voz que le decía que no era merecedor de la mujer a la que amaba— llevaba mucho más tiempo con él.

—Se merece a un chico que pueda darle una vida perfecta. Sin gritos. Sin que la mandoneen. Sin horarios intempestivos de trabajo. Sin un pasado turbio.

—Ni se te ocurra usar todo ese rollo de no-merezco-a-alguien-como-ella de excusa para dejarla tirada. —Lori Sullivan estaba hecha una furia—. Aquí no valen medias tintas, si vas a involucrarte tienes que hacerlo del todo, Jake.

Y dicho eso se fue corriendo a enterarse de lo que en admisión le habían dicho a su madre y su hermano, tras dejar a Jake pasmado.

—Es una pena, ¿verdad? —Dos jóvenes estudiantes de enfermería pasaron por su lado, del camino a la máquina de café del fondo del pasillo. Jake estaba seguro de que uno de ellos era la enfermera que había llevado a Sophie a la zona de tratamientos—. Tío, qué difícil es este trabajo cuando ves a la gente perder a sus bebés.

—Ya lo sé. Yo nunca sé qué decir.

La chica hizo un gesto de abatimiento:

—No creo que haya nada que pudiéramos haberle dicho que la hiciera sentir mejor. Menos aún cuando todo ha pasado tan rápido, y sobre todo porque ya nunca podrá tener hijos.

—Dios —respondió el otro residente con un escalofrío—, ¿te imaginas que te pasara algo así?

a
a

* * *

Sophie sintió una cálida caricia en su mejilla, y habría sonreído si pudiese. *Jake estaba con ella. Ahora todo iría mejor.*

a —Te quiero mucho. Y lo siento mucho. Muchísimo.

a Por fin consiguió abrir sus pesadas pestañas y vio que las mejillas de Jake estaban húmedas y de sus pestañas colgaban gotitas. La dejó sin palabras ver tanta pena y miedo en sus ojos. Eso y la forma en que la miraba.

Con un amor puro.

—Yo quería tener a esos niños, tú sabes cuánto quería tenerlos. Pero tú lo eres todo. *Todo* No me importa si nunca podemos tener hijos. Solo te necesito a ti. Si tú me quieres a tu lado. Si partir de ahora confías en mí y dejas que yo confíe en ti.

1 Sophie sintió que por fin se le destrababa la lengua.

—¿Jake?

Trató de sentarse para rodearlo con los brazos, pero una aguda punzada de dolor hizo que renunciara entre jadeos. Fueron los brazos de Jake los que la rodearon, sujetándola con tanta delicadeza como si estuviese rota. Los analgésicos que le habían dado la hacían notar pesada y confusa. Pero necesitaba decírselo.

—He escuchado a unos enfermeros hablando fuera. —Cada una de sus palabras reboaba dolor. Y pérdida. Y aun así seguía acariciándole el pelo como si temiera que se fuese a romper en cualquier segundo—. Debería haber estado contigo cuando te comunicaron lo del aborto.

«No, Dios, no, no puede ser que esté pensando que...».

3 Sentía la lengua pesada cuando le dijo:

1 —No he tenido un aborto. No estaban hablando de mí.

La mano que le acariciaba el pelo se detuvo.

3 —¿Sophie?

Jake se echó hacia atrás para poder verle los ojos. Ella vio en sus ojos la batalla interior que libraban el alivio y la incredulidad, como si no quisiera ceder de nuevo a la esperanza pero esto volviera con fuerzas redobladas a impactar contra él.

a —Pero, ¿y la sangre? Yo vi la sangre.

a Sophie bajó la sábana y le cogió las manos, colocándolas sobre su vientre. Las pestañas le pesaban como si fueran de plomo, pero tenía que explicárselo:

y —Tengo un mioma en el útero. —Esperaba estar explicándose bien, a pesar de todas las medicinas que tenía en el cuerpo—. Uno de los que crecen rápido. Por eso Marnie no lo detectó cuando me hizo la ecografía, estaba concentrada buscando latidos. Me van a operar para quitármelo.

a Jake miró las manos de ambos, unidas sobre su vientre.

3 —Así que estás... están... —las lágrimas le cayeron con mayor velocidad ahora, pero esta eran de felicidad.

—Sí.

s Ahora Sophie lloraba también pero, cuando Jake la besó, olvidó sus lágrimas, el hospital.. todo excepto lo mucho que lo quería.

3 Y que él la quería a ella, también mucho.

—Disculpe, caballero, no puede estar aquí. Necesito terminar de preparar a la señorita

Sullivan para el quirófano ahora mismo.

Oh, qué bien conocía Sophie esa mirada furiosa que Jake le lanzó a la enfermera. Le gustó ver que estaba dispuesto a luchar cualquier batalla por ella. Por sus hijos. Algún día sería un padre maravilloso. El marido más afectuoso.

Mientras veía a Jake discutir con la enfermera, diciéndole que fuera a la sala de espera y le preguntara a su madre si quería pruebas de que podía estar allí, de que ella lo *necesitaba* allí, Sophie no dejó de agarrarle la mano... y supo que, al final, todo saldría bien.

l.
a

e
a
y

a
l

e
a

e

s
ó
a

s

.

a

Sullivan para el quirófano ahora mismo.

Oh, qué bien conocía Sophie esa mirada furiosa que Jake le lanzó a la enfermera. Le gustó ver que estaba dispuesto a luchar cualquier batalla por ella. Por sus hijos. Algún día sería un padre maravilloso. El marido más afectuoso.

Mientras veía a Jake discutir con la enfermera, diciéndole que fuera a la sala de espera y le preguntara a su madre si quería pruebas de que podía estar allí, de que ella lo *necesitaba* allí, Sophie no dejó de agarrarle la mano... y supo que, al final, todo saldría bien.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

En las veinticuatro horas posteriores a la operación, la familia Sullivan al completo invadió el hospital. Sophie nunca se había sentido tan ahogada por la preocupación que su familia sentía por ella... ni se había sentido tan amada. Jake permaneció a su lado todo el tiempo sosteniendo su mano, con su fuerza apuntalando la de ella mientras bregaban con las reacciones de sus hermanos al ver a su hermanita pequeña con el hombre que pensaban que nunca sería capaz de amar.

¿Y cómo —se preguntó Sophie por milésima vez— podían no darse cuenta de que Jake amaba con todo su corazón, poniendo toda su alma en ello?

Deseaba desesperadamente tener un momento a solas con Jake para contarle al fin todo lo que sentía, así que en cuanto Gabe, Megan y Summer se marcharon de la habitación le dijo:

—Jake, hay muchas cosas de las que tenemos que ha...

Su hermano Smith irrumpió por la puerta antes de que pudiera terminar la frase. Sabía que en cuanto su madre lo avisó había abandonado su rodaje en Australia y cogido el primer avión de vuelta a casa. Inmediatamente estuvo envuelta en sus brazos, y él sostuvo el abrazo más tiempo que nadie.

Muchísimas veces Smith había sido como un padre para ella, y después de tanto esfuerzo por mantenerse fuerte delante del resto de hermanos no pudo evitar ponerse a sollozar cuando se vio entre los brazos de su hermano favorito. Había pasado muchos años soñando con compartir la vida con Jake. Todavía le costaba creer que todo lo que siempre había deseado al fin fuera suyo.

Su hermano la abrazó hasta que las lágrimas cesaron. Su rostro estaba a partes iguales lleno de amor y de furia.

—Entre todos cuidaremos de ti y de los bebés. No tienes por qué casarte con él, Sophie.

Smith hablaba como si Jake no estuviese en la habitación, dándole la mano a Sophie. Ella sabía que Jake quería enfrentarse a su hermano, pero también sabía que la amaba lo suficiente como para confiar en que ella haría que Smith comprendiera sus verdaderos sentimientos.

Se enjugó las lágrimas antes de coger la mano de Smith con la que tenía libre.

—Estoy enamorada de Jake. Lo quiero con toda mi alma. Y quiero casarme con él. No porque esté embarazada. Sino por cómo es. Y por todo lo que significa para mí.

Smith al fin dejó de ignorar a Jake, y le lanzó una mirada tan furiosa que cualquier otra persona habría huído de la habitación con el rabo entre las piernas. Pero después de lo que Jake había vivido con su padre, Sophie sabía que Smith estaba perdiendo el tiempo si quería intimidarlo.

—Hace un momento estabas llorando como si te hubieran partido el corazón en dos —recalcó Smith—. Conmigo no tienes que fingir, Soph.

Pudo sentir a Jake temblando por la necesidad de saltar a defenderla, y el impulso instintivo de reclamarla como suya más potente que nunca. Y aún así siguió cogiéndole la mano en silencio, apoyándola en todo lo que hacía y decía.

—No estoy fingiendo. Estoy feliz, increíblemente feliz, porque mi hermano mayor ha hecho tantos kilómetros para visitarme. Para asegurarse de que estoy bien, que lo estoy. —

Sonriendo a Smith, añadió—: Y para darme su bendición. —Apretó la mano de su hermano— Por favor, alégrate por mí. —Sophie miró a Jake, y luego de nuevo a su hermano—. Alégrate por los dos.

Smith lanzó otra mirada larga y dura a Jake, y este se la sostuvo. Ninguno de los dos hombres se echó atrás. Finalmente Smith se volvió de nuevo hacia ella:

—Si esto es lo que realmente quieres, intentaré alegrarme por ti.

La voz de Jake fue una advertencia a su hermano:

—Es mía, Smith. Y nadie le hace daño a lo que es mío.

Sabía que el hombre al que amaba había intentado con todas sus fuerzas dejar que fuese ella quien luchara esa batalla, y que aunque pudiera no cambiaría nada de él, así que le dijo a su hermano:

—Jake tiene razón. Soy suya. Siempre lo he sido. Y siempre lo seré. Quiero a Jake. —Bajó la vista a su vientre—. Quiero a los bebés que hemos hecho juntos. —Sentía que era el momento de sacar por fin a la luz eso que tanto tiempo llevaba queriendo decir a su familia—: Y quiero que tú, y toda la familia, aceptéis que soy más que *Buena*, la desvalida hermanita pequeña que no sabe cuidar de sí misma.

Se extendió un silencio entre ellos que abarcó varios segundos antes de que Smith sacudiera la cabeza sorprendido y dijera, con expresión ligeramente arrepentida:

—Siempre he pensado que ese apodo no te hacía justicia.

Con eso bastó para sacarle una risa burbujeante a Sophie.

—Asegúrate de que nadie le ponga apodos a mis hijos —le advirtió.

Smith respiró hondo y echó un vistazo a su vientre.

—Así que gemelos, ¿eh? —Parecía impresionado, y tan orgulloso que a Sophie le rebotó el corazón de amor—. Vas a ser una madre maravillosa, Sophie.

Mientras se le acercaba para darle un beso en la mejilla, ella contestó:

—He tenido muchos profesores, y muy buenos. —Apretó su mano aún con más fuerza— Sobre todo tú.

Y en ese momento, inesperadamente Smith le tendió la mano a Jake:

—Bienvenido a la familia.

Mary Sullivan había entrado justo a tiempo para ver la escena, ante la que dijo:

—Gracias, Smith. No sabes cuánto significa para mí lo que acabas de hacer.

Sonriéndoles a todos a pesar de que claramente se encontraba embargada por la emoción, la madre de Sophie añadió:

—Me alegro mucho de que por fin hayáis llegado a la conclusión de que tenéis que estar juntos.

Sophie se quedó sin aliento:

—Espera un momento, ¿quieres decir que todo este tiempo tú sabías que Jake y yo terminaríamos enamorándonos?

Mary Sullivan le lanzó una mirada desbordante de luz:

—Desde el primer día, cariño. Pero Jake también lo sabía, ¿verdad?

Pudo ver en su respuesta lo mucho que la aprobación de su madre significaba para Jake cuando este contestó, apretándole aún más la mano:

—Es todo lo que siempre he deseado, señora Sullivan.

Mary sonrió al hombre que había conquistado el adorado corazón de su hija.

—De hecho, Jake, preferiría que dejaras de llamarme “señora Sullivan”. Siempre he querido

.que me consideres como una segunda madre.

r

* * *

S

Su madre y su hermano se marcharon de una vez por todas, con la promesa de volver a primera hora de la mañana siguiente con todos sus caprichos favoritos. Antes de que la puerta terminara siquiera de cerrarse, Sophie no pudo esperar ni un segundo más y le preguntó:

—¿Iba en serio eso que dijiste? ¿Que todo este tiempo habías estado enamorado de mí desde la distancia?

1 —Eres la única que importa para mí, Sophie. Pero siempre pensé que no te merecía.

1 —¿Es que no ves lo admirable que eres? —le respondió en voz baja—. Porque yo siempre lo he visto. Y lo único que siento es no haber visto aún más, no haber estado ahí cuando más me necesitabas.

e —Era imposible que lo vieras, no por nada llevo veinte años entrenando esa habilidad para ocultar mis problemas con la lectura a todo el mundo. Y sobre todo a ti.

Sophie pudo ver en sus ojos cómo los miedos volvían a emerger y, aunque no quería que nunca jamás estuviese asustado, le llegó muy dentro que dejara de esconderle sus verdaderas emociones.

—¿Y si soy un padre horrible, como fue el mío? ¿Y si ni todo el trabajo duro del mundo puede cambiar algo así? ¿Y si nuestros hijos tienen el mismo problema que tuve yo?

—Sé que te pone nervioso esto de ser padre, pero yo también estoy asustada. No tenía planeado ser madre todavía, ni tener dos a la vez. Lo único que podemos hacer es jurarnos el uno al otro que estaremos juntos en las buenas y en las malas, y que buscaremos soluciones entre los dos.

Sophie se perdió en sus hermosos ojos oscuros y, consciente de que era algo que debía haber hecho hace tiempo, le urgió:

—Pídemelo otra vez, Jake.

—¿Sophie?

—Pídemelo.

Jake se hincó de rodillas a un lado de la cama.

—Sophie Sullivan, te amo. Siempre te he amado. Siempre te amaré. Toda la vida.

a Sophie ni siquiera intentó evitar que las lágrimas cayeran.

—Te quiero, Jake McCann. Desde siempre. —Sintió el asombro, la magia, la belleza de saber que el amor verdadero había estado esperándolos todo ese tiempo—. *Para siempre.*

La boca de Jake capturó la suya en un beso tan dulce que le disparó el corazón.

Luego echó mano a un bolsillo y sacó una pequeña cajita azul. Sophie no se podía creer que la hubiera llevado encima todo ese tiempo, para cuando estuviese al fin lista para aceptar su petición.

—Cásate conmigo, princesa.

Su petición fue más una orden que una pregunta, pero Sophie quería a Jake tal y como era. Amaba cada una de las partes de ese alma mandona, amante, dulce, dominante, sobreprotectora y reconfortante de Jake. No es que Sophie se sintiera una extraña en su propia familia, pero hasta que no llegó Jake no sintió de verdad que había encontrado su sitio.

Su amor la había completado.

o Jake abrió la cajita para mostrarle el anillo, que le quitó a Sophie el poco aliento que le

quedaba:

—Oh, Jake.

La piedra central era una hermosa y brillante gema amarilla, rodeada de diamantes.

Sophie alzó la vista para encontrar su mirada, sonriendo mientras las lágrimas caían por su rostro. Nunca podría cambiar su pasado. Pero con su apoyo —y su amor inagotable— esperaba que algún día por fin lograra dejarlo atrás, donde debía estar.

Tuvo que besarlo, que abrazarlo, que darle ese *sí* como respuesta que llevaba toda su vida deseando decirle a un hombre, y solo uno, desde la calidez de sus brazos.

Dos meses después...

Sophie sonreía, cantando alegremente una canción de Nicola en la radio mientras conducía de la biblioteca a casa de Jake. Aunque nunca había tenido ningún problema con usar el transporte público, sobre todo en la ciudad, donde podía usarlo para ir donde quisiera con facilidad, Jake había insistido en comprarle un coche. La vida con él era más dulce de lo que podría haberse imaginado, pero seguía siendo ese hombre dominante del que se había enamorado tantos años atrás, y Sophie aprendió rápidamente a escoger qué batallas merecía la pena luchar. Y no valía la pena luchar por un coche.

Se había recuperado bien de la cirugía para extirparle el mioma uterino pero, aunque Jake había sido extremadamente amoroso y se había portado de maravilla esos dos últimos meses, echaba un poco de menos su parte salvaje. Habían hecho el amor, claro está, y todas las veces había sido fantástico, pero se le notaba que se contenía por miedo a hacerle daño a ella o a los bebés.

Se echó un último vistazo en el retrovisor antes de salir del coche. Durante la pausa para almorzar había tenido la inspiración de salir y comprarse un vestido de manga larga de un rosa suave. Vale, en unas semanas ya no le entraría, pero le encantó cómo el delicado tejido se ajustaba a su piel. Le recordaba a la forma en que Jake la tocaba: con tanta delicadeza, tanta dulzura... con tanta picardía.

Ya había seducido antes a Jake McCann, y estaba muy excitada ante la idea de seducir de nuevo a su prometido. Sobre todo después de que la noche anterior le mostrase su nuevo tatuaje: un nudo celta que simbolizaba los senderos interminables de la vida, la fe... y el amor. Hizo que el tatuador enlazara su nombre en el diseño, que se puso justo sobre el corazón.

Respiró hondo y llamó al timbre, en lugar de abrir con su llave.

Jake abrió la puerta unos segundos más tarde con una expresión a mitad de camino entre atónito y excitado.

—¿Sophie?

Nunca podría olvidar esa noche en Napa, cuando estaba en una puerta diferente y le rogó que la dejara entrar.

—Sé que piensas que tienes que tener cuidado conmigo, pero el médico me ha dicho que ya estoy totalmente curada. —Su voz sonó cada vez más provocativa—. Te necesito, Jake y mucho.

Él tiró de ella hacia dentro, e inmediatamente se vio envuelta en su delicioso calor, pero a pesar de que su deseo era tan obvio como el de ella, el rictus de su boca —y el hecho de que dejara un poco de distancia entre sus cuerpos— le decía que no sería fácil convencerlo.

Pues bueno, ella había escogido esa batalla. Y no estaba dispuesta a perderla, gracias pero no

Algún día por fin aceptaría que su autocontrol no era tan poderoso como la intensidad de su conexión. «Mientras tanto», pensó mientras su piel y sus músculos le calentaban el cuerpo «tendré que ir demostrándoselo noche a noche, exponiendo mis argumentos una y otra vez hasta que al fin ceda».

a —Deja de engañarte, Jake —le dijo con voz provocativa—. Necesitas algo así tanto como yo.

a Él no le llevó la contraria, solamente dijo:

—Princesa, voy a darte todos los orgasmos que necesites. —Por su aspecto, parecía que iba a reventar de ganas de hacerlo—. Pero no puedo ser duro contigo. No quiero volver a hacerte daño.

—Sé lo que pretendes —le dijo en voz baja—. Quieres volver a tomar todas las decisiones tú solo, sin contar conmigo. Pero no te va a funcionar. —Un calor le asomó en la mirada, unido a esas emociones que ya no trataba de esconderle—. Te quiero tal y como eres. Con tus afiladas aristas. Mandón. Excitante. —Se lamió los labios—. Y estoy dispuesta a hacer *lo que sea* para demostrártelo.

S Luchó por controlar esa risa que amenazaba con desbordarse al ver lo adorable que estaba cuando trataba de luchar contra lo inevitable.

e —¿Así que harías cualquier cosa para demostrármelo?

Su expresión por fin había cambiado a esa de amante retorcido que ya empezaba a echar de menos.

S —Cualquier cosa —repitió, mientras empezaba a quitarse los botones del vestido. Los ojos de Jake reflejaban esperanza, deseo, y tanto amor que la dejó sin aire mientras abría la parte delantera del vestido.

a Le encantaba la forma en que su nombre se le caía como una desgarrada plegaria de los labios, cómo sus ojos devoraban la plenitud de sus pechos, mucho más grandes de lo habitual, y su vientre abultado. Con un tirón de los hombros dejó que el vestido cayera al suelo.

a —Soy tuya, Jake.

e * * *

, Sophie lo era todo para Jake. A pesar de todas las formas en las que había deseado tomarla esos dos meses, sabía que necesitaba tomárselo con calma y ser delicado y suave para que se recuperara de la operación. Tenían toda la vida para llevar a cabo todas esas cosas que él quería hacerle.

Pero esa noche pudo ver que ella necesitaba más. Y que por fin estaba preparada para ello.

Gracias a Dios.

e El aire ya estaba cargado de deseo, y de la promesa de un placer increíble. A Jake le encantó el roce de sus cuerpos cuando la atrajo de un tirón a sus brazos. La suavidad de su piel, sus henchidos senos contra su pecho, su redondeado vientre. Era su mujer ideal en todos los sentidos. La única mujer con la que se había atrevido a abrirse y ser completamente sincero.

Y la única a la que quería en su cama para el resto de su vida.

a La cogió en brazos, y ella anudó los brazos en su cuello mientras la llevaba al dormitorio.

e —Dentro de poco vas a tener que ir al gimnasio si quieres seguir haciendo esto.

Le colocó un beso en el vientre mientras la tumbaba en la cama, y casi derribó la pila de coloridos libros infantiles de la mesita de noche. Sophie y él iban una vez a la semana a la

alibrería, a seleccionar libros para sus hijos. No se podía creer que disfrutara de verdad leyendo, cuando Sophie estaba en sus brazos, y estaba deseando hacerlo para sus hijos también. Aún le asombraba pensar en que su hijo pequeño y su hija pequeña estaban creciendo dentro de Sophie.

Jake se arrancó la ropa en tiempo récord antes de lanzarse a los brazos abiertos de Sophie. Ella le ofreció su boca, y su sabor fue tan dulce que tuvo que tomar, y tomar, y tomar, aunque tenía planeado solamente dar. Acunó sus pechos con una mano y sus caderas con la otra. Dios, cómo le gustaba llenarse las manos de ella, podría pasar horas recorriendo con los dedos cada centímetro de su piel. Pero lo mejor de todo estaba siendo cómo le rogaba que hiciera algo más que tocarla.

Su pulgar le acarició un pecho, y ella volvió a rogarle en sus labios. Jake estaba demasiado cerca del límite como para soportar que le rogara otra vez.

Cada vez que hacían el amor, Jake daba gracias en silencio por el modo en que ella le abría: no solo su cuerpo, sino también su corazón. Otro día usaría las manos y la boca para lentamente llevarla hasta el límite —y más allá— una vez tras otra. Había logrado creer en *para siempre*.

Pero él la necesitaba *ahora*.

Le rodeó la cara con las manos y aplastó su boca contra la de él, mientras sus cuerpos se fundían en uno. Sus miembros se entrelazaban estrechamente, y estuvieron siguiendo ese ritmo perfecto que siempre llevaban hasta que él se tragó con un beso el suspiro de placer de Sophie y cayó con ella más allá del límite.

Jake estaba seguro de que no había nada más increíble que estar tumbado con Sophie después de hacer el amor, con ella acurrucada en el hueco de su hombro, su mano en el corazón, la de él en su vientre. Pero entonces sintió un movimiento ondulante bajo su palma.

—¿Has notado eso? ¿Acaban de dar su primera patada?

La sonrisa de Sophie era tan luminosa y tan llena de amor que Jake se quedó aún más impresionado.

—Sí —le dijo mientras levantaba la cara para besarlo—, la acaban de dar.

S
e
a

¿
s
,

e
a

librería, a seleccionar libros para sus hijos. No se podía creer que disfrutara de verdad leyendo cuando Sophie estaba en sus brazos, y estaba deseando hacerlo para sus hijos también. Aún le asombraba pensar en que su hijo pequeño y su hija pequeña estaban creciendo dentro de Sophie.

Jake se arrancó la ropa en tiempo récord antes de lanzarse a los brazos abiertos de Sophie. Ella le ofreció su boca, y su sabor fue tan dulce que tuvo que tomar, y tomar, y tomar, aunque tenía planeado solamente dar. Acunó sus pechos con una mano y sus caderas con la otra. Dios, cómo le gustaba llenarse las manos de ella, podría pasar horas recorriendo con los dedos cada centímetro de su piel. Pero lo mejor de todo estaba siendo cómo le rogaba que hiciera algo más que tocarla.

Su pulgar le acarició un pecho, y ella volvió a rogarle en sus labios. Jake estaba demasiado cerca del límite como para soportar que le rogara otra vez.

Cada vez que hacían el amor, Jake daba gracias en silencio por el modo en que ella le abría no solo su cuerpo, sino también su corazón. Otro día usaría las manos y la boca para lentamente llevarla hasta el límite —y más allá— una vez tras otra. Había logrado creer en *para siempre*.

Pero él la necesitaba *ahora*.

Le rodeó la cara con las manos y aplastó su boca contra la de él, mientras sus cuerpos se fundían en uno. Sus miembros se entrelazaban estrechamente, y estuvieron siguiendo ese ritmo perfecto que siempre llevaban hasta que él se tragó con un beso el suspiro de placer de Sophie y cayó con ella más allá del límite.

Jake estaba seguro de que no había nada más increíble que estar tumbado con Sophie después de hacer el amor, con ella acurrucada en el hueco de su hombro, su mano en el corazón, la de él en su vientre. Pero entonces sintió un movimiento ondulante bajo su palma.

—¿Has notado eso? ¿Acaban de dar su primera patada?

La sonrisa de Sophie era tan luminosa y tan llena de amor que Jake se quedó aún más impresionado.

—Sí —le dijo mientras levantaba la cara para besarlo—, la acaban de dar.

EPÍLOGO

Sophie Sullivan estaba de pie en la entrada al jardín trasero de la casa de su madre. Llevaba un vestido de novia de encaje blanco que mostraba con orgullo su abultada tripa, y pensaba que nunca había sido tan feliz en su vida. Todos sus seres queridos —sus hermanos y hermana primos y amigos— estaban allí para festejar con Jake y ella.

Teniendo en cuenta lo que las hormonas del embarazo le habían estado haciendo últimamente, se sentía orgullosísima de no haber llorado todavía, por lo que no había arruinado su maquillaje. Sabía que iba a pasar, era probable que en el mismo segundo en que empezara a recorrer el pasillo nupcial que su madre, su hermana y su futura sobrina Summer habían alfombrado con pétalos de rosa de todos los colores y viera a Jake esperándola bajo la sombra del enorme roble para que se entregara a él. Lori le había jurado mientras se estaban preparando que el delineador y la máscara de pestañas que había usado eran completamente a prueba de lágrimas, pero Sophie no se maquillaba casi nunca y no sabía si fiarse de que no parecería un mapache cuando llegara a la parte de los votos.

«Votos». Jake y ella estaban a punto de hacerse votos nupciales.

Se le hinchó tanto el corazón que pensó que se le saldría del pecho y empezaría a correr por el florido pasillo hasta el hombre que se lo robó cuando no era más que una niña. Había soñado muchísimas veces que tenían un futuro juntos, y ahora conocía la sensación maravillosa de que su sueño se hiciera realidad.

La honda respiración que tomó salió temblorosa y Smith, que sería quien la llevara al altar, la acarició con delicadeza la parte baja de la espalda y la acercó a él. Siempre había estado allí cuando lo necesitaba, ese chico fuerte, y luego hombre, que no permitiría que nadie le hiciera daño. Puede que fuera una de las estrellas de cine más importantes del mundo, pero cuando Sophie lo miraba solo veía a su querido hermano mayor, y nunca al famoso en que se había convertido.

Mientras esperaban a que sonara la marcha nupcial, el sol se ocultó detrás de una nube durante unos segundos. Cuando emergió, iluminó el fuerte en el árbol en el que sus hermanos y ella tanto se habían divertido de niños. Jake casi siempre estaba allí con ellos... y Sophie no había olvidado que él fue la razón por la que reunió el coraje de subir, cuando era una niña de cinco años a la que le interesaban más las historias de los libros que rasparse las rodillas.

«Maldita sea», pensó con un sollozo, «me ha bastado solo con esto». Solo con pensar en ese día, en el desafío que vio en los ojos de Jake y que la hizo trepar tan alto al enorme roble para descubrir una perspectiva completamente nueva del mundo, Sophie empezó a llorar sin poder remediarlo.

Y no tendría mucho tiempo para recuperar la compostura, porque justo en ese momento los primeros acordes de la marcha nupcial comenzaron a sonar.

Smith enhebró su brazo en el de él y la miró con unos ojos azul profundo que la bañaron de luz, amor y calidez.

—Sophie...

Genial, solo con decir su nombre ya se le estaba rompiendo la voz. Como dijera algo más, no

sería más que un charco de lágrimas cuando llegara a la altura de Jake.

Sonriéndole a través de las lágrimas que apenas estaba logrando contener, le estrujó el brazo: —Llévame con Jake, Smith. Estoy preparada.

Llevaba toda su vida preparada, y en ese momento —*por fin*— se convertiría en su esposa.

Smith le plantó un beso en la mejilla, y entonces los dos comenzaron su lento desfile a través de la multitud de amigos y familiares que les miraban pasar sonriendo.

No escuchó ni una nota más de la marcha nupcial, era incapaz de escuchar nada excepto su corazón latiendo con furia en sus oídos, ni de ver nada excepto a Jake, que la esperaba al pie de un viejo roble con la cara más feliz y enamorada que le había visto en su vida.

Estaba de pie, muy cerca del fuerte en el árbol que antes, cuando era pequeña, le parecía tan grande, tan alto; y que ahora parecía pequeño en comparación al casi metro noventa y los hombros asombrosamente anchos de Jake.

En cuanto sus hijos tuviesen edad suficiente, construirían un fuerte en el árbol en su propio jardín. Y Jake y ella volverían a jugar a los piratas, como tantos años atrás.

Cuando terminaron de recorrer el pasillo nupcial, Smith le dio un suave beso en la mejilla y se puso su mano en la de Jake.

Sophie miró sus manos unidas, la de Jake tan grande y bronceada, la de ella pequeña pero igual de competente. Hacían buena pareja.

Una pareja perfecta.

Siempre había sabido que así sería.

Miró a Jake y, cuando él le susurró “Te amo” con una voz tan leve que solo ella pudo oírlo, se puso de puntillas y le susurró lo mismo, antes de besarlo.

Todo el mundo empezó a reír porque se estaban saltando por completo el protocolo besándose antes de hacer los votos, pero Sophie sabía que saltarse el protocolo era lo que encajaba con ellos.

Un rollo de una noche... y luego siete días juntos con sus noches, que se convirtieron en amor eterno.

Quedarse embarazada de gemelos... y entonces casarse.

Y mientras ocupaba su lugar al lado de Jake para decir sus votos, estaba segura de que no cambiaría ni un solo detalle.

* * *

Zach Sullivan no dejaba de darle tirones a su corbata. Maldita sea, odiaba llevar corbata, pero imaginaba que podría soportarlo una tarde, al fin y al cabo no todos los días se casaba una de sus hermanas pequeñas.

El último año había desencadenado una aparentemente interminable sucesión de bodas y embarazos entre los Sullivan. Primero se casó Chase, que en cuestión de semanas tendría a su primer hijo, y luego de la nada aparece Sophie con la misma historia. Hasta Gabe y Megar estaban ahora comprometidos. Solo Marcus y Nicola seguían conservando un poco de cordura pero a Zach no le sorprendería que Nicola apareciera un día de estos luciendo un enorme anillo de diamantes. Marcus acababa de officiar la boda de Sophie y Jake, solo unos meses después de hacer lo mismo con la de Chase y Chloe. Como la cosa siguiera así, tendría que contratar a alguien que hiciera su trabajo en la bodega.

Zach pensaba que Sophie querría una boda grande, una ostentosa fiesta Sullivan donde

estarían invitados todos sus familiares y amigos repartidos por el planeta. Y sin embargo ahí estaban, en el jardín trasero de su madre como tantos otros domingos. La única diferencia con un almuerzo de domingo normal eran el largo traje blanco de su hermana y el disfraz de mono que llevaba Jake.

s Zach se preguntó cuándo había crecido Sophie, y cuánto tiempo tardaría en verla de otra forma que no fuera como esa hermana pequeñita a la que tenía que proteger con su vida. Más de una vez se le había apretado un nudo en la garganta: mientras su hermana recorría el pasillo nupcial, y también cuando ella y Jake intercambiaron votos, pero ahí casi todo el mundo estaba sollozando y sacando pañuelos de sus bolsos. De hecho, todos sus hermanos parecían estar sufriendo mucho para mantener la compostura. Lori, por supuesto, lloró a mares viendo cómo su gemela daba el gran paso de casarse.

Sophie estaba más hermosa que nunca a sus cinco meses de embarazo, y más aún llevando su traje de novia. Zach podía ver lo feliz que su hermana era, pero aún le costaba pensar en Jake y ella como pareja. Aunque la novia y el novio parecían la pareja más diferente del planeta —el grandullón de los tatuajes y la morena elegante—, Zach empezaba a darse cuenta de que Sophie se las apañaba en la vida igual de bien que Jake. A menudo mejor.

o Cuando empezaron a quitar las sillas para que pudiese comenzar el baile, Lori se le acercó y le puso una cerveza en la mano.

—¿Quieres apostar a ver quién es el último en casarse? ¿Tú o yo?

Zach amaba a sus dos hermanas gemelas por igual, pero siempre había comprendido mejor a Lori. Le estimulaba la velocidad. Las emociones fuertes. Romper las normas. Igual que a él.

—¿Te apetece regalar tu dinero, Pilla?

o Lori se le quedó mirando por encima del borde de la copa mientras le daba un trago al mejor espumoso de Marcus.

—Parece que aún no has aprendido: siempre sois los tíos chulos, que os pensáis que sois invencibles, los que os dais el golpe más grande.

Zach casi nunca rechazaba un desafío. Sobre todo cuando era tan fácil de ganar como ese. Era imposible que se fuera a enamorar de nadie en contra de su voluntad, así que alzó su botellín de cerveza para hacerlo chocar con la copa de champán de su hermana.

—Acepto el reto.

* * *

¡Muchas gracias por leer ERES LA ÚNICA QUE IMPORTA! Espero que Sophie y Jake te hayan encantado.

¡Puedes leer la historia de Zach y Heather ahora mismo! En SI FUERAS MÍA, lo último que le apetece a Zach Sullivan es tener que cuidar del cachorrito nuevo de su hermana durante dos semanas. Hasta que conoce a la entrenadora canina, claro está. Heather es brillante y hermosa, y Zach no puede dejar de pensar en ella. Por desgracia, parece ser la única mujer de la tierra que no quiere tener nada con él. Pero cuando lo único que consigue la determinación de Heather por alejarlo es espolpear la de él por acercarse —y la conexión sensual y emocional entre ellos sigue creciendo hasta hacerse innegable—, ¿podrá el más malote de todos los Sullivan tentarla para que vuelva a creer en el amor?

¡Lee SI FUERAS MÍA (Los Sullivan 5) ahora!

1 *¡Es precioso! Sé que un libro me ha ganado por completo cuando me encuentro*
1 *riendo, sonriendo y haciendo ruidos como una fan adolescente mientras leo. Si fueras*
2 *mía es una historia que recomendaría sin dudarlo a todos los amantes de la novela*
romántica contemporánea.

3 ~ 5 estrellas para SI FUERAS MÍA

2 [Suscríbete a mi boletín informativo para estar al tanto de los nuevos libros...](#)

3 Pasa la página para leer un extracto de SI FUERAS MÍA (Los Sullivan 5)...

1

1

7

1

2

7

3

1

5

1.

1

2

0

0

5

1

2

1

5

¡Es precioso! Sé que un libro me ha ganado por completo cuando me encuentro riendo, sonriendo y haciendo ruidos como una fan adolescente mientras leo. Si fueras mía es una historia que recomendaría sin dudarlo a todos los amantes de la novela romántica contemporánea.

~ 5 estrellas para SI FUERAS MÍA

[Suscríbete a mi boletín informativo para estar al tanto de los nuevos libros...](#)

Pasa la página para leer un extracto de SI FUERAS MÍA (Los Sullivan 5)...

Extracto de SI FUERAS MÍA (Los Sullivan 5)

© 2023 Bella Andre / Oak Press, LLC

—¡Auxilio! Tengo otra emergencia con la cachorra.

Heather se llevó el teléfono a la oreja mientras se acurrucaba en la cama y miraba el reloj con los ojos pegados.

—Son las cinco y media de la mañana.

No habría sido tan malo si hubiese podido dormir más, pero había estado toda la noche viendo las horas del reloj pasar: de las once a las doce, después a la una y luego a las dos de la madrugada antes de que su cerebro por fin se rindiera y se apagara.

¡Maldito Zach Sullivan! No solo por despertarla... también por ser la razón por la que no había podido pegar ojo.

—A Cuddles le da igual qué hora es —le gruñó en la oreja.

El día anterior se habría asustado por su tono de voz, habría dado por hecho que le haría algo horrible al cachorro. Pero tras haber pasado un rato por la tarde con él, si bien había confirmado que era un engreído, a la vez había comprobado que era bueno con los animales.

Incluso con los cachorritos traviesos.

—Así es la vida con un cachorro —dijo con un bostezo mientras se recostaba en la almohada y observaba cómo empezaba a salir el sol por la ventana de su habitación. Era extraño que le pareciera tan fácil y natural hablar por teléfono con él cuando acababa de conocerlo. Pero así era—. Limpia todo lo que haya ensuciado, dile que la sigues queriendo y no faltes a entrenamiento de esta tarde.

—¡Cuddles! —gritó.

Ella oyó que algo se estrellaba contra el suelo, y luego una sarta de tacos, antes de que colgara.

Cerró los ojos, pero sabía que era inútil. No debería salir corriendo cada vez que él la llamaba, y menos tratándose de un hombre como Zach Sullivan, que lo vería como una prueba más de que era el rey del mundo. Pero al mismo tiempo era consciente de que estaría distraído todo el día preguntándose si él y Cuddles lograrían llegar enteros a las cinco de la tarde.

Se metió en la ducha y dejó el agua un poco más fría de lo habitual para intentar despertarse —y poner paños fríos a ese sueño tan erótico que acababa de tener justo con la persona menos indicada. Después de secarse, buscó su número en el móvil, de cuando la había llamado la noche anterior, y le envió un mensaje diciéndole que al final iría a ayudarlo.

La tentación de secarse el pelo y maquillarse era mucho mayor de lo que debería, pero ya era bastante humillante ir a su casa esa mañana solo porque él la había llamado. Si de verdad se arreglaba para él, su dignidad se vería muy vapuleada.

Cuando terminó de ponerse unos vaqueros y una de las doce camisetas de manga larga que tenía en el armario, y se hubo trenzado el pelo para que no le estorbara mientras se ocupaba de cataclismo que la cachorra había desatado en casa de Zach, él le había enviado un mensaje con la dirección.

Dejó salir a Atlas al jardín y le dio de comer antes de salir.

—¿Adivina qué? Vamos a ver a Cuddles, tu nueva mejor amiga.

Al oír el nombre de la perrita, Atlas agitó alegre la cola.

—Qué bien que al menos uno de los dos esté contento con todo esto —murmuró mientras conducía hacia Potrero Hill, uno de los barrios más exclusivos de San Francisco, con vista interminables. ¿Quién hubiera dicho que a los mecánicos les iría tan bien?

La idea volvió a asaltarla al llegar a la enorme casa, junto con la pregunta de cómo era posible que Zach pudiera permitirse algo así. Pero cuando notó el interior inquietantemente tranquilo al llegar a la entrada y llamar a la puerta, la preocupación por lo que hubiese sucedido entre él y la perrita hizo que esas preguntas pasaran a un segundo plano.

Porque aunque tenía la sensación de que para Zach era algo cotidiano hacer cosas como despertar a los demás de un sueño profundo a las cinco y media de la mañana, en ese momento² tuvo la sensación de que realmente la había llamado presa de la desesperación.

¹ Esperando que no fuera demasiado tarde volvió a llamar a la puerta con más fuerza. Zach abrió la puerta, diciendo “Shhh”.

² Tenía muy mala cara. Aunque seguía estando mucho más guapo que cualquier mortal, era evidente que estaba pasando un mal rato.

Era obvio que incluso ella había logrado dormir más que él la noche anterior. Y por el aspecto de su cara a medio afeitarse y los vaqueros subidos por encima de las caderas, el desastre¹ se había desencadenado mientras estaba en la ducha.

«Vale», se dijo con firmeza mientras los músculos de su pecho desnudo desfilaban delante de ella, «puedo seguir adelante a pesar de esos tremendos abdominales». ¡Maldita sea! Como si nunca hubiera visto un cuerpazo, y eso que antes había salido con un atleta profesional.

² Por suerte, estaba tan alterado por lo que fuese que Cuddles había hecho que no pareciera darse cuenta de que a ella se le estaba cayendo la baba. Lo último que necesitaba era que Zach¹ supiera lo mucho que le costaba resistirse a él.

Apuntó con el dedo a su perro y le ordenó:

—No despiertes a la cachorra.

² Atlas bajó las orejas y Heather puso los ojos en blanco. Los hombres eran unos exagerados. Como si despertar a Cuddles fuera a desatar una catástrofe, Zach abría lentamente la puerta¹ haciendo un gesto de inquietud con cada chirrido.

¹ Heather se quedó con la boca abierta.

¹ —Dios mío. —Lo miró en estado de shock, y luego de nuevo a la casa—. No me puedo creer que Cuddles haya hecho todo esto.

² A Zach le tintineó un músculo en su mandíbula apretada.

⁵ —Créetelo. Es el diablo disfrazado de cachorro.

¹ Normalmente Heather se habría ofendido si alguien dijera algo así de un perrito indefenso y dulce, pero estaba atónita ante la destrucción del salón.

¹ La perrita no solo había rajado todos los cojines del sofá, sino que también había destrozado una alfombra, que supuso muy cara. Había marcas de arañazos por toda la isla de la cocina, y había media docena de manchas oscuras en las partes expuestas del suelo de parquet.

² Incluso Atlas parecía alarmado por el estado del apartamento, no se movió de su lado en la¹ puerta principal, como la estatua de un gran danés.

¹ —¿Dónde está? —preguntó en voz baja, tal como Zach le había pedido.

Señaló un montón de plumas junto al sofá. Heather tuvo que mirar de cerca para ver a Cuddles acurrucada en el centro durmiendo, totalmente agotada.

—Voy a matar a mi hermano —dijo en voz baja, y parecía decirlo en serio.

Y no podía culparlo. Era un hombre soltero al que le habían encajado un cachorro srevoltoso. Nada de lo que había ocurrido era culpa de Zach. Lo estaba haciendo lo mejor que podía. Por desgracia, parecía que ese cachorro en particular era demasiado para él.

Por su experiencia de muchos años trabajando con perros, Heather enseguida se había dado cuenta de que era un diablillo. Los cachorros inteligentes y juguetones siempre lo eran.

2 —¿Qué pasó?

2 —Anoche no paraba de llorar cuando la acosté detrás de la reja.

Heather puso los ojos en blanco.

3 —¿Qué te dije ayer sobre cumplir las normas?

3 —Si no la hubiese dejado subir a la cama, en esta casa nadie habría dormido —respondió mirándola con pesar—. Se durmió en cuanto la puse sobre una de mis almohadas y pensé que le seguiría del tirón hasta mañana. —Se pasó la mano por la cara—. Lo sé, soy un idiota, pero no pensé que un kilo y poco de pelo pudiera hacer tanto daño. No tuve en cuenta sus dientes. Ni sus uñas. Ni que haría pipí por todas partes.

—¿Cuánto tiempo crees que estuvo sola?

1 —No lo sé. Pensé que se habría metido debajo de una almohada, y supuse que seguía en la cama cuando me levanté para afeitarme y meterme en la ducha. —Hizo una mueca—. Fue entonces cuando oí el estruendo. Una lámpara se hizo añicos, por suerte no cayó sobre ella. Derribó otra justo cuando estábamos hablando. Lo juro, como deje de prestarle atención tres segundos se convierte en el maldito demonio de Tasmania.

Heather le hizo una señal a Atlas para que se quedara junto a la puerta antes de acercarse al montón de plumas donde dormía la perrita.

h —¿Está herida?

—Está bien. La revisé antes de dejarla dormir.

La verdad era que a esas alturas, la mayoría de las personas estarían tan enfadadas como para darle como mínimo un coscorrón al cachorro. Era curioso pero podía imaginarse con facilidad las grandes manos de Zach moviéndose delicadamente sobre las patas y el suave vientre de Cuddles para asegurarse de que estaba bien.

Compadeciéndose de él, dijo:

—Te ayudaré a recoger. Ve, termina de ducharte.

r Parecía sumamente agradecido, y le mostró dónde estaban las bolsas de basura.

—Gracias, Heather.

Oh, tío. No se había preparado para una sonrisa como esa, completamente desprovista de seducción o intenciones perversas. Una cosa era proteger su corazón de un donjuán sin moral.. y otra muy distinta permanecer fría y distante ante un hombre de carne y hueso que se temía que fuera tan humano como el resto de los mortales.

3 No había terminado de cruzar el salón cuando se volvió y dijo:

v —Si no fuera por la perrita de destrucción masiva que tengo en casa, te invitaría a venir conmigo a la ducha.

1 Ah, ahí estaba... el hombre al que podría resistirse con mucha más facilidad.

—Si no fuera por ella, no estaría aquí.

Le dio la espalda mientras arrojaba plumas y trozos de cerámica a la basura. Cuando oyó que Zach abría la ducha, dejó escapar el aliento que había estado conteniendo. Se dio la vuelta sobre sus talones y miró a Atlas, que vigilaba a Cuddles desde su sitio junto a la puerta.

—¿En qué nos hemos metido, Atlas?

El perro enarcó sus cejas oscuras ante su pregunta, pero no apartó la mirada de la cachorra. No lo culpaba por estar tan ensimismado con la linda, pero muy traviesa, perrita.

Dios sabía que ella no podía dejar de pensar en el dueño temporal de Cuddles, igual de ciego y travieso.

¡Estoy totalmente enganchada a esta serie! Los personajes parecen personas reales con problemas reales, no solo productos de la fantasía de la escritora. Me encanta cuando un libro me hace sumergirme en él, ¡y Bella Andre tiene una habilidad especial para conseguirlo!

~ 5 estrellas para SI FUERAS MÍA

¿Quieres más? [¡Lee SI FUERAS MÍA \(Los Sullivan 5\) ahora!](#)

Haz clic aquí para recibir el boletín informativo de Bella Andre ¡y enterarte de los próximos libros tan pronto como se publiquen!

<http://www.BellaAndre.com/Spanish>

El perro enarcó sus cejas oscuras ante su pregunta, pero no apartó la mirada de la cachorra. No lo culpaba por estar tan ensimismado con la linda, pero muy traviesa, perrita.

Dios sabía que ella no podía dejar de pensar en el dueño temporal de Cuddles, igual de lindo y travieso.

¡Estoy totalmente enganchada a esta serie! Los personajes parecen personas reales con problemas reales, no solo productos de la fantasía de la escritora. Me encanta cuando un libro me hace sumergirme en él, ¡y Bella Andre tiene una habilidad especial para conseguirlo!

~ 5 estrellas para SI FUERAS MÍA

¿Quieres más? [¡Lee SI FUERAS MÍA \(Los Sullivan 5\) ahora!](#)

Haz clic aquí para recibir el boletín informativo de Bella Andre ¡y enterarte de los próximos libros tan pronto como se publiquen!

<http://www.BellaAndre.com/Spanish>

Más libros de Bella Andre

Para obtener una lista completa de los libros, visita la web

www.BellaAndre.com/translations

LOS SULLIVAN

Los Sullivan de San Francisco

[“Los ojos del amor” \(Los Sullivan, Libro 1\)](#)

[“A partir de este momento” \(Los Sullivan, Libro 2\)](#)

[“Imposible no enamorarme de ti” \(Los Sullivan, Libro 3\)](#)

[“Eres la única que importa” \(Los Sullivan, Libro 4\)](#)

[“Si fueras mía” \(Los Sullivan, Libro 5\)](#)

[“Déjame ser el elegido” \(Los Sullivan, Libro 6\)](#)

[“Quiero conocerte más” \(Los Sullivan, Libro 7\)](#)

[“No dejes de pensar en ti” \(Los Sullivan, Libro 8\)](#)

[“Un beso navideño” \(Los Sullivan, Libro 9\)](#)

Más libros de Bella Andre

Para obtener una lista completa de los libros, visita la web
www.BellaAndre.com/translations

LOS SULLIVAN

Los Sullivan de San Francisco

[“Los ojos del amor” \(Los Sullivan, Libro 1\)](#)

[“A partir de este momento” \(Los Sullivan, Libro 2\)](#)

[“Imposible no enamorarme de ti” \(Los Sullivan, Libro 3\)](#)

[“Eres la única que importa” \(Los Sullivan, Libro 4\)](#)

[“Si fueras mía” \(Los Sullivan, Libro 5\)](#)

[“Déjame ser el elegido” \(Los Sullivan, Libro 6\)](#)

[“Quiero conocerte más” \(Los Sullivan, Libro 7\)](#)

[“No dejo de pensar en ti” \(Los Sullivan, Libro 8\)](#)

[“Un beso navideño” \(Los Sullivan, Libro 9\)](#)

Sobre la autora

Tras haber vendido más de 10 millones de libros, las novelas de Bella Andre han sido número uno en todo el mundo y han aparecido 93 veces en las listas de los más vendidos del *New York Times* y del *USA Today*. Ha estado en el primer puesto de Ranked Author en la lista de los 10 más vendidos que incluía a escritores como Nora Roberts, JK Rowling, James Patterson y Stephen King.

Conocida por sus “historias sensuales y empoderadas envueltas en encantadores romances” (Publishers Weekly), sus libros han figurado dos veces en la sección “Red Hot Reads” de la Revista Cosmopolitan y se han traducido a más de 10 idiomas. Es licenciada por la Universidad de Stanford y ha ganado el Premio a la Excelencia en ficción romántica. El Washington Post la calificó como “una de las mejores escritoras de Estados Unidos” y ha aparecido en Entertainment Weekly, NPR, USA Today, Forbes, The Wall Street Journal y TIME Magazine.

Bella también escribe la serie “Four Weddings and a Fiasco”, superventas del *New York Times*, bajo el seudónimo Lucy Kevin. Sus dulces novelas contemporáneas también incluyen la serie “Walker Island” y “Married in Malibu”, superventas del USA Today.

Si no está detrás del ordenador, se la puede encontrar leyendo a sus autores favoritos haciendo senderismo, nadando o riendo. Casada y con dos hijos, Bella reparte su tiempo entre la región vinícola del norte de California, una cabaña de madera en las montañas Adirondack de norte de Nueva York y un piso en Londres con vistas al Támesis.

Apúntate al boletín informativo de Bella:

www.bellaandre.com/Spanish

Sigue a Bella Andre en Facebook:

facebook.com/authorbellaandre

Únete al grupo de lectores de Bella Andre:

facebook.com/groups/bellaandreareaders

Sigue a Bella Andre en Instagram:

instagram.com/bellaandrebooks

Sigue a Bella Andre en Twitter:

twitter.com/bellaandre

Visita el sitio web de Bella para ver el listado completo de libros:

www.BellaAndre.com

Sobre la autora

Tras haber vendido más de 10 millones de libros, las novelas de Bella Andre han sido número uno en todo el mundo y han aparecido 93 veces en las listas de los más vendidos del *New York Times* y del *USA Today*. Ha estado en el primer puesto de Ranked Author en la lista de los 10 más vendidos que incluía a escritores como Nora Roberts, JK Rowling, James Patterson y Steven King.

Conocida por sus “historias sensuales y empoderadas envueltas en encantadores romances” (Publishers Weekly), sus libros han figurado dos veces en la sección “Red Hot Reads” de la Revista Cosmopolitan y se han traducido a más de 10 idiomas. Es licenciada por la Universidad de Stanford y ha ganado el Premio a la Excelencia en ficción romántica. El Washington Post la calificó como “una de las mejores escritoras de Estados Unidos” y ha aparecido en Entertainment Weekly, NPR, USA Today, Forbes, The Wall Street Journal y TIME Magazine.

Bella también escribe la serie “Four Weddings and a Fiasco”, superventas del *New York Times*, bajo el seudónimo Lucy Kevin. Sus dulces novelas contemporáneas también incluyen las series “Walker Island” y “Married in Malibu”, superventas del USA Today.

Si no está detrás del ordenador, se la puede encontrar leyendo a sus autores favoritos, haciendo senderismo, nadando o riendo. Casada y con dos hijos, Bella reparte su tiempo entre la región vinícola del norte de California, una cabaña de madera en las montañas Adirondack del norte de Nueva York y un piso en Londres con vistas al Támesis.

Apúntate al boletín informativo de Bella:

www.bellaandre.com/Spanish

Sigue a Bella Andre en Facebook:

facebook.com/authorbellaandre

Únete al grupo de lectores de Bella Andre:

facebook.com/groups/bellaandreareaders

Sigue a Bella Andre en Instagram:

instagram.com/bellaandrebooks

Sigue a Bella Andre en Twitter:

twitter.com/bellaandre

Visita el sitio web de Bella para ver el listado completo de libros:

www.BellaAndre.com